

José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*

1882-1884

Estados Unidos (volumen 1)

17



CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

 | ISBN 978-959-271-053-8 tomo 17 | ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Proyecto de edición: Cintio Vitier y Fina García-Marruz.

Dirección general: Pedro Pablo Rodríguez.

Equipo realizador del tomo: Enrique López Mesa (responsable).

Colaboradores: Carlos Bojórquez, Miladis Cabrera Bess, Ana Cairo Ballester, Marta Cruz Valdés, Paul Estrade, Francisco Fernández Sarría, Luis García Pascual, Norma Fernández, Sergio Guerra Vilaboy, Ricardo Luis Hernández Otero, Miriam López Horta, Lourdes Ocampo Andino y Esther Morales Aguilera.

Edición: Marta Elizabet Ferrer Cutié.

Diseño: Ernesto Joan.

Realización: Beatriz Pérez Rodríguez.

Composición: Marlén Santiesteban Brizuela.

Imagen de cubierta: detalle de *Tu transparencia tangible*, Raúl Santos Serpa, 2003. Colección del artista.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo
Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones
Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo
Pablo Gentili

Directora Académica
Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial
Lucas Sablich

Coordinador de Arte
Marcelo Giardino

Arte de Tapa
Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición
Gonzalo Mingorance

NOTA EDITORIAL

Obras completas. Edición crítica *recoge la totalidad de la producción de José Martí (1853-1895), conocida hasta el presente, y también nuevos materiales localizados durante su preparación.*

Contiene crónicas, correspondencias periodísticas, artículos, ensayos, discursos, semblanzas biográficas, poemas, novela, obras de teatro, cartas, proclamas, comunicaciones, manifiestos, dedicatorias, borradores, cuadernos de apuntes, fragmentos de escritos (o anotaciones incompletas), traducciones y dibujos. Los materiales publicados o escritos originalmente en otros idiomas están acompañados por las correspondientes traducciones al español.

Los trabajos recogidos en esta edición son transcripción literal de los documentos existentes: manuscritos, mecanuscritos, impresos, microfilmes o fotocopias, y el cotejo con sus fuentes más fidedignas. Las diferencias entre ellos serán la natural rectificación de erratas, la modernización de la ortografía y las obvias convenciones editoriales adoptadas, sobre todo en los casos de escritos tomados de ediciones de la época. Se tendrá muy en cuenta, sin embargo, el peculiar estilo de la puntuación martiana, suficientemente fundamentado por el propio autor, aunque habrá casos de imprescindibles modificaciones, siempre advertidas en notas al pie. Cuando sea necesario agregar una o más palabras, se colocarán entre corchetes. También pueden aparecer entre corchetes la letra o letras que falten en el manuscrito a una palabra, la cual se completará como hipótesis. Estas son algunas de las variaciones fundamentales con relación a ediciones anteriores.

En los casos de impresos publicados por Martí, se dan los datos bibliográficos literales de la primera edición; al final de cada pieza, en todos los casos, se indica la fuente utilizada para su reproducción.

Se conciben los tomos sobre la base de un ordenamiento cronológico-temático de su contenido. Consiste en adoptar el sistema cronológico, año por año, pero siempre que la heterogeneidad de los escritos de Martí lo justifique, ya que a partir de los años 1875-1876 su

producción comienza a manifestarse en varias direcciones simultáneas. De ahí que cada año aparezcan varias secciones: las necesarias para lograr una articulación coherente.

De este modo, sin perder el sentido del desarrollo y trayectoria del pensamiento martiano, pero respetando la simultaneidad de sus actividades políticas, periodísticas, literarias y otras, se ofrece una imagen completa de sus escritos, en una combinación flexible y cambiante, según etapas definidas por criterios cronológico, temático y genérico.

En lo referido a la poesía —carente en muchos casos de fecha, y que en ocasiones dio como resultado unidades estilísticas específicas a lo largo de extensos períodos, como los Versos libres—, *los «Cuadernos de apuntes» y «Fragmentos», los materiales han sido agrupados en volúmenes separados, aunque sujetos al ordenamiento que permiten las precisiones alcanzadas hasta hoy.*

Con Martí como centro, y según la importancia que tengan en su vida y obra, se recogerán en notas y en los diferentes índices de cada tomo, las informaciones sobre personajes históricos, autores, sucesos, corrientes de pensamiento y otros aspectos mencionados o referidos en sus textos. Cada tomo, en términos generales, contendrá los siguientes elementos: textos martianos, notas al pie, notas finales, índice de nombres, índice geográfico, índice de materias, índice cronológico, índice de notas finales y el índice general del tomo.

Las notas al pie de página *se derivan del cotejo de los textos martianos con los originales, o de la confrontación de variantes de estos, y reflejan de manera escueta y precisa los cambios observados; complementan la comprensión inmediata de la lectura y pueden remitir al índice de nombres o a las notas finales, como apoyo informativo. Estas notas van numeradas para cada pieza.*

Las notas finales *—señaladas como «Nf.»— son explicativas, más extensas y circunstanciadas. Se refieren a sucesos, cuestiones históricas, económicas, políticas, literarias, corrientes de pensamiento, publicaciones, problemas específicos que plantean algunos manuscritos, o bien contienen semblanzas biográficas de personas que tuvieron un relieve*

apreciable en la vida de Martí, en la historia de Cuba o en la de América. El lector podrá encontrarlas ubicadas al final del tomo, ordenadas alfabéticamente, y además, estarán apoyadas por un índice de notas finales.

El índice de nombres *incluye un índice de referencias —autores, obras, personajes, instituciones y otros— no diferenciado dentro del propio índice, que complementa o suple la información del complejo de notas del tomo, mediante remisión a estas y con la inclusión de anotaciones o reseñas.*

El índice geográfico *relaciona alfabéticamente todos los accidentes y lugares geográficos; caracteriza los accidentes y fija la nacionalidad del lugar, solo con la obvia excepción de nombres de países o capitales.*

El índice de materias *incluye la relación alfabética de materias y sus derivados que aparecen en la obra*.

El índice cronológico *ofrece la guía al lector acerca de la producción martiana incluida en el tomo, en un orden que sigue la datación probada o fecha aproximada. Completa la virtual imagen fragmentaria que pudiera dar el conveniente ordenamiento temático.*

En algunos tomos se incluirá un glosario, *que ayudará a la mayor comprensión de los textos.*

La serie constará de un tomo que recoge los acontecimientos principales en la vida de Martí, y en cronologías paralelas, de la historia de Cuba, España, Hispanoamérica y Estados Unidos, y en menor medida, del resto del mundo, con énfasis, según el período, en los hechos relacionados con los países donde residió. También incluirá la información imprescindible acerca de las más relevantes corrientes, tendencias, escuelas, hitos y creaciones artísticas y literarias de las culturas cubana y universal que conformaron el cosmos de hechos e ideas contemporáneas de Martí. Se incluirá, al concluir la serie, un tomo con documentos relacionados con la vida de Martí.

De este modo intentamos acercarnos al ideal propuesto por Juan Marinello en su prólogo a la edición de las Obras completas *de la Editorial Nacional de Cuba, en 1963: «Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido».*

Este tomo 17 reúne las «Escenas norteamericanas» publicadas en La Nación*, de Buenos Aires, entre el 13 de septiembre de 1882 y el 11 de enero de 1885, algunas no compiladas anteriormente, más otros textos aparecidos durante ese período en otras publicaciones periódicas. Se exceptúan los escritos de* La América *durante 1883 y 1884, que se incluyen en los dos tomos siguientes.*

Se reúnen en este tomo también las cartas de esos años, además del «Prólogo» a Cuentos de hoy y mañana*, de Rafael de Castro Palomino, más el cuento titulado «Irma», de reciente adjudicación a Martí como autor. Finalmente se incorporan varios fragmentos identificados como parte de borradores para el discurso de Martí cuando el centenario del nacimiento de Simón Bolívar, y se ofrece en apéndice, además, la versión publicada por el diario neoyorquino* Las Novedades. *En las crónicas, se sigue el orden cronológico de escritura, datado por Martí. En los casos de no aparecer esa fecha, se ordenan los textos por la de publicación.*

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

ABREVIATURAS Y SIGLAS

CEM: Centro de Estudios Martianos.
EJM: *José Martí. Epistolario*. Compilación, relación cronológica y notas de Luis García Pacual y Enrique H. Moreno Pla. La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993.
LN: *La Nación*, Buenos Aires.
LOO: *La Ofrenda de Oro.*
Ms.: Manuscrito.
Mf.: Microfilme.
Nf.: Nota final.
OC: José Martí. *Obras completas.* La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, 28 t. [El t. 28 fue publicado por la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.]

1883-1884

La Nación

CARTA DE LOS ESTADOS UNIDOS
(De nuestro corresponsal)

Muerte de Guiteau.—Lances singulares.—Los periódicos: el público: el reverendo: los hermanos.—El reo.—La oración y el canto del patíbulo.—Capitalistas y obreros.—Grandes huelgas.—Últimos debates del Congreso.—Descomposición del Partido Republicano.—Campamentos religiosos.—Escuela de filósofos cristianos.—Congreso de educadores.

Nueva York, julio 15 de 1882.

Nació este mes a la sombra de un cadalso. Ante ávidos espectadores, cayó colgando al aire el cuerpo del asesino de Garfield. Parecía Guiteau, más que criatura animada en que se hospedasen humanos afectos y defectos, una caja de resortes. No era de especie humana, sino felina: pobre de carnes, rico de nervios, lustroso de ojos, hecho para destruir. A otros devora el amor de los demás; a este lo devoró el amor de sí mismo. Pensar en él, daña; verlo dañaba. El orden general de la Creación está repetido, como en todos los órdenes parciales, en el orden humano. Guiteau era un insecto humano. Su vida fue la de una fiera cobarde, flaca y hambrienta. Su muerte fue la de un niño infeliz que juega a héroe, en medio de un circo. Otros crímenes son producto de la labor de una época en la mente de un hombre: el crimen de este fue solitario y espontáneo, no hijo de la locura de la mente, sino de la del apetito. Cansado de desear en vano, se vengó en un solo hombre de todos aquellos que se habían negado a satisfacer sus deseos. Y para que

su venganza fuese más cumplida, eligió el hombre más alto. Hay montañas que invaden con sus cimas serenas los aires azules—y hay abismos que se entran como lenguas de colosales serpientes, por los senos de la tierra. Hay hombres en quienes el bien reposa—que son los apóstoles; y otros en quienes el mal rebosa—que son los asesinos—como hay buitres y hay palomas.

Apena recordar los días últimos de la vida de ese mísero. Apena ver cómo los narraron los diarios de esta tierra; cómo—luego de muerto—quemaban por las plazas sus efigies; cómo halaban de los pies y llenaban de lodo los vestidos de una imagen suya, ahorcada en un farol de New York, los niños de la calle; cómo se recibió con festejos públicos, con cañonazos, como en Trenton,—con libre beber en las cervecerías, como en Washington,—con silbar de máquinas de vapor y vuelo de campanas, como en Pittsburgh, la noticia de su muerte. Cuando se abrió bajo sus pies la trampa porque se deslizó con gran caída, camino de la vida venidera, su cuerpo mezquino—rompió en impíos aplausos la muchedumbre de presos de la cárcel, que prolongó luego con vítores y hurras, la que danzaba y reía, como en verbena o día de gorja, a las puertas de la prisión del malaventurado. Aunque no sea más que porque recuerda la posibilidad de que exista un hombre vil, no debiera ser motivo de júbilo para los hombres la muerte de un ser humano.

Y el *Herald*, de New York, habló del mísero, y de los lances de sus postrimerías, y de los de su muerte, con mofa abominable. De Guiteau antes de morir decía que estaba «fresco como un pepino», «tranquilo como una mañana de verano»; «ágil como una pulga» pintaba al hermano del reo, que iba y venía como por casa propia, por la cárcel donde había de recibir horas después su hermano ignominiosa muerte, y andaba jovialmente por entre los grupos de curiosos favorecidos que repletaban el patio de la cárcel, y con sus mismas manos examinó las cuerdas, las tablas, el gorro de los ahorcados, los resortes, la trampa: palpó con fría curiosidad todos los escondrijos del fúnebre aparato.

Concíbese en caso semejante, que un hombre quede en pie, ante el cadalso de su hermano, convertido en piedra. Este más parecía inspector de fiesta que hermano de ahorcado. Desde el amanecer, estaba henchida de gente la ancha rotonda. Examinaban el patíbulo, como se examinan las barras peligrosas de donde va a dar el salto mortal el favorito gimnasta. No había esa solemnidad imponente que precede a la muerte misteriosa. Todo era ir y venir, y fumar sin tasa, y preguntar con insana avaricia, como cuando se está en vísperas de un espectáculo animado.

El reo mismo, vestido con singular limpieza, ensayaba, sentado en su lecho de la cárcel, con el jocundo reverendo que le asistía, el canto de una rastrera trenodia que se proponía entonar desde el patíbulo.—Era de verle el día anterior, platicando con serenidad y agudeza en la puerta de su celda con el cronista de un periódico, y pidiéndole excusas corteses por apartarse de él un momento para ir a cerrar una ventana de la celda

por donde le entraba aire frío. El cronista le argumentaba implacablemente sobre su crimen:—¡que importa poco revolver con punta de puñal la conciencia de un desventurado, si se da con ello pasto al apetito de un público avariento de extrañas noticias! Y Guiteau se desembarazaba de sus argumentos con nerviosa presteza. Era su modo de hablar, violento, saltante, airado, arrojadizo. Oyéndole y viéndole, se pensaba en zorras y lobos. Respondía apresurado con sus palabras inquietas, coléricas, abruptas, que parecían disparos de cohetes.

Todo el día estuvo de pie ante la reja de su celda, recibiendo visitas. Veíanse en él los esfuerzos de un domador de fieras: adivinábase que con mano de hierro ponía dique a torrentes de lágrimas, y reprimía los saltos tremendos de un tigre invisible.—«¡Estopa, y disparate! ¡estupidez y estopa!» exclamaba interrumpiendo con rudeza a su hermana, que le venía a decir adiós, con la sobrina del reo de la mano, y le prometía su reunión en el cielo, y el bien merecido por la inocencia de su alma.—Y al punto estrechaba blandamente la mano de la niña, y le hablaba con súbita ternura, como si a los pies de una maga se rindiese el tigre. En tanto, el reverendo sacaba de la celda el ramo de flores que había traído al reo su hermana piadosa, en que había una flor blanca envenenada. Desatada ya la lengua, con esa volubilidad convulsiva y extrema de los sentenciados a morir, y con esa mirada selvática y extraña, como de quien pone el pie en un mundo temible y desconocido, rogaba a su alcaide que consintiese en ausentarse de la prisión a la hora señalada para su muerte, con lo que esta no podría hacerse, por faltar el alcaide, ni luego, por haber pasado ya la hora.

Ni se ocultaban a sus ojos los diarios que enumeraban los detalles del próximo suceso. Se anunció el programa de la ejecución como el de una exhibición curiosa. Jamás sufrimientos de hombre honrado, ni celestiales dolores de mártir, fueron contados con mayor menudez que las palabras y actos de este reo, los hilos de la cuerda que lo ahorcó, los matices del vestido que le cubrió el cuerpo, las fibras de las tablas del cadalso. Decíase de qué pino era hecho, y de qué árbol fue cortado el pino, y de qué país vino la cuerda fúnebre, y de qué menjurjes la untaban para suavizarla, y cómo lo iba a ahorcar «el ahorcador más afamado de esta tierra».

Lleno estaba en la cárcel un cuarto de guardar, de cuerdas numerosas, y gorros negros, ribeteados de rojo, y muñecos colgando por el cuello de extremos de lazos, y modelos de patíbulo—enviados, para ayudar a servir al caso lúgubre, de todas partes de la Unión por gentes brutales.

El reo, aquella mañana en que murió, se acicaló esmeradamente, como quien va de bodas. No se notaba en él ya violencia, ni temor, ni disimulo. Parecía, por la exuberante gentileza con que recibió a su clérigo, novio feliz, que oye del sacerdote los deberes del estado en que entra,—y por el teatral aspecto de cuanto le rodeaba, y su leer de papeles, y su cuidar del parecer de su persona, y su ensayar en alta voz discurso y cantos,—artista de fama que va a probar sus fuerzas ante público nuevo.

Como quien va de viaje, registró cuidadosamente sus cartas, y rompió unas, y dio otras al clérigo. Vestía el clérigo ligero vestidillo, y cuando entró en la celda del preso para no abandonarle ya hasta el punto de morir, llevaba cubierta la cabeza con un sombrerín de paja, y los diarios del día bajo del brazo. Y Guiteau le enviaba a una y otra parte, cual director de función que no quiere que haya cosa que no esté en su punto: a ver si tal persona estaba entre los curiosos, a ver si todo había sido dispuesto de modo que no marrase la escena final, a ver si los menesteres del patíbulo estaban ya bien probados y aderezados.

En la puerta oíase tumulto, y era que la hermana solicitaba permiso para ver ahorcar al reo, y venía con el carruaje lleno de anclas, coronas y cruces de flores con que cubrir su cuerpo muerto. Ya van de procesión, de la celda al cadalso, por entre hileras de curiosos, de generales, de diputados, de cronistas de periódicos, de médicos. Hacen de incienso bocanadas de humo. El alcaide, con su bastón de oro, encabeza el séquito. Junto al reverendo, que lleva libros y papeles, va atado el asesino, firme el paso, pálido el rostro, recogido el continente. Oh! no haya miedo: no contaremos cosas demasiado horribles. Ya sube a la plataforma Guiteau sereno; ya en lidia odiosa se codean, precipitan y empujan los espectadores, por lograr buen puesto y amplia vista en torno al cadalso. Y el que mejor puesto logra, y más serena tiene la faz, y mejor ve, es el hermano.

Mas ¿qué es eso? ¿Es un hombre que muere? ¿Es el vulgar servicio religioso de una iglesia pobre? ¿Es la exhibición de curiosidades en algún escenario de circo de pueblo? Porque el programa tiene varios lances, y al entrar en cada uno nuevo Guiteau lo anuncia al público, como los tarjetones de los cafés cantantes de París avisan a la concurrencia la canción que viene, y como los saltimbanquis encasacados de los museos introducen, con esbozos biográficos, cada una de las bestias humanas, enanos contrahechos, gigantes fingidos, albinos improvisados e idiotas enseñados, que exhiben.

Dice el clérigo una plegaria monótona. Guiteau anuncia que va a leer, y lee con aquel tono de falsa unción e inspirada salmodia de los predicadores comunes, unos versículos del décimo capítulo de Mateo.—Desenvuelve un papel el reverendo. «Ahora, dice Guiteau, voy a leer mi última plegaria.» Y lee, en el papel que mantiene a buena altura ante sus ojos el reverendo servicial, una oración al Salvador. ¡Parece una columna de humo negro, en que revolotean jóvenes buitres! ¡Parece una lluvia de culebrillas disparada al cielo! Parecían látigos las frases. Y las decía de modo que parecían puñales. No las pronunciaba: las clavaba. ¡Qué lenguaje! ¡Qué mezcla de dialecto bíblico y odio satánico! Hablaba con Jesús en la lengua de Luzbel. Usaba giros religiosos para pronunciar anatemas enconados:—«El espíritu diabólico de esta nación, de su gobierno y de sus periódicos, hacia mí, te justificarán, Señor, para maldecirlos.» «Arthur (el Presidente) es un cobarde y un ingrato!»—«Todos mis asesinos, desde el Ejecutivo hasta el verdugo, irán al infierno.» «Caiga mi sangre sobre este gobierno y estos periódicos.» «¡Adiós, hombres de la tierra!»

Ya a este punto, el cadalso estaba como levantado sobre los hombros de las gentes. Los rostros no estaban tristes, ni espantados, ni airados—sino ávidos:—«Ahora»—dice de nuevo la voz de Guiteau,—una voz extraña, hiriente y sin eco—«voy a leer unos versos que indican mis sentimientos al dejar este mundo. Puede ser que hagan buen efecto puestos en música. La idea es la de un niño que balbucea a su padre y a su madre. Los he escrito esta mañana—añadía como si hablase a la posteridad atenta—como a eso de las diez.»—Y comenzó entonces un espectáculo tristísimo. Aquella trenodia era una mísera aglomeración de frases pueriles, sin medida ni concierto. Aquel desventurado, que había querido morir cantando como los mártires del Cristianismo, moría arrastrándose como si la culpa al fin, despierta en su recio pecho, le estuviese clavando los dientes ponzoñosos en la garganta. Idiótico y salvaje parecía a la vez el cántico. Coros de sollozos, que a borbotones entorpecían la rajada voz del triste, rompían al término de cada estrofa, a modo de estribillos o de épodos.

El reverendo le animaba con golpes en el hombro, como jinete a corcel que desfallece. El triste comenzaba a cantar la estrofa nueva, como si anduviese ya sobre sí mismo, y le pesasen sus propias palabras como cadenas. Por entre los sollozos mal apagados rompía el canto tardo y lastimero, como un quejido, como un alarido, como el clamor de quien pide merced, alzada ya en el aire el hacha matadora, abrazado a las rodillas de un verdugo implacable. Lloraba, lloraba a mares. Y se rehacía, y reanudaba el cántico.

El hermano, miraba sereno. En torno al cadalso, de los tabacos encendidos subían columnas de humo. En las ventanas de las celdas vecinas, los cronistas de los diarios escribían apresuradamente sobre los pretiles. Por sobre los cristales de una abertura del techo, revoloteaba, acaso como una promesa, un gorrioncillo. Con una nota estridente prolongada, súbita, acabó al fin el reo su cántico. Y con él, su cobardía. Él llamaba a su canto el balbuceo de un niño en crianza, sí, en verdad, en crianza a los pechos de una terrible nodriza.

Luego vinieron cosas no narrables. Él, sereno y seguro: ellos, dados presurosamente a las brutalidades de la horca. Cae de las manos de Guiteau un papelillo; alza el alcaide el bastón de oro; «¡Listo! ¡Gloria! ¡Vamos!»—dice con voz sonora el reo;—se abre a sus pies la trampa, y a poco, la rotunda estaba desierta, contento de su mano firme el ahorcador, y al lado de un féretro descubierto, el hermano, moviendo el aire con un abanico sobre un rostro lívido.

En juguetes andaba imitado el cadalso de Guiteau, en los fuegos artificiales de los primeros días de julio quemábase, ante veintenas de millares de espectadores, la cabeza de Guiteau en tamaño monstruoso, y en el pueblo de Norwich, el día 6 de julio, reuniéronse los niños de la población con una horca y un ahorcado de juguete, para ahorcar a Guiteau.

Estamos en plena lucha de capitalistas y obreros. Para los primeros son el crédito en los bancos, las esperas de los acreedores, los plazos de los vendedores, las cuentas de fin de año. Para el obrero es la cuenta diaria, la necesidad urgente e inaplazable, la mujer y el hijo que comen por la tarde lo que el pobre trabajó para ellos por la mañana. Y el capitalista holgado constriñe al pobre obrero a trabajar a precio ruin.

Los que viven suntuosamente, merced a colosales especulaciones, azuzan al Congreso, a fin de mantener siempre repletas las arcas del Tesoro, a no mermar las contribuciones exorbitantes que afligen los frutos y tráficos en toda la Nación. De este exceso de contribuciones, a poco que las cosechas mermen, o que algún producto escasee, viene exceso de precios. Para el capitalista, unos cuantos céntimos en libra en las cosas de comer, son apenas una cifra en la balanza anual. Para el obrero, esos centavos acarrean, en su existencia de centavos, la privación inmediata de artículos elementales e imprescindibles. El obrero pide salario que le dé modo de vestir y comer. El capitalista se lo niega.

Otras veces, movido del conocimiento del excesivo provecho que reporta el capitalista de un trabajo que mantiene al obrero en pobreza excesiva,—rebélase este último, en demanda de un salario que le permita ahorrar la suma necesaria para aplicar por sí sus aptitudes o mantenerse en los días de la vejez.

Pero ya estas rebeliones no son hechos aislados. Las asociaciones obreras, infructuosas en Europa y desfiguradas a manos de sus mismos creadores, por haberse propuesto, a la vez que remedios sociales justos, remedios políticos violentos e injustos, son fructuosas en Norteamérica, porque solo se han propuesto remediar por modos pacíficos y legales los males visibles y remediables de los obreros. Ya no hay ciudad que no tenga tantas asociaciones como gremios. Ya los trabajadores se han reunido en una colosal asociación, que llaman de Caballeros del Trabajo. Ya, por treintenas de miles, como ahora mismo en Pittsburgh, se cruzan de brazos, animosos y firmes, ante los fabricantes de hierro que tenazmente les niegan el aumento de sueldo que demandan. Ya, como hoy en New York, los trenes cesan, los barcos duermen, los frutos se enmontañan en las estaciones de embarque de los ferrocarriles, y el comercio de toda la nación sufre extraordinaria merma,—porque los cargadores piden a las empresas ferrocarrileras un salario que les permita comer carne.

Piden 20 centavos por cada hora de faena, y que les aseguren trabajo por dos pesos diarios, porque hombre que va y viene a leguas del lugar de su labor, y come fuera de casa y tiene en casa mujer e hijos, y para trabajar ha de vivir en ciudad costosa, no puede hacer con menos de dos pesos vida de ciudad. Las empresas de ferrocarril, teniendo en poco a sus cargadores, negáronse a la demanda, y hace un mes que están faz a faz los dos bandos hostiles.

Toda la ciudad está del lado de los cargadores desatendidos. ¡Con qué entereza están llevando su mes de penuria! ¡Qué gozo da verlos, como ennoblecidos de súbito por el

ejercicio de su dignidad, acudiendo, comedidos y limpios, ya a grandes paradas, en que recorren las calles sigilosa y ordenadamente, ya a reuniones que celebran en medio de las plazas, en los muelles abandonados, en humildes salones! Acá hacen tribuna de un carro que les presta un irlandés fornido; allá, de un montón de cajas; más allá, de una elevación del terreno. Está siendo una interesantísima batalla.

Véase ahora cómo no es de desdeñar el trabajo más ruin. Esos rodadores de baúles, esos empujadores de sacos, han conmovido y dificultado el comercio de toda la Nación. Las empresas ferrocarrileras, teniendo en cuenta la penuria excesiva de las clases pobres, buscaron y hallaron al punto millares de cargadores nuevos. Mas eran italianos, no hechos a esta labor ruda; eran alemanes, sobrado varoniles para siervos; eran judíos fugitivos de Rusia, a quienes sus súbitos y tremendos males privan de ánimo y fuerzas.

Creyóse al principio que, reemplazados los cargadores, o reentrarían en sus puestos por el ruin salario viejo, o quedaría la labor a cargo de los nuevos. Pero ya era que los novicios no acertaban con la ágil manera de cargar de los rebeldes; ya que centenares de carros aguardaban en vano repletos a las puertas de los colosales almacenes; ya que los mozos ásperos de los barrios perseguían sin descanso a los obreros nuevos que trabajaban, y aún trabajan, como sitiados en los almacenes, y amparados por gruesos destacamentos de policía. Y ya es, que merced a su cordura y paciencia, abandonan en masa los trabajadores nuevos a sus empleadores, y se unen bravamente a la protesta de los cargadores rebeldes. Todos hoy, italianos, alemanes y judíos rusos, abrazados fraternalmente por las calles, y acudiendo a reuniones entusiastas en que se hablan a la par todas las lenguas, demandan a las compañías de ferrocarril, que ha poco aumentaron sin pretexto los precios de carga, el nuevo sueldo y la nueva garantía.

Gran suceso es este en esta lucha. Antes, si los trabajadores del país se declaraban en huelga, acudíase a los italianos, puestos a trabajar por pobre precio. Ahora, rebelados ya los italianos, que entienden que realzando las condiciones del trabajo para otros, las realzan para sí,—los empleadores habrán de ceder a las demandas justas de los empleados. Que no es de creer que por demanda injusta se exponga un obrero, que tiene su arca en sus brazos, a dejar en hambre y miseria su casa desolada.

Y así quedan: soberbios los del ferrocarril; confiados, y ayudados con buenas sumas de dinero por los obreros de toda la nación, y gentes ricas de buena voluntad, los cargadores. De manera pasmosa se entrelazan e intiman los cuerpos de obreros.

Se agrupan rápidamente, como elementos dispuestos ya al combate. No solo tiene cada cuerpo fondos propios, sino que se está creando extraordinario fondo general para que sirva de arca permanente a cada cuerpo en huelga. Esto hasta ahora es justicia. Quiera la buena fortuna que, luego de satisfecha, no se trueque en celo e ira. Porque en este pueblo de trabajadores, será tremenda una liga ofensiva de los trabajadores. Ya están en ella. El combate será tal que conmueva y renueve el Universo. Estas que hierven, son las leyes nuevas. Esta es en todas partes época de reenquiciamiento y de remolde. El siglo

pasado aventó, con ira siniestra y pujante, los elementos de la vida vieja. Estorbado en su paso por las ruinas, que a cada instante con vida galvánica amenazan y se animan, este siglo, que es de detalle y preparación, acumula los elementos durables de la vida nueva.

En el Congreso también están de lucha: también están de lucha en el Partido Republicano. Piden los demócratas la rebaja en la tarifa de derechos de importación, mantenidos en alza para favorecer,—que es lo mismo que perpetuar el monopolio de que gozan—a las industrias nacionales. Piden la rebaja inmediata de los derechos de los artículos de consumo en el interior de la Nación. Las contribuciones se imponen para sufragar con ellas los gastos del Tesoro. El Presidente declaró en su mensaje que las contribuciones habían excedido el año pasado en cien millones de pesos a los gastos. Los demócratas quieren que de esos cien millones de pesos innecesarios sean rebajadas las contribuciones. Pero acontece que el Partido Republicano, amenazado de extraños y de propios, ni quiere enajenarse, con la reducción de los derechos de importación de frutos extranjeros, el apoyo considerable de los capitalistas a quienes el sistema prohibitivo favorece,—ni ve mal que para acudir so capa de un gasto o de otro, achacados a necesidades de la Nación, a las expensas que requiera la conservación del partido en el poder, exista en las arcas, que prohombres del partido administran, un crecido sobrante.

Alegan además los republicanos que ya entró esta nación en edad de mayoría, y la América del Sur, en época de definitivo establecimiento: que para las necesidades de su expansión, ha menester de gran suma, que pueda levantar súbitamente gran ejército, y de temible armada. Alegan que pudiera venirse, o por querer autoridad suprema en el canal de Panamá, o por impedir el crecimiento del poder inglés en América, a una guerra con Inglaterra, que es gran poder naval. Y se ha dado el caso extraño de que el Congreso vote suma crecidísima para las reparaciones de la armada, a petición y por tenaz empeño de aquel Secretario de Marina que en tiempos de Grant empleó, en gastos confusos, o innecesarios, o totalmente inexplicados, cientos y más millones. Tal hombre, Robeson, que fue pocos años ha, por la expresada conducta, befa de la nación y vergüenza de su partido, es hoy, con lo que se da medida de la descomposición de la política del bando republicano, uno de los jefes, si no el único jefe, del bando republicano en el Congreso.

Y otra cantidad, también enorme, han votado contra unánime opinión de los demócratas, que mantienen que esos dineros van a malas manos, para atender a las obras de puertos y ríos. Vese bien que comido de males interiores, el Partido Republicano intenta deslumbrar al país con un programa adulador de política nacional.

¿Por qué ha de ser tan ligera de suyo una correspondencia, que no da ya espacio a entrañar en estos curiosísimos problemas internos del sufragio público, médula, eje, vida de las naciones republicanas? ¿Por qué no ha de llevar esta primera, humilde, precipitada

carta, tantas nuevas curiosas de sucesos varios, de los que oran, arrodillados en millares, a la sombra de árboles altos como los de los druidas, en campamentos religiosos, que pueblan los bosques de palabras de amor, de esperanzas, de fe, de himnos sagrados? ¿Por qué haber de callar cómo sacan a luz con fervor científico, las bondades de la Cristiandad en un Congreso Cristiano de Verano, los filósofos amigos de Jesús que ven en descrédito y ruina el dogma amoroso, en manos de los malos sacerdotes, y de reformadores hábiles y activos? ¿Por qué, sobre todo, no sentarnos al lado de los Educadores en consejo, que están viendo,—con agradecible y laborioso empeño, la manera de educar al niño de modo que abandonado luego entre los hombres, pueda aplicar sus fuerzas enseñadas a un mundo conocido, en vez de ser ciego presuntuoso, cargado de letras griegas y latinas inútiles, en medio de un universo activo, apasionado, real, necesitado, que lo ofusca, asorda y arrolla?

La prensa no puede ser, en estos tiempos de creación, mero vehículo de noticias, ni mera sierva de intereses, ni mero desahogo de la exuberante y hojosa imaginación. La prensa es Vinci y Angelo, creadora del nuevo templo magno e invisible, del que es el hombre puro y trabajador el bravo sacerdote. Aquí hierven, en junto con los modernos problemas humanos, los problemas concretos de América, y ambiciones que alarman y grandezas reales que deslumbran. ¿Qué mucho que, movida del ansia de cumplir estos grandes deberes, la pluma, a riesgo de parecer cansada, se abandone a considerarlos?

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 13 de septiembre de 1882.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Galas del año nuevo.—Gente de pro y gente llana.—Ancianos de otro tiempo.—Luto en la Casa Blanca.—El ministro Allen.—Gobernadores austeros y pomposos.—Boston, sus hijos ilustres, su gobernador nuevo y sus ceremonias.—Benjamin Butler.—Hermoso episodio de la historia del sufragio.—Preliminares necesarios para entender sucesos venideros.—Significación del advenimiento de los demócratas.—Deslinde de los campos políticos.—La batalla pasada y la venidera.—Suma de historia política.—Mesa del Universo.—Trineos blancos.

New York, 19 de enero de 1883.

Señor Director de *La Nación*:

Aún humean las fiestas de año nuevo. Aún cuentan regocijados los mancebos las galas

que vieron, y las damas y damiselas que saludaron, y las ensaladas suculentas y nobles vinos que cataron en las casas que recibían visitas de entrada de año, que son ya menos que eran antes, porque muerde a la naturaleza humana el amor del Aristos, y cuando no tiene, por ventura, pedestales de sangre en donde alzarse a publicar cuarteles de nobleza, álzase sobre pedestales de oro a pregonar, a modo de nobleza nueva, el desdén de las prácticas comunes. Antes, no había en día de año nuevo puerta cerrada, sino que parecían de Lúculo las mesas; bien servidas entre jarrones ricos y flores, más ricas siempre que los jarrones, de manjares y lujos de beber que diesen fuerzas a los parleros visitantes para visitas nuevas;—y eran sonajas las casas, tiendas de alegría los coches, las mujeres, vasos de fiesta, romería las calles. El más lindo traje era para este día del año; el galán rico lucía a rápido paso su yegua de buena sangre y su delgado caronajillo; el dependiente humilde, muy aderezado y muy lucido, llamaba con sus mejores prendas de vestir a la casa del principal opulento, que con el calor del Jerez, y con el mejor que dan las fiestas de la casa, y la ventura, desarrugaba aquel día la frente de los ceños que suele poner en ella el señorío.—Vénganse los neorricos en los que no son ricos aún, de la época en que ellos no lo eran. Y gustan villanamente de humillar como ellos fueron humillados, y de hacer beber a grandes copas el acíbar que bebieron ellos.

Este día de año nuevo ha sido siempre de inusitada gala y gozo, en que se vaciaban de tarjetas las tiendas que las venden, y de fuerzas los carteros abrumados que las llevan, y de carruaje los establos, y de rosas los jardines, y el pecho de tristezas.—¿Quién tan mísero, que no tenga a quién ver, o de quién ser visto? Pero esta vez la costumbre vino a menos, porque las altas casas, en vez de abrir sus puertas de granito bien pulido, o peña rota a sendos tajos, como las piedras de los palacios de Florencia, o vil imitación de piedra; porque no hay imitación que no sea vil,—colgaron del llamador de bronce una cesta con cintas de luto, para dar noticia a los corteses visitantes de que estaban cerrados por duelo de pariente los salones, o con cintas de colores más alegres, en ligera señal de que los empinados dueños no gustaban de pagar tributo a usanzas populares.

Mas como esta es ciudad de ciudades, y mar de gentes y golfo donde se encuentran, rompen y hierven juntas todas las corrientes de la vida moderna, parecían ese día las calles de potentados ceñudos y de nobleza fresca, como dama escurrida y remilgada en salón de mocerío jovial y rebosante, y todo fueron, a los ojos de quien no vio mejores años, cascabeles en los trineos, enjardinamiento de las salas, susto mortal en las bodegas, despedidas bulliciosas en las escaleras, peregrinación de los visitadores de pie a cabeza de la ciudad alborotada; y recuento en la alta noche, como de batallas ganadas, del número de casas a que se pagó cordial visita.

Parece en esta ciudad grande, donde viven las gentes tan solas, como que se aprovechan las almas con ansia de toda ocasión de averiguar que no viven olvidadas. Y ¡cómo embellece la alegría! Y ¡cómo rejuvenece! Aun los que no han catado licor, parecen el día de año nuevo ebrios de buen vino:—¡de alegría!—Corren, como movidos

de celestes vientos. Si se apagaran las luces de la tierra, con las de sus ojos animados habría fiesta de luz. Andan enternecidos,—como purificados,—aniñados. El gozo de querer les aviva la sangre. Duermen los libros de comercio, que son menos digno empleo del hombre que el cultivo de los campos. Duermen las plumas, que son lanzas mejores que las lanzas. Los jóvenes se alocan, y los ancianos resplandecen.

Aunque ya van de muerte aquellos castos caballeros neosajones, humildes como hijos de viajeros de la *Flor de Mayo*, que fue el barco feliz que trajo con los puritanos, y la virtud de ellos, el grano de este pueblo, ya van de muerte aquellos ancianos de ojos húmedos y limpios, como de gente de alma buena; de labios finos y cerrados, como de hombre discreto,—luminosos, como almas puras, sanos de espíritu y de cuerpo, como manzanas de noviembre. Aquellos ojos de holandeses, y viejos hidalgos de Bretaña, aquellos sobrios y domésticos patriarcas, aquellos sacerdotes de la libertad, pueriles, astutos y grandiosos, aquellos Tíos Samueles de sombrero de pelo blanco, barba en halo, ojo profundo, nariz aguileña y rostro lampiño, aquellos ricos de traje de paño recio y burdo, zapato ferrado y guante de lana, aquellos caminadores y reidores, van de muerte.

Hoy, nadie tiene su pulso en calma. Se anda por sobre las casas, en ferrocarril, y por sobre la vida. El ansia de la fortuna bebe en flor, como abeja venenosa, las mieles de la vida. Ni al corazón mismo se le abren las puertas hasta que no se tienen vencidas ya las de la fortuna. En los nuevos ancianos hay como el descontento de haber vivido; en los nuevos jóvenes, como el miedo de no vivir bastante.

Uno de esos ancianos de otro tiempo murió en Washington, y en plena fiesta de Capitolio, el día de año nuevo. Es el presidente Arthur caballero de salón, y abría con pompa, en recepción solemne, a la par que el año, la estación de fiestas de la ciudad oficial, y el Capitolio remozado para ellas. Veinte damas granadas le ayudaban a estrechar manos de embajadores, gentes de alto oficio, y miembros del Senado y del Congreso. De nuestra América, ofrecían allí los respetos el caballero Domínguez, de continente grave, por la República Argentina, con los miembros de su casa oficial y casa propia; por México, con la esbelta dama de Nueva Orleans, que es su esposa, D. Matías Romero, trabajador infatigable, castor de la política, cuidadoso de todo menos de su gentil apariencia, hormiga que acumula en trabajos de día y noche pesos de elefante, hombre diogeniano. Por el Perú, cabizbajo, Elmore. Y por Venezuela, que parece hoy dama violada, el culto Simón Camacho, tierno como su hermano Juan Vicente, que escribió «La última luz», y la da perenne a su nombre con ella; Simón Camacho, el brillante e intencionado *Nazareno* que llenaba años hace de sales los diarios de Lima, y hoy hace de sutil embajador en esta tierra, abundante de ingenio, de corazón y de palabra.

Pero de súbito, como si se enlutaran los cielos, corrió la nueva de que expiraba en una de las salas de la casa el ministro Allen, de las Islas Sandwich, que había nacido con el

siglo, y crecido con él. Las músicas callaron, sobrecogió la tristeza al hidalgo Presidente; con el estado de las almas, que con sus afectos lo visten o lo desnudan todo, y acaloran o entibian la naturaleza, trocose en casa funeraria la que era un punto antes teatro de triunfo. De mal de corazón, que se enferma ahora más que antes, murió el que a pesar de ser ministro de las Islas Sandwich en los Estados Unidos, no era hijo de aquella tierra plutónica y fastuosa, donde la lava está hacinada en montes, y en bosques los rosales, y en valles opulentos los más sabrosos frutos.

Fue caballero de la paz el ministro Allen, y estos son los mejores caballeros. De romance tiene su vida; él afincó en Honolulu, y quien afinca, y llega a ser amado, a pesar de llegar a ser poderoso, en tierra extraña, es hombre de fuerza íntima y múltiple, y de bondad vencedora, y de tenacidad que sorprende. Porque tiene algo de demente todo el que vive en tierra extranjera. Los vinos del alma ofuscan el juicio. Este vapor que sube del alma de los desterrados es vapor terrible. Allen fue joven y fue de cónsul de los Estados Unidos a Honolulu, y le enamoraron las calles pacíficas, bordadas de cañas elegantes, y robustos aloes, y cactus colosales. Las primicias encantan. Las de la tierra enamoran, como si fueran primicias de alma de doncella. El hombre es tan grande, que se siente siempre un tanto esposo de la tierra. El pueblo nuevo agradó al hombre ingenuo; el archipiélago riquísimo deslumbró al joven mercader. De cónsul ante el Rey, se hizo consejero del Rey; y fue por veinte años, espíritu del nuevo Hawai, cerebro y brazo de su monarca, atador de voluntades de su tierra nativa y su tierra nueva, y mirado, entre cóleras pasajeras y odios de naturales celosos y ambiciosos émulos como Balum-Votan de barba blanca, que venía del Este, y daba leyes, y amor—que es mejor ley—y tiernos consejos, al pueblo nervioso, guerreador y vivo de los viejos mayas.

De Gambetta dicen, que por piedad de hijo, y como romántico alarde de natural de tierra de los trovadores, solía, a despecho de su fe nueva, enviar cirios a una iglesia en el día del aniversario de la muerte de su madre, y al que le hacía pensar en qué dirían de ello, respondía hermosamente que dirían que amaba a su madre. Del presidente Arthur, cuentan que teme a lo desconocido, e involuntariamente pone fe en presagios, por lo que tuvo peculiar tristeza,—mayor en él, que ocupa la silla que aún no ha vaciado bien la sombra de Garfield—con la muerte súbita, acaecida en su primera fiesta de año, del canoso Allen, que ayudó a crear a un pueblo.

Pero en este pueblo, que es ejército en marcha, no hay tiempo de contar los muertos. Ni el muerto les parece árbol arrancado de su jardín, sino ido a hermosear de antemano el jardín en que han de vivir luego. Y aún en el recordarlos, la vida es demasiado exigente, para que la memoria sea bastante fiel!

Con la entrada del año ¡qué acopio de sucesos! ¡Si parece panorama mágico, banquete de gigantes, ruido de entrañas de monte, creación de mundo!—Y esto último es: creación

de mundo.

Ya es un gobernador electo que seguido de sus caballeros de servicio, entra del lado del gobernador saliente y su cohorte, bajo la cúpula del Capitolio de Albany, ciudad que hace cabeza de este estado suntuoso de New York, y es madriguera de gente emprendedora, y de famélicos de oficio, que andan en busca de canonjías públicas, con las que aquí, como en buen número de tierras, suele darse paga deshonesta a tal o cual servicio subterráneo, feo como entraña, que ayudó acaso, en hora de combate, a la victoria de un partido: y al entrar bajo la cúpula, los dos gobernadores se separan, cada uno con su séquito, y el uno de esta ala, y el otro de la otra, van de nuevo a juntarse al fondo del salón, donde un sacerdote que cree saludablemente que no hay rito mejor de religión que el libre uso de la razón humana, eleva al cielo, cercado de hombres graves que tienen cerrados los ojos y las cabezas bajas, oración propia por el buen consejo del que entra, y la buena fortuna del que sale; y luego los dos gobernadores, en apropiados discursos, se saludan, tras lo cual abandonan del brazo la sala ancha y van a recibir plácemes de gente amiga, que es gente menguadiza en la hora de amargura, pero muy populosa y crecedera en horas de victoria.—¡No hay orugas más ruines que estos amigos de la hora venturosa!

En Boston, que es clásica ciudad, no se sientan en su silla nueva con tanta llaneza los gobernadores. Boston presume de hermana mayor de las demás ciudades de la Unión del Norte, y aun alardea de desdeñosa maestra. New York le parece brutal; Philadelphia, terca y gruesa; Chicago, un granero público. Ella sola se mira, y no sin razón buena, como cuna de la nación, y sagrario de las divinidades nacionales, y relicario de las costumbres de los patriarcas de la República, y tribunal de arte impecable, y universidad luminosísima. Periodista que tiene cuño bostoniano, ya pasa como periodista de buen cuño. Ser de Boston aquí, es como ser en Inglaterra de Oxford o de Cambridge. Y cerca de Boston está Concord, la apacible morada de los poetas y de los filósofos.

En Boston lució Motley, tan bello como Byron, autor de un libro que encadena y nutre, y no ha de faltar—en anaquel muy a la mano—de librería de hombre de ahora: la *Historia de la revuelta de los Países Bajos*.

Es más que historia, es procesión de vivos: Felipe II, lamido el pie de llamas, garduñosas las manos, lívido, como de reflejo de lumbre sulfurosa, el rostro; Granvelle, el cardenal acomodaticio, que se sacó del pecho, como prenda de andar que estorba para el camino, la conciencia; Don Juan de Austria, lindo loco; Alba, hiena, y Guillermo de Orange incontrastable, que es de aquellos que aparecerán en la hora del cómputo con un pueblo sobre los hombros, y tuvo en vida la grandeza serena, pujante y tenaz de los creadores.

De Boston fueron Emerson, que le dio luz, y Longfellow, a quien dio, con prebenda

segura, paz de vida, que fue como sentarle en el hogar la Musa:—¡oh!, en esta pesquisa del pan diario, qué ha de hacer la Musa, que tiene los pies blandos, sino sentarse a llorar, cansada y sola, en una vuelta oscura del camino! Ahoga el ruido de los carros las voces de la lira. Se espera la lira nueva, que hará cuerdas de los ejes de los carros. La tierra está ahora en hervor: la lira se verá luego, cuando este mar repose.

Y Boston, que es la patria de los místicos, es la patria también de los agnósticos, y de un agnóstico político, rico en mente y dineros, y en desdén de convenciones, y de trabas de partidos. De Boston es Benjamin Butler, que un día capitaneó republicanos, y otro demócratas; y es revoltoso decidor, que da golpes de maza con la lengua, cuando no de florete bien templado, y de quien hablan hoy los diarios como de gobernador vivo y efectivo, que intenta que sea cosa memorable su gobierno, y le abra paso, por cierto hoy un tanto entorpecido y oscuro, a la presidencia de la República.

Ya lo vocean como candidato. Pero en esta tierra, sobrado heterogénea, radiada, examinadora y tumultuosa, para que alcance a cautivarla de una vez un hombre solo, llégase más acaso a la presidencia por cualidades de discreción y medianía que hacen posible el consorcio en la persona discreta y mediana de entidades superiores rivales e intereses diversos, que por cualidades brillantes y agresivas, que excitan celos agudos en los grandes de la fama y de la mente, y hacen menos posible, si no imposible en todo, el amigable compromiso de facciones y elementos celosos y varios.

Aunque Butler sabe ver, y verá ahora que el país está descontento de los audaces, pródigos y soberbios republicanos; y que los demócratas, que pudieran sucederles, no se dan prisa a acreditarse de desinteresados, modestos, compactos y probos; y que la República, fatigada acaso de tanto logrero, buscador de oficio, cómplice de contratistas, e instrumento de politicastros, que son plaga que roe a uno y otro partido, tiende la vista colérica, en busca de nueva aurora. Y Butler, que está a lo que nace, se pone a que le den de lleno los rayos de la nueva luz. Pero es aún, por lo versátil, acometedor, novador y bullente, personaje, más que nacional, pintoresco. Lo que le trae ahora en palmas es su elección reciente, por número oceánico de votos, al gobierno de su pulcro estado.

Burlan mucho a la apergaminada Massachusetts, de que es Boston cabeza, por haber puesto su gobierno en manos de tan gallardo y resuelto alborotador. Pero Massachusetts no ha tenido muchas veces gobernador tan favorecido de su pueblo.

Parece que es Butler uno de los nobles de la naturaleza, que hace, sin duda, sin respeto a los artificios de sus hijos, sus nobles y sus plebeyos. Son estos nobles aquellas criaturas mordidas del amor de lo perfecto, a quienes de amar lo perfecto en arte, les viene delicada aristocracia, y de amar lo perfecto en justicia, les viene generoso amor de pueblo.

Las superioridades se respetan: y la misma superioridad de la preocupación ve como a hermana, en las horas de crisis, la superioridad de arte o justicia. Todo hombre nace rey; la labor está en hallar en sí los útiles con que se hace el trono. Así Butler, que sabe de

coro la *Biblia* y los poetas, y usa ramilletes en el ojal y en su lenguaje, y gasta frac, e ideas de frac, place vivísimamente, por cierto ferviente amor suyo innato a los humildes, en que rebosan todas las naturalezas verdaderamente grandes, a la masa empujadora, radical y votante.

Era de ver Boston el día en que Benjamin Butler puso la mano en la pértiga de roble, de grueso puño de oro, que en Massachusetts vetusto es símbolo de gobierno. Allí placen las ceremonias, la procesión elaborada, la junta de las corporaciones del estado, la música solemne, el juramento escrupuloso de lealtad a Massachusetts y a la Unión. Año tras año venía Butler llamando en vano a las puertas de la casa de gobierno. Mas no vence—y esto acaso ha de entristecer a los reformadores de alma mansa y apostólica—sino quien se ama: el desdén de sí lleva con excepciones raras, al martirio obscuro. Acaso en la baraja de la vida, no son triunfos sino los oros que llevan mezcla de virtud y de ambición.

Ahora, «la ola popular», llamada a furia por las últimas prodigalidades y desdenes de los republicanos, que no ven que el pueblo es ola y la ola agua, y quien pone el pie en ella se va a hondo, trae al vocero de reformas a la casa de gobierno, en el instante en que no parece que haya reforma grave que no esté ya en sazón y a punto de dar mieles.

¡Qué hermoso encrespamiento el de este pueblo, dos o tres meses hace! Parece como gigante dormido, que, seguro de su fuerza en la hora dura, no se da prisa a levantarse; mas se levanta, mueve la maza enorme, aplasta al enemigo o al obstáculo y de nuevo duerme. Y en su sueño, oye.

Estos meses han sido aquí teatro de un interesantísimo episodio de la historia del sufragio. No cabe en carta. Arranca de lejos y va lejos.

No hay cosa más escurridiza y vidriosa que la Libertad. Dama de gran valer, se enoja de que un solo momento la descuiden. Quiere plática que la entretenga, celo que la estimule, culto que la halague. Todo es análogo en la tierra: en vano se pedirán flores hermosas al floral que cede a la maraña; en vano amor a la mujer de cuyo amor ansiosamente no se cuida; en vano fruto al árbol que se deja a regocijo de gusanos; en vano grandeza y permanencia a la libertad cuyo cultivo se abandona. En el amor del hombre y la mujer, la ternura infatigable y galante es la dote de esencia, que asegura al afecto luenga y sólida vida: en el amor del hombre y la libertad, la fidelidad es la condición del goce permanente de la amada. Pues ¿quién deja a sus criados de servicio el cuidado de requebrar de amores a su dama? Ni ¿qué dama otorga mansamente su ternura a quien desdeña, por pereza, o por arrogancia, o por seguridad del amor de que no cuida, la tarea dulce de venir empeñosamente a demandarla? De abandonarse demasiado a la señorial seguridad que da el derecho, viene a los casados la mayor suma de sus males; y de esto mismo vienen sus mayores males a los pueblos.

La libertad ha de ser una práctica constante para que no degenere en una fórmula

banal. El mismo campo que cría la era, cría las ortigas. Todo poder amplia y prolongadamente ejercido degenera en casta. Con la casta, vienen los intereses, las cábalas, las altas posiciones, los miedos de perderlas, las intrigas para sostenerlas. Las castas se entrebuscan, y se hombrean unas a otras.

Tanto gobernó a los Estados Unidos, en años pasados, el Partido Demócrata, que no quedó al cabo la Constitución en sus manos sino como un montón de papel arrugado. Los prohombres gloriosos, mantenidos por su buena fama en altos puestos, se habían hecho políticos de oficio. Ayudaban los políticos a los ricos, y los ricos a los políticos. Los poderosos del mercado vaciaban sus mejores bolsas para cohechar votos, ganarse empleados, y favorecer ardides en la hora de las elecciones, a trueque de que los electos favoreciesen luego con sus votos los planes en que cifraban mayores esperanzas de fortuna los ricos mercaderes.

Habían estado los demócratas demasiado tiempo en el poder para que oyesen ya de cerca al pueblo. Y despertó el gigante, y dio con los demócratas en tierra,—y en alto con el partido de los republicanos. Estos domaron la guerra civil, hicieron libres a los esclavos, amortizaron una deuda monstruosa, levantaron por sobre su cabeza, humeante aún, pero sonriente y sana, a la República. Republicanos eran los grandes previsores, y los grandes guerreros, republicanos. Ellos, los abogados del pueblo uno y grandioso, los fabricadores de milagros, los amadores vehementes de la humanidad libre. Aún se oye el concierto de alabanzas que se alzó de los grillos de los esclavos negros al caer rotos de súbito sobre la tierra.

Pero la certidumbre de la posesión empezó a deslucir la modestia del triunfo. Los militares desocupados no se resignaban de buena voluntad a dejar de ser personajes nacionales: ni ¿quién se resignaría de buena voluntad, que haya tenido puestos sobre sí los ojos de nación tan grande? Nada embriaga tanto al hombre como sentirse centro de hombres. Le entran pujanzas divinas, y ya no cabe en la piel de un mercader, ni en el blusón azul de un cosechero. La guerra había sido sobrado larga para que los que, como hombres de consejo o de guerrear, no hubieran ya hecho, con descuido de las propias, una profesión del manejo de las cosas públicas. Y como adquirieron fama por aconsejar bien y guerrear bien en la hora del peligro, pareció loable mantenerlos, en la hora del triunfo, en el puesto que honraron cuando era peligroso. Y el gigante, confiado, durmió un largo sueño.

En tanto, con el crédito de la República, se vaciaban para venir a ella de trabajadores los países que persiguen y los imperios que oprimen. Todo hombre necesitado es un capitalista. El trabajo no es más que el arte de acuñar las ideas en oro o plata. Toda moneda ha sido primero idea. Por los campos seguros, se entraron los inmigrantes impacientes. Vino la sobra del cultivo; volcadas por la mano del hombre, dieron todo su oro las entrañas de la tierra; rebosaban, como carreta henchida, los mercados; los mares eran voceros del gran suceso humano. A la riqueza gigantesca, respondieron empresas

gigantescas. Halagados del aura popular, y bien pagados en moneda presente sus servicios de antaño, y desocupados, trocáronse como en una aristocracia los héroes del consejo y de la guerra. Ya no sabían vivir fuera del Senado, fuera del Congreso, de los gobiernos, del ejército, del Capitolio. Habían perdido las artes privadas. Se habían perfeccionado en el ejercicio de las artes públicas. Perder sus puestos hubiera sido perder sus fortunas.

Las masas se disgustaron de tal o cual abusador, y el abusador, que era hombre de pro entre los políticos, pasaba en hombros de sus colegisladores y de los que necesitaban aprovecharse de él en futura legislación, por sobre las masas disgustadas. Los capitales, como todo sobre la tierra, tendían a unificarse. El Gobierno, cohonestado por la tremenda guerra civil nacida de exceso en el principio de federación, se iba unificando como los capitales, lo que pareció a poco, en los capitales magnos que se apoyaban en los políticos magnos para ahuyentar la industria menor,—insolencia, y en el Gobierno, tiranía.

Quedaban sin hacer cosas urgentes, de que necesitaba la masa humilde y común. Se hacían a gran costo cosas enormes y no indispensables, que favorecían los proyectos de los potentados de la Banca. Era una liga incontestable de los magnates de la pecunia, que ayudaban al partido sospechado en la hora de los comicios, y los magnates de la política, que pagaban en leyes sustanciosas el apoyo de los de la pecunia. Y era otra liga incontrastable de los dispensadores de empleos y la gente empleada. El partido otorgaba el empleo, pero el empleado quedaba siervo del partido. El carro de la elección rodaba sobre ejes de oro. Cada empleado pagaba de su propio salario, que era de dinero de la Nación, una cuota cuantiosa, para auxiliar al triunfo del partido que le dio el empleo.

De esta ingeniosísima manera, el Partido Republicano se había asegurado un triunfo permanente a costa de los dineros de la Nación. A los que murmuraban de estos males, se les enseñaba «la camisa roja», se les hablaba del peligro de una nueva guerra, ya con los estados del Sur aún no contentos, ya con un estado de Europa, que quisiese venir a poner mano en América, ya con otros estados; se les decía que una nación inmensa necesita un gobierno fuerte; que un poder continental, en suma, tiene que acumular capitales, y atraerse fondos de repuesto, y ganarse la voluntad de las gentes de grandes fondos, para vaciarse en la hora precisa sobre el continente.

Así explicaban en plena paz, el mantenimiento de las contribuciones de guerra; así el exceso innecesario de la colecta de las contribuciones anuales; que en centenar y medio de millones se salió del presupuesto de los gastos. Seguros de su máquina gubernamental, y confundiendo en hora mala el clamor honesto de un pueblo fatigado con grita de gente hambrienta, los políticos hundieron hasta los hombros los brazos en las arcas, y prodigaron sin cordura el rico tesoro, y el amplísimo exceso, en planes de oscuros orígenes, necesidad no visible y honradez dudosa.

Por confianza primero en sus prohombres, por ausencia de interés personal e inmediato en el triunfo de los políticos en lucha; por la innecesidad de trocar por el

gobierno del partido que trajo la guerra, dilapidó los dineros públicos y corrompió los empleos, el gobierno de aquel otro partido que dio fin a la guerra, por lo que merecía luego los empleos de la paz, y aumentaba, puesto que bajo su régimen crecían los beneficios nacionales;—y por cierto desgano afeminado,—que suele venir de la riqueza, y codeo con gentes y pueblo de preocupación aristocrática,—de ir a votar a par del pueblo ingenuo, del extranjero recién naturalizado y bien pagado por el voto, o del empleado que, al defender su partido, defendía su hogaza de pan—fueron, en número alarmante, alejándose de las urnas electorales aquellos que se miraban, o sobrado en alto para ejercer tan popular oficio, o sobrado perezosos para ayudar a un triunfo que consideraban seguro, o sobrado impotentes para contrarrestar a un partido que había hallado modo de perpetuarse en el goce del poder merced a los dineros nacionales.

Y disgustaba además hondamente aquella red de la elección, tan bien tejida que no había espacio en ella para el pueblo votante, a quien daban los políticos de oficio de cada partido, juntos en convención preliminar, la lista de los candidatos del partido:—y era forzoso votar íntegra y servilmente aquella lista, que no se había tenido modo de ayudar a hacer, ni de objetar, ni de mejorar, o ser tachado de apóstata, el cual dilema, fue también parte grandísima a disgustar del ejercicio del voto a buen género de gente honrada, harto leal para ir contra su propio bando, y harto honesta para votar por candidatos que su buen juicio repelía.

A este mal muy sentido, se unieron este año, como en concreción y cumbre, todos los que minan a un partido incauto que ha estado largo tiempo en posesión de oficio. Ya era escándalo el repartir de los empleos. Con cada ministro se vaciaba y llenaba de nuevo el ministerio; con cada director, la Casa de Correos; cada vencedor traía su séquito y expulsaba al de su antecesor, que a su vez había expulsado el suyo: era como un renuevo de Mario y de Sila. El ignorante que tenía más patrones vencía en la puja por puesto al competente que tenía patrones pobres. Se repartían los más altos empleos como despojos de victoria. Aun dentro del mismo partido, la fracción vencedora expelía brutalmente a la facción vencida. Se otorgaban los puestos, no en atención a los merecimientos personales, ni a la probada educación oficial, ni a antecedentes nacionales honrosos, sino en paga de servicios de partido. Al peticionario no se le tenía en cuenta sino al servicio cuya paga pedía.

Lo cerrado y autocrático de las convenciones; lo abandonado y empequeñecido del voto público; la mala práctica de dar a gentes vulgares o no idóneas, en recompensa de servicios al partido del gobierno, puestos que había hecho la Nación, seno de todos los partidos, para gentes idóneas; el interés desordenado de los políticos profesionales en conservar, sobre injurias, denuncias y censuras, los puestos en que solían alcanzar más beneficio que honra; la complicidad terrible del empleado que, como siervo de gleba nueva, se hacía siervo del partido que lo empleaba, de miedo de quedar sin pan y carne, y el empleador, que al recibir del empleado dinero para la ayuda de las elecciones,

quedaba, por cierta moral lógica que crean las mismas mayores inmoralidades, obligado a conservar en su puesto al que desde su puesto le ayudaba, y a mantener en sigilo sus errores, como mantenía el empleado en sigilo sus cuotas; el desenfrenado empleo, en turbias empresas, o cosas para provecho de una u otra persona, del centenar y medio de millones que al pago de la deuda, o a la rebaja de las contribuciones internas, o a la promoción gradual del libre tráfico pudo dedicarse; y la liga íntima, en este y aquel estado, y esta y aquella Casa de Legislación, de los legisladores pródigos y los contratistas que partían con ellos los frutos de su prodigalidad legislativa,—juntáronse de súbito, como olas de mar fiero, que se reuniesen en combate heroico para vencer a las montañas de la costa; y llegada la hora de elección que fue en este noviembre, barrieron, a modo de viento purificador, las urnas pecaminosas de votos republicanos, y con majestuoso y sereno alarde de la magnífica fuerza de la paz, dieron los votos enteros de la Nación a hombres nuevos del partido democrático. El pueblo fatigado volvió las espaldas a los héroes y a los consejeros corrompidos.

Oh! fue cosa magna, que regocija de ser hombre.—Es verdad que, dentro del Partido mismo Republicano, venían de viejo clamando por reformas, pulcros políticos de notable influencia y miembros prominentes del partido, que en la situación corriente de los bandos políticos, viene a ser aquí el partido conservador de otros países.

Los unos, los contratadores, los cobradores de cuotas de empleados, los avarientos más notados, hacían gala de ultraaguilismo, y de extender por sobre gran parte de la tierra las alas del águila; los otros, que son en cierto modo como los caballeros de levita, y no de frac ni de uniforme, de esta política, abogaban noble y cuerdamente por el menester de poner atención en las cosas domésticas, ya que tiene esta nación dominio tan grande; hacían clamor de la justicia de dar los empleos a los probos y cultos, y de cobrar de menos el exceso cuantiosísimo de contribución innecesaria, y de limitar las contribuciones anuales a los gastos legítimos de la República, y de ir mermando de derechos de entrada a los productos extranjeros, y de robustecer más que de extender las alas del águila.

Estos eran los republicanos de «media raza» como les apodan; los buenos burgueses, que no desdeñan bastante a la prensa vocinglera, a las capas humildes, a la masa deslumbrable, arrastrable y pagadora. Los otros, los imperialistas, los «mejores»,—y sus apodos son esos,—los augures del gorro frigio, que, como los que llevaron en otro tiempo corona de laurel y túnica blanca, se ríen a la callada de la fe que en público profesan; los que creen que el sufragio popular, y el pueblo que sufraga, no son corcel de raza buena, que echa abajo de un bote del dorso al jinete imprudente que le oprime, sino gran mula mansa y bellaca que no está bien sino cuando muy cargada y gorda y que deja que el arriero cabalgue a más sobre la carga.

Los de «media raza», tenían el oído puesto al pueblo, que es viento arrollador, del que

importa saber dónde va y viene. Y los «mejores» eran, y aún son, los caballeros de la espalda vuelta:—por donde les tomó el pueblo colérico, que alzó esta vez el látigo, y les dejó la espalda verde y negra. Mantenían [los] «mejores» que la Constitución es ya capa raída, y cosa de otro tiempo, y que un pueblo empujador ha menester de carril por donde echarse, y no de alguacil que le ate los brazos: los de «media raza» que vislumbraron aun en las voces solemnes de Webster el espíritu heroico de los sagrados apóstoles de Philadelphia, y quieren la libertad sencilla, respetadora, magnánima y pura, repetían en diarios y discursos aquellas cosas honradas, límpidas que se oyeron, como acentos de titanes que hubieran venido a sentarse entre los hombres, en la época suma en que Washington aplacó, Madison preparó, Hamilton hacendó, Franklin aconsejó, y espoleó Jefferson. ¡Qué nombres! Parece, cuando salen de los labios, que se ven surgir de la sombra espléndidas estatuas!

Es verdad que era apretada, y de pecho a pecho, la batalla de los republicanos de «media raza» y los «mejores»; que los unos defendían con tanta firmeza la política pacífica, como con terco brío profesaban los otros la agresiva; que si los amigos de Grant favorecían la centralización en poderes culminantes y absorbentes de los poderes de los estados,—los intereses de los monopolizadores gigantescos, que son ala fortísima de ejército en la gran parcialidad aristocrática que se va ya dibujando; por desdicha grande acaso, en este país—el derecho del partido triunfante de premiar con destinos nacionales méritos de partido, y con aprobaciones benévolas de proyectos innecesarios o fraudulentos a los grandes cómplices de la hora de elecciones—los amigos de Garfield, quien más que a manos de Guiteau, murió a manos de los «mejores», que dejaron caer, con haberlas echado a volar, palabras de fuego en el oído de aquel ente diabólico,—defendían con patriarcal llaneza y tesón de Curiacios, la tendencia honradamente conservadora de la Constitución inalterable, la repulsión prudente y fraternal de los desbordes de las muchedumbres deseadoras e ineducadas, la abolición del método impuro de costear las elecciones del partido con las cuotas que, por trata innoble, pagaban los empleados de la Nación a sus empleadores, la revisión gradual en sentido librecambista de la tarifa de los derechos de importación, a cuyo sentido el de los monopolizadores es opuesto,—y el repartimiento de los empleos públicos entre gentes capaces de bandos diversos, solo por pecados públicos, removibles de los empleos—de modo de asegurar el buen servicio de la Nación, que no anda ahora bien servida, en vez de dar, como se da ahora, prebenda holgada y canonjial, beneficio a los politicastros y gentecilla de su ahíjo.

¿A qué decir que el partido democrático sacudía a todo brazo cien fustas de fuego sobre los bandos rivales, y los alzaba desnudos en diaria y empinadísima picota, y les hincaba el diente en la más honda entraña? Pero ¿qué es hoy el partido democrático? En la política práctica, es acaso el partido triunfador; en la política de principios, que no son a veces, y muy comúnmente, más que armaduras que se toman o se dejan, según sean de efecto bueno, o de uso inútil en la batalla popular, el partido democrático es, en todo

momento, todo lo contrario de lo que sea el Partido Republicano. Por donde los republicanos yerran, por ahí se están entrando los demócratas: del catálogo de vicios de los republicanos, que son,—excepto la tendencia ultraunificadora de estos, los mismos que dieron en tierra, veinte años ha, con el partido democrático, hacen los demócratas ahora acta de acusación formidable.

Los republicanos reparten sin decoro, y en pago de servicios privados, los empleos: los demócratas mantienen que los empleos han de repartirse con decoro, y sin poner atención a los servicios privados; pródigos son los republicanos; los demócratas grandes pedidores de todo género de economías.

Magnates republicanos defienden ante tribunales y Congreso a magnates de Bolsas y ferrocarriles; los diarios de los demócratas acusan de monstruosas estas ligas de los que hacen las leyes a la orden de quienes van a aprovecharse de ellas, y sacan a la vergüenza los hilos de estas redes invisibles, y cuentan, con ojos de Argos, que ponen súbita claridad de luz eléctrica donde se fijan, los tesoros que han amontonado, con un sueldecillo que va entero a pagar las pieles que cubren los caballos de sus coches, los diputados y senadores amigos de los ricos: y les hacen inventario público de lo que tienen y les suman lo que legalmente han ganado en la vida de políticos a lo que poseían cuando entraron en ella, y les calculan intereses, y sustraen los costos usuales de la existencia, y deducen lo que debían tener de lo que tienen, y llaman rudamente a la diferencia robo.

Pero ¡ay! que donde los demócratas gobiernan, como en New York, muy buenos oficios suelen ser de notorios rufianes; gente mal vista y desdeñada, los que llenan los bancos de alcalde del municipio, la gran suma de empleos, de los capitanes de barrio, que en más tabernas mandan y más votantes juntan; y [es] toda la vida pública, compra y venta y tráfico. Y más amarillo el mármol de las Casas del estado que los puños de oro cuajados de brillantes que, a manera de cetro de los tiempos, empuñan los magnates republicanos.

Pero a la faz de los grandes pecados nacionales de los republicanos, parecían cosa venial estos pecados locales de los demócratas. Y como de las filas de estos se erguían también, como sacerdotes puros, ancianos de cabeza blanca y buen tipo antiguo que quieren echar, blandiendo los libros de Jefferson, Madison y Jackson como espadas, a los mercaderes de votos de las Casas del estado; como diestramente ha hecho la democracia programa suyo de todos los clamores de la muchedumbre de dineros, disgustada de los abusos descocados y arrogantes de los republicanos, sobre que nunca ha borrado de su programa las grandes voces de reforma radical de las muchedumbres pobres,—cuando sonó la hermosa hora del voto, y los robustos guardianes del orden vistieron su mejor levita azul y sus más blancos guantes, y se cubrieron los muros y vidrieras de las casas de votar de pabellones estrellados y de carteles de grandísimas letras, donde parece que batallan encaramados los unos sobre los otros,—los nombres de los combatientes,—se puso en pie la magnífica Nación colérica, votó en masa por los que se yerguen altivos y

flageladores en frente de los que la desdeñan, esquilman y desafían, y se sentó, contenta, después de una hermosa batalla en que no se había vertido sangre.

Y aquí ya, como que he tenido sobrado tiempo puesto en mí los ojos de mis lectores benevolentísimos, tomo, a modo de quien salta, dejando para luego contar las ramas del árbol, cuyas raíces dejo echadas, los sucesos que han venido tras el magnífico espectáculo. Los prolegómenos son estos, necesarios para entender después lo que los prolegómenos engendran. Es verdad que en los toneles de cerveza de las tabernas hierve aquí, con el lúpulo, el voto público; es verdad que tal gañán, que gusta de mojarse las fauces en domingo, trueca por aguardiente de maíz, o por una prenda de abrigo o un sombrero, su derecho señorial de ciudadano; es verdad que por los rincones, por los zaguancillos, junto a los troncos de los árboles secos, huronean con ojos de cazadores y pies ligerísimos, mozos listos que cada partido decora con cintas brillantes, y provee de sacos llenos de papeletas para que, a la puerta de las casas de votos, cautiverio del sufragante indeciso, o compren al que tiene aires de venderse, o prometan puestos de alcalde o cosa no menor a cada vanidoso hijo de Irlanda, que viene armado de su voto, como general emperador de Roma de su majestuosa túnica de triunfo.

No hay nada que embellezca como el ejercicio de sí propio. Ni nada que afee como el desdén o la pereza, o el miedo de poner nuestras fuerzas en ejercicio. No hay tirano que afronte a un pueblo en pie. Los pueblos dormidos, invitan a sentarse sobre su lomo, y a probar el látigo y la espuela en sus ijares.—Verdad decía yo que era esa campaña de casas de beber, y ese jurar sobre un mostrador de cervecería, como antaño sobre la rama del muérdago o el dolmen galo, fidelidad a tal luciente caballero de la patria, que era acaso un mes antes embajador en Londres o en París, y señor de gran nota y poderío, y ahora tiembla como aire a son de flauta ante la cuadrilla de mozos bebedores de quienes aguarda voto, y salta prestamente el mostrador de la cervecería, se desembaraza de la levita de señor, llena la caja del tabernero de gruesos billetes, y saca de los toneles la cerveza espumosa en vasos que entre jácaras y celebraciones pasea ante los votantes lisonjeados.

¡No valen a veces las alturas el trabajo de subir por sus penosas escaleras! Verdad decía yo que era ese intrigar de los prohombres del barrio, y ese comprar el voto de la gente ruin, y ese deslizar con maña papeletas de un partido en las manos del sufragante poco avisado que intentó votar por otro: pero tales menudencias ante este levantamiento del sufragio, son como hoja de árbol podrido en bosque hondo y solemne. Esta avalancha no cupo en una copa de cerveza. Este derrumbe de gigante no ha sido obra de hormigas. Fue el alarde admirable de un pueblo reflexivo. Fue mar, salido de madre. Fue suceso glorioso.

¡Bienaventurada la tierra donde se libran las batallas de la paz!

Con el año, han entrado en sus puestos los nuevos elegidos. El país está en espera. Quiero saber si en la elección presidencial del año próximo votará de nuevo a los republicanos, que lo ofenden con sus alardes de dueñez, desconsiderado empleo de los dineros públicos; gala de tener en poco los clamores populares—cual castellano noble que no cura de ladridos de mastín,—y tentativa de gobernación imperial;—o si dará su voto a los demócratas, que ofrecen libertar de derechos los artículos de consumo interior, de trabas el comercio con pueblos extranjeros, de presión y cabildeo federal el gobierno libérrimo de los estados, de gastos innecesarios a la Nación, y de secuaces de partido las oficinas públicas.

La Nación ha abierto a los demócratas este año de prueba. Si muestran ser de ley buena, irán sobre millones de hombres a la Casa Blanca. Pero si no enseñan pecho juvenil, brazo pujante, ropaje austero y mano limpia, se sentará el pueblo sobre ellos; a ver cómo aprovechan del alarmante aviso los republicanos.

Y es de dar gozo esta carrera de hombres. Andan ahora ambos partidos con los brazos repletos de planes de reforma, y a la par descargan sobre las mesas del Congreso ambas fracciones idénticos proyectos, y no duermen de puro miedo de que el rival se despierte más temprano.

Vocero y estandarte de los «mejores» es el presidente Arthur, y su mensaje de año nuevo fue, sin embargo, suma de toda la virtuosa sabiduría de los reformadores de «media raza». Los republicanos hurtan a los demócratas todo su programa; de modo que haya el año próximo razón de reelegirlos, por haber escuchado a tiempo el mandato popular, e innecesidad de elegir a los demócratas, por cuanto ya los republicanos realizaron en leyes todas sus demandas de mejoras.

El país, alarmado de la concentración del servicio público, y aterrado de ver que el poder se le escapaba de las manos,—porque el que no trabaja abjura,—y el que no cuida su bien, no lo merece,—se muestra decidido a poner su servicio en manos nuevas:—y como las manos de los demócratas están tendidas, parece querer dejar caer el servicio público en manos de los demócratas. Estos, para lograr vida, han menester de servir fidelísimamente al pueblo que se vuelve a ellos. Solo por prometer reformas, están en vísperas de triunfar. Pero como ya el país teme de prometedores, solo por cumplirlas triunfarán. Y de este modo quedan. La nación, que entiende que los demócratas necesitan cumplir sus promesas para mantener el poder, se mueve hacia ellos, interesados en ser virtuosos.

Tal va ya estando la virtud, que es necesario ponerla del lado del interés para que venza.

Los demócratas acusan crudísimamente los cabildeos y tratas del grupo de aprovechadores de elecciones en cuyo dominio, por arte de utilizar los apetitos humanos, ha caído el gobierno de New York,—y hacen, por todo el resto de la República, gala de toda virtud, alarde de respeto a los clamores nacionales, y bandera de toda economía. Y

los republicanos esperan que sea en toda la República la democracia como en New York, donde sin tener en cuenta lo que les va en ser virtuosos, se reparte el grupo de logreros que laborea las elecciones en la sombra, por mostradores y lugares malos, y con complicidades y trasiegos feos, los magníficos despojos que en forma de empleos altos, y puestos de rendimiento pingüe, consideran paga natural y permanente de su influencia entre la gente comprable y clase baja y odiadora—que por esto solo de odiar es de veras baja, y sin eso no lo fuera,—de esta ciudad monumental y benemérita, donde se amasan panes gigantescos, de que comen en paz todos los hombres; y donde, como en cimientos dignos de él, se asienta, coreado por voces de taller, concierto de labradores y ruidos de alba colosal,—el mundo nuevo!

Y ved, ved qué trineo tan bello es este que cruza ahora por mi puerta, como presagio de los tiempos buenos. Es nieve y alegría. Bajo los pies, la nieve cruje. En las venas, hínchase la vida. El aire embriaga y remoza. Lo blanco mueve el alma. Son blancos los caballos del trineo, y sus cintas azules; y en él se sientan dos enamorados!

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 18 de marzo de 1883.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Las inundaciones del Ohio.—Indiferencia neoyorkina.—Cuadro del desastre.—Cuadro de los socorros.—La batalla de los aranceles.—La corrupción política.—Abusos del partido republicano.—Tentativas y promesas de reforma.—Los magnates del hierro y los magnates del azúcar.—Situación de los demócratas.—Idéntica inmoralidad de todos los partidos.—Primeros anuncios de formación de un nuevo partido.—Una caricatura.

Nueva York, febrero 21 de 1883.

Señor Director de *La Nación*:

De grandes desgracias tengo que enviar hoy nuevas a la tierra de los grandes llanos. Jamás manadas de potros, arremolinadas por vientos de tormenta, velocearon con cascos alados y ardientes por las hondas pampas,—como las olas oscuras del río Ohio, encabritadas y en despeño, se han derramado ahora por márgenes y valles, subido sobre cerros, tragado villas, trocado en pretiles bajos torres y campanarios, y sacudido, como los animales monstruosos de otro tiempo los árboles selvudos a que se abrazaban, las míseras ciudades que han hallado al paso. Todo es luto en las márgenes del río.

No se paran en New York grandes mientes en la bárbara desgracia, y curan más de los

lances del proyecto de reformas del arancel de aduanas que ahora aviva esperanzas, desata cóleras, y saca a los rostros de los proteccionistas livideces en el Congreso alborotado, que de la horrenda catástrofe. Pero se ve el aire lleno de rostros afligidos, ojos arrasados de llanto, y manos clamorosas.

New York, con el ruido de la fragua de oro, no oye aún el clamoreo. Estas grandes ciudades bursátiles tienen la prisa, el fervor, la absorción, la indiferencia de las mesas de juego. No hay más batallas para los jugadores que las que va a ganar el rey de copas;—ni más inundaciones que las que barrerán la mesa de dineros:—toda la tierra gira con el dado. La más espantable desventura del mundo exterior los halla en estupor lúcido, ebrios de un vapor verde. Si un payaso les pide con la copa del gorro unos cuantos dineros, o una dama de caridad alivio para los pobres, tomarán del montón de monedas manadas de ellas, sin ver a lo que llenan, ni dar calma a su fiebre, ni quitar ojos de la fragua de oro.

Pero ya en el resto de la Nación, y en New York mismo, se juntan grandes fondos. Sobra el dinero juntado. Donde se ha sufrido, no se ha probado miseria. Cada cuerpo frío, tenía al punto ropas. Cada boca abierta, pan sobrado.

Sacó de pronto el río furias de mar: al golpe de sus aguas, los hielos se descuajaban; los árboles—como hojas—se abatían; de quicio eran arrancadas las aldeas; Luisiana fue arrollada; en Cincinnati cubrió la ola aleros y balcones. El cielo, negro; el río, tragante; la lluvia, como si el cielo entero se vaciase; las fábricas, vagando por el agua; cuantiosísimos pueblos, sumergidos; por los techos, las gentes aterradas; casas henchidas de gente arrebatadas por las olas, y nunca más vistas! Se oyen gemidos de almas que se van, y voces espantosas. Casas completas flotan, como arcas. Las aguas desembocan a torrentes por las avenidas, como monstruos hambrientos; arrollan carros, vuelcan locomotoras, derriban—cual de naipes—muros, sacan de asiento casas y almacenes. A 25 pies llega el agua en las calles. Los balcones, son puertas. Por las rejas de una prisión, con ojos de Ugolino, asoman los presos míseros, sitiados en la prisión abandonada que el agua asalta y lame, con belfos inmensos. Solo una cosecha se ha salvado en la catástrofe: la de la Muerte!

A veces, en las ciudades sumergidas, inundadas las obras de gas, y sombrío el cielo, brillaba, con ese pálido, vívido, misterioso color de la esperanza, un haz de luz eléctrica, encendida para alumbrar el camino a bravos socorredores. Apenas abría el día, las grandes casas públicas llamaban a su seno a todos los desesperados: las escuelas,—¡en donde nunca se enseñó mejor!—se hicieron casas públicas. En todas partes, ondeaban banderas con inscripciones de socorro. Por cada casa arrancada, una comisión de alivio. En los edificios salvos, montes de pan, de quesos, de jamones, de buenas ropas: los que dan, alegres; los que reciben, tumultuarios y trémulos:—algo como arcoíris en lluvia, o sol después de tormenta. Más bella que la luz del sol sobre la tierra es la de una buena acción sobre el rostro del bueno. La luz de las buenas acciones se parece a la luz de las estrellas.—De los techos cuajados de gente, echan cestos vacíos a los botes de socorro

que pasan y abordan los muros, y llenan de pan, de carne fresca, de ropas, los cestos: ¡qué hurra al cesto que sube! Los niños ríen; y se abren los cielos. A poco, damas engalanadas, como buitres dorados, pasean ya, como en carroza, en botes recios por los lugares del siniestro, que no llamó con su mano mortal a sus moradas, y mozos atrevidos cruzan las calles trocadas en canales, en frágiles balsas, y acá hacen cosa heroica, allá alzan en la punta de un arpón algo que pasa, allá brillan al sol, como el valor en el peligro.

Ya las aguas bajan; los fondos de alivio suben; los cadáveres vuelven con el receso de las aguas a llamar a las puertas de las casas que habitaron en vida; la Legislatura del estado otorga a las ciudades devastadas créditos lujosos; les llegan por todas vías trenes cargados de socorros; y manos benévolas llaman, con impacientes voces de cólera, a las puertas de las grandes ciudades bursátiles, que vaciarán sin duda, en las manos tendidas, sin quitar los ojos de la llameante fragua de oro, manadas de monedas.—El alma humana toma al cabo las condiciones de los cuerpos con que se roza. Las profesiones se pintan en el rostro. El marino es grande y blando como las olas de la mar. El contacto de los metales, petrifica.—¡Benditos sean todos los que mantienen luces encendidas en los altares del espíritu! ¡Y perseguidos sean, con látigos de fuego, todos los que apaguen las luces del templo!

Donde New York tiene puestos ahora los ojos, es en Washington. Y no porque el diputado Cox, orador joven, llene de dardos certeros el escudo de sus enemigos; no porque el austero demócrata Randall, caballero de pro, de quien se suele hablar como de candidato grato al país para la presidencia, repita en alta voz a un diputado que le injuria el *Be a man!* enérgico de Shakespeare; no porque en alegres fiestas, en que suelen brillar magnamente, por luz de hermosura las damas de nuestra América, y por luz de intelecto, nuestros enviados diplomáticos,—se cierre con brillo el invierno agitado y suntuoso de la corte republicana. En Washington se libra ahora la batalla de los aranceles. En Washington acaba de darse al público el proyecto de tratado comercial con México.

La política es un sacerdocio, cuando empujan a ella gran peligro patrio, o alma grande. Hay criaturas que se salen de sí, y rebosan de amor, y necesitan darse, y traen a la tierra una espada invisible, siempre alta en la mano, que enciende con su fulgor los campos de batalla, mientras viven, y cuando caen en tierra cubiertas de toda su armadura, vuela cual llama azul, al sol.—Pero suele ser villanía la política, cuando decae a oficio.—Este espectáculo ofrece ahora este pueblo, decidido a sacar de su silla a los augures, y a sentar en su puesto a sacerdotes.

Una palabra pinta la impresión que las últimas elecciones causaron a los republicanos, que se tenían por dueños de la tierra: espanto. En las votaciones de noviembre, el país les azotó las mejillas con las pruebas de sus pecados. Y como dependiente de mercader sorprendido en falta, que teme ya por el puesto que no honra, y anda lleno de susto,

procurando halagar al dueño a quien teme—los republicanos se tocaron la frente con ceniza, y ofrecieron penitencia. Se les acusaba de emplear en proyectos innecesarios y fraudulentos el exceso cuantioso de las contribuciones anuales sobre los gastos del año. Se les acusaba de mantener de deliberada voluntad las contribuciones de guerra, los altos derechos de aduanas y los muy crecidos sobre ciertas industrias nacionales, para repletar así, en provecho de cómplices, electores poderosos, y monopolizadores, las arcas el estado. Se les acusaba de impedir a la gran masa del país la compra a buen precio de los artículos de vida, la cual vendría tras la reducción juiciosa de los derechos excesivos que ahora estos artículos pagan, sin más objeto que el de librar de la competencia extranjera al número escaso de industriales que, merced a los altos derechos, imponen en la mación sus productos inferiores a un precio crecido. Y la acusación fue tan imponente, que la penitencia tuvo que buscar forma sin demora.

Anunciaron, pues, los republicanos que era porción de su programa en la actual campaña del Parlamento rebajar en unos 75 000 000 las contribuciones que ahora paga la Nación. Mas como la semilla está en la fruta, está en la esencia del Partido Republicano la conservación de los intereses que estas medidas hieren. Lleva el gusano en la médula. El partido está compuesto de los elementos que esas reformas herirían en la entraña. Raro es el representante republicano a quien no ligan, sobre los compromisos generales de su partido con el cúmulo de productores patrocinados con las leyes prohibitivas y el arancel proteccionista, compromisos parciales con los productores de su estado, que son siempre electores poderosos. La reforma era indispensable: pedirla es mermar, y empobrecer acaso, las industrias protegidas; estaba, pues, cada representante republicano, dispuesto a votar toda rebaja en las industrias extrañas a sus representados inmediatos.

Los magnates del azúcar cuidaban poco del daño que la rebaja de derechos de entrada del hierro extranjero causase a los magnates del hierro, con tal de que no se rebajatan los derechos que gravan el azúcar extranjero, y permiten así la buena venta en casa del pobre azúcar patrio. Pero importaba poco a los magnates del hierro, con tal de que no se permitiese la entrada al hierro de afuera, que las azúcares extrañas vinieran a poner en peligro, una vez libres de derechos de introducción, las azúcares del país. Y se presentó en el Senado un proyecto que, con un corte de derechos en el azúcar, cercenaba en unos 20 000 000 los impuestos, con lo que, sin gran riesgo de los magnates del azúcar, se daba, sin embargo, muestra de acatamiento y penitencia al pueblo que se mostró señor colérico y descontento en las elecciones de noviembre.

Pero como el Partido Republicano tiene por fibras a todas esas industrias, sin sajarse sus propias fibras no puede sajar hondamente ninguna de esas industrias. Hecha ya una rebaja, no le cabe hacer otra. Y si hace una ya no puede hacer otra, porque el clamor de sus amigos y mantenedores sería mayor que el de sus enemigos clamorosos.

No ceden un ápice los elementos dominantes que mantienen a flote al Partido Republicano, en las doctrinas de protección para cuya defensa lo mantienen. Los

políticos, bien que cederían,—por dar gozo al pueblo, y asegurarse en la silla; pero liga más a los políticos su trato con los electores que al portero romano ligaba a la puerta su cadena de oro.

Los magnates del hierro anunciaron que derrotarían el proyecto de rebaja en los azúcares si, a despecho del vocerío popular y a la faz de la República acusadora, no se garantizaba con un aumento en el impuesto al hierro extranjero, la protección indeterminada a todas las industrias del hierro en los Estados Unidos. Y como unos republicanos no osan favorecer tal medida, los otros destruyen la rebaja proyectada. Los republicanos derrotaron a los republicanos.

Querían provocar a los demócratas, con lo mezquino de sus reformas, a oposición vehemente a los proyectos presentados, con lo que aparecerían ante la Nación como incorregibles perturbadores, y los enemigos reales de la mejora intentada por los republicanos; mas los demócratas cuerdos parecían dispuestos a votar el proyecto, que acaso solo para que fuese derrotado sacaron a plaza los republicanos: y como los intereses encontrados de estos dan ahora en tierra con el proyecto de reforma, viene a volvérseles la daga contra el pecho, y a quedar de nuevo como los burladores de la República, y más defensores de camarillas de intereses personales que de los grandes intereses públicos; y a dejar a los demócratas en limpia fama de apóstoles y ejecutores de la reforma anhelada de aranceles, con cuyo estandarte librarán, sin dudas, en las elecciones venideras, gloriosa batalla.

¿A qué contar cosas menudas? Todo apunta al menester supremo: sacar los negocios públicos de manos de los que trafican en ellos. ¿Los demócratas acaso, luego que triunfen, harán gala mayor de independencia? La virtud es presumible, cuando está del lado del interés, y solo en el ejercicio de la virtud reside el triunfo.

Hay demócratas proteccionistas, y no de poca monta, ni en escaso número. Cunde por fábricas, muelles y minas, que con dejar entrar los productos extranjeros sin derechos, o a bajos derechos, se quedarán sin labor los trabajadores nacionales. Pero como cabe reducción suma en los actuales gastos del Gobierno, y hay hoy en las entradas exceso sumo, cortarán los demócratas todo el exceso de las contribuciones que ahora pagan ciertas industrias de la Nación, y de otras contribuciones internas, que gravan hoy duramente los artículos de consumo esencial, y librarán acaso de derechos a productos extranjeros que no sean en los Estados Unidos muy fabricados; con lo que el clamor popular quedará oído, servida la preocupación que cunde entre los trabajadores, la vida grandemente abaratada, y el sistema proteccionista en alza por buen tiempo todavía.

Mas así como la oposición va en pareja forzosa con la virtud, suele ir en política, luego que se aseguran los pies en el dominio señorial, aparejada la victoria con el extravío. Y como en esta y en aquella parte suelen los demócratas triunfantes no hacer cosa mejor que los republicanos en triunfo, pudiera acaso, en tiempo no lejano, alzarse hermosa y definitivamente el voto público, y buscar manera de enderezarse y aplicarse

por modo limpio y nuevo, que quite de los ojos de sus representantes el peligro de quedarse sin manos con que hacer leyes, por tenerlas arrendadas a los productores poderosos que contribuyen a elegirlos, o de poner la mano en granjerías, tenebrosas defensas, y logros viciosos.

Ya un periódico de caricaturas, que redacta y dibuja gentes de otras tierras, y por eso acaso refleja las de esta con tal verdad y brío que excita la atención y ha domado a la Fama,—pinta ahora, entre gente muerta, o mal herida, o vestida de parches y retazos, o de armaduras flojas y abolladas, que son los partidos viejos—un doncel candoroso y arrogante de franco porte, suelta blusa, ancho calzón y fuerte bota, que con la mano puesta en el arado, mira serenamente, como surgido por golpe mágico y soplo puro de las entrañas de la tierra, el horizonte limpio, el campo por labrar, el mundo nuevo. Y llama a este doncel el «nuevo partido».

Que el sufragio no está en su quicio, lo dicen todas las pruebas. No hay cosa mejor que él; pero puede ser aún mejor que él mismo.

No puede ser representante honrado el que va al Parlamento lleno de gratitudes, y de mercedes recibidas, y de trata tácita o expresa con el cacique que le nombra.—Tales siervos no pueden ser los encargados de defender la libertad!

Bien hacen, pues, ciertos prohombres de la mente y de la fortuna que se han congregado en New York para tener puestos los ojos en los negocios públicos; para nombrar candidatos respetables y probados, que no salgan jamás del seno de la congregación; para distribuir la obra de vigilancia en comisiones diversas, que se encargarán respectivamente de examinar los diversos ramos de la administración pública; para arrebatar, en suma, los negocios del estado de la cohorte de politicuelos de profesión que suele hacer de ellos, como los virreyes de nuestras tierras, encomiendas y mercedes de favorecidas,—y volverlos a las manos respetuosas de hombres probos y graves, que defiendan los intereses públicos como el caballero de otro tiempo defendía a su dama, y reciban el cargo de dirigirlos como investidura venerable y como depósito sagrado. Los malos no triunfan sino donde los buenos son indiferentes.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 31 de marzo de 1883.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

El tratado de comercio entre México y Estados Unidos.—Don Matías Romero.—El general Grant.—Parte oculta del tratado.—Las reclamaciones de Estados Unidos en México.—Los aranceles de aduana y el proteccionismo.—Evarts y Pedro Cooper.—La gran biblioteca para artesanos.—Asamblea proteccionista presidida por Cooper.—William Dodge, su vida

y su propaganda por el reposo dominical.—Los *self-made men.*—Muerte de Morgan.—John Swinton, su raza, su vida y su oratoria.—El presidente del Banco de New Jersey.—El calidoscopio de la vida norteamericana.—La República Argentina.—Don Carlos Carranza.

Nueva York, febrero 25 de 1883.

Tanto como el penoso simulacro de reforma que cae encima del Partido Republicano que lo proyectó como casco de normando del siglo octavo sobre cabeza de hombre de estos tiempos—preocupa ahora a los Estados Unidos el tratado comercial que tiene en ajuste con México. Se conocieron de tiempo ha, en una aldea maltrecha, D. Matías Romero, hombre de hechos y cifras, y Ulises Grant, que encamina los sucesos de la paz con seguridad y cautela iguales a las que despliega con los ejércitos en guerra.

Como conoce un histólogo un tejido, conoce D. Matías Romero la muchedumbre de hechos menudos que contribuyen a la hacienda de su patria. Escribe sin tasa: rumia pensamientos: huronea archivos: se sienta a platicar con labradores: quiebra toda yerba y rompe toda piedra. Haría un elefante amontonando hormigas. No es de los que miran al cielo y sienten en el corazón agitado la mordida sangrienta de lo sublime: es de los que creen que remata el hombre su tarea en la tierra cuando puede sentarse a contemplar el alto montón de su fortuna. Pone, pues, mientes, más que en alardes de sentimientos y lujos de inteligencia, en cosas de bienestar material: y se enamora de cuanto lo asegura.

Grant calla lo que piensa, que no es jamás cosa baldía; y acaso echa en la mente cimientos de poderosísimo palacio, cuando parece que persigue por los aires la vaga columna de humo de su tabaco perfumoso.

De años viene, y no de ahora, el tratado que hoy mismo ha salido a la luz: ajustado, con plenos poderes, por Grant y Romero. Los Estados Unidos abren en él las puertas a los productos naturales de la tierra mexicana, a los cueros de la costa, a los toros de Veracruz, al azúcar de Córdoba y Orizaba, a las maderas ricas de Tabasco, a las riquezas múltiples de Oaxaca, al henequén, de cuyo fruto vive la gente yucateca, al tabaco en rama, que en vano aspira a igualar al dulce veneno de Río Hondo, al esparto y otras materias fibrosas, de que los Estados Unidos hacen papel; al ixtle, variedad pródiga del rico agave, con cuyas hebras se harán, a poco estudio, frescos y fortísimos tejidos; a las frutas, que en aquella tierra bastan a endulzar las penas; al café, que cuando es de Colima, parece néctar, y cuando de Michoacán, parece hachís.

Y México, en cambio, abre sus puertas a cuantos artículos mayores y menores puede necesitar una nación para surgir de súbito aderezada; como del soplo mágico de Mefistófeles surgió galano y gentil el arrugado Fausto. México admitiría, a aprobarse el tratado, maquinaria de todas formas y tamaños, construcciones de ladrillo y de madera, casas completas y cuanto se requiere para hacerlas, vías de ferrocarril y todo lo que en ellas

sirve; cuantas maravillas de arte agrícola atesora esta tierra; cuanto aparato de minería puede sacar a los mercados el dormido Eldorado que reposa en las entrañas de los montes de México; tantas cosas, en suma, cuantas bastan para trocar en emporio de industria la enmarañada selva.

Decir más ahora del tratado, fuera prematuro. México exporta poco, y ya tiene mercado para lo que produce y para lo que él, mientras el tratado durase, habría de producir. A los Estados Unidos sobran los productos cuya libre introducción en México se proyecta, y si de traerlos a su suelo sacaría México beneficio, de venderlos fuera del suyo no lo sacarían menos los Estados Unidos.

Contra la introducción libre del azúcar, claman los que en Estados Unidos la elaboran, por creer que el fruto vendría a ruinosa baratura; a lo que responden los amigos del tratado que es tal el monto de azúcar que los Estados Unidos consumen, y tan escasa aún lo que produce México, que la entrada libre de esta, a la par que favorece el cultivo de la caña en México, y asegura en lo porvenir azúcar muy barata a Norteamérica, no alteraría ahora el precio del fruto en los Estados Unidos.

Apuntan duendes de bastidores que va derechamente el tratado,—(y esta es idea que prohíjan diarios de Washington y el *Sun* de New York)—a proteger, con maña astuta, los intereses valiosos de una de las compañías de ferrocarril americanas que ahora tienden rieles por las soledades de México, y consiste la maña en que, como de ser aprobado este proyecto comercial, queda apenas sin entradas de aduana, salvo en tejidos de Europa y cosas de poca monta, el gobierno de México, se vería este a poco forzado por falta de dineros, a suspender a uno de los caminos de hierro, por él subvencionado, la suma que el gobierno le acordó, con lo cual vendría el camino abajo, y podría seguir su obra sin estorbos, la compañía rival, de que es el general Grant creador conspicuo y miembro conocido.

Y los veedores de mal ven riesgos de reclamaciones futuras de súbditos de este país contra un gobierno a quien, tal tratado como este que se proyecta, ha de dejar sin modo de cumplir, sobre los vastos egresos que su complicado sistema doméstico y peculiares hábitos políticos requieren, las obligaciones crecidas con gente extranjera que movida de un noble afán, a par que del deseo de ganar crédito con un pueblo laborioso fatigado de inútil guerrear, ha trabado el gobierno mexicano.

Aunque a esto paran de lado, y paran bien, los Estados Unidos, mostrando deseo vivo de que una comisión nueva revise la luenga suma de reclamaciones norteamericanas a cuyo pago, pocos años hace, fue condenado México,—y devuelva a la República latina lo que, según gentes del caso susurran, fue en cantidad notable concedido con exceso.

No fuera mucho que con México, a quien como mercado para los frutos sobrantes de los Estados Unidos necesitan, y cuyo cultivo de frutas tropicales quieren avivar, para alcanzar así mañana a precios mínimos lo que hoy a precio alto compran de las Antillas y otras comarcas de América, hicieran los Estados Unidos lo que con el sumiso Japón acaban de

hacer, que pagó en otro tiempo a boca de cañón suma cuantiosa por supuestas ofensas, que no parecen hoy tales al gobierno de Norteamérica, el cual devuelve honradamente al Japón, aunque sin los intereses acumulados por suma que se reconoce recibida sin razón, y que el Japón tomó prestada, la cantidad íntegra que pagó más de una decena de años hace a los Estados Unidos.

De aranceles es cuestión, ya en el proyecto de reforma de los republicanos, ya en el de tratado con México. Y no ha habido modo de combate que los proteccionistas no hayan traído a lío para impedir, so pretexto de rebaja de exceso en el cobro de contribuciones, rebaja alguna en los derechos que permiten la producción en Norteamérica de artículos que se fabrican también en el extranjero.

Noches hace, ¡qué voz trémula, y patriarcal, se oía en una vasta sala, colmada de gente! En mármol griego, tajada por mano poderosa, y oscurecida por el polvo del tiempo, parecía tallada la cabeza de un orador proteccionista; era la de Evarts, de lengua diestra, rica y acerada, cortante como ancha hoja de Toledo: y cuando acaba la frase, parece que ha clavado hasta que el pomo choca con el pecho la hoja de la espada.

Mas no era este el anciano de 92 años, sino otro, de melena luenga, blanca como espuma, de cuerpo endeble, como lleno de espíritu, de barba en halo que en torno de aquel rostro virtuoso parece más que barba, vapor de luz.—Es Pedro Cooper, cristiano como aquellos de los cinco buenos siglos del Cristianismo; como paloma, dulce; como bálsamo, misterioso y fantástico, y de tal vida y bondad, que aun tallado en carne, es ya monumento. En la casa que él levantó, por ciento de millar se cuentan los volúmenes, que en biblioteca rica satisfacen perennemente el ansia de saber de muchedumbre de artesanos: en aulas grandes, se dicen sin cesar por hombres sabios y buenos, cosas de virtud, de política práctica, de arte y de ciencia; en museo permanente exhiben los inventores de todas artes sus novedades y mejoras: y cuando cada sábado, el buen padre de hombres viene, ya a medio caer sobre su báculo, a ver en aquellas salas que abarcan millares, a tanto artesano ansioso y educando pobre a quien da escuela y biblioteca, y pan cuando lo han menester, y mira como a hijos,—siéntese a veces correr por la muchedumbre enamorada, que se aparta al paso, un silencio que parece ruido de rodillas, y otras veces,—como si los hombres todos hubieran de llegar un día a poner todas sus almas en un solo pecho,—un vítor estruendoso y unánime que hace llorar al buen anciano.

Y él presidía aquella junta de proteccionistas, porque su cariño paternal por las gentes de labor, que vuelcan hoy en tiendas, como volcó él un día, cajones y barriles—le da miedos, de que acaloran su mente, de que con la súbita entrada de artefactos extranjeros que seguiría, con torrencial empuje, a una legislación librecambista, quedarían los artesanos en facilidad de comprar a menos precio lo que necesitan, mas sin trabajo alguno, por el inmediato perecimiento de las industrias de la Nación, para comprar, no ya lo ajeno, sino lo más necesario propio.—¡Oh, era de oírle hablar, defendiendo a la gente de labor, con la magnífica angustia de un buen padre que en su lecho de muerte da consejos a sus hijos en

peligro!

Y a su lado se erguía otro hombre de recia edad que ya no habla, porque entró en la tierra del silencio, y reposa. Creso no fue más rico que William Dodge. Medía varas de tela y piezas de cinta allá en sus mocedades, cuando era New York corteza de avellanas y daba pasmo ver una carroza por las calles, guardadas en la noche, de fantasmas más que de malhechores, por vigilantes que dejaban caer con mayor frecuencia los párpados que las armas. Era entonces recinto de los nobles el que ahora apenas parece bueno a mercaderes principiantes; e iluminó antes de morir la faz la luz eléctrica a aquel que de pequeño voceó bravamente la noche del estreno de la primera luz de gas. Dodge creció luego de traficante en telas a negociador en metales: y de ellos a ferrocarriles, que no dejó jamás correr en domingo, por parecerle bien que se abrieran las puertas de la República a todo extraño necesitado de pan y de Libertad, sin la que no se halla sabor al pan más blando, y es el aire del alma, que lo fortifica y abre al vuelo, mas no creía Dodge que fuera buen modo de pagar de los extranjeros esta acogida cariñosa con la turbación de la paz dominical, de que fue, en práctica y discursos, y en escuelas y leyes, vehementísimo partidario. Tanto temor tenía a las rebeliones que amontonan en el espíritu seis días de yugo que le parecía aún poco un día de alas. Y con su plática, y su tiempo, y sus dineros mantuvo y protegió gran número de Escuelas de domingo, donde los niños cantan, con lo que ya se purifican y se elevan, y los maestros hablan de virtud, que todavía ampara, cuando no siendo ya un hecho, no ha dejado aún de ser un nombre.

Seducen estas vidas milagrosas. Mueren en palacios reales hombres que nacen en cabañas, o bajo aleros de tejados. Una loba crió a Remo. Mejor nodriza es la dificultad, que cría a estos hombres!—En ellos no es la vida reflejo de libros, que hace pálido el rostro, inflama el cerebro y falsea la existencia: ni tradición de familia, que echa al hombre a vivir cargado de cadenas: ni copia de obra ajena, que trueca al vivo en queso redondo vaciado en molde de quesos.

Oh! no hay cosa como esta de vivir por sí propio! Oh! no hay crianza como la de esta vida directa, esta lección genuina, estas relaciones ingenuas y profundas de la naturaleza con el hombre, que le dejan en el alma cierto perpetuo placer de desposado,—a quien no engañó jamás su amada! Por eso parecen siempre jóvenes estos ancianos, que comenzaron así la vida: en el campo, rompiendo la tierra; en la ciudad, rompiendo los obstáculos. Nada fortalece tanto como el ejercicio de la fuerza. Nada abona y magnifica el ánimo tanto como el contacto con las fuerzas vivas. Así esos hombres, que han subido de semillejas a copas de árboles; y de lecherillos de cortijo, a dueños de casa real, miran siempre con terneza a todo nuevo cortejador de la fortuna, y ven como cosa propia a la naturaleza, con quien tienen confianza tan estrecha como de hijo a madre; y hechos a soledades inspiradoras, y espectáculos sorprendentes y solemnes, tuercen impávidos los ríos; sacan de su curso, para que muevan semilleros de fábricas, las cataratas del Niágara; copian en sus graneros las más altas pirámides naturales y vuelcan y trastrojan impasibles las altas montañas.

¡Se van, se van los viejos! Ellos son como el ornamento, y la mejor fuente de fuerzas, de la vida. ¡Qué ejemplo, un anciano sereno! ¡Qué domador de fieras, todo anciano! ¡Cuán bueno ha de haber sido el que llega a esos años altos sonriendo! Con cada día nacen dos cosas: la luz del sol, y un árbol de cuasia. ¡Oh, dulzura de los labios, la de aquel que aún tiene los labios dulces después de tanta copa amarga! Otro anciano ha muerto, que venció a la vida; desde cuna pobre; que en los años sombríos y gigantescos de la rebelión armó dos veces, de cada treinta días, treinta mil soldados;—¡y para aquello fue lícito armar soldados: para limpiar la tierra de ignominia, y cubrirla de hombres! Ha muerto Morgan, gobernador famoso, por honrado, prudente y activo, de New York durante la guerra. Empréstitos, con pedirlos los tuvo. Engaños, sufrió pocos, y no intentó ninguno. Era hombre de consejo, que oye y no habla. Y fue amigo de Lincoln.

«Aquí, aquí! a la plataforma! 500 me dan por este buen negrazo! Come poco y trabaja mucho, y ya sabe lo que es mordida de perro»: ¡y a esto seguía, como para prueba de los méritos del esclavo que se remataba, un latigazo: «¡Aquí, aquí, la la plataforma! ¡esta es la linda Adelina, que se ve que es muy linda y tiene 18 años: le vendimos el hijo, y está sola! ¿Quién me da 900 por la linda Adelina?» Tales gritos se oían en esta tierra por todas partes, en los remates de esclavos en plazas y lugares públicos, cuando Lincoln subió a la presidencia, apóstol de la nueva fe, y sacerdote en templo abierto de los hombres libres.

Y ayer Adelina y «el buen negrazo», u otros como ellos, se reunían en la iglesia de Bethel, a oír a un hombre de aquella vieja raza, que rifle al hombro y pie en la nieve defendió palmo a palmo, al lado de John Brown el ajusticiado, contra las leyes de su patria a un puñado de negros fugitivos. John Swinton se llama el hombre sencillo y sincero, que en esa lengua troncal y robusta de los que saben de coro, y entienden de propia mente, la *Biblia*, hablaba ayer a los esclavos de antes, trocados en caballeros y damas de salón, en una iglesia hermosa, de los espantos y glorias de antaño, de los soldados del Gobierno, maravillosos cuando defendían la Libertad, cobardes como quien batalla contra sí propio cuando daban caza por las selvas a los esclavos prófugos, y huían a la aparición mera de John Brown cual liebres de mastines: les hablaba John Swinton, estremecido y lloroso, de aquel abrazo que en su camino a la horca dio John Brown a un pequeñuelo negro; y a la verdad, que recordando estas cosas, dan deseos de salir de nuevo por la tierra a andantear hazañas!

Y qué extraña oratoria, la de Swinton, famoso aquí, sobre muy respetado, por la evangélica simplicidad de sus creencias comunistas; por su hondo don de ver, y su hábito de callar en tanto que no lo ve todo, de lo cual le viene singular poder cuando habla. Es tipo puro de esta buena raza, ¡no de la de entecos barbilindos, que hablan inglés, por no parecer americanos, como aquellos galanes del Directorio de Barras hablaban la lengua de Francia, tan poco tiempo hacía estremecedora y fulminante! Es de la raza buena, llena de tal conciencia de sí, que mira su propia alma como hostia, y comulga directamente con Dios su Señor. Reyes parecen estos hombres pujantes y castos; ríen como niños; pisan como

gigantes; desdeñan como hombres impecables; hablan como profetas. Swinton, a veces, arroja frases como artillero balas de cañón. Cuando se enciende en cólera, mueve el brazo de modo que parece que va a lanzar lejos, contra la frente de algún infame, una piedra sagrada. No es solo su oratoria propia: es la oratoria de los hombres convencidos de su raza. Él es de los que se ven con un martillo, echando abajo, como tablazón podrida, tronos. Mira, como quien hoza. Hay ojos que horadan. Cuando habla, va descorriendo su propio discurso, y anunciando qué parte de él viene, como enseñador de panorama que describe al público sus vistas. Nosotros cubrimos el andamio, y hallamos gozo en este arte. Él desdeña el arte, y deja desnudo el andamio. El encanto de la primicia estuvo casi siempre reñido con las proporciones amaneradas de la cultura. ¡Por eso anhelamos vivir de origen, en estos tiempos desquiciados en que desfallecemos de copia! La vida nos llega ya recalentada y deforme, y morimos a veces sin haber tenido tiempo para hallarnos a nosotros mismos!

Pocas horas hace, parecíame ver en torno mío el sicomoro bíblico; y en el hueco del tronco, al juez de barba blanca, y en torno, tras el reo, aquel pueblo de túnicas sencillas, desnuda la cabeza y baja, el alma trémula.

—«Acusado: decía, toda llena de lágrimas la voz, un juez puro a un hombre venerable, bien poblado de canas: nunca cayó sobre la justicia más amargo deber: todos te hemos conocido, y saludado, y amado: eras el bienvenido en nuestras casas, y como el mejor de toda la ciudad; pero has faltado a la confianza que en ti pusieron tus conciudadanos; has empleado en usos frívolos los depósitos que tantos trabajadores pusieron en tus manos, y yo te condeno, presidente del Banco de New Jersey, a diez años de trabajos forzados.»

¡Sollozaba el hombre canoso como un niño!

¡Mundo breve esta tierra! De una parte, en baile suntuosísimo, mézclanse a Orión resplandeciente y a Sagitario flechador, la Périchole y Mme. l'Archiduc; y en una cuadrilla, escondida entre las trenzas luz astral misteriosa, danzan, en negros vestidos sembrados de estrellas, las constelaciones resplandecientes, mientras que en otra donceles de hogaño, puestos en hondas botas, veste y calzón de lana y capa corta, cruzan elaboradas salutaciones con damiselas de saya breve, manga cerrada al puño y alta gola; y lindo modo de peinar el cabello, cogido bien en lo alto de la cabeza, como si no se hubiera de desfigurar con afeites parte tan noble, en lo que imitan las niñas del baile a las doncellas cuáqueras de antaño. Y de otra parte, hombre salvaje, de barba crespa y torcida, como nido de sierpes, el cuerpo mal envuelto en cuero de caballo, ágil como tigre, torvo y feroz, aparece en las calles de Atlanta, devorando a mordidas ansiosas un conejo recién muerto. La muchedumbre alborotada le persigue, y él a saltos la burla. Le echan un lazo como a bestia, y él lo esquiva, arrástrase velozmente por la hierba, y entra al bosque, su reino sombrío.

Hubo en tierras de Cuba un magnífico semisalvaje, que comía peces y todo género de carnes crudas, que conoció la obra de las leyes, y ni acató ni violó jamás ninguna; que dio un hijo a la tierra, a su pueblo un soldado;—y a una mano impía que no lo preservó, su vida en un libro; que huía, llegada la noche, de las moradas de los hombres, cual noble ciervo de

traidora trampa; y decía en altas voces que iba en busca de su «palacio azul»; que amó a los niños y a su caballo, y odió a los malvados; que se prendó una vez de dama altiva, y abatió un toro, le arrancó el corazón, clavó en él un cuchillo, y envió el presente a la dama como palabra de su amor:—madrigal homérico!

Oh! cuán ricas enseñanzas, en toda ciencia y en la suma histórica, arrancan de este pueblo, donde en un mismo día abarcan los ojos un paisaje vaporoso de Corot y el salvaje de Georgia; colérica muchedumbre que asalta una cárcel y fuerza al preso a quien reclama enfurecida, allá en pueblo lejano, a sacarse de un tajo de cuchillo la vida por la garganta, y jueces indomables que traen a escrutador y cerrado proceso los fraudes de altos administradores de Correos que suponían en curso rutas nunca abiertas, para obtener de este modo del erario, representado en ellos mismos, sumas ponderosas. Aquí se coge la flor de la selva y se respira el vapor del antro. ¡En esta colosal redoma, por maravillosa alquimia se renueva la vida!

¡Bien sé yo que la tierra adonde te envío, oh mi carta enojosa, ve delante de sí las grandezas y glorias que ve esta! ¡Bien sé yo que en amar la aventaja y en riquezas la iguala, y en entusiasmos generosos de nadie va en zaga! ¡Bien sé yo que es cantar de la nueva épica, que ya no se alimenta de altos muros ferrados, ni sombrías barbacanas, ni ensangrentadas hachas de armas, ni de desposadas de pechero, ni de cabezas de infieles, sino de llanos verdes y valiosos, cuajados de hombres libres, de terrones desmenuzados por el arado, de bestias vencidas! Maravillas me contaba hace un instante, con su palabra que rebosa amores por el suelo patrio, el caballero recién venido, verdadero hidalgo bonaerense, don Carlos Carranza. Quien ama así a nuestra América, merece bien la estima singular en que los del solar propio y los del extraño le tienen en esta. Oyéndole sus fervorosas historias patrias se ven horizontes encendidos, lumbres nuevas, perspectivas mágicas. Somos jóvenes, y si no hacemos cuanto la naturaleza espera de nosotros, seremos traidores!

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 1ro. de abril de 1883.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Suma de sucesos.—Honores públicos a un poeta muerto.—«¡Hogar, oh dulce hogar!»—Funerales excesivos de un pugilador.—Justicias inútiles.—Los trabajadores: sus fuerzas; sus objetos; sus caudillos; europeos y americanos.—Honores a Karl Marx, que ha muerto.—Baile de trabajadores.—De lo que se habla en el mentidero neoyorquino.—El romántico Butler.—Esgrima de cuaresma; homilías y contrahomilías; Fray Luis de León y Jorge Sand.—Condición y puesto legítimo de la mujer en el mundo moderno; las

universidades y las mujeres.—Un baile famosísimo.—Tentativa, no aplaudida, de creación de una aristocracia.—Convencionales en la tiniebla.

Nueva York, 29 de marzo [de 1883].

Señor Director de *La Nación*:

Puestos en haz los sucesos de este mes, requerirían el brazo de un cíclope para levantarlos: allá, por una puerta luminosa, coronada de serafines de piedra, alfombrada de lirios, entran, ebrias de luz y de hermosura, del brazo de resplandecientes caballeros, damas locuaces y joyantes; allá, por una puerta ancha y sombría, que da a la calle negra, salen en alborotado montón, torcido el fieltro usado, inquieto el puño rudo, colérico el corazón y torvo el ojo, los que tienen cansado de labor ímproba el brazo jornalero, o lleno de mordente envidia el pecho mal cubierto, o de impaciente amor a los pobres el generoso espíritu. Y allá, a la luz del día, que debiera enlutarse por no verlo, trepan por sobre los árboles, cabalgan en postes de telégrafo y faroles, bordan de cabezas rapadas y de ojos siniestros las encaramadas techumbres, por ver pasar cubierto de laureles y de rosas, el cadáver de un héroe de las turbas, gran pendenciero y recio pugilador—todos esos hijos de la tiniebla, que, como los bactilios en el cuerpo humano, pululan,—ensangrentados, torvos y sedientos, en las grandes ciudades:—¡siempre al pie de los más hermosos árboles hicieron más honda cueva los gusanos! Un veintenar de miles fue al entierro del pugilador: al baile de un Vanderbilt, que es un Rothschild de esta parte de la América, un millar de galanes y de damas: y diez mil hombres de manos inquietas, burdos vestidos, sombreros irreverentes y corazones inflamados, a aplaudir a los fervorosos oradores multilingües que excitan a la guerra a los hijos del trabajo, en memoria de aquel alemán de alma sedosa y mano férrea, de Karl Marx famosísimo, cuya reciente muerte honran. Y en estos ruidos múltiples de esta ciudad, en que lo real toma ya tamaños de épico, y el grandor tiene a veces reflejos de grandeza, y el alma sustos, y la libertad abrigo,—mézclanse a esos cantos de próxima batalla, que no irá acaso teñida de sangre, porque se libra en el seno de la libertad,—los místicos, ungidos, suavísimos acordes con que, por orden reverente del municipio de Nueva York, acompaña respetuosa comitiva, en su camino a la patria sepultura, los restos, traídos de Túnez, del autor de una canción que mueve dulcemente el alma de los norteamericanos. Más solo iba el poeta que el pugilador: pero su gran cortejo es invisible. Es hermoso que una ciudad bursátil honre a un poeta.

Era bello John Payne, como Byron y como el historiador Motley. Pero tan impaciente como bello, dio de sí antes de recibir en sí. Y comenzó a sacar de la mente revuelta y

privilegiada, dramas, tragedias, periódicos, antes de aquel acumulamiento de infortunios, e incendio de alas de mariposa, y recibimiento en el propio pecho de las arremetidas ciegas y pujantes de las diversas fuerzas de la vida, que han de preceder, como manantial perenne y firme sustentáculo, a esas obras que, más que de lo íntimo, tienen de lo experimental y lo objetivo. A la obra de expresión ha de anteceder la de impresión. Las dotes innatas hierven bien y sazonan las impresiones recibidas; mas, privadas de estas, se escapan por los altos aires, cual globo sin peso. De trece años, ya escribía el poeta Payne un lindo periódico: *El Espejo de Thespis*. De quince, era actor, y dramaturgo. Anduvo muchas tierras, llevado de aquel deseo de novedad y cambio que agita a esos infelices privilegiados que no han de hallar jamás en las naciones de la tierra la nación alada,—que es la suya propia!—En París tradujo al inglés comedias de Francia; y las escribió originales. Y en una ópera, *La doncella de Milán*, dejó caer, como quien riega lágrimas, los versos que le han hecho famoso. En vano invocan gloria los pedantes, vestidos de casacas académicas,—que hacen gallarda figura, mas solo sobre los hombros del que para lucir bien no ha menester de ellas. Solo los gritos del corazón abren, en poesía, como a conjuro mágico, las puertas recias de la Fama:

No entre palacios ni en placeres hallo
Rincón más dulce que mi humilde hogar:
Un encanto del cielo allí desciende
Que palacio o placer no dan jamás!
¡Hogar! ¡Hogar!
Ah! no hay lugar como mi dulce hogar!

¡Nada al ausente de su hogar deslumbra!
¡Dadme mi choza!—el pajarillo aquel
Que cantaba a mi voz!—y la muy cara
Paz de la mente, dádmela otra vez!
¡Hogar! ¡Hogar!
Ah! no hay lugar como mi dulce hogar!

Pan y fuego faltaron a veces al autor de estos versos, que en órganos y orquestas, y en alas de misteriosa simpatía, viajaron pronto por toda la tierra. Vez hubo en París en que, al pie de un organillo que recogía sueldos por tocar la canción, hubiera extendido la mano trémula y flaca el autor hambriento, que la oía desconocido, solo y lloroso. Luego, este país, que venera a sus filósofos y enriquece a sus poetas, le hizo su cónsul en Túnez, donde el caminador rindió jornada. Treinta años hace de esto: lo sacaron ahora de la fosa

tunecina; en misterioso crepúsculo, y bajo estrecha nave, bañada de esa luz de espíritu que ablanda y perfuma, cantaron sus honras, con temblantes palabras, sus amigos de Túnez, y lo enviaron aquí—de donde lo pedía, para guardarlo en sepulcro de Washington, un filántropo,—a que lo envolviesen en la bandera de la patria, a que se destocasen a su paso, como ante mensajero de postierras, los caminantes sorprendidos, y a que, bajo la cúpula del municipio, se levantasen, como un lamento y una caricia, sus versos famosos. Bien hacen en traerlo a su pueblo propio: los huesos de los poetas dan virtud especial a la tierra que los cobija. Saber honrar a un poeta, es serlo. Y en la vida, el estro ha de estar al lado del martillo. Los pueblos han de cultivar a la vez el campo y la poesía. Si no, la vida hemipléjica ahoga al pueblo deforme, y el lado exuberante absorbe al pigmeico. Este cantar salió de donde parece que ha de salir todo lo luminoso: de la tormenta, de una vida tumultuosa, entrecortada, y rota en trizas: que el dolor besa en la cuna, con beso que penetra como puñal, y luce como estrella, a todo verdadero poeta. Y la música del *Dulce hogar* vino de donde viene todo lo grande, memorable y duradero;—de un aire de Sicilia, que el pueblo gorjea: vino del pueblo.

¿A qué contar ahora, al pie de esta hermosura, la romana manera con que, apiñados como granos de arena, enterraron al pugilador Jorge Elliott sus admiradores y cofrades? Es mundo oscuro, donde nada tenemos que hacer los que leemos periódicos y los escribimos, trabajadores de la luz. Quien vio gusanos en cuba, tiene idea de aquella muchedumbre. Era por el Bowery, lugar de gente pobre, y también de gente aviesa. Bribón mayor que Elliott no lo había en la cristiandad; pero de un golpe de puño sacaba a un hombre la vida del pecho. Murió en una pendencia de taberna. El funeral parecía el de un héroe. Las calles no eran de adoquines, sino de cabezas. En el ataúd yacía un gigante. Rompía la marcha un carro lleno de coronas de flores. Dijérase, al ver tal muchedumbre, que se había cuajado el aire en cuerpos humanos. Seis caballos llevaban el carro. Milla en torno cubría la concurrencia cuando fue el muerto bajado a su fosa. Tiene este mundo tenebroso de peleadores y gente de vicio su código de honor, y su literatura y sus teatros. Mozos jóvenes beben de estos venenos, y ese día mismo en que era Elliott enterrado con tal pompa, se apiñaba también la multitud en las escaleras de la casa donde yacía, en ataúd de terciopelo con ornamentos de plata, un niño ahorcado. La justicia le dio muerte porque él, por hacer de ladrón bravo, y pechudo y de cabeza de barrio, la dio a un pobre francés que defendía sus centavos. ¡Llaman justicia a esa que mata! ¡Justicia podría llamarse la que evita! Pues, ¿qué era la apoteosis del rufián, sino incentivo a serlo? No se ha de permitir el embellecimiento del delito, porque es como convidar a cometerlo. Y tres días después del que vio morir a aquel bandido de diecinueve años en la horca, apaleaban y robaban a un artesano tres mozos de la banda del ahorcado. El miedo del peligro futuro no apartará jamás a los hombres de la tentación de ceder al apetito presente.

Por tabernas sombrías, salas de pelear y calles obscuras se mueve ese mocerío de espaldas anchas y manos de maza, que vacía de un hombre la vida como de un vaso la cerveza. Mas las ciudades son como los cuerpos, que tienen vísceras nobles, e inmundas vísceras. De otros soldados está lleno el ejército colérico de los trabajadores. Los hay de frente ancha, melena larga y descuidada, color pajizo, y mirada que brilla, a los aires del alma en rebeldía, como hoja de Toledo, y son los que dirigen, pululan, anatematizan, publican periódicos, mueven juntas, y hablan. Los hay de frente estrecha, cabello hirsuto, pómulos salientes, encendido color, y mirada que ora reposa, como quien duda, oye distintos vientos, y examina, y ora se inyecta, crece e hincha, como de quien embiste y arremete: son los pacientes y afligidos, que oyen y esperan. Hay entre ellos fanáticos por amor, y fanáticos por odio. De unos no se ve más que el diente. Otros, de voz ungida y apariencia hermosa, son bellos, como los caballeros de la Justicia. En sus campos, el francés no odia al alemán, ni este al ruso, ni el italiano abomina del austríaco; puesto que a todos los reúne un odio común. De aquí la flaqueza de sus instituciones, y el miedo que inspiran; de aquí que se mantengan lejos de los campos en que se combate por ira, aquellos que saben que la Justicia misma no da hijos, sino es el amor quien los engendra! La conquista del porvenir ha de hacerse con las manos blancas. Más cauto fuera el trabajador de los Estados Unidos, si no le vertieran en el oído sus heces de odio los más apenados y coléricos de Europa. Alemanes, franceses y rusos guían estas jornadas. El americano tiende a resolver en sus reuniones el caso concreto: y los de allende, a subirlo al abstracto. En los de acá, el buen sentido, y el haber nacido en cuna libre, dificulta el paso a la cólera. En los de allá, la excita y mueve a estallar, porque la sofoca y la concentra, la esclavitud prolongada. Mas no ha de ser—¡aunque pudiera ser!—que la manzana podrida corrompa el cesto sano. No han de ser tan poderosas las excrecencias de la monarquía, que pudran, y roan como veneno, el seno de la Libertad!

Ved esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde, y espante. Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoza ver a un labriego, a un herrador, o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ellas.

New York va siendo a modo de vorágine: cuanto en el mundo hierve, en ella cae. Acá sonríen al que huye; allá, le hacen huir. De esta bondad le ha venido a este pueblo esta

fuerza. Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue solo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha. Aquí está un Shevitsch, hombre de diarios: vedlo cómo habla: llegan a él reflejos de aquel tierno y radioso Bakunin: comienza a hablar en inglés; se vuelve a otros en alemán: «*da! da!*» responden entusiasmados desde sus asientos sus compatriotas cuando les habla en ruso. Son los rusos el látigo de la Reforma: mas no! no son aún estos hombres impacientes y generosos, manchados de ira, los que han de poner cimiento al mundo nuevo: ellos son la espuela, y vienen a punto, como la voz de la conciencia, que pudiera dormirse: pero el acero del acicate no sirve bien para martillo fundador. Aquí está Swinton, anciano a quien las injusticias enardecen, y vio en Karl Marx tamaños de monte y luz de Sócrates. Aquí está el alemán John Most, voceador insistente y poco amable, y encendedor de hogueras, que no lleva en la mano diestra el bálsamo con que ha de curar las heridas que abra su mano siniestra.—Tanta gente ha ido a oírles hablar que rebosa en el salón, y da en la calle. Sociedades corales, cantan. Entre tanto hombre, hay muchas mujeres. Repiten en coro con aplauso frases de Karl Marx, que cuelgan en cartelones por los muros. Millot, un francés, dice una cosa bella:—«La libertad ha caído en Francia muchas veces; pero se ha levantado más hermosa de cada caída». John Most habla palabras fanáticas: «Desde que leí en una prisión sajona los libros de Marx, he tomado la espada contra los vampiros humanos». Dice un McGuire: «Regocija ver juntos, ya sin odios, a tantos hombres de todos los pueblos. Todos los trabajadores de la tierra pertenecen ya a una sola nación, y no se querellan entre sí, sino todos juntos contra los que los oprimen. Regocija haber visto, cerca de lo que fue en París Bastilla ominosa, seis mil trabajadores reunidos de Francia y de Inglaterra».—Habla un bohemio. Leen carta de Henry George, famoso economista nuevo, amigo de los que padecen, amado por el pueblo, ¡y aquí y en Inglaterra famoso! Y entre salvas de aplausos tonantes, y frenéticos hurras, pónese en pie, en unánime movimiento, la ardiente asamblea,—en tanto que leen desde la plataforma en alemán y en inglés dos hombres de frente ancha y mirada de hoja de Toledo, las resoluciones con que la junta magna acaba, en que Karl Marx es llamado el héroe más noble y el pensador más poderoso del mundo del trabajo. Suenan músicas; resuenan coros, pero se nota que no son los de la paz.

Otro día, vuelven a juntarse en decenas de miles. Quieren tener diario suyo, y se dan bailes, para ayudar a fundarlo con sus productos.

¡Buenas mujeres! Allá han ido con todos sus pequeñuelos: ¡qué alegres están sus hombres, que siempre están tan tristes! Y luego, de noche y con los trajecitos de bailar, no se ven la color enfermiza y las mejillas hundidas de los niños! El aire, cargado de salud, suele estar lejos de donde los trabajadores viven. Millones acaba de dejar el ex gobernador Morgan, a sociedades de teología y a seminarios; pues más valiera que empeñarse a forzar en los hombres la fe en el cielo,—crearla en ellos naturalmente dándoles la fe en la tierra! Y ha dejado Morgan muy buenas sumas a las casas en que ayudan a los enfermos, a los ancianos, a los niños y a los pobres: ¡no dejara alguna para ayudar a hacer casas con aire y luz a los que al cabo, de vivir en las sombras llegan a sentirla en el alma, y a hacerla sentir! Estas ciudades populosas, que son graneros humanos, más que palacios de mármol, deberán erigirlos de ventura:—y no acumular las gentes artesanas en pocilgas inmensas, sino hacer barrios sanos, alegres, rientes, elegantes y luminosos para los pobres. Ya son el aseo y la luz del sol para ellos desusada elegancia: pues sin ver hermosura ¿quién sintió bondad? ni sin sentir la caridad ajena ¿quién la tuvo? ¡Aleje de la cabeza de otros la tormenta el que quiera alejarla de la suya! Si los vierais, ahora que llegan los meses de verano, entrarse en bandadas, llenos los brazos de las madres de hijos pálidos y moribundos, por los vapores de paseo en que alguna cofradía o persona amorosa les permite cruzar de balde el río! ¡Es de morderse los labios de cólera, de no andar por toda la tierra paseando infatigablemente el estandarte de su redención!

Pero la ciudad no habla mucho de estas cosas. Ve cómo no cejan en su lucha, y andan a quien reforma más, y más de prisa, por no ser tachado de poco reformador,—demócratas y republicanos. Dicen de Butler, el brillante gobernador de Massachusetts, que es como águila fuerte, que hace estremecer el árbol en que se posa: todos los abusos del estado, como fruta pasada de sazón, están viniendo a tierra al golpe del águila: es un gobernador ubicuo, insomne, omnipresente, alarmante: ve los pliegues de las conciencias y toda cosa bellaca en leyes, contratos o cuentas. De un caballero de España cuentan, que halló gozo en echar entre sus convidados un novillo gentil de su ganadería, y están los empleados de Massachusetts como los convidados del caballero de España: dícelo y hácelo todo de modo gallardo, súbito y nuevo, y en el obrar es tan seguro como en el habla pulido y cuidadoso: es un romántico en el gobierno: sacude el polvo del estado, como la Francia joven de 1830 sacudió el polvo de las academias.—La ciudad habla de la suma crecida que ha juntado el *Herald* para beneficio de los desventurados de Ohio, y es cosa que da gozo ver cómo, poniendo en junto sus óbolos humildes, han dado tanto y con más prisa los trabajadores de las fábricas del estado, que sus gentes de marca y poderío. —Habla de un caballero de iglesia, que trazó tal pintura en sus conferencias de cuaresma de las damas de moda, y de su vida, y redujo a tan cerrados límites la vida femenil, que si en lo de las damas de moda halló justo aplauso, en lo de echar de nuevo a las mujeres a ruecas y a conventos ha movido en su contra a clérigos y seglares. Rezadora y hermana

de la Merced quiere el Reverendo a las mujeres.—«¿Y la vida? le responde con voces inspiradas desde un púlpito una mujer elocuente: ¿la vida inevitable e implacable, que la obliga a ser trabajadora o a ser impura? ¿Y tanta huérfana, y tanta viuda, sola en esta muchedumbre de gentes, que como viento del desierto la arrastra y la ahoga?»—«Y esta mente mía, que abarca lo que abarcas;—y este corazón mío, más tierno que el tuyo,—y este desdén mío, que condena tantas veces los gustos y prácticas bárbaras de tu sexo,—¿habré de sofocarlos como crímenes, cuando son poderes que me dio la naturaleza?»—Así increpa al Reverendo otra dama enojada—«¿Para qué me priváis de parte real en vuestras ganancias, si en nada las emplearemos peor que en pagar diez pesos, como los hombres pagan, por ver cómo dos peleadores de oficio, o caballeros de ciudad, o estudiantes de altos colegios, se hinchan a golpes el rostro, y con rabia y pujanza de fieras se derriban y revuelcan por la tierra?» Esto dice otra; y un clérigo dice esto: «Santas! ¡Hermanas de la Merced! Mujeres de rezo: el siglo XIX tiene fuera de los conventos mejores santas: santa es María Carpenter, que empleó sesenta años de su vida en educar a los niños de las calles de Londres: y no hay rezadora de las que hermosean las ventanas de cristal de vuestra iglesia de cuyo rostro emerja más radiante luz que del rostro, empapado de amor, de María Carpenter».—Una ardiente reformadora recuerda cómo el rector Woolsey, de la Universidad de Yale, favorece la creación de una convención de mujeres, que estudie y decida la ley del divorcio; y mantiene, con agudísima sátira, sazonada de burlas oportunas a los errores de los hombres en el Gobierno, que los Consejos de Educación, las casas de policía, y los puestos todos del estado, de que el hombre ambicioso y desamorado cuida mal, estarían mejor en manos de mujeres, en quienes el desarrollo de la razón no ahogará la ternura:—que es en verdad gran dote de gobierno.

A punto viene, en medio de estos clamores, la decisión de la Universidad de Columbia, de este estado de New York. No se atreve a abrir sus cátedras a la par a hombres y mujeres, porque aunque dicen que la Universidad de Cambridge las ha abierto en Inglaterra, no es verdad que las jóvenes estudiantes se hayan aprovechado de la concesión, sino que estudian en el colegio afamado de Girton, que las prepara, como a los estudiantes varones, en todo arte y ciencia, sin que Cambridge les dé luego más que tribunales de examen, grados y títulos. Y esto ofrece ahora la Universidad de Columbia, y recomienda la creación de un colegio semejante al de Girton.

¡Acaso se yerra: acaso, en estas naciones en que el exceso de población, o de ánimo interesado en los hombres, acarrea estos mismos problemas—el único modo de salvar a las mujeres de los apetitos que engendran sus condiciones exteriores de hermosura, sea el de inspirar a los hombres, con el continuo trato, y el comercio intelectual, amor por otras más nobles y duraderas condiciones! Se está aún en la primera letra del abecedario de la vida. Se hace hasta hoy de un capricho de los ojos, exaltado a necesidad del alma, confundido oscuramente con ella por la generosa y enaltecedora fantasía—ley de toda la

existencia.—Y no se mire con ojos aviesos este encallecimiento del alma femenil, que esto es, y no menos, la existencia viril a que la necesidad de cuidar de sí, y de defenderse de los hombres que mudan de apetito, la lleva en esta tierra. Vale más su encallecimiento que su envilecimiento. Y hay tanta bondad en las almas de las mujeres que, aun luego de engañadas, de desesperanzadas, de encallecidas, dan perfume. Toda la vida está en eso: en dar con buena flor. En esta ciudad grande, en donde la mujer ha de cuidar de sí, y salvarse del lobo, y de los de la vida, ha de hacerse piel fuerte que la ampare, y aprender toda ciencia o arte que quepa en su mente, donde caben todas y le dé modo honesto de vivir. La impureza es tan terrible que no puede ser jamás voluntaria. La mujer instruida será mejor pura. Y ¡cuánto apena ver cómo se van trocando en flores de piedra, por los hábitos de la vida viril, estas hermosas flores! ¿Qué será de los hombres, el día en que no puedan apoyar su cabeza cansada en un seno caliente de mujer?

Pero abrió esta semana un suceso que venía siendo comidilla de la prensa un mes ha, y de las casas, y de los *clubs,* como si fuera acto simbólico y típico, en cuyo acaecimiento estuviese algo de la vida nacional. De sus generales se envanecía Roma: y los Estados Unidos de sus ricos. Pero no los levanta sobre el pavés, sino que a la par que los reverencia, los moteja. Los admira, mas los ve como usurpadores y temporales ocupantes de la riqueza pública; lo que acontece en mayor grado, cuando la riqueza de un hombre o de una familia toma tamaños de riqueza de nación. El ojo popular, que ve los hechos gruesos, se vuelve con cólera contra los que,—en la misma noche en que dos desventurados, transidos de hambre, son presos en el rincón de una iglesia,—en torrentes de luz y de perfumes giran, cuajados de rosas de oro y de diamantes, y enjoyados como silla de caballo persa, haciendo alarde ostentoso de la riqueza que se les desborda de las arcas. Ancha es la Quinta Avenida, y como calle imperial. Bórdanla palacios, que ya tímidamente remedan las portadas suntuosas y lóbregas de las casas ducales de Venecia, y las torrecillas de las abadías góticas; ya balcones del Louvre, barbacanas de castillo feudal o minaretes árabes. Paseo es la rica calle durante las horas de la tarde, y morada buscada y valiosa de gentes opulentas. Da carta de nobleza neoyorquina la Quinta Avenida. Realzando con los vestidos estrechos los miembros fuertes, pasean allí sus cabezas célticas, y la medalla del club rico que les cuelga al pecho, los galanes desocupados, aunque estos no son muchos,—que aquí el trabajo es ley. Y quien no lo tiene, lo finge—de vergüenza de parecer que no lo tiene.—Pero las damas llenan la calle, cargando en los brazos, nacidos por cierto a más nobles y dulces empleos, unos perrillos de luengo pelo y cabeza espantable, que ahora andan en boga. Son damas de hermosura peregrina, mas no animan la calle solemne. Mueven el alma a grandeza el vasto espacio, el imponente y sombrío caserío, la regia calma.

Allá, cerca de catedral ambiciosa, que copia en vano la de Milán soberbia, desafío afortunado del hombre a su Creador,—se alza, ahogado por casas pardas y sombrías, un palacio risueño, que tal parece de encaje menudo. En macizas paredes, severas ventanas.

En todas las pinturas, esculturas. La piedra, cincelada. El techo, recogiéndose en pirámide, remata en torrecilla aguda y graciosa. Y de la puerta al techo, todo es calado, esculpido, sacado en relieve, acariciado, bordado. Domina allí la gracia, que es la mejor especie de hermosura. No hay casa más hermosa en esta tierra, y en ella vive un Vanderbilt. Tal es, que cuando, al pasear entre las maravillas de su interior caen los ojos sobre un gracioso retrato de la «castellana», de mano de Madrazo, no parece lienzo allí traído, sino como parte de la casa misma, luminosa y esbelta.—Sacude al sol Madrazo sus pinceles, y pinta luego con estos colores. En tal palacio, entraba por entre muros de ujieres, este Lunes de Pascua, la gentileza neoyorquina, y no hubo nunca en corte ansia mayor por baile de monarca, que la de la gente de New York por el de Vanderbilt: es ley que en ciudad donde se tiene en mucho la riqueza, se vea como a cosa real el baile con que abre su palacio el monarca de los ricos. ¡Qué contar de antemano los lujos de la casa, y el precio de las joyas, y el de los vestidos, y el de los vinos que habrían de beberse, y el de los más menudos aditamentos de noche de baile! ¡Qué cuchichear millones! ¡Qué aquilatar diamantes! ¡Qué publicar los precios de las telas! Y así llegó la noche suntuosa. Todo era en los barrios ricos curiosidad y movimiento. Parecía fiesta de todos, y no de uno. Vaciábanse en la rica puerta carros de flores. Sentíase a veces en torno de la casa ese silencio que inspiran los monumentos. Ya al caer del crepúsculo veíanse brillar, a través de los cristales de los coches que andaban de una y otra parte velozmente, cazoletas de espadas, collares de altas órdenes, lucientes ferreruelos.

Las diez eran dadas, y toda era luz la casa de las maravillas. Mil carruajes se detenían a sus puertas. Saltan de ellos monarcas, caballeros, duques, antiguos colonos. Un torero ayuda a bien bajar a una escocesa. De su marco parecen salidas, para entrar por aquel corredor majestuoso, de muros de rica piedra, y de robles de menuda talla artesonado, princesas de Van Dyck, duquesas de Holbein, damas de Rubens. Contienen mal el asombro que la casa inspira. Cuanto ven, está esculpido, dorado, cincelado. Cuanto pisan, es piedra tal, que vale más que oro. En lo inmenso se piensa, y en templo majestuoso, cuando se sube la ancha escalinata, que aún revuela al tercer piso por bajo un arco altivo que la agiganta y ennoblece. Gimnasio llaman a la sala vasta donde, entre la curiosa muchedumbre, se juntan las cuadrillas de honor que han de guiar la procesión y romper el baile. ¡Oh, qué curiosa, esa cuadrilla de damas y caballeros montados en caballos que parecen reales, con largas mantas que ocultan los pies de los bailadores, y cubiertos de pieles verdaderas y de crines que poco ha estaban vivas,—la cual cuadrilla va a bailarse en memoria de las fiestas de Corte! Llevan los jinetes casacas rojas de caza, y veste y medias de raso blanco, y calzón amarillo, como los caballeros de cacería en tiempos de Luis XIV, y ¡qué bordadas van las sayas blancas de las amazonas, y cómo las realza la chaquetilla roja!—¡Cuán brillante esa otra cuadrilla, que es la de Ópera Bufa! Esta es Serpolette que da la mano a Mme. la Diable y allí van Ángel Pitou y la Périchole, y Mme. Angot y *le* Petit Duc! ¡Y esos otros que se han vestido de deslumbrante moaré blanco, y

de aquel traje de alba seda, empolvada peluca y blanco narciso en el ojal, a uso de caballero de la antigua Corte Alemana, para parecer porcelana de Dresde, cuya marca famosa llevan bordada en el vestido!—¡Qué ingeniosa la cuadrilla de las estrellas: llevan colores pálidos, blanco, azul, malva delicado y sutil amarillo! Y ya se mueven: ya va, tras las cuadrillas, el séquito opulento. Apenas se habla; los ojos cuentan más que miran. Todos parecen allí trenes cargados de rica joyería, duques de Buckingham. ¿Qué maravilla más, la casa o la riqueza de los huéspedes? Ya llegan, en tanto que de afuera la gente ansiosa se agolpa a las balaustradas, al noble salón que parece nacido de las manos creadoras de Pedro Lescot. De fuera hace pensar el palacio en los albañiles de Estrasburgo, y en el Bernini y en Juan Goujon, esta sala que llaman de Francisco I, arrogante como el rey caballeresco, cubiertas las paredes de tallados muy ricos de nogal de Francia y rojo terciopelo, y chispeando allá en el fondo monumental chimenea hecha como para calentar a reyes gigantes.

De un castillo de Francia fue traída la ornamentación de esta otra sala, en que el séquito entra ahora, toda vestida de roble dorado, por los amores de Psiquis y Cupido—que Baudry pintó en el techo—presidida, y ligera y graciosa, como aquel tiempo criminal y amable de olvido y devaneo. Y ya en el comedor, no tiene coto el asombro. Piso y techo son de roble, con revueltos y varios dibujos: y en fajas van vistiendo las paredes roble de talla exquisita, tapices de flores de oro, cornisa de rara piedra de Caen, y luego en lo alto, como borda cerrada galería la sala de Embajadas de la Aljafería de Zaragoza, caliente aún de miradas de mora y amores de reyes, extiéndese franja ancha de coloreada cristalería, que hace del comedor como cesto bordado de flores colosales, o nido de luz, o inmenso joyero. Y de la gran ventana de cristales, que ha pintado Oudinot, vivos resaltan, cual si desde sus estribos cincelados recibiesen corte, Enrique VIII y Francisco I, que a la cabeza de séquitos fastuosos, cruzan las manos reales en el campo del Manto de Oro. Y, ¡qué palmas por toda la casa! ¡qué rosas que hacen pensar en la *Rafflesia Arnoldi,* que es flor gigantesca, de Java y Sumatra! ¡Y cómo se encarama, por las paredes del gimnasio, ya poblado de mesas de cenar, al rumor de las fuentes, por entre la rosa Jacqueminot de oscuro carmesí, y la María Vassey, que es rosa nueva, la buganvilla de flores encarnadas, cubana enredadera!

Ya pasean todos por la casa, de brazo y cuchicheo; el señor de ella, que va de Duque de Guisa, lleva de brazo ¡oh cosa bella y novísima! a la Luz Eléctrica. De raso blanco es el vestido de la dama, mas todo, como su cabello, de brillantes cuajado. ¡Dejad que pasen reyes y pastoras, que son cosa vieja, mas no sin observar cómo van Francisco I del brazo de D. Carlos, que le muestra orgulloso su hoja verdadera de la fábrica antigua de Toledo, y cuán amigas andan riendo gozosamente María Estuardo, que es esta vez Cristina Nilsson, e Isabel de Inglaterra!

Ese que pasa haciendo galas marciales, lleva el traje con que paseó su bravo abuelo en aquel otro baile famoso que dio New York al Marqués de Lafayette, que fue noble de

veras, pues fue tierno. Y aquella acaba de saltar de una góndola negra de Venecia, y tal parece que lleva al cuello los ricos encajes, y en la cabellera suntuosa la matizada joyería de la mujer de Marino Faliero. Aquí viene el hijo del Duque de Morny, que vio hace poco, en su casa de París, sereno como la estatua del vicio, caer muerta a sus pies a una criatura ardiente y delicada, a la muy bella Mlle. Teyghine, y ahora danza, sin miedo de sombras ni cuidados, en su lindo vestido de caballero de Luis XV. Un charro mexicano pasea airosamente a la Música, que se lleva tras sí todos los ojos: viste la Música traje de raso rojo que le cae sobre saya de raso blanco, franjada a modo de pauta, de anchas listas de terciopelo negro, y sobre el peto, en una franja de este, lleva bordadas en oro las notas de la escala: lindo gorrillo de seda roja, todo bordado de instrumentos de oro, le recoge todo el cabello. Ahora se sienta en vieja silla de cuero de Córdoba, estampado de escudos reales, un abogado de New York que bien lo pudo ser de corte, por las gracias de su palabra y amena cultura: es Chauncey Depew, orador de nota, defensor probado de esta casa de ricos, que ha llevado al baile el traje de los viejos Knickerbockers que sienta bien a caballero grave: calzón y chupa son de terciopelo negro: de raso pálido bordado de rosas el luengo chaleco, realzan encajes por cuello y bocamangas, y ciñen al empeine los negros zapatos dos broches de gruesos brillantes. ¡Oh, quién cuenta la gente innumerable! Este último es Abram Hewitt, rico piadoso y orador de fama, que viste de rey Lear, y lleva del brazo a esta niña agraciada, a cuya pálida hermosura sientan bien el casco luciente de finísimo acero, y la cota de malla de plata trenzada de la radiosa Juana de Arco.

Y ya sale el correo, y aún se habla del baile: mas no de sus donaires y discreteos, ni comedias de amores, a la sombra de palmas y entre perfumes de rosas enredadas, ni de las réplicas vivaces que el borgoña generoso enciende, y dora el *champagne* bueno; ni de esas gratas y amenas locuras que luego de los bailes animados revolotean en torno de la frente, cual lindas mariposas de colores, o besos fugitivos. Háblase del baile cual si hubiera sido gigantesco paseo, o muestrario de prendas, o certamen de joyas, o sondeo de arcas. Tal parece que fue procesión muda, que cenó cena recia, se movió pesadamente, y volvió torva. Quien lee en los diarios las notas del baile, lee cuentos de escenario, mas no de alma. Y ha caído en la fiesta como en hueco, y empieza a decir que sientan mal, en estos tiempos de cólera y revuelta, y muchedumbres apetitosas y enconadas, muestras tales de lujo desmedido y gracia en trajes, que los tristes no entienden, ni la época seria lleva bien, ni convienen a país republicano, ni olvida ni perdona aquel ejército que adelanta en la tiniebla, en que capitanean a los hombres de corazón henchido y frente estrecha aquellos de frente ancha y miradas de hoja afilada de Toledo. Y es que se dio el baile como enseña de riqueza; y como a golpe en el rostro lo han tomado las gentes envidiosas, miserables y descontentas:—¡aún no se ha levantado de sus sesiones la convención francesa! Pero aquí está sentada a su lado la cordura.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 13 y 16 de mayo de 1883.
[Mf. en CEM]

PETER COOPER

Ha muerto un padre de hombres. New York quería a Peter Cooper como Grecia quiso en un tiempo a sus ancianos; y la ciudad, cuando supo su muerte, puso a media asta sus banderas, reunió en sesión de luto sus corporaciones y senados, arrancó todas las flores de sus jardines, y fue a regarlas al paso del cadáver del hombre benévolo. El día de su entierro, los carruajes detuvieron su curso; las grandes tiendas por cuyo frente cruzó el séquito suspendieron sus pingües negocios; las grandes avenidas de la ciudad ofrecían un aspecto solemne; y las mujeres mismas, en las ventanas, se quitaban al paso del cadáver, como para honrarlo mejor, sus sombreros de cintas de colores.

Peter Cooper vivió noventa y tres años, y no ha cesado en ellos de hacer bien. Hubo siempre a la vez en su hermosa naturaleza algo de gigantesco y femenil. La voz de un pobre le hacía romper en llanto, y, como evocación de mago, brotar de su mano la limosna; pero nadie luchaba como él por arrancar secretos a la naturaleza, ni halló tan varios modos de enfrenar sus iras, domar su hostilidad, y aprovechar sus fuerzas. Acumuló millones, y dio millones a los pobres. Nació trabajador, y lo fue siempre. Cuando se vio rico, no apartó de sí a los miserables, sino que les fabricó universidad de artes e industria, para que venciesen como él los obstáculos de la vida, y se salvasen de la miseria.—Se sintió siempre pobre; y hace pocos meses, cuando vendría acaso de regalar decenas de miles de pesos al Instituto de Artes y Ciencias Industriales que ha creado,—como se rompiese una de las correas de su carruaje, y no pudiera este seguir marcha, se bajó de él; de un listón de madera hizo aguja, de un cordel hilo,—y en medio de la muchedumbre que se aglomeraba respetuosa, muda de asombro y cariño, ayudó a su cochero a coser la correa; y al poner el pie en el estribo, y acomodarse el ancho gabán, sobre cuyo cuello caían en profusión, como halo de astro, los blancos cabellos, daba tiernos consejos a los jóvenes sobre la utilidad de saber hacer las cosas por sí mismo, a lo que respondía la multitud,—que en presencia de aquel hombre bueno se sentía mejor,—ondeando los sombreros, y aclamándole, y llenando las calles vecinas con el estruendo de hurras fervorosos.

Nada es más adecuado que la vida de Peter Cooper para calmar la impaciencia que ciega y trastorna a las clases trabajadoras. Nació de padres tan pobres, que a los cinco años ya ayudaba a sus padres a vender cerveza; a los diez años, era sombrerero; a los quince, trabajador en coches e inventor de máquinas para mejorarlos; a los veinte, fabricante de máquinas de cortar telas; a los 29, artesano holgado cuya mujer guisaba la comida, por lo que, como el buen Peter había de mecer al niño mientras se hacía el guiso, inventó una máquina que a la vez mecía al niño, espantaba los insectos que turbaban su sueño, y ponía en movimiento una caja de suave música. A poco, con el producto de las máquinas que construía, mejoraba e inventaba, aunque no había aprendido mecánica en

escuela alguna, ni con maestro alguno, ni en más libro que en la observación de la naturaleza,—compró tierra en New York, y tienda de víveres; edificó casas; adquirió una vasta zona de terreno; sacó hierro de los montes; construyó hornos ciclópeos para hervirlo; echó abajo selvas enteras para calentarlos; descubrió hierros nuevos, y modo de vaciar las minas de lo alto, y por una cintura colosal en torno de la mina, enviar pendiente abajo hasta el depósito los grandes baldes cargados de mineral, que una vez vacíos, eran de nuevo empujados hacia la mina alta, por los siguientes baldes llenos, que los lanzaban de rebote monte arriba en busca de la carga nueva. Si un pantano le salía al paso, lo secaba. Si no podían las máquinas de su tiempo doblar las curvas, y saltaban en pedazos en el intento, él inventaba la caldera tubular, ponía al vapor riendas seguras, y echaba a andar por la América la primera locomotora que logró verdadero éxito. Él no veía la ciencia como un libro escrito en letras mágicas, entendible solo para los privilegiados, sino como el cúmulo de respuestas que la naturaleza daba a las preguntas del hombre tenaz. Jamás se le presentó obstáculo físico, que no venciera con un fácil alarde de su mente, fértil en inventos. Se complacía en hacer bullir en las retortas de su gabinete elementos diversos, y a las luces fantásticas de aquel incendio de simples, que llenaban de colores de arcoíris el sombrío salón, hallaba combinaciones ingeniosas, de algunas de las cuales hizo fábrica que hoy rinde a sus hijos por centenares los miles de pesos.

Pero no bien le caía un centavo en las arcas, ya andaba en busca de quien lo había menester. Miraba a los trabajadores como a propios hijos, y los llevó siempre consigo, y en su corazón, y alzados en sus brazos, a las eminencias a que le empujaron la estimación de los hombres y su cuantiosa fortuna. Jamás cerró su puerta a visitante pobre, ni dejó de ayudar a inventor en penuria, ni a honrado en escasez, ni a viuda en lágrimas; ni apartó nunca el oído de las cuestiones encrespadas que a los trabajadores interesan, ni la mano de la pluma para defenderlos.

Pero quien había ido tantas veces a las entrañas de la tierra en demanda de sus secretos, cuya posesión y aprovechamiento hacen fácil la vida y la alivian,—había de ir también, puesto en estos problemas, a sus raíces, y a la busca de fecundos remedios. No era, como otros tantos, expositores pretensiosos de los males que veía; ni como muchos más equivocadores de la justicia con la ira, y azuzadores ciegos de un mal que no saben dirigir. No veía en la cólera un bálsamo, sino un tósigo. Por sobre todas las cosas ponía la ley de amor. Preferible le parecía retardar una solución a tomar una violenta, que a su juicio era retardar aún más la solución real. Como la vida había cedido mansamente al empuje de su voluntad y de su inteligencia, aseguró que al empuje de ambas la vida cede siempre. Y vio el remedio de los males de la clase trabajadora en el ennoblecimiento del carácter, que las disgusta de las soluciones brutales y excesivas, y en el cultivo de la inteligencia, que las hace indispensables a los demás, útiles a sí mismas y formidables. Para él, la inteligencia es la fuerza suma; y toda fuerza, por inveterado que sea su dominio, por prestigiosa que la hagan sus triunfos, por sólida que parezca a ojos que ven

ligeramente,—cede,—como helechos del río a las aguas incontrastables de la catarata,—al empuje de la inteligencia.

Y luego, ¡había él buscado en sus mocedades tantas veces en vano respuesta a sus preguntas! ¡se había detenido tantas veces triste ante la naturaleza muda! ¡había envidiado él tantas veces, pobre trabajador, pobrecillo cosedor de sombreros, humilde constructor de coches, a los que en buenos libros y buenas escuelas aprendían lo que él anhelaba saber: Física, Química, Artes Industriales y Mecánicas!—¡se había compadecido tantas veces a sí propio, y mirado como pobre máquina de vapor suelta en medio de magnífica comarca, mas sin rieles! ¡Hay tanta diferencia, de un trabajador ignorante, mero diente de rueda o palanca de máquina, a un trabajador inteligente, —vapor que la mueve! Su alma llena de piedad quiso ahorrar a los hombres los trabajos que él había padecido en medio de ellos:—curar heridas, sembrando amores;—librar a la generación nueva de artesanos de las acerbas angustias, de las vagas aspiraciones dolorosas y coléricas, de las zozobras y soledad que afligieron tantas veces su generosa vida! Quiso limpiar de zarzas el camino de los hombres nuevos. Y fundó, para enseñar artes y ciencias industriales gratuitamente, el Instituto de Cooper. Tiene el Instituto otro nombre oficial; pero este es el nombre con que lo conoce la nación y lo celebran por todo el Universo. Allí iba él todos los sábados, del brazo de su hija, a sentarse entre sus discípulos, a pedir a los maestros eminentes que no perturbaran el espíritu ni cohibieran la libertad de los artesanos estudiantes con la enseñanza del propio credo religioso de él, ni con el credo de otra religión alguna: allí iba a ver qué nueva sala hacía falta; qué nueva cátedra era requerida por las necesidades nuevas del mercado industrial; qué empleo podría hallarse para los que acababan de terminar sus estudios en el Instituto, como si creyera deber suyo apartar de los labios de todos los hombres la copa amarga de la vida. ¡No en vano sentía él que su vida radiosa, como incienso que un supremo sol arrebola y matiza, ascendía al son de tiernas músicas a los palacios de la luz suprema! No en vano la ciudad entera rindió homenaje a este gran caballero del amor, y cantó loas entusiastas que, como brisa de alas, levantasen su espíritu a las moradas de la paz dichosa! No en vano le pusieron sobre el pecho, como emblema de su vida, un lirio recién abierto; y acompañaban a pie millares de hombres y mujeres el cadáver venerado por las calles y plazas suntuosas, que parecían, con su amante sigilo y calma súbita, unir estrofa colosal al himno público!

¡Oh! ¡hombre venturoso, aquel sobre cuyo pecho, después de 93 años de vida en la tierra, se abre un lirio!

La Ofrenda de Oro, Nueva York, mayo de 1883.

ENTRE FLAMENCOS

—Olé! Olé!

—Arsa, simpática!

Y taconeo, y gritos y palmadas... Pues este es el Imparcial, el café de la gente del bronce, aquí me entro porque llueve y de aquí hemos de salir sabihondos en cuanto toca a la vida, genio y hábitos de la alegre Flandes.

Llego a punto para ver bailar al que da la hora y el opio entre los bailadores de la plazuela de Matute. Deja sobre la silla la chaquetilla alamarada; pasea con garbo por sobre el sólido tablado el lindo cuerpo, cerrado en el vestido a la flamenca, con camisa sin cuello, y chaleco de corte, y apretada faja, y colgante de ella gruesa cadena de oro, y embutidas las piernas en ajustadísimos calzones.

Mal año para ese mozo! Y qué mal que le sienta retorcer, a modo de hembra, las anchas manazas! Allí, dando en hilera la espalda a la pared, hácenle coro el guitarrista con las cuerdas, y el resto de la flamenca compañía con estruendosas palmas. Él retrocede, avanza, para, gira, da con las rodillas en las tablas, zapatea, escobea, se mece, se retuerce, lame con el pie blando el tablado, lo castiga de súbito frenético: y no cesan un punto, ni el compás incansable de las palmas; ni las voces excitadoras de los comparsas, ni las muestras de regocijo de los concurrentes, ni aquel batir sin tregua los tacones sobre el escenario fatigado.—Tal parece que el baile flamenco ha acompasado el frenesí.

Jadeante y sudoroso se sienta el aplaudido gitanillo. Henos aquí tan apretados que ni el mísero mozo de la casa, con las mejillas rojas en fuerza de las burlas que recoge al paso, puede alcanzar el achicoriado café y la *media suela con manteca* a estos impacientes comensales, ni en este templo del arte de Juan Breva pudiera hallar asiento el mismo Bihary, que amó a la reina María Luisa, y fue músico grande y gran gitano. Como estamos en sábado, aquí vienen los bulliciosos jornaleros a dejarse el jornal de la semana. Tal trae su moza, y tal viene a buscarla. Alrededor del mismo mármol, zámpanse sendos tragos de anisado un alcarreño, un carpintero, un seor silbante, de los de sombrero de pelo y leontina de platino, y dos soldados. En aquella mesa, ese rostro rubicundo, agallegado, raso el labio anchuroso, vigilado el rostro por dos escuálidas patillas, me revela un cochero en huelga. Belfuda y cejijunta es la manceba que comparte con él el pastoso chocolate, asómale lo de Betanzos por entre los pliegues del negro pañolón. Allí veo una figura que en bigotes y fieltro bien pudiera haber servido de modelo para un cuadro sombrío de Zurbarán: bien está este entre los de Flandes,—que de esta y otras cosas se colige que vivimos aún en tiempos del Duque de Alba, y de allá viene. Pues, ¿y aquellas chulillas juguetonas, que están dando qué hacer al aguardiente?: acodadas las cuatro en la mesa, cuando vuelven la cara al lado suyo, miran de tal manera que parece que rebanan y colean. Échanse el pañuelo con tal arte que si sobre la espalda les cae en larga punta, y en

torno al cuello les ciñe en ancho lazo, apriétanselo por junto a las orejas, y tíranselo por sobre la frente de manera que ocultas aquellas y esta, parece que el rostro les asoma por debajo de un largo dosel—y no hay Maritornes que parezca del todo mal debajo del pañuelo engañador. Aquella se levanta, y nos enseña el resto del vestido: mantón de lana, cayendo sobre la falda en punta como la del pañuelo larga, les abriga: de franela de cuartos rojos, listados de negro, es la holgada saya. Ni el tipo invita a pecaminosos pensamientos, ni los excusan los mal calzados y chatos pies de esa chulilla que en demanda de un Don Diego de noche, vuelve hacia atrás la cara y se dirige hacia la puerta. Por ella entran a la par aire frío que rompe las nubes de humo espeso que llenan el salón, y un chicuelo que vende el periódico de los chismes, y un mancebo de capa de rojo embozo y gafas de oro, y una parvada de joviales artesanos, cual con la mano aún embadurnada de pintura, este rubio con el mandil lleno de manchas, aquel trigueño—más presumido—con un gabanete vergonzante sobre la blusa, cuyos blancos y honrosos ribetes por debajo del gabán se le señalan. Este es cerrajero, y habla de fallebas: de cancelas el otro, que es artista en tablas. Al lado se me sientan dos mozuelos entecos, el uno de ojos brillantes y palabra fácil, el otro de rostro picaresco y lengua maldiciente. Pero yo quiero hacer apuntes y saco papel: necesito lápiz y el carpintero me ofrece uno:—hétenos amigos.

El zahareño murmura del maestro, y me ruboriza con sus malas palabras, y dice que es de maestros querer vivir del sudor de los pobres, y me huele a internacionalista; pero no parece que le viene mal verse codo a codo con un curioso señorito: a bien que la juventud ata voluntades más deprisa que rencores y viejos sistemas les desatan. Si son internacionalistas, bien que me agasajan, y me dicen coplas, y me imitan a Paco el Malagueño.

Pero aquí vienen, por ahí les abren paso, por allá suben de nuevo al tablado los artistas de la bullanguera Flandes. Siéntanse en fila, dejando ante sí espacio para lo que ha de venir luego.

—Ea, jóvenes, que se baile bien!

—Lacosta, malagueña!

—Un sombrero ancho para Antonia!

—Olé, Paco!

—Don Guitarra, no nos avergüence Ud. con el brillante!

Hormiguean las voces; interrumpen los desmandados gritos: preludian, antes que las gemidoras cuerdas, botellas, vasos y platillos.

El uno:—Peteneras!

El otro:—El polo!

Un caballero de tres chulas, con capa y con chorrera, y con las sienes cubiertas por parches espesos de negrísimos cabellos:—Tango, tango!

—Ea! no interrumpime!—dice el bravo de la cuadrilla. La tormenta se calma: Don Guitarra preludia, y, vaya si luce en la siniestra el brillantazo del apóstrofe!

Por el guitarra comienza la fila: síguele faltaneo con el bigote al uso clásico, Paco el Malagueño. Calienta a este los costados una gruesa moza, que para esfinge no tuviera precio; canasto de rosas en negra yerba semeja su cabeza: mantón de seda le cruza por el pecho: suelta bata rosada le dibuja las desordenadas formas: no pecaría por ella San Antonio. Está junto a ella Antonia la afamada: le oscurece la frente enverjado de rizos; erízansele en la revuelta y esponjada cabellera peinetas de carey, clavos de oro, rosas rojas flotando sobre ganchos; en cauda voluptuosa le cae con gracia sevillana sobre el cuello, la propia espléndida trenza, que luce una flor blanca. Ya anuncia este buen rasgo los picarescos ojos, abierta nariz y risueña boca de quien lo tuvo: en bata y en mantón hermánase a su hermana.—Y vienen luego Jiménez, aquel del baile y taconeo: y Lacosta, gallardísimo mozo, de blanca tez, de magníficos ojos, de agraciada y breve boca. Napolitano, árabe, bohemio: todo a un tiempo parece. Así pudo ser Rizzio que enamoró a María Estuardo: así pudo ser Byron. Rasa la barba, sobre la frente limpia recogidos en alta onda los cabellos; brillándole en las manos las sortijas, en la ajustada chaqueta lustrosos y colgantes alamares, en la abierta pechera botonadura rica, en los labios inquietos el inagotable chiste, en los pies revoltosos la bullente jácara. Lacosta es allí el alma, el nervio, la palabra, la inteligencia, el bastón—que no batuta,—el olé de aquel grupo. Él llena con desmanes de la lengua los compases vacíos: interrumpe—mal año!—con oportuno gracejo la silenciosa cadencia que en los bailes y cantes andaluces sucede al repiquetear de manos, pies y cuerdas enloquecidas y alborozadas.

—Olé, que va a cantar Paco!

Y comienza a cantar Paco una de aquellas interminables malagueñas, con esa voz rajada, no suspendido aliento, y sostenida nota rastrera que el canto les exige. A medida que la nota avanza, el cantador, privado de aire, se enrojece, y mientras más se le enciende el rostro, y más levanta la rajada nota, y más cantidad de voz ha logrado emitir en una expiración, y más se le hincha el cuello, de manera que quiere saltar por sobre los bordes de la ceñida camisilla,—más ferviente es el olé de las mozas, y más cordial el chiste de Lacosta, y más clamorosos, entusiastas y alborotados los aplausos. Dilátase la admiración de los que oyen a medida de las venas del que canta. Piérdese, al terminar la nota, en el coro de palabras y voces excitadoras. Prémiase y mímase al cantador. Como que se apenan de gustar de su cante difícil, y quieren darle con aquellos aplausos singulares, a la par que glorioso descanso, el aliento de que ha menester para la nueva prueba.

Al fin un golpe del bastón, que está siempre en manos del que canta, pone término a aquella prolongada, arrastrada, recobrada, repetida nota fatigosa.

Encomia el uno a Paco. Por aquí se oye:

—Cá! ni pa Breva!

Óyese por allí:
—Cá! ni pa Dios!
Añaden otros:
—Es corto de resuello!
—Esos jepíos son los únicos!
—Breva tiene otro garganteo!

Porque Breva es hombre que canta de un solo resuello toda la malagueña. Y es la gracia que el cante comience, siga y fine en un mismo tono,—y que los juegos de garganta no obligan a respirar de nuevo a Breva. Él apasiona. A él lo retratan. A él lo imitan. Él da conciertos. A él lo aplauden en el teatro de la Bolsa la gorda carnicera, el rico torero, el chulo auténtico, el chulo aficionado, el grande de España, la dama opulentísima;—¿quién no ha ido al teatro de la Bolsa a ver zapatear a Trinidad, incitar y encender a la Roteña, gemir soledades a la Concha, rasguear en las cuerdas al famoso Paco, y estremecer y arrebatar al gran Juan Breva? Si a retazos turban la voz del héroe del cante los demonios retozones del aguardiente: si a groseros placeres convida, y corporales deleites recuerda la estrofa andaluza: si garganteos de oficio quitan a las soledades melancólicas su real y tiernísima belleza: si es la frenética alegría de la Roteña descarado y resuelto convite a todas las locuras de la carne—¿qué importa que lo miren ojos castos, ni los aplaudan manos puras, ni lo contemplen absortos adolescentes inexpertos?—a los toros, por la calle de Alcalá! Fustas, campanillas, voces, desordenada muchedumbre: hoy es domingo!

—Rajada voz; deshonestos cantares, realce, copia y revelación de los devaneos del apetito: ahora es de noche!—Mal año para el escudo madrileño! El espada Frascuelo cabalga en el oso, y a horcajadas sobre una rama sacude la Roteña los madroños!

—Que no!—clama en el Imparcial el joven cerrajero de las fallebas:—que no hay quien pa' Breva!

—¿Y Pepe el Tuerto, que cantó sin sosegar 32 malagueñas?
—¿Y Paco el Gandú?
—¿Y el Carito?

Porque estos son entre los aficionados a lo de Flandes, los artistas clásicos.

—Pues—¿y el cieguito? Toca mejor que ese!

—¿No ha visto Ud. al Jorobaíto? pues ese baila el ferrocarrí y la escobita que hay poquitos que se lo hagan.

Mas súbito taconeo hace temblar la hueca tablazón. No es una mujer que baila: es una figura fantástica que sobre el tablado se desliza. Corea y aclama el público. La guitarra acompaña. Las palmas marcan, ora estrepitosamente, ora lánguidamente los tiempos. La volante palmera se detiene. He aquí a Antonia, vuelta de cara al público. Con las puntas de los pies acarician las tablas los flamencos, y con blanda mano la cuerda el

guitarrista, y con las palmas vueltas, y los torneados brazos, y la fácil mirada, y un rítmico y al principio imperceptible balanceo del cuerpo, acaricia a su vez la bailadora al público extasiado.

Oh, cuán viva la música gitana! Es revuelta y fogosa, de variados ritmos, de ornamentación extraña, de modulaciones lánguidas como el destierro, acariciadoras como la pasión, blandas como un beso juvenil en labios frescos. Amar, desperezarse, caminar, mirarse largamente al sol! *Fugax, sequax*.—Como que persigue el gitano sin conciencia un ideal que no ha de hallar jamás. Como que se acuesta en el alma una mirada de gitana! Llega al corazón y en él se enrosca. Dejan en la memoria los gitanos los colores de un sueño brillante. Son serpientes que dejan la impresión de un pájaro mosca.

Su música rebosa en cambios bruscos de tono, en atrevidos, inesperados, súbitos, melancólicos descensos del grito agudo al misterioso tono bajo,—como si el clamor de su vida miserable estuviese en ellos perpetuamente unido al canto jubiloso, a la alegría de la pasión desnuda y satisfecha!

Ved cómo enseña Antonia la redonda cadera, por sobre los frágiles vestidos que la cubren! cómo crece el balanceo rítmico! Anímase la danza con aquellos lascivos movimientos. Como que engarza besos Antonia en invisible guirnalda con los brazos que perezosamente mueve. Como que los pide, echando hacia atrás la brillante cabeza.—Misterio del arábigo retrete,—armas de míseras esclavas,—divertimiento de señores corrompidos—héos en escena!

—Olé, con elegancia!

Qué serpear, qué revolver, y qué esquivar, y qué ofrecer el incitante cuerpo!

—Olé! ahora, ahora!

Y las pálidas vírgenes cubriéronse el rostro, y fuéronse llorando a raudales!

¿Qué canta ahora Lacosta?—Rica voz, la del bello mancebo: peteneras. Modula con gracia, frasea con claridad. Apoyada la mano en el muslo, encendida la mirada juvenil, móvil y afable el rostro hermoso,—héle que dice sonriendo, en estrofa llena de realce y color, animada por música viva:

Anda jablando tu madre
De mi honra no sé qué:
¿Para qué enturbiar el agua
Si la tienes que beber?

Y recomienza la estrofa, acompañándola se mueven oleadas de cachuchas, y el señorito de las gafas golpea su vaso con un duro, y vocean las chulillas, y llueven malos tabacos sobre el mimado cantador.

El uno pide una copla y otra el otro, y cada cual su preferida:—y él les canta:

Soy más firme que un navío
Cuando lo están carenando:
Mientras más golpes le dan
Más firme se va quedando.

Cerrajeros y carpinteros, mozos y mozas, soldados y criadas, curiosos y viciosos, todos apoyan en pintoresca y tempestuosa grita, aquella voz fresca y vibrante, que de nuevo canta:

En la fuente de agua dulce
Que hay al pie de la montaña
Cayó una lágrima mía
Y se volvieron amargas.

Aquí ya no hay quien no aclame el vigoroso estilo del arrogante petenero. Crúzanse miradas como de enamorados, y causa de hondos suspiros en Lacosta.—Y como si en aquella alma, penetrando en lo interior la soberbia belleza del rostro gitano, no hubiera muerto por completo esa arrobadora fibra triste que acentúa y hermosea el acento bohemio—casi ya en pie flotando al mover del cuerpo los alamares negros y vistosos, y luciendo en el pálido rostro dos tristes y admirables ojos negros, cantó Lacosta a tiempo que volví su lápiz de carpintero al benévolo internacionalista, esta copla gitanísima:

En la catreá me entré
Dando voces como un loco

Porque me penó un debé
Que tú querías a otro!

José Martí

Madrid 1881.

[*La Ofrenda de Oro*, Nueva York, mayo de 1883]

PETER COOPER

Nueva York, 9 de abril de 1883.

Señor Director de *La Nación*:

Las banderas están a media asta,—y los corazones: Peter Cooper ha muerto. Este que deja es un pueblo de hijos. Yo no he nacido en esta tierra—ni él supo jamás de mí,—y yo lo amaba como a padre. Si lo hubiera hallado en mi camino, le hubiera besado la mano. Y cuando se abran en sus tallos frescos, al aire y a la luz de mayo, las flores aromosas de la Primavera;—no estas que crecen bajo cristales,—flores pálidas y enfermas de invierno! —cogeré en algún campo vecino un ramo de flores silvestres, y las dejaré a la puerta de la tumba donde, cual manto de ángel caído a tierra al emprender el vuelo el dueño alado, yace el cuerpo del anciano amoroso.—Y murió, y los que le conocían bien, con aplauso de toda la ciudad, le pusieron un lirio sobre el pecho: así fue a la tumba: ¡oh pecho maravilloso aquel en que, tras de noventa y tres años de vida de la tierra, se abre un lirio! —La vida es ahora como la batalla de un mancebo vestido de túnica blanca, que con las manos febriles debátese en medio de la noche porque no manchen con sus mordidas su alba túnica ejércitos de fieras rastreras, y satánicas, que le asaltan por todos los recodos del camino, arrastrando los vientres pesados; iluminando, con la llamarada siniestra de los ojos, sus rostros humanos; destilando los dientes azuzados—famélicos de túnicas—licor fangoso. Póstrase la tierra con justicia a ver morir a un hombre que ha sacado la túnica inmaculada de su paso por el ejército de fieras.

Amó, fundó, consoló. Practicó el Evangelio humano. Puso paz en los corazones rencorosos, pan en las manos tendidas, alimento en las inteligencias avarientas, dignidad en la vida, ventura en sí, y gloria en su pueblo. Deja un colegio donde aprenden dos mil artesanos, donde leen,—con lo que se apaciguan,—millares de hombres; ¡pues no hay altar en catedral alguna que levante a su santo más alto que a Peter Cooper levanta este colegio! Durante su vida cavó la tierra, desmontó bosques, zurció telas, inventó máquinas de cortarlas, máquinas para hacer tranquilo el sueño de los niños, para vaciar las minas, para navegar los canales, para enfrenar el vapor, antes de él rebelde, como colérico de verse preso. La tierra, como próvida madre, le abría su seno. Hirvió metales, que es ejercicio que da singular fuerza: parece que en las hornallas bullen mundos nuevos: el resplandor de estos hornos da a los hombres aspecto de dioses.

Vivió serenamente, porque vivió sin pecado. Su esposa no fue para él, como otras esposas, amazona impía que lleva mal al caballo de la brida,—sino ala.—Era tan tierno que parecía débil; pero tenía esa magnífica energía de los hombres tiernos. Lloraba de oír a un niño; pero echaba a andar por las selvas la primera locomotora que cruzó con éxito tierras de América; y de hacer, con su arte de sombrerero, un gorro a una anciana vecina,

se levantaba para dibujar con mano firme una máquina de avasallar y utilizar el poder de las mareas.

Fue cincuenta y dos veces, y no más, a la escuela. Y cada año, de la escuela que él fundó, salen centenares de hombres y mujeres, preparados de arte y de ciencia, como de escudos, para la batalla de la vida. Sus padres fueron míseros. A los 5 años, Peter Cooper ayudaba a su padre a vender cerveza. A los 10, ya hacía sombreros; a los 15, cuando quería zapatos, se hacía con sus propias manos la horma, y el zapato luego; a poco hacía coches, y ahorros, que daba a su padre en penuria. Con la guerra inglesa, se ve la nación pobre de vestidos, y de máquinas de cortarlos, y él las fabrica—el pobre cervecerillo! Con lo que le dan las máquinas, y a pesar de cuanto él da, porque vivía de darse,—viene a New York a vender especias,—frente a donde hoy, con su generoso Instituto, rescata almas; y edifica; compra fábricas; inventa sustancias de comercio; seca pantanos, vacía arenales, rompe montes, sustenta a miles de hombres, descubre cuanto ha menester, doma cuanto le sale al paso, levanta colosales fábricas de hierro, abandona cuanto inventa a que otros lo gocen, da a sus hijos sus bienes, y se crea otros, crece como los mares.—¡Y siempre tiene tendidas las manos patriarcales y serenas sobre las cabezas atormentadas de los hombres!

Para Peter Cooper, no era un mérito hacer el bien, sino un crimen dejar de hacerlo. Hubiera temblado de espanto, como si sobre él fuera a descargarse mano tremenda y monstruosa, el día en que no hubiese hecho una buena acción. Creía que la vida humana es un sacerdocio, y el bienestar egoísta una apostasía. No se encaró a Dios, airado de sentirlo y de no verlo, ni volvió el puño al cielo desdeñoso; sino que vivió mansamente, como quien entrevé deleites sumos: y fue venturoso, porque conoció el objeto de la vida. Solo una llave abre las puertas de la felicidad: Amor. No sufre quien ama, aun cuando sufre, porque del alma a quien devora el amor a los hombres, surgen como de una copa de incienso que se quema, aromas embriagadores. Él vio que el mayor goce viene de hacer bien, y la mayor tortura de no poder hacerlo; que el dolor puro nutre, pero que el impuro o mezquino, cual la mayor suma de los dolores humanos, azota el alma, como los manojos de alambres erizados—los ijares de los caballos enloquecidos en las carreras bárbaras del carnaval de Roma.

Y él vio que quien se encierra en sí, vive con leones: y quien se saca de sí, y se da a los otros, vive entre palomas. Y si le hincan los malvados el diente colérico, él no siente dolor de ser mordido, sino de que haya aún un diente que muerda. Y apoyará la mano en la frente del mordedor, y le mirará en los ojos de tan tierna manera, que el mordedor vencido sacará al cabo los dientes de la herida.

En suma, Peter Cooper vivió seguro de una existencia posterior, cuyos albores le inundaban ya de luz. Jamás placer alguno de la tierra, ni música de orquesta alguna, le pareció comparable a aquella música y gozos de su espíritu.—«¿Por qué me dais este título de Doctor en Leyes?», dijo una vez al canciller que le traía las letras latinas en el

honroso pergamino con que la universidad premiaba a aquel que tan alto grado tuvo en la Universidad de la Naturaleza. «Si me lo dais porque he predicado el modo de ser venturoso, que es ser bueno; porque pruebo con mi larga vida que dar fuerzas a los demás robustece las propias; porque voy enseñando con mis canas limpias y mis mejillas aún rosadas, que quien se alimenta de ideas jóvenes, vive siempre joven; porque propago que la ciencia no es caperuza de dómine, ni misterio de iniciados, ni privilegio de los aristócratas de la mente, sino el medio único que tiene el hombre de explicarse las leyes de la vida;—dadme acá vuestro generoso pergamino, por más que no sea yo caballero de escuela, y todo ese latín esté para mí en griego.»—Y ya tenía quien así hablaba 90 años!

Nunca fue fuerte de cuerpo, lo cual no precisa, siéndolo de alma. Jamás se detuvo en un intento, sino hasta hallarlo, y acudir a otro. A cada maravilla de fuerza en la naturaleza, oponía otra maravilla de fuerza mental. Su mano, como el sol los huevos de los peces, calentaba invenciones. Aquello sobre que él ponía mano, salía mejorado. En sus años de pan duro y mesa de pino, como que su mujer atendía al guiso, él había de mecer mientras tanto en la cuna al pequeñuelo: y se saca de la mente fértil una maquinilla que a la par mecía la cuna, espantaba las moscas, y ponía en son una caja de música. Le hacen comprar un gran trozo de costa, en que todos ven ruina; pero él lo fecunda. Llevaría bien un ferrocarril los minerales del terreno, pero están aquellas regiones selvosas muy llenas de vueltas,—y las máquinas de entonces, cual cocodrilos de hierro, vuelven mal las curvas: él se entra por las paredes de la máquina, rehace sus entrañas, crea la caldera tubular, y echa a andar por América la primera locomotora. El pueblo paga muy caro, como que le vienen en ferrocarril, los frutos que podría comprar a menor precio si le vinieran por canales; mas los caballos tiran muy lentamente desde las orillas las balsas que traen los frutos canal arriba: él imagina un sistema ciclópeo de cadenas, que corren por las orillas del canal, y hacen andar a las embarcaciones una milla en seis minutos. De una mina muy alta necesita llevar, por riscosa pendiente, el mineral a lejano depósito: ni se sabe cómo irán los baldes cargados del mineral, ni cómo volverán los vacíos;—mas él crea un aparato circular, que tira por sobre la pendiente, y mide tres millas: llena en la mina los baldes, que por su propio peso ruedan sobre el aparato monte abajo, a la par que empujados por los que nuevamente despiden llenos de la cima, los ya vacíos ligeros vuelven de rechazo cuesta arriba. Oye que Turquía sofoca y tiñe de sangre a Grecia: ¿qué tiene el alarde de independencia de los pueblos que trueca en apóstoles a los mismos malvados, y en leones devastadores a las palomas? Peter Cooper se sienta a maquinar un aparato de destruir, un torpedo, que se guiará desde la orilla, por muy luengos alambres, como por las riendas un caballo, y de un choque hará trizas un barco mahometano.—Piensa que fuera bueno—porque no extinga el fuego de las maderas el ara donde ha de estar encendido el del espíritu—fabricar a prueba de fuego el Instituto de Artes y Ciencias y gasta $ 75 000 en maquinaria preparatoria para producir vigas de hierro. Y las produce. Se mira a veces como un Satán del bien. Cuando vence a una

fuerza maligna de la naturaleza, se le esparce por los anchos labios sonrisa llena de malicia angélica.—Gusta de encerrarse a solas entre retortas y sopletes. No busca el oro, pues que lo tiene en sí; sino el medio de arrebatar un secreto a la naturaleza, después de lo cual ríe alegremente, como jugador satisfecho que ha ganado una difícil partida, o niño que halla al cabo el juego que le tenía escondido su madre. Busca el modo de producir a poco costo sustancias caras, para que el pobre goce de ellas, que es su amigo. Está siempre sentado entre sus trabajadores, preguntándoles si quieren más salario, o si la labor les fatiga mucho, o qué quieren que él haga para que ellos sufran menos, mas en su torno nadie sufre. Cuanto su genio le produce, su mano lo vierte sobre la almohada de los infortunados. Cada centavo que ganaba le parecía un deber de darlo. Se veía como el administrador de su riqueza, y no como su dueño. A cada buena ventura en los negocios, añadía a su Instituto una buena sala. Millones le traía su industria, millones devolvía su caridad. Y calladamente, y sin que nunca permitiera premio fastuoso, ni formal reconocimiento, ni alabanza pública. Él está a la cabeza de toda grande empresa; por él se mejora el telégrafo, por él, que al ver el cable una y otra vez roto no desmaya y anticipa cuantiosísima suma, se tiende al fin el cable. Él está en sus asuntos privados y en su Escuela, que vela todos los días, y en los asuntos públicos. No le preguntéis si tiene hijos, que os dirá que lo son todos los trabajadores. Él lleva sus llagas en el pecho, él ruega a los acaudalados que sean piadosos, él pide a los descontentos que sean pacientes, y se les da en muestra y les enseña todos los tesoros, que como cintas mágicas de sombrero de prestidigitador, han surgido de aquel pobre gorrillo que cosió en sus mocedades para la anciana vecina. Él no cree en la eficacia de la ira, sino en la de la ciencia. Él predica que la ignorancia llega a veces a hacer aborrecible la justicia. Él les anuncia que no hay pujanza que resista a la inteligencia humana cultivada. De la armonía de todas las leyes conocidas, y de la imperfección y brutal rudeza de la actual vida humana, infiérese que el hombre no vislumbra todavía las reglas suaves y amplias de la vida, y que la tierra guarda con exceso bienes holgados con que aquietar los deseos de todos los que la habitan. Estudiar las fuerzas de la naturaleza, y aprender a manejarlas, es la manera más derecha de resolver los problemas sociales. El comercio intelectual ennoblece. El hombre ignorante no ha empezado a ser hombre. El hombre lleva todas sus espadas y todas sus lanzas en la frente.

Pero a Peter Cooper no bastaba aliviar, sino redimir. La beneficencia es un narcótico: mas no efectiva medicina. Seca las lágrimas en el rostro; pero no seca la fuente de las lágrimas. Y Peter Cooper, que había comenzado con los pies descalzos la jornada lacrimosa, quiso fortalecer los pies de los hombres para la jornada. ¿De qué vale aprender en las escuelas palabras cuyo sentido no se entiende, números cuyas combinaciones caprichosas huelgan en la mente cual en caja de médico dislocados y fríos huesos, y estos o aquellos límites geográficos, que un ala de la memoria trae al cerebro, y otra ala se lleva? ¡Pues sacad a los desventurados de esas urnas de vida—que tales debieran ser las

escuelas,—y ved si con esas adargas y con esos escudos puede librar bien la batalla! Viven los hombres de mero azar, y de la bondad de otros, y de crearse por sí laboriosamente en la época mayor, lo que en la menor de preparación debieran haber aprendido sin labor alguna. Puesto que a vivir viene el hombre, la educación ha de prepararlo para vivir. En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar. Escuelas no debería decirse, sino talleres. Y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana, la azada.

Así Peter Cooper, que anheló aprender y no tuvo dónde—imaginó, cuando ya le iban contados los sesenta y cuatro años de su hermosa vida,—abrir casa de industrias, artes y ciencias, a los que han de vivir de la labor que las requiere. ¿No enseñaréis a cabalgar al que ha de ser jinete del desierto? Pues enseñad la Tierra, la Tierra viva, múltiple y palpitante, al que ha de vivir en ella y de ella! Alzáronse los arcos solemnes; tendiéronse los pavimentos espaciosos; pobláronse de millares de libros los anaqueles; sentáronse eminentes maestros en las cátedras; abriéronse de par en par las puertas; y entráronse por ellas, como por aguas de río de redención, los trabajadores incultos: ¡allá van unos, a la cátedra de Química! ¡Allá van otros, a la de Grabado en madera, a la de Fotografía, a la de Dibujo práctico e industrial, a la de Mecánica! Juntos vienen en la bulliciosa muchedumbre hombres y mujeres, que en la noble casa aprenden artes de vida, y toman de ellas grado a fin de año, y salen—puesta la mano en las riendas de la Fortuna,—a servir en el empleo que la casa misma a veces proporciona! Entrad: ¡qué silencio! Dos mil hombres leen. Seguid: ¡qué hermosura! Trescientas jóvenes estudian. Y mirad por estos vastos corredores, y magníficas salas: hierven grupos que esperan a los maestros del Instituto que vendrán a explicarles cómo se manejan tales instrumentos, o dirigen tales aparatos, o se mueven las fuerzas sociales, o se almacena y radifica la electricidad, o como Peter Cooper quiere que se diga [que] la única religión digna de los hombres es aquella que no excluye a hombre alguno de su seno.

Y ya ha muerto! ya ha muerto! Ya no vendrá, como tenía de uso, cada sábado, apoyado en el brazo de su hija, a visitar a su Instituto amado. Ya no verán sus ojos aquella juvenil muchedumbre agradecida, que le aguardaba al pie de las escaleras, y lo atajaba por las calles, y llenaba los vientos de sus hurras, y ondeaba frenéticamente en su aplauso los sombreros. Ya no se apartarán para dejar pasar su coche, y saludarlo con respeto, las gentes recias y poco ceremoniosas que guían carruajes y carros de carga. Ya no le esperarán seguros de la dádiva, como lo esperaban cada día y se colgaban a la portezuela de su coche, racimos de pobres. Ya no bajará en día pleno, de su carruaje viejo y agrietado, y ayudará a su cochero con sus manos de 93 años, que han amasado millones, a coser con una aguja de palo y un cordel una correa rota, ni desde el estribo de su carruaje hablará ya más, como aquel día, a la multitud que se ha congregado conmovida para verlo, y que a altísimas y prolongadas voces aclama a su sencillo bienhechor!

La ciudad entera ha ido tras su féretro. Alrededor de la iglesia en que yacía, apiñábase, bajo la lluvia, muchedumbre tan grande que parecía como si quisiese llevarse sobre sus hombros a la iglesia. En seis horas, vieron al anciano muerto 15 000 neoyorquinos.

El templo era un cesto de flores, las calles una alfombra de cabezas descubiertas. Senado, Cámara, Municipios, Cuerpos de Comercio, todos han anunciado su luto, lo han proclamado padre de la nación, y llevan cinta negra al brazo.

En las casas, al oír su nombre pónense de pie hombres y mujeres y niños,—y sirvientes. Y en las ventanas al ver pasar su féretro,—por delicado y nunca visto homenaje,—se quitaban sus sombreros de colores y de plumas las mujeres!

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 3 de junio de 1883.
[Fotocopia en CEM]

CARTA DE MARTÍ

Primavera.—El centenario de Washington Irving.—La obra de Irving.—Cosas de hace cien años.—Un centenario histórico.—Newburgh en regocijo.—Washington.—La agitación irlandesa.—Los irlandeses en los Estados Unidos.—Parlamento irlandés.—En Filadelfia.—Sensatos e insensatos.—La guerra de explosión.—Suma de historia actual.—Pánico en Londres.—Indignación en Nueva York.—Caso internacional.—Nueva Liga Irlandesa.—La madre de Parnell.

Nueva York, 1ro. de mayo [de 1883].

Señor Director de *La Nación*:

Este es mes apacible. A los calentadores de vapor suceden las fuentes; como enfermos a quienes retorna la salud, se cubren de delgados hilos verdes las ramas de los sauces; no plumas opulentas, sino ligeras y gallardas motas de seda adornan los sombreros de las damas; salen de sus prisiones de cristal los perfumosos jazmines de la Arabia y las pálidas hortensias; las mañanas parecen arpas; se llenan de oro las arcas del alma;— es Primavera!—Sonríen los infelices, los ancianos se yerguen, y los niños triscan.

Ni ha habido en los sucesos del país vientos de invierno. Con las crudezas del frío, se adormecen las iras que él agrava. Ya no es miseria, sino salud, para los hijos de los pobres andar con los pies desnudos por sobre las aceras; ya se entra de la calle, por las ventanas abiertas, coloreando flores y animando vidas, el aire nuevo, y los enfermos bendicen a la Providencia, que adormece con el aroma de sus flores a la muerte avara.

De un hombre primaveral celebraron a los comienzos del mes el centenario. Algunos viven como aquel Kobold travieso y diabólico de la fábula alemana, con un cuchillo clavado en el costado; otros viven, como Washington Irving, sentados en divanes. Para unos, el genio es diente que clava, ahonda y desgarra,—diente famélico: para otros, el genio es el beso de una perpetua Margarita, que no ha matado nunca a su hijo.

Washington Irving nació de casa hidalga, que ilustró con la señorial llaneza, patriarcal majestad y fecunda y amena imaginación que hermosean su vida. Tuvo pesares como hormigas, y gozos como montes. De abogado, perdió pleitos; de mercader, perdió onzas; pero aquellos y estas ganó en caudales con los hijos risueños y bien nacidos de su ingenio, ya el retozón *Salmagundi*, famoso periódico de reír en que sacó a burlas, y mantuvo en risas, la que era—en aquellas edades,—aldea de gente buena y avisada, más que ciudad de Nueva York,—ya la vida de Washington, que se lee por todos los ámbitos en que resuenan palabras humanas,—y que resplandece como el héroe que pinta. Algunos hombres dejan tras de sí caudas de fuego, y rota la tierra, y hecatombes hirviendo:—de otros brota luz de luna.

Este centenario de Washington Irving, que han celebrado con amor las gentes de letras y las de las cercanías de la histórica casa en que palidecieron las flores de su fantasía y la de su vida, ha sido el centenario de la independencia de la Literatura Americana.

Como en sermones, malos romances y reales pragmáticas aprendíamos a leer los colonos de la tierra hispana, los de esta soltaban los ojos enamorados siempre de las maravillas, detrás de los pasmosos caballeros del rey Arturo, o los melosos madrigales, o los amadores de novela que entretenían el ocio inglés.

Y Washington Irving sacudió con mano robusta el árbol patrio, cuajado de frutas, y en bandeja de labor de Europa, recamada de esmaltes de Persia y embutidos arábigos, ofreció al paladar cansado de Inglaterra y al ansioso de América, las frutas nuevas.

Por lo que tiene color homérico y tono primaveral, como quien ve con ojos claros lo no visto, o huella con pie desnudo de calzados de ciudad la selva virgen, o aparta bravamente los cristales de varios colores que para mirar la naturaleza le ofrecen los hombres, y los echa a todos en tierra de un revés, y mira por sí.

Como que tuvo alma vehemente y sensible, la dio a sus creaciones: solo va al alma lo que nace del alma. Y como que sobre ser culto y rendido galán de la hermosura, que refleja en los que la aman, fue feliz, no saltaba su estilo de su pluma, pulido como acero de batalla, o abollado como casco de combatiente, o roto en trizas, sino límpido, como un amor dichoso.

La frase coloreada y opulenta, como mañana de bosque continental a sol tranquilo, imponía majestad, y se deshacía en colores.

Le encomiendan que descifre en archivos de España pergaminos roídos, y escribe la *Vida de Cristóbal Colón*, con que el hombre de una nación salvó, por su calor humano y compenetración con lo grandioso, los lindes de su patria y los de la Fama. Ve por entre

los sutiles encajes de piedra del balcón de Lindaraja, surgir a los clamores de la mente, que la quieren viva, aquella egregia mora, como toda hermosura, urna de vida; y cual si el viento del desierto, que arrebata por sobre el lomo de los camellos ondas de arenas de oro, batiese súbitamente su frente maciza de hombre norteño, escribe los encomios de la Alhambra, y sus sueños de moros y de moras, como si no fuese de acero inglés, sino de ave del Paraíso, la pluma del poeta.

Nació Washington Irving en tiempos buenos:—cuando nacía la libertad. Sus pañales fueron los de la República, y en la frente del niño recién nacido dieron los aires frescos de aquel pueblo nuevo.

Por esto se celebrarán a poca distancia, el centenario de Washington Irving en "Sunnyside"—*del lado del sol*—como él llamó a la vasta casa que le dio techo en sus postrimerías,—y el centenario de aquel día de gozos, en que todos los menestrales vistieron su mejor calzón de cuero y su chupilla roja, y no hubo barbilindo que no sacase a la luz su gran chupa de paño, de puños colgantes, ribeteados de plomo, porque Washington proclamó en Newburgh que cesaban las hostilidades entre los ingleses acorralados y los colonos vencedores.

No abrieron aquel día los correos curiosos, como tenían de uso en sus monótonas jornadas, las cartas que llevaban por los rudos caminos a las ciudades ansiosas la buena noticia; ni en aquellos graves *porches*, rodeados de asientos de madera, en que los hijos de los sencillos fundadores se juntaban, a la caída de la tarde, a discutir con los "hermanos legos" pasajes de las Escrituras, o a poner coto a las compañías de pequeñuelos que andaban en riña por sobre cuál había llevado cestos más lindos a coger fresas—no se habló aquella tarde de los matrimonios cercanos, de los niños y niñas de esta o aquella compañía, ni del tiempo lejano, en que las vacas de la ciudad se volvían solas, a las campanas de la tarde, del prado común; ni de aquellos santos solterones, que vivían ejemplarmente, daban consejos bíblicos para esta vida, y se reunían, jubilosos como mancebos, a hablar de las venturas de la otra: sino que fue toda ciudad donde se supo la noticia collar de luces y asta cuajada de banderas.

Todavía se levanta testigo recio y venerado de aquellas pláticas, usos y emociones de hace cien años, la casa legendaria, asiento un día de aquel hombre magnánimo que tuvo siempre su alma en paz en medio de los furores de la guerra. ¡No es grande el que se deja arrebatar por la vida, sino el que la doma! ¡no el que va, palpitante y rugiente, por donde sus pasiones, o las ajenas, lo empujan, sino el que clava los pies en medio de la vía, y enfrena a los demás, y a sí propio y ve—como por sobre dosel—por sus pasiones domadas!

¡Y este Newburgh de ahora parecía estar oyendo aquellas sabias palabras, que como agua serena de próvida fuente caían siempre de los labios de Washington! ¡Decid que está enfermo de muerte el pueblo que no cultiva filialmente los laureles que dan sombra a la tumba de sus héroes! El que no sabe honrar a los grandes no es digno de descender de

ellos. Honrar héroes, los hace.

Todo fue fiesta el pueblo y el campo vecino: toda ventana, pabellón; todo brazo de hierro, lámpara de colores; y el aire, de tantos fuegos artificiales, danza de estrellas. Y en los banquetes, cien años después del día glorioso, todas las copas hervían llenas, y se vaciaban al son de himnos en honor de Washington!

Así celebran ahora el nacimiento de este pueblo,—mientras, presididos por el busto del héroe sereno, se juntan en Philadelphia, dando ejemplo a los pueblos cobardes, que tienen regados por la tierra, avergonzados de no poder ser libres, sus hijos silenciosos y macilentos,—centenares de diputados irlandeses, venidos, como en elección parlamentaria, en nombre de las populosas comunidades de los hijos de Irlanda, que pululan en los Estados Unidos,—para mostrarse a Inglaterra todos juntos, tendidas las manos repletas de oro que el trabajo amontonó en sus arcas, para ayudar, con el calor de su palabra, con las arremetidas de sus hombros, con sus anatemas fustigantes, con sus cuotas cuantiosísimas y permanentes a los indómitos y cuerdos caudillos, que a los lados de Parnell, se han cruzado de brazos, pálidos y resueltos, ante el león británico.

Encadenó Inglaterra a Irlanda;—y ahora, por súbito castigo, se ha trocado en melena de cadenas la cabellera con cuyas sacudidas solió poner espanto al orbe. Pueblo que ata a sí pueblos esclavos, vivirá perpetuamente atado a sus esclavos, y no podrá vivir por sí, sino muriendo, y dando en tierra a cada sacudida de los pueblos siervos, hasta que las fuerzas se le postren, o las ligaduras salten.

Toda Inglaterra tiembla. El dolor, que engendra hijos gloriosos, engendra, en sus horas de locura, fanáticos y abortos. Con cada virtud que luce, se encienden todos los vicios que la combaten. Con cada esperanza que alborea, rompen la sombra todos los obstáculos que pueden ahogarla. Parece la vida una caza perpetua, fatigosa, implacable, frenética, de las virtudes que desmayan y la traílla de satanes diputados a estorbar su triunfo.

Cuando la tierra irlandesa, reposada ya del esfuerzo en que dio a luz a O'Connell, calentó en una parvada de jóvenes ilustres los fuegos de la elocuencia, y el hambre de libertad, y envió a sus nuevos prohombres al Parlamento inglés, a recabar leyes benévolas, o a mostrar a un dueño tiránico cómo puede un esclavo impaciente turbar el sueño a su señor,—al calor de los gloriosos jóvenes, que quieren que en la petición de sus derechos se prepare su pueblo ignorante para gozarlos, y no fían en revuelta de armas hasta que no sea completa la de las voluntades,—se levantaron sectas múltiples de aquel lado del mar y de este, y retoñaron, mas ya desasidas de su árbol, un día corpulento, las ramas fenianas.

A la vez que los apuestos lidiadores ganaban increíbles batallas en el parlamento, y los radicales de Inglaterra temerosos de los frutos preñados de sangre que da el odio—favorecían las bravas tentativas, las tercas contiendas, los fríos incontrastables, las embestidas robustas de los mantenedores de la reforma agraria de Irlanda, y la devolución

del hombre a sí,—se templaba en la fragua encendida el acero que había de dar muerte al gobernante liberal que a los irlandeses enviaba Inglaterra.

Y cuando, merced a la suprema dueñez de sí que avalora el carácter férreo del jefe de los reformadores, Carlos Parnell, parecía con su lealtad decorosa y su ejemplar prudencia haber reconquistado para Irlanda aquellas simpatías fervientes que la abandonaron de súbito cuando vieron su mano teñida de sangre, salta hecho añicos un muro del palacio en Londres, vocéase que sordos trabajadores serpean, cargados de dinamita, por las entrañas de la ciudad, descúbrense en los umbrales del parlamento y de edificios notables bultos mortíferos, que hubieran dado en tierra con palacios y abadías,—y sorpréndese, en el fondo de una casa, cuya muestra reza que allí venden papeles de entapizar, a un puñado de hombres altivos y sombríos, que, manchado el rostro de la greda que impide la explosión, y las fatídicas manos llenas de la nitroglicerina que con la greda deja hecha la dinamita, amasaban sin miedo y sin remordimiento, como guerrero necesitado que hace pólvora, las armas de la nueva guerra.

Al aspecto de la muerte, se levanta, como un reflejo suyo, la traición:—no habían dormido aún en la almohada de la cárcel, y ya tocaban a la puerta de los fiscales las denuncias.

Las revelaciones pasman. Los asombros hormiguean. Un ejército entero puebla a Londres. Las sombras parecen haber vaciado sobre Inglaterra todos sus hijos.—Cada hora revela un riesgo nuevo. No de Irlanda pobre, sino de los irlandeses ricos,—y de todos los irlandeses:—de los Estados Unidos vienen esos caudales que acallan el hambre de los campesinos expulsados de sus chozas, mantienen en viajes escuadrones de agentes, y sustentan la fábrica sombría, donde se elaboran los medios de destruir en una noche colosal a Londres.

Esto dicen los diarios, repiten los diputados, proclama toda la ciudad. Cuentan de un club de Invencibles, que cree que el puñal es arma lícita, y la grieta del innoble acechador, cuna digna de la Libertad!—Cuentan de los diarios irlandeses que en los Estados Unidos publican los abogados de la guerra por la dinamita, para la cual celebran juntas, entonan loas, distribuyen soldados, acumulan públicamente fondos!

Vuela odiado el nombre de O'Donovan Rossa, feniano famoso un tiempo, cabeza ahora de los guerrilleros irlandeses, capitán de gente burda, que se hace amar de ella, y mueve con grande arte sus pasiones, en tanto que con áspera lengua, hablando a un noticiero de periódico, declara que hace bien a los hombres quien abrevia las guerras, y a su pueblo quien espanta y aloca al enemigo de su pueblo, y anuncia, frente al pasaporte de destierro que le cerró las puertas de la patria, que a esta declaración de guerra a él, responde él declarando la guerra a la Gran Bretaña.

Dicen por todo Londres que los temibles miembros del Clan na Gael tienen jurada la independencia de los irlandeses;—que están repletas las bolsas de las asociaciones de Irlanda en los Estados Unidos, empeñados en la nueva guerra inicua; que gran parte del

pueblo irlandés que ha hallado asilo en América, favorece los planes odiosos de los que creen que escribe bien el acta de nacimiento de un pueblo un puñal tinto en sangre, y que Irlanda se levantará sin pecado y con gloria de un haz terrífico de ruinas y cadáveres.

No se habla, pues, en New York, ni de Salvini, que aterra; ni de la Patti, a cuya voz, mudos de asombro, y bañados de lágrimas, sienten plegarse sus almas los hombres, como alas de ave, o abrirse, como cáliz de flor; ni de la Langtry, mujer de armoniosísima belleza, cuyas miradas profundas, ansiosas, abrasantes, hacen pensar en el beso de fuego de un arcángel; ni de la Nilsson, cuya voz se eleva, como un halcón canoro, en busca de aves ignoradas. Se habla solo del Club de la Esmeralda, del que cuentan que envió a Inglaterra doctores y hombres de amasar a la fábrica de dinamita; se habla de salas tétricas donde conciertan asesinatos y explosiones grupos de irlandeses fanáticos; se habla de O'Donovan Rossa, de quien dicen que sabe en qué mano están juntas las riendas que guían a estos poderes de la sombra.

Óyense de todas partes, como puñados de cieno que buscan rostro, anatemas enérgicos a estos recursos bárbaros: léese con extrañeza el artículo de cabeza del diario de la amena vida social, de Nueva York, el cual artículo, en lengua muy culta, mantiene que de la agitación de la dinamita y de su uso, quedará luego mayor respeto de las abusadas de los hombres a sus abusados, sin que deba ser visto hoy el nuevo agente de guerra sino como la pólvora de los desheredados, y el medio único que un pueblo oprimido tiene para hacer temblar a su opresor poderoso.

Niegan a una todos los diarios,—aunque encendidos en ira contra los conspiradores,—el derecho de Inglaterra de exigir a los Estados Unidos mayor acción en contra de los irlandeses que desde América alientan la guerra de explosión, que la que Inglaterra se decidió a ejercer a pesar del clamor urgente de toda Europa, contra Simón Bernard, cómplice de Orsini. Y como para sofocar la indignación americana y arrancar de los brazos de los fanáticos que la ahogan a la patria, reúnense, con gran alarde y en número cuantioso, en Philadelphia, los delegados de las innúmeras asociaciones irlandesas de los Estados Unidos, para decir en alto, y a todos los vientos del orbe, que la Libertad no es hija del crimen, que los patriotas irlandeses repudian a los que amasan con barro armas de muerte en la tiniebla, que los fanáticos no son el cuerpo de ejército de la Reforma, sino sus buitres, y que en centenares de miles, y con todo el fervor, y los ahorros todos de ellos, la Liga Agraria Irlandesa de los Estados Unidos, y cuantas sociedades se le asemejan, se convierten espontáneamente en una sola formidable asociación, que acepta en su gobierno y objetos las declaraciones de la Liga Nacional Irlandesa que acaudilla en su patria Carlos Parnell, con el propósito de arrancar al Parlamento inglés, por vías legítimas y jamás penables, el alivio del hambre, la distribución justa de la tierra, y la gerencia de los negocios propios, sin lo que no calma sus cóleras Irlanda.—Y ved toda esa imponente cohorte de hombres! Se apasionan, se increpan, se abrazan, se atacan: cubren de aplausos ensordecedores los nombres de los caudillos de la Reforma Agraria; y

cuando sube a la plataforma de la Presidencia de la Convención, débil, vestida de negro, la madre de Parnell con el luto de su hija Fanny, que dio el cuerpo a la tierra y el alma a Irlanda,—humíllanse las iras, pónense en pie los diputados, arrancan para enviárselas las flores que decoran el salón, prorrumpen en unánime hurra, mientras que ella se desata en lágrimas.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 16 y 17 de junio de 1883.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

La nueva Liga Irlandesa.—Primavera.—Partida de actores.—Los chinos y el opio.—El morfinismo de las elegantes.—Las policías voluntarias y los periodistas.—Irlandeses contra chinos.—La vida yanqui.—Sucesos del mes.—Rápida enumeración.—La nueva Ley de Empleos.—El puente de Brooklyn.

Nueva York, 14 de mayo de 1883.

Señor Director de *La Nación*:

Está Irlanda de gozo, porque sus hijos prósperos, que en centenares de miles pueblan los Estados Unidos, cruzado el pecho de la banda verde, y puesta la mano generosa en la llave de las arcas, han jurado en la Convención de Filadelfia a la madre de Parnell que coronaba, al son del arpa de Erín, de grandes rosas el busto de Washington, unirse en masa a la admirable y sagaz Liga Irlandesa.—David que ha puesto el guijarro en medio de la frente del Goliat británico.

Naturaleza está de risas, y todo es viola, lirio y margarita; y en los rostros, alegría; y en los campos, fresas. Los muelles,—llenos de fervorosos caballeros que abrazan a Salvini, que se embarca; a la Nilsson, cargada de honores presidenciales, vía de Europa; a la Patti, que no debiera irse nunca, ¡y se va! Están de huelga los cigarreros; de plácemes, los reformadores; de sosiego, que no es más que velada de armas, los políticos; de mala hora, los chinos infectos, a quienes sus mismos compatriotas honrados persiguen, porque saben de artes abominables y espantosas, y de humos de yerba, y opio hediondo, que llenan el espíritu de miasmas, los ojos de miradas lodosas, las manos de temblores.

Y se sabe que dan dulces de opio a las niñas, que al cabo gustan de ellos, y van a pedirlos, hasta que caen como flores en fango, en torno de una pipa que nunca se apaga, sobre la tarima del tétrico garito. Y la policía, que sabe de cerrar los ojos, y de volver la espalda, y padece de gota serena, porque tiene los ojos abiertos y no ve, deja el garito encendido, las niñas ebrias, y rico y libre al chino mefítico:—pero gallardos mozos de las cercanías del barrio oscuro, donde es fama que, camino de las cuevas de opio, bajan de ricos coches suntuosas mujeres, se han puesto detrás de un cura católico que los excita a cegar la fuente de veneno recién abierta; y en la callejuela nauseabunda donde gran número de chinos viven, no hay esquina sin patrulla de policía voluntaria, ni chino a cuyos talones no vaya atado un periodista.

¡Oh, el periódico! ¡Lente inmensa, que en este siglo levanta y refleja con certidumbre beneficiosa e implacable las sinuosidades lóbregas, las miserias desnudas, las grandezas humildes, las cumbres resplandecientes de la vida! Cazadores están pareciendo ahora los periodistas: azuzan a los policías de ojos perezosos, los encarnecen, los empujan a las

puertas por donde se entra a la casa de opio, sorprenden a las pobres mozas de trabajo, que con los ojos opacos y gruesos, los cabellos pastosos y desordenados, y las pálidas mejillas salpicadas de rosetas cárdenas, el vestido mísero torcido en arrugas, vienen de vaciar en las manos del chino, en pago de la negra pipa de opio, que las lleva a otros mundos, la porción de jornal que espera en vano, con sus manos sin carne, la madre afligida. ¡Allá va el periodista, tras de un coche que pasa con lacayo y librea, lleno de damas ricas que buscan la casa odiosa, a que el opio las llama, y al verse vigiladas huyen velozmente! ¡Allá trae de la mano a una niña de 13 años, que sale tambaleando, lívida y trémula, de una cueva de chinos! La ciudad no reposa: es formal la batalla: se corre el riesgo de que irlandeses y otras castas, movidos de odio al chino sobrio que en el mercado de trabajo les saca codos y puede dejarlos sin labor, de puro abaratarla, exageren el mal que el vicio del opio hace en las clases pobres, a cuyas jóvenes ya cautiva, y en las altas, que tienen en los barrios ricos tarimas recamadas, donde fuman de tarde a mañana, y el día después a veces, el veneno que de la taza de porcelana les lleva a los labios una pipa de oro.—Pero este pueblo, implacablemente sensato, estrujará de una puñada a esos gusanos que le andan en la entraña; y pondrá por su cabeza, como Panza a los que creía dignos de estima, a esos otros chinos avisados, aseados, ligeros; que toman, mientras barnizan cuellos y bruñen pecheras, lecciones de una maestra de leer, y cuelgan las paredes de frases de la Biblia, que en verdad es libro que, en cosas de alma, dijo todo;—y leen cada sábado, detrás de las cortinas rojas que ponen como de muestra a sus lavanderías, el periódico chino que en papel amarillo saca a luz de las prensas el diestro Tom Ling-Cho, mozo de letras, que suele tener mesa y paga buenas en los diarios cristianos.

Pero apenas hallan tiempo los ojos de leer, ni los oídos de tomar al paso los hechos de esta vida singular, que tiene los pies en la edad de piedra, el pecho acorazado de oro, sobre las selvas la mano velluda, y la cabeza coronada de rayos, rompiendo, como sol que asciende, el sonoro taller de la Creación. Percíbense aquí, a la vez, brutalidades patriarcales y exquisitos aromas del espíritu; juicios que parecen tramados a la sombra de la horca del feudo, y sueños que parecen sorprendidos, a modo de mensajeros extasiados, en los aires de un mundo que viene.

Ante mí están, en largos hilos de letra menuda que extiendo y revuelvo, los sucesos del mes buscando forma. Este es un miembro del Congreso, que de vuelta de hablar por la patria, mató a un menguado que le sacó su mujer a villanías; y los pueblos de su comarca se sientan torvos delante de los jueces, porque no quieren que el diputado quede preso, sino celebrado y libre.

Este ¡oh espanto!—creía hace tres años en el advenimiento del nuevo Mesías; y para dar fe de su creencia y de su certidumbre de que Dios volvía a la tierra precedido de milagros, a la luz de una lámpara que a la cabeza de la cuna tenía en alto la madre, clavó el puñal en el pecho de su propia hija, y llamó a sus vecinos a anunciarles que resucitaría

al tercer día; el padre ahora se mesa los cabellos y se maldice, y no habla sino con lágrimas; y no quiere el Jurado tenerlo por loco.

Esta es la señora Marta Lamb, que dirige, con aplauso de sabios, el *Magazine of American History*, donde un caballero Shea, que sabe de vejeces, ha reanudado, en pro de Santa Isabela, la querella de dominicanos y españoles sobre qué baúl de cuero o urna de piedra guarda los restos de Cristóbal Colón,—¡que halló la tierra buscando el cielo!

Este es un libro nuevo, que cuenta la vida, demasiado apacible, de William Cullen Bryant, que fue poeta, blando poeta, al modo cómodo de Wordsworth, no como aquellos otros infortunados y gloriosos, que se alimentan de sus mismas entrañas.

Este es otro libro, donde hablan alternadamente en cartas, Carlyle, en quien la magnitud excelsa de la inteligencia llegó a suplir a veces el amor, que como de tierra fría y breñosa, había huido de su ingrato corazón,—y Emerson, en cuya frente pálida, alta, cerrada por ambas sienes, como por vastas paredes, lucía el fuego eterno.

Miríadas cuentan estas columnas de papel, que, como alas de la memoria, ahora revuelvo.

Ya es la ciudad de Dodge amotinada, como Cartago en tiempos de tropas de merced, o ejército de electores de Alemania cuando el segundo Felipe; que es Dodge ciudad de viciosos, y de tabernas y garitos, cuyo *mayor* es gran rufián, que, apenas venció las elecciones, juntó a los bravos de mina y de manadas que pasean las tierras del Oeste, de ganaderos y buscadores de metal, y echó de la ciudad a sus rivales, que le estorbaban en comercio, puso los fusiles cargados al pecho de los abogados que venían a defender a los presos, y sitió, porque trajeron auxilio, los trenes que llegaban a la villa: a tiempo que en Washington, el Presidente, que es discretísima persona, promulga,—demasiado tarde ya para que sirva de bandera útil al partido republicano,—la ley que arranca de las manos de los dadores de oficios públicos el poder corruptor que se entraba ya, como sutil veneno, por las entrañas del sufragio.

¡Oh, qué catástrofe, si se probara que los hombres, abandonados a la libertad, volvían voluntariamente a la tiranía! Mas no: no bien sintieron que se les aflojaban las riendas en la mano, las empuñaron con majestuosa fiereza, y miran en su torno pujantes y retadores, como buscando a osado vil que acometer.

Aquí se lee que un amador entristecido, a quien su dama escribió cartas y versos tiernos, que luego olvida, entabla querella ante el juez contra su dama, porque, con su abandono ha quebrantado su corazón, cuyo quebranto estima en $ 10 000;—y ahí se lee que una dama recaba $ 10 000 de su galán, porque, enojado de que su prometida gustase de ir en compañía diversa, aunque lícita, a saraos y teatros, dio por finado el «compromiso» que aquí precede a las bodas, en lo que ha declarado el juez que no es causa de dar fin al comprometimiento amoroso el que la prometida dance en fiestas ni salga de teatros en brazos ajenos: lo cual celebra esta dama casándose con uno de aquellos de quienes su amante celaba.

Allá cavan al fin, en lo hondo del mar, la piedra en que ha de encajar el cimiento de la estatua de la Libertad, digno guardián de la ciudad titánica que ha doblado seis veces sus hijos en un siglo, y en cuarenta años ha sacado de 312 000 hombres, 12 millones de hombres, y como ave tallada en montaña que empollara pelásgicos nidos, se saca a cada aurora de bajo de las alas palacios descomunales y opulentos.

¡Qué espectáculo tan vario a la sombra de estas potentes alas!

Cohortes de trabajadoras, alzadas en huelga, celebran con palmas y vítores al mal mozo cigarrero que de una pedrada rinde moribundo a un empleado leal de la cigarrería venido a poner paz entre la turba, ganosa de más sueldo.

Apretados en vasto salón los irlandeses, proponen que todo irlandés jure que no ha de llevar a su boca, ni tocar con su mano, ni poner sobre su cuerpo durante un año objeto de comer, beber, trabajar o vestir que haya salido del suelo o de los talleres de Inglaterra.

Ciudadanos severos acusan ante el gran jurado a famosos capitanes de la policía de que dejan a sabiendas, porque cobran el barato de ellos, abiertos de noche y día de fiesta, rincones de beber, y cuevas de juego.

Desde la nave de la iglesia, a tiempo que sube las escaleras del altar para besar su libro de oro, una mujer airada acusa con voces tonantes de osadías seculares al sacerdote.

Tras de un hombre que va riendo al cadalso,—otro, que arrebatado por ujieres y alguaciles, clava las uñas, casi arrancadas de las manos en el frenético intento, a los bordes del manto de la vida, que mira gozosa e impasible la alegre función humana, ahora en gala camino de los campos, luciendo en florecidos estandartes los colores de mayos y de abriles.

Lindas damas, que en suntuosas comidas se despiden de las alegrías embriagadoras del invierno, adornan sus sombreros de pompones amarillos, y en sensato traje estrecho, que dibuja sin exceso ni alarde las armoniosas formas femeniles, viajan—como mariposas que van a abrir las alas,—por los pueblos vecinos, en busca de una tienda de verano, que el mar corteje, tendiéndole sus olas a la falda, cual gigantesco enamorado andaluz que echa su capa por el suelo al paso de su dama,—o que el verano cuelgue de enredaderas de jazmines, que crecen bien en la sabrosa y regalada sombra del monte.

Otras damas, frenéticas, remontan sus joyas, por que parezcan nuevas, y den celos; desdoblan sus encajes venecianos, porque ni en tierras europeas ni en estas va a haber este verano para las damas cosa de más precio que los encajes; abren palpitantes los cuidados estuches en que les vienen de Francia las sedas ligeras, los tules nubosos, las modas risueñas,—y gastan de antemano, con las ansias del deseo, la vida nueva que la playa del mar o el sosiego del campo devuelven a los miembros, que salen del invierno de ciudad, en las calles fangoso, en los salones agitado, danzador, glotón, febril,—como naranja chupada por un colosal Don Juan hambriento.

Pero son dos los sucesos mayores de este mayo: uno, una ley;—otro, pasmosa maravilla. ¡El escudo de la tierra debía ser una mano de hombre! ¡Oh, palmas de manos

pequeñas, que muestran al Creador como derecho a sentarse a su lado, estas torres del puente de Brooklyn!

La ley también es magna. Antes—¡quién sabe por cuánto tiempo aún, a pesar de la ley!—el que más votos cazaba mayor prebenda obtenía; y quien sacaba en hombros un diputado difícil, ya quedaba con ambas manos puestas sobre las arcas del Tesoro. Portero hay de Ayuntamiento que fue pugilador de fama, que en una hora de votos apretados llevó a las urnas una cohorte de púgiles, por lo que dieron después en premio la portería; de archivero se sabe que no lee; de médico de hospital que solo lo es de elecciones; y de estenógrafo que jamás probó sus manos en el arte noble de acompañar en su vuelo espléndido a la palabra humana,—¡la gentil señora! Ni había modo de sacar de las casas del poder al partido victorioso, que costeaba suntuosamente las elecciones, y vencía con el peso de los votos venales el de los votos puros, merced a las cuantiosas cuotas que de barrendero a presidente, so pena de perder su puesto público de presidente o barrendero, exigía el partido voraz.

La ley nueva va encaminada a hacer imposibles tales escarceos del voto, y mercadeos de la vergüenza, y premios inmerecidos de servicios personales, y dádiva de empleos en pago de astucias de día de votos, o de promesas de barrio, o de traiciones a bando enemigo.

La ley es imperfecta, como ley de transacción. Apunta el deseo, que no realiza, de convertir en carrera aparte el servicio público.—Ya no será libre el poder de nombrar empleados, sino que habrá de elegirlos el que los haya menester del cuadro de opositores competentes que le ofrezca el Tribunal de Exámenes. Cual persona aspira a un puesto público, dirige su demanda a la Comisión de Servicio Civil, si desea puesto en ministerio alguno; al Secretario de Correos, si en correos quiere servir; o al Jefe de la Aduana en que pretenda empleo. Llegada la época de exámenes, ha de probar que sabe ortografía, y escribir buena letra, y copias. Los examinarán en fundamentos de aritmética, fracciones, tanto por ciento, intereses, descuentos y nociones de teneduría de libros y de cuentas. Ha de demostrar que es dueño de su lengua, y puede decir en ella correctamente lo que piensa. Y ha de saber, aunque en bosquejo, la geografía e historia de la Nación, y este modo sencillo y solemne, con que, sin sacudidas ni rivalidades enconosas, se gobierna el pueblo norteamericano. El Tribunal de Exámenes gradúa los conocimientos del candidato, y ninguno quedará en lista de oficio, si no obtiene un 65 % como tipo menor de la suma de sus grados en las diversas materias del examen. Es válido el examen por un año, al fin del cual, los nombres de los nuevos vencedores llenan las listas.

Del grupo de opositores que el Tribunal de Exámenes ofrece al magistrado que necesita proveer un empleo, el magistrado escoge, pone a prueba por seis meses al escogido, y al cabo de ellos, o por incompetente lo rechaza, o por capaz lo acepta, sin que quede, como antes, vendido y suspenso al poderoso que le ungió con el empleo, ni con miedos de perder su pitanza si no da porción de ella al partido que lo nombra, porque esta

ley prohíbe, so penas graves, a los cabezas de los partidos que exijan contribuciones a los empleados, y a estos que las paguen, y empeña promesa de amparar a los que se vieren solicitados, y de castigar al empleado que dé cuota o al partido que la exija; ni vendrá, luego de sendos años de servicio, un lindo caballero, amigo de amigos, a sentarse por sobre las canas de un envejecido servidor, sino que la promoción de empleados se regulará, como los primeros nombramientos, en libre y abierto certamen, sin que haya más título privilegiado que el de haber perdido un brazo o una pierna o un tajo de cráneo en defensa de la patria.

Pero ¿por qué limpian los soldados urbanos sus almetes, y aquellos peinan con esmero los penachos de sus cascos, y estos sacuden al sol, rica de botones de oro, su casaca azul? ¿Por qué en las casas todas, como si la ciudad tuviera un invitado, que se sentara a la vez en todas las mesas, no se habla más que del invitado misterioso? ¿Por qué se nota en la ciudad entera, en los rostros mismos de los hombres, súbita virilidad y expresión de fuerza, como si les viniera del reflejo de un poder ciclópeo? No hay bandera que ya no esté buscando el asta; ni farolillo de colores que no aguarde ya luz ni palabra que no sea de admiración y de piedad para un hombre encorvado, ya enjuto, de ojos vibrantes a la par que dulces, con ese brío de las almas bravas, que han puesto mano al cielo, y esa tristeza tierna y desconsolada que viene del contacto de las grandes fuerzas; no hay ojos que no busquen, en el rincón de una ventana saliente, que se empina sobre una altura de Brooklyn, al ingeniero enfermo y melancólico, que recogiendo y ahilando cada mañana los retazos de su vida, que parecían desasirse de él con desprendimientos eléctricos, con la una mano sujetaba, como mendigo sus harapos sueltos, los restos de su existencia, y con la otra trazaba, en montes de papel, el modo de levantar sobre las aguas montes de piedra.

Era Washington Roebling, a quien sacaron un día moribundo del cajón mefítico que había de sustentar, desde su cueva tallada en la roca a ochenta pies bajo la faz del agua, las portentosas torres de granito que a los 276 pies de altura se interrumpen en cima graciosa para que por sobre ellas corran los cables suspensores de 1 595 pies, con dieciocho dientes de hierro, sujetos bajo una lámina de acero por hercúleos cerrojos, sobre cuyas raíces se levanta colosal mampostería, como para que tales hilos soporten la área calzada de hierro, que con su pavimento complicado, su doble vía para carruajes, su vía central para peatones, su ferrocarril de ida y de vuelta, pesa 8 120 toneladas.

El hombre enfermo es Washington Roebling, a quien el hablar fatiga, y el mirar ofusca, y el andar postra, víctima ya perpetua de ese mal venenoso que a manera de venganza del misterio vencido, disloca y pudre los gérmenes de vida en quien desciende, en una lóbrega cueva de madera que llevaba ya a su espalda el cimiento de la torre ponderosa, a conquistar, capitaneando los soldados del cerebro, una ley más del

Universo.

De Roebling, que no puede leer ni conversar, que da sus órdenes a trozos, porque su extraño mal le tortura cruelmente apenas habla, de Roebling han surgido esos cables tendidos por sobre las torres, cada uno de los cuales aprieta bajo su corteza de alambre diecinueve hilos tamaños, que cada hilo alcanza un millón de pies que va y viene de una a otra raíz del puente, sin quebrarse ni torcerse nunca, 278 veces. De Roebling, como vapor acaso de la suave música con que en los primeros años de su enfermedad solía templar en el violín sus males, surgieron esas torres corpulentas, que los arcos del Puente de Gard no igualan en gracia, y la Gran Pirámide de Egipto solo vence en altura: ¡la naturaleza es el brazo de la idea! Y ya la grande obra está acabada: ya levantan sobre los bordes del camino farolillos graciosos; ya pasan por bajo el arco central del puente que se eleva a 135 pies, los más altos buques; ya, desde su altura de 108 pies, se levanta del medio de las torres hacia el centro la armazón del piso a unirse con los cables que cuelgan de las cimas de granito como un arco iris vuelto, y se entran de uno y otro lado del río, por New York y por Brooklyn, a morder, bajo su pesadumbre de mampostería, la tierra a 930 pies de cada margen.

¡Y aquellos arcos parecen montañas vacías! Y cuando entran en los costados de ambas ciudades, ya parecen, cercados de casas envidiosas y edificios raquíticos, montañas arrodilladas. A los monumentos hace falta, como a los hombres extraordinarios, espacio limpio en torno. Las casas pequeñas, los carros que pasan, los hombres que vocean, distraen los ojos—puertas de monumentos interiores—de la masa empinada e imponente. Las casas de habitación, que por una y otra margen rodean el puente colgante, roen los pies e hincan de rodillas a esas fábricas ciclópeas, casas del tiempo!

¡Oh! Ya viene, ya viene el día de la fiesta. ¡Han querido trabajadores indiscretos e irlandeses odiadores, impedir que el puente se abriese al público entre bosques y mares de fuego, y ruido de campanas, tambores y cañones, y flamear de banderas y de almas, el 24 de mayo, porque es día en que Victoria, reina de Inglaterra, de Irlanda odiada, cumple años! Mas no ha sido homenaje de este pueblo, sino coincidencia! Indiscreción hubiera sido procurarlo: ahora, descortesía dejar de hacerlo. Se abre el puente el día 24;—y lo veremos todo; y palparemos todo desde el cable que muerde la tierra, sobre a 276 pies, baja a 185, vuelve a subir a 276 y, como monte que camina, entra rompiendo la ciudad, en Brooklyn, y se clava cerca de su plaza mayor, hasta la bandera del tope, que parece avisar ya al cielo que el hombre anda cerca de él.

Iremos a la fiesta.

José Martí

La Nación, Buenos Aires, 20 de junio de 1883.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Gozos de colegiales.—Harvard.—Ben Butler.—Guerra contra indios.—Simulacros de la milicia.—Campamentos de verano.—Un periódico del día.—Edison.

Nueva York, julio 2 de 1883.

Señor Director de *La Nación*:

Oh, los colegios! No dan clases ahora, sino músicas. Ved cómo llevan aún en el rostro esos pulidos mozos aquella ansiosa melancolía de los discípulos delicados de Platón. Aristóteles, se empieza a ser a los 30 años; pensad mal, de quien ya no es Platón cuando cuenta veinte. Y vale más ¡por Dios que vale más! ser desterrado de Siracusa que echarse sobre los hombros el manto de púrpura del vicioso Alejandro.

Commencements llaman aquí los colegiales a estos días de fiesta. Tienen sus ceremonias candorosas que les vienen de antaño, como a los estudiantes alemanes, y a que ponen puntillo en ser fieles: en este colegio se ha de decir, en tal traje un discurso chistoso; en aquel, los de la clase graduada han de entregar la pipa de la clase a los noveles que vienen a tomar sus puestos.

Duran las fiestas días y noches, que para el alma del recién graduado sin alba y sin crepúsculo parecen, y día todas, como aquella noche de amor inolvidable que gozó el rey Amasis.

Unos van en procesión por las calles del lugar creado bajo las alas del colegio, hasta el teatro por estas ceremonias consagrado: otros, luego que cierran sus exámenes, puesto que saben de Teócrito, hacen de él, y danzan sin fatiga con las zagalas del contorno; otros, a la sombra de robles eminentes, rompen en lágrimas y aplausos al ver venir, del brazo de sus hijos, al sabio moribundo que aún les calienta, con el fuego de su alma que se escapa, el corazón, a que espera a las puertas del colegio la severa vida; otros, apesarados de súbito, van, porque así lo quieren la costumbre y el cariño, a despedirse de las amplias aulas donde fueron venturosos: ¡tristeza formidable! decir adiós al colegio! se siente ya sobre el hombro la garra del león que no perdona! se ve venir, arrebujado en nube negra, el huracán tremendo! parece como que de repente cae sobre los hombros el peso de la vida.

Pero son mozos, y no les van bien en la frente las caléndulas: ya vuelven del jardín con las manos llenas de miosotis y rosas salomónicas:—ya asoman por entre los arbustos cargados de azahares pálidos como alegres, como si presintieran que era la última vez que habían de estarlo plenamente.

Van de paseo a otro colegio de mujeres, donde estas son nutridas de ciencia sólida, y

una señorita lee entre plácemes una plática buena, que es de pensar aunque parece de reír, puesto que lo anuncia el programa del colegio como un discurso que lleva este lema no donoso: Pan y Mantequilla. Esta acaba; y otra vestida de blanco, luciendo etérea hermosura, cabellos del sedoso tinte de hebra de mazorca nueva, y ojos grandes y húmedos, lee su obra premiada, en que ensalza con loa calurosa el menester de tener fe en Dios, en los demás, y en sí.

Y a poca distancia en otro colegio, un orador de fama, que por honrado y elocuente le mantienen, describe con calor de mancebo, que no se extingue jamás por completo en las almas grandes, las fuerzas maravillosas de la naturaleza.

Pero la fiesta magna ha sido en la Universidad de Harvard.

Ya han pasado las regatas entre estas y aquellas clases de unos y otros colegios; que la mente ha de ser bien nutrida, pero se ha de ver de dar, con el desarrollo del cuerpo, buena casa a la mente. Así como el bambú, más lleno de rumores que de frutos, crece en hojas inútiles que dan con él en tierra, así el hombre en quien no anda aparejado, con sólido pensar, sólido cuerpo. No se ha visto palacio bien seguro sobre cimientos de arena.

Ya han pasado las justas de jóvenes remeros, en que los más ágiles del Colegio de Columbia han vencido esta vez a los más recios de Harvard. Ya se han dado a los vientos las canciones del año y los discursos.

Ya viene de Boston, cubierto por colosal sombrero de Panamá de cinta negra, y seguido de su cohorte de lanceros de casaca roja, el afamado Butler.

Los capitanes del colegio, que son republicanos, y ven mal que con mano victoriosa los haya dejado sin capa y en mala figura ante su pueblo, este gobernador brioso, negáronse este año a darle en ceremonia pintoresca de legendaria usanza, el grado de honor de doctor en leyes con que acostumbra la Universidad regalar a los gobernadores del estado. Pero la gente moza de lenguaje, que gustan siempre los mozos de hombres de lengua brillante y mano inquieta, se pusieron del lado de otros capitanes sensatos que como gloriosa satisfacción, llamaron a Butler, odiado por todos los que ostentan fraude y mácula, a presidir la fiesta de grados, y la mesa ya de siglos famosa de curso nuevo. Muchos detalles cansarían. El gobernador cruzó la ciudad entre bravos.

Águila de años, mas no vieja, parece Ben Butler, y aunque no las ha menester, por tenerlas propias, las del sombrero le fingían anchas alas. Pero oídle ahora, luego que ha hecho reír a sus convives, que cuidan más esta vez de los manjares de la mente, que del humeante puerco con judías de que hace gala Boston; oídle luego que abre su plática con esos gracejos sin los cuales no parece aquí discurso bueno, ni orador genioso, ni ceremonia completa; oídle hablar casi con lágrimas de los tiempos de la guerra enconada con el Sur, en que Harvard tenía pocos alumnos, porque los niños… los niños estaban tristes porque veían pensativos a sus padres; y los jóvenes… los jóvenes estaban en la guerra.

Y a fe que mientras hay que guerrear, en la guerra deben estar todos los jóvenes.

De ejercicios están ahora los colegios, y la milicia ciudadana. De guerra un general que caza indios, y se entró por sobre tratados y fronteras en tierra mexicana, a sitiar a los apaches; que se ha traído en racimos, más torvos que sumisos, a la cola de su caballo, de lo cual no hablan bien diarios sensatos, que aconsejan a México que cuide de mejor modo sus fronteras; y de simulacro de guerra andan los jóvenes de la milicia ciudadana.

Era antes aquí gala ser bombero, y por sacar a una niña en los brazos de las llamas, moría alegre un hombre.—Y es gala ahora ser soldado, y en estos meses en que la tierra reverdece, los ríos se enguirnaldan y las almas enfloran, van de faena militar los jóvenes, a dar ficticio empleo, para que luego no les sorprenda el verdadero, a sus lucientes armas de combate.—Les regocija el cambio ameno.

El escritorio desea. El campo nutre. No parecen compañías de soldados, sino bandas de presos alegres que gozan, entre pájaros y cervatillos, de sus primeros días de libertad. En la ciudad el aire espeso, la vida monótona, el quehacer rutinario, no les invitan a salir de sus casas temprano. En el improvisado campamento, no bien asoma el sol por la cresta del cerro vecino, ya están tomando los alegres milicianos sus seis onzas de pan y su café, y vístense de batalla; allá una compañía se adiestra en el manejo de los rifles; allá la otra, fingiendo que le viene encima, arrebatada carga de caballería, hinca la rodilla en tierra, eriza las afiladas bayonetas, pega a la culata del rifle la mejilla y dispara con cápsulas inofensivas.—Paso de ataque se oye a la entrada de aquel bosque, ruido de graneada mosquetería se repercute de sus troncos recios al llano y a las lomas: éntranse bravamente por la arboleda envuelta en humo espeso los asaltantes; ¡paso de gala y hurra! “¡paso de vencedores!»

¡Mas, oh, que suenan risas!—y salen de entre los troncos los prisioneros valerosos—que son damas.—Bailes y honesta huelga acaban en el campamento siempre el día.—Mas en el resto de la noche, no en voluptuosa pluma duermen, en que no debieran dormir jamás los hombres, sino en lona dura, que aún es blanda para cuerpos viriles. ¡No sé qué tiene la tierra, que invita a dormir sobre ella!

Y este es el mes. En la naturaleza, en los colegios, en los pueblos de baños, en los campamentos de jóvenes ricos, dados a veces—con verdadera mengua—a vestirse de bailarines y payasos, en los campos de las carreras, donde a suntuosas damas que las ven desde elegantes coches se juntan montón ávido de burdos apostadores, que al caballo juegan, como a la ruleta o al dado; en los amplios circos, donde, acumulando ganancias y víctores, juegan con brazos desnudos y ágiles, los favoritos de la ciudad a la pelota; en los carros urbanos que rebosan gente; en las terrazas cálidas, que esparcen aroma, todo es flor y pompa.

Si se toma un diario, se ve que la vida ofrece señales graves de desarrollo anormal y a veces monstruoso; que las pasiones que esperaban antes para hacer presa del pecho, a que estuviese maduro, ahora encuentran albergue, en ocasiones tenebroso, en el pecho de los niños. Se ve que, así como la larga posesión quita el sentido, la larga ausencia de él lo

vuelve, y enfrente de los republicanos que se desbandan, y se dan con manos torpes golpes sendos, los demócratas se agrupan en torno a una bandera común y sabia:—y puesto que entienden que sin tarifa de aduana, no podrían pagar los Estados Unidos su deuda, sofocan sus anhelos librecambistas, y abogan sólo por tarifas moderadas, con lo cual burlan a los republicanos asustados, que ven cómo no pueden pasar plaza ante el país de defensores únicos del proteccionismo. Y se ve en el periódico que todo son empresas para sacar los telégrafos de los techos, y los hilos de luz eléctrica de sus eminentes postes, y caen sobre el mercado como gotas de fuego en que se rompe aérea estrella pirotécnica, múltiples compañías de telégrafos y alumbrado subterráneo.

Y de vez en cuando, mientras que limpian en las casas para colgarlas el día 4 de Julio las lindas banderas, y los niños acumulan sus ahorros para trocarlos por cohetes; y los hombres se aprestan en el famoso día a ser niños, se ve cruzar en humilde carruaje a un hombre de cutis liso y blanco, ojos ansiosos, que saltan en chispas, azules, dulces; rostro abstraído y como de quien mirase egregios mundos y por sobre él una misteriosa palidez astral. Es dantesca figura, que cruza como un símbolo la tierra: es Edison.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 16 de agosto de 1883.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

La vida neoyorquina.—Pompas de estío.—Galas del mes de junio.—Voluntarios neoyorquinos.—Los colegios y fiestas.—Enseñanza clásica y enseñanza científica.—Luz eléctrica.—El cónsul argentino y la luz Edison.—Recuerdo de Catamarca en el *Sun*.

Nueva York, julio 8 de 1883.

Señor Director de *La Nación*:

La vida en Venecia es una góndola; en París, un carruaje dorado; en Madrid, un ramo de flores; en New York, una locomotora de penacho humeante y entrañas encendidas. Ni paz, ni entreacto, ni reposo, ni sueño. La mente, aturdida, continúa su labor en las horas de noche dentro del cráneo iluminado. Se siente en las fauces, polvo; en la mente, trastorno; en el corazón, anhelo. Aquella calma conventual de las ciudades de la América del Sur, donde aún con dedos burdos pasa las cuentas de su rosario, desde su ermita empinada, el Padre Pedro,— en esta tierra es vida. Se vive a caballo en una rueda. Se duerme sobre una rueda ardiente. Aquí los hombres no mueren, sino que se derrumban: no son organismos que se desgastan, sino Ícaros que caen. No se ven por las calles más que dos clases de hombres: los que llevan en los ojos la pupila sin lustre de la bestia domada, hecha al pesebre, y los que abren al aire encendido la pupila fiera de la bestia indómita: el manso ejército de los resignados, vientre de la humanidad,—y el noble ejército de los acometedores, su corazón y su cabeza.

Y si en ningún mes se reposa, en este de junio, mes de aves y de madreselvas, y de sacar nidos, se amanece en una barca, cuya blanca vela tiñe la aurora de color de rosa; se almuerzan fresas en un campamento de estudiantes, que disputan o reciben premios; se divierte la tarde bajo un parasol rojo, viendo al jinete que cae, al apostador que murmura, a la batalla frenética de los caballos corredores, a la yegua de Vanderbilt que trota una milla en dos minutos y quince segundos; y se acompaña a la tierra en su giro a la sombra, al compás de los atambores melancólicos de los soldados de ciudad que hacen en estos días ejercicios de campaña; y se consume la noche, cual cera en torno a pabilo, en baile ardiente y loco, trabado a sombra de árboles o discretas techumbres de vastos corredores, entre estudiantes satisfechos y soldados novicios, y damiselas lindas que no saben que tienen semilla amarga los manzanos de oro.

¡Oh, los colegios! Ved cómo se abren en verano como las rosas. Os digo que el invierno es la estación de los búhos. Solo el calor del sol engendra héroes. Parece aquí la tierra en estos meses, no cuando agosto quema, sino cuando junio sonríe, inmensa flor

que a recibir el sol, su novio, abre los brazos múltiples. Todos parecen dichosos. En el invierno, se gruñe. En junio, el padre es más amante; más cortés el esposo; el niño, más gentil; más galana la dama; el decidor más ameno; el tétrico, locuaz; azul el mar y el alma. Las casas se vacían; los buques se dan a la vela; los paseos se repletan. Los sombreros de colores de las mujeres parecen como sobre rosales coronados de una alegre flor, traviesa mariposa. Estas ricas mañanas, en que la atmósfera se colora de una blanda tinta de espiga madura, convidan a tender al aire las manos abiertas para coger en ellas el oro ambiente que todo lo penetra y lo abrillanta.

Ni ¿por qué he de hablar de otra cosa, si toda la ciudad es ahora doncella de paseo, que no quiere saber que se viene del llanto, y se va al llanto, sino que vive en el estío caliente, y trisca y goza? Tierra más limpia que esta, no ha de hallarse. La sala más pobre toda llena de anuncios de colores, ramilletes de cartón, y lazos de cinta, parece, al vérsela de súbito, más que pobre sala, templo. La ventana más ruin tiene un clavel, y la moza más pobre, que va de mañanita a echar tinta a las prensas, rizar plumas o envolver cigarros, tiene su traje de color de crema y su mantilla azul. Y el pobre mozo que viene de enfrenar caballos o de mover ruedas de hierro, se quita, al obscurecer, sus ropas de labor, se embona las de fiesta, y va de gala, con su niña al brazo, camino de la plaza o los jardines. El hombre gusta de ir donde la naturaleza se extiende y se evapora.

Mes de junio, mes de ceremonias de colegios; de carreras de caballos; de regatas de botes y buquecillos de paseo; de lances de pelotas y boliches; de probar, en improvisados campamentos, el peso de las armas de la guerra, y el sabor de los manjares de batalla.

Los hombres no debían tener jamás en sus hogares estatuas de Venus, ni copias tentadoras de Pomona:—debiera todo hombre clavar, como el Segismundo de *La vida es sueño*, junto a su cama de dormir, el vestido de pieles con que vivió encadenado en la montaña. El licor de risas, laxa. Debe prepararse a todo hombre a la batalla, a la privación, a la desgracia. Pues ¿no se nota que un hombre no es nunca completamente grande sino cuando es desventurado? La felicidad constante aniña y debilita.

Hacen bien los soldados voluntarios de New York, en ir de té y pan sobrio, a dormir sobre lona bajo la tienda de campaña; a levantarse con el sol, que es sentirse rey, e inundado de místicas ternezas; a aprender el manejo de las armas, no ¡por Dios! para volverlas contra pueblos hermanos e indefensos, sino para clavarlas en la frente de quien, pensando en hacer de nuevo esclavos a los hombres, deshonrase la frente humana. ¡Oh, qué gran tiempo! Ya parece que el hombre está despierto.

Lindos están ahora los patios de los colegios. Todos inauguran,—antes de devolver sus educandos a sus casas, a que remen, en lo que hacen bien; a que cacen, en lo que hacen mal, a no ser que cacen zorras o lobos; a que naden, hablen de amores, dancen y corran; todos inauguran sus clases estos días y reparten sus premios, distribuyen sus grados, convocan a sus amigos, celebran sus fiestas.

¡En esta tierra, los colegios son tan antiguos como las iglesias! Quien dice Harvard,

que es el colegio magno de Massachusetts y como el Oxford de la América del Norte, dice palabra mágica, que abre todas las puertas, lleva de mano a todos los honores, y trae perfume de años. Quien dice Yale, sabiduría dice, que da tinte de cana a los cabellos rubios de sus jóvenes doctores.

¿Quién enumera aquí colegios? De uno se dijo que había contado los sueños de las mujeres de un harén; y de otro los del espíritu de un héroe encadenado, y se les tuvo por grandes contadores: mas estos que tanto contaron, no podrían contar los colegios de los Estados Unidos. Abrid ahora un periódico de letra menuda que cuenta los regocijos de las escuelas en este buen mes del año: para admirar sobrará el corazón; pero de leer nombres diversos se cansan los ojos.

Y no se diga que no pueden estos colegios ser mejores, que pueden serlo; mas no ha de negarse que ya tienen alzada la podadera, y están podando del enteco árbol clásico,—bueno para que crezca, como planta curiosa y benemérita, en los invernaderos, todas las ramas torcidas y hojas secas que impiden que por las anchas venas corra sin traba el jugo humano.

Puesto que se vive, justo es que donde se enseñe, [se] enseñe a conocer la vida. En las escuelas se ha de aprender a cocer el pan de que se ha de vivir luego. Bueno es saber de coro a Homero: y quien ni a Homero, ni a Esquilo, ni a la Biblia leyó, ni leyó a Shakespeare—que es hombre no piense, que ni ha visto todo el sol, ni ha sentido desplegarse en su espalda toda el ala. Pero esto han de aprenderlo los hombres por sí, porque se enseña de suyo, y enamora, y no se ha menester maestro para las artes de gracia y hermosura. Y es bueno,—por cuanto quien ahonda en el lenguaje, ahonda en la vida,—poseer luces de griego y latín, en lo que tienen de lenguas raizales y primitivas, y sirven para mostrar de dónde arrancan las palabras que hablamos: ver entrañas, ilustra.

Pero puesto que la tierra brota fuerzas,—más que rimas, e historietas que suelen ser patrañas, y voces sin sentido, y montones de hechos sin encadenamiento visible y sin causa, urge estudiar las fuerzas de la tierra. Que se lea, cuando el sol es muy recio, la Biblia; y cuando el sol ablanda, que se aprenda a sembrar racimos de uva como aquellos de Canaán, que con su peso anonadaban a los hombres.

Como quien vuelve del revés una vaina de espada, se ha de cambiar de lleno todo el sistema transitorio y vacilante de educación moderna. Mas, no habrá para pueblo alguno crecimiento verdadero, ni felicidad para los hombres, hasta que la enseñanza elemental no sea científica: hasta que se enseñe al niño el manejo de los elementos de la tierra de que ha de nutrirse cuando hombre; hasta que, cuando abra los ojos para ver un arado, sepa que puede uncirlo, como un buey en otro tiempo, ¡un rayo! Que de aquí a poco, la electricidad moverá arados. Asombra que con tanto hombre que junta polos y saca fuerza de ríos y cascadas, no se haya pensado aún en uncir al yugo, en vez de una criatura viva

que padece, un acumulador de Faure.

¡Hermosa luz eléctrica! ¡Bien hacen, puesto que es ley que vayan juntos análogos símbolos, en iluminar con la luz de los astros el puente de Brooklyn! Entrar por aquellas aéreas avenidas, cuando todo reposa, y con la suave luz de las estrellas brillan sobre los sutiles cordeles de alambre las lámparas eléctricas; dormidas, como dos ejércitos, las dos ciudades; el cielo, encendido; en calma el río solemne; y en torno, el aire blando iluminado, como con reflejos de alas de ángeles,—la mano estremecida y respetuosa despoja del sombrero la cabeza, y aunque el estático cuerpo quede erguido,—se siente que se ha caído de rodillas.

Apenas amanece suenan golpes de azada por las calles. Se interrumpen los cavadores, para dejar camino a una columna corintia que pasa; siguen tajando ancha veta en el piso: —y reposan de nuevo, porque sobre ruedas corpulentas, está pasando una casa. Y vuelven a cavar,—a abrir el lecho al tubo recio que ha de regar por Bancos y oficinas, Bolsas que dan miedo, asirios edificios que ponen asombro, y teatros e iglesias, la luz eléctrica. Ya es la de Brush, cuyo brillo excesivo y penetrante no ofusca a veces la aparición de la aurora; ya la de United States, que se abre en dardos; ya la más suave, dócil y coqueta de Edison, que por barata y segura prospera, y me dicen que el brioso cónsul de la república argentina, el caballero Carranza, intenta llevar ahora en sus esbeltos y menudos aparatos, a la pujante ciudad de Buenos Aires.

Da gozo ver cómo celebran a la ciudad del mediodía las gentes del Norte: días hace decía un diario, el *Sun,* el gran diario del cultísimo Dana:

«No miréis, si queréis ver racimos como maravillas, y cepas como robles, a California; mirad a Catamarca, que la vence y que crecerá pronto en manos de aquellos hombres industriosos.»

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 14 de agosto de 1883.
[Mf. en CEM]

EL PUENTE DE BROOKLYN
LOS INGENIEROS ROEBLING

¿Quién no ha de leer con gozo, como un triunfo propio, por ser hombre, una noticia breve de la vida de los dos bravos e ilustres ingenieros que han alzado entre New York y Brooklyn, sobre las ondas del aire, ese solemne y admirable puente, sutil calzada de gigantesca encajería?

La ideó el padre; la hizo el hijo. El padre se llamó Juan Roebling: el hijo Washington. El padre, enamorado de la Libertad, bautizó a su hijo con el nombre de su Pontífice. Jerarquía nueva: cielo nuevo, santos nuevos.

Juan Roebling no nació en los Estados Unidos, sino en la ciudad de Mülhausen, allá en Thuringia, en Prusia.—Su frente, como un dosel, amparaba sus ojos penetrantes, osados y meditabundos,—y a menudo dulces. Era bueno, como todos los hombres verdaderamente grandes. La piedad es el sello de las almas escogidas. Cuando la Naturaleza escribe, «Grandeza»,—escribe, «Ternura».—Desde niño no jugaba con soldados, de lo que suele venir insana ansia de serlo, sino con libros. Notaban sus amigos, de entre sus cejas pobladas, como de hornos encendidos, sus ojos voraces: y era de aquellos hombres briosos que con sus miradas atrevidas cautivan y encadenan a la tierra, que les abre enamorada y vencida sus senos. Solo que tal dama, requiere amantes tales!

De la Escuela Real Politécnica de Berlín salió Juan Roebling Ingeniero Civil. Como lo manda la ley de Prusia, sirvió tres años, después de su titulación, en las obras del gobierno:—que el que la nación educa, si no aprende para vil, debe dar la flor de su trabajo, y la flor de su vida, a la nación.

Pero en Prusia, si enseñan ingenieros, sofocan almas. Roebling andaba torvo, como grande hombre esclavo. Los hombres pueden levantar puentes, más fácilmente que levantar almas. Los hombres gustan de comer y de dormir, y se entretienen en cortarse las alas, y en ver caer al polvo sus mejores plumas, en vez de ceñírselas a los hombros, para tenderlas vía del cielo. Roebling, airado de vivir en la tierra donde los hombres son, más que fábricas maravillosas, culatas de fusiles, vino a los Estados Unidos de América. La majestad de la selva; el aroma de la naturaleza nueva y libre, el placer penetrante de una creación casi absoluta, y el deleite del alma fuerte en las grandes soledades—llevaron a Roebling al bosque virgen: compró tierras incultas; tendió sobre ellas, a fecundarlas con sus hojas muertas, árboles solemnes, cargados de siglos; sobre la tierra nutrida de hojas amarillas, reverdecieron en tallos fecundos, las hojas útiles. A poco ya era jefe de pueblo, cuando todos los de la comarca cercana, y los de esta tierra toda, puestos en pie, al aire la camisa de labrar, y entrando por el suelo los arados, emprendieron su marcha majestuosa, cercenando montes, tajando valles, secando lagos, cabalgando en ríos. Donde había un canal que abrir, un acueducto que levantar, un puente que tender, estaba Roebling.

Dos madres tienen los hombres: la naturaleza y las circunstancias:—¡cuánto gran poder humano desconocido, que muere sollozando en el vacío! ¡cómo son necesarias para la revelación de la grandeza, el ajuste y feliz encuentro del hombre que la trae consigo y las condiciones que aceleran o favorecen su expresión! En cierto modo la mente de Roebling, prusiana de naturaleza, se tornó en americana; del goce de la libertad y de la presencia permanente de la grandeza, surgió, como refundido en molde nuevo, un nuevo hombre.—Así, cuando tuvo un hijo, no le puso Arminius, sino Washington.

Este puente de Brooklyn que ahora, como por calzada de peregrinaje a nueva Meca,

cruzan apiñadas, jubilosas, hirvientes, las multitudes; esta labor excelsa que los estadísticos computan asombrados, los oradores loan con voces magnas y los poetas en arpas limpias y estrofas apostólicas cantan, tuvo numerosos e imponentes padres. Como crece un poema en la mente del bardo genioso, así creció este puente en la mente de Roebling.

Bajo los tilos de Berlín, cuando era mozo, hace como sesenta años, tendía los primeros hilos que ahora, trocados en cables ponderosos, sustentan la aérea fábrica. Su tesis de título fue sobre puentes colgantes. Más que en abrir canales, tender rieles y levantar acueductos, meditaba en suspender puentes de cables de alambre. A poco, ya era dueño de una fábrica de alambres de hierro y de acero. A poco, echa a andar un colosal acueducto de madera por sobre dos cables de a siete pulgadas de diámetro. A poco, tendía sobre el río Monongahela, sobre antiguos pilares, un puente de ocho tramos, de 188 pies en cada tramo, suspensos de dos cables de cuatro pulgadas y media de diámetro. A seguida tiende sobre el Niágara, suspendida de cuatro cables de a diez pulgadas de diámetro, doble calzada aérea de 825 pies de largo, que los nativos del país van a ver en sendas procesiones, y admiran y celebran los grandes ingenieros de la tierra. No bien había anclado a los bordes de la catarata los cables que la salvan, echó otro puente entre la ciudad de Cincinatti y la de Covington, que junta con su arrogante vía de mil y cinco pies, un pueblo al otro.

Dan de sí las épocas nuevos hombres que las simbolizan: ya no fabrican los hombres en el fondo del río, sino en el aire. Se afinan y encumbran los puentes, como el espíritu. Cada siglo que pasa, es un puñado más de verdades que el hombre guarda en su arca. Y véase el camino, y la perfecta analogía entre cada época y su obra mayor. Da el Oriente de los califas, como perfume petrificado, palacios de colores: da la edad teocrática, que nace en Roma antigua y muere en América, torres de religión, en que, sobre los hombros de la Iglesia rica, se alzan los artistas atrevidos, asaltadores de las nubes, rivales hermosos del que, con cincel aún no rehallado, talló en la sombra la Naturaleza. La Francia viciosa se sacó de los senos abiertos a Trianón, coronado de adormideras, orlado de rosas. Y las mayores obras de esta edad de concordia y ensanche, y paso a otro mundo, son un istmo y un puente.

Juan Roebling,—cuyo rostro hozador y pujante, figura ya, como retrato de huésped, en todas las casas de los Estados Unidos—murió de su obra, como mueren todos los espíritus sinceros. Estaba en pie sobre un montón de maderos, que echó abajo de una embestida en el muelle flotante contiguo un vapor celoso, de una de las empresas de vapores que atraviesan el río, y cuya prosperidad queda amenazada por el puente: al caer Roebling, se hirió un pie, que expuso por demasiado tiempo al agua fría, de que murió en dieciséis días, de pasmo. Ni ¿qué importa? Cuando el hombre ha vaciado su espíritu, puede ya dejar la tierra.

Cuarenta y seis años tiene ahora Washington Roebling, su hijo. De las líneas de su

padre, ha hecho calzadas, redes de acero, torres, moles. Lo que el padre esbozó, él completó. Lo que el padre no previó, por él fue resuelto. Nunca se había usado el acero para cables de puentes colgantes, y él lo usó: él ideó la difícil juntura de los cabos de rollos de alambre de acero: en máquina vincesca, de trazado suyo, subían majestuosamente al tope de las torres, a 100 metros de altura, las masas de granito: domó las resistencias no previstas y algunas tremendas, del agua arrollada y expulsa bajo el aire comprimido: era difícil mantener buenas luces encendidas en el fondo del cajón que sustenta, a 80 pies bajo el agua, la torre de New York, y él halló modo de encenderlas, de sacar de los cajones lóbregos y hondos los materiales excavados, de resolver los problemas nuevos que a cada alambre se presentaban al ajustar los hilos en el cable, por ser el cable tan recio y grueso, y de alambres tantos, que requería cada hilo en el ajuste su propia longitud y altura.

Y a veces, cuando en su cerebro fatigado, su pensamiento fugaz y como volátil luchaba rudamente por huir—cual caballo que tasca de mal grado el freno, o vapor sujeto al muelle por flojas amarras—de su casco de huesos, su mujer piadosa como gallarda amazona que acaricia el cuello de corcel piafante, fortalecía su idea rebelde, remataba sus cifras incompletas, sacaba a lo alto la verdad que las manos desmayadas de su marido habían estado a punto de dejar caer. Una mujer buena es un perpetuo arcoiris.

Su vida quedará contada a paso de periódico. De niño, jugaba con los puentes de su padre: de mozo, le ayudaba a perfilar diseños, idear torres y templar en los hornos gigantes el acero y el hierro, y probar el acero, hasta que resistiese su presión, en la máquina hidráulica, preparada a punto de romper. Cuando se alzaron del Sur las huestes colosales e infelices, que más que su propia libertad, querían la de gozar sin molestia del abominable derecho de señor sobre los siervos negros, ni vio a las arcas de su padre rico, ni tuvo en mientes los halagos de la vida bella que comenzaba a sonreír al ingeniero joven, celebrado y apuesto,—sino que, con la capa azul del soldado, que flotaba sobre los hombros de aquellos bravos como alas, se puso al pie de la bandera del Norte. Blandió el acero doblemente: en sable, sobre los enemigos; sobre los ríos, en puentes. Parecía que llevaba la espalda llena de ellos, y no bien salía al paso del ejército triunfante una corriente adversa, se desceñía de la aljaba un puente colgante, y lo tendía por sobre el río. Ganó premios, y fama de osado; y el temple que da al alma el enrostramiento frecuente del peligro. Como el padre estaba en serias obras, en la de Cincinatti, que a cada paso ofrecían problemas nuevos, por lo difícil de lo sostenido y preciso del trabajo en el aire compreso, viajó por Europa, a acaparar ciencia neumática. Volvió; trabajó con el padre hasta su muerte; quedó después de ella con el manejo de la fábrica del padre, la intendencia de su hacienda pingüe, y la creación penosa de la gigante maravilla.

Pasaba el día en la cueva de aire comprimido, entre miasmas de lodo y astillas de roca, enfrenando el agua rebelde, animando a trabajadores medrosos, con sus manos mismas palpando la húmeda entraña de la tierra! Véngase la tierra de los que la

descubren: y de toda superioridad de sus hijos, que como daga loca vuelve contra el mismo que la ciñe. Trabajaba demasiado en aquel lóbrego cajón el ingeniero,—y lo sacaron un día en brazos, ida al cerebro y a las partes blandas del cuerpo la sangre aglomerada: a otros, esta enfermedad del cajón abate, como a un tronco un rayo: les pega a la espalda el pulmón: les hipertrofia el hígado: a Washington Roebling lo ha dejado vivo, como si lo estuviera sobre llamas. Ni en un ápice ha turbado su juicio; pero oír mucho, hablar mucho, concentrar su atención mucho, le enciende el pensamiento, y le da suelta, como si quisiera con los efluvios que de él brotan, sacar de quicio el cráneo.

Y durante doce años ha dirigido así este hombre, desde la silla en que postraba su cuerpo abatido en el balcón de su casa, que domina el río,—la fábrica del puente. ¡Bien es que, puesto que los tiempos andan, no sea ya Minerva, hetaira formidable y caprichosa, la que salga armada de la cabeza de Júpiter! Desde un sillón de cuero, en lúgubre alcoba, miraba en otro tiempo Felipe II, acariciando pomos de daga y criando odios, oficiar en altar solitario a sus sacerdotes, sobre cuyos rostros, con los reflejos del sol en el bronce de los ángeles hincados en los peldaños del arca, parecía ondear perennemente el estandarte verde que levantaba el Santo Oficio por entre las hogueras de la Plaza Mayor. Ahora, desde otro sillón regio, acariciando compases y muestras de material de construcción, un hombre sin corona la pone al mundo nuevo, y ve oficiar en dos pueblos,—entre los que, como altar adonde comulguen en la religión nueva, tiende un puente,—a dos millones de sacerdotes que trabajan! Pues Rey por Rey, Dios guarde al Rey de ahora, que echa puentes y no quema!

La ciudad entera ha ido a llevar flores y vocear hurras, al pie de la habitación donde forjó la maravilla el ingeniero enfermo.

La Nación, Buenos Aires, 18 de agosto de 1883.
[Mf. en CEM]

EL PUENTE COLGANTE DE BROOKLYN
SUS DIMENSIONES

Por sus contornos puede formarse idea de este gigante, obra en lo absoluto magna, y en lo relativo, como símbolo de la osada, adelantada, victoriosa y pujante civilización moderna.

He aquí sus cifras:

La longitud total del puente, desde la entrada de New York, cerca de la plaza donde se yerguen, alrededor de la estatua de Franklin, edificios colosales de periódicos, hasta la entrada de Brooklyn, cerca de una de las estaciones de vapores del río más concurridas, Fulton Ferry, es de 5 989 pies, o una milla y 709 pies.

La fábrica de engaste de Nueva York, desde la puerta de entrada hasta el lugar donde a 930 pies de distancia de la torre entran en la mampostería los cuatro cables, tiene de

largo 1 545 pies: la de Brooklyn, que va en grande y majestuosa curva, a inmensa altura, desde la puerta de la estación al lugar de amarre de los cables, desde donde el puente, como volante río de acero, se adelanta a entrarse por las torres, tiene 971 pies.

El puente, ya colgante, desde cada amarre de los cables hasta cada torre, tiene 930 pies.

De torre a torre, 1 595 pies, 6 pulgadas.

Ya se sabe que cada torre descansa sobre un inmenso cajón invertido, incrustado en la roca, y repleto de cimiento.

El cajón de New York pesa 7 000 toneladas; está lleno de 8 000 toneladas de cimiento; la madera y el hierro de que está hecho ocupan 5 253 yardas cúbicas: y allá en lo hondo del río desaloja el agua para enclavar sus raíces, en un espacio de 172 por 102 pies.

La torre de New York, que arranca de la roca a 78 pies bajo la superficie del agua, se levanta sobre esta a una altura de 276 1/3 pies.

La torre de Brooklyn sube a igual elevación, sobre una base de 45 pies.

La torre de Nueva York contiene 46 945 yardas cúbicas de mampostería: la de Brooklyn, 36 214.

Los cables, paralelos de amarre a amarre, son cuatro, que suspenden el puente, de 85 pies de ancho, 118 de ancho a su entrada en las torres, y 135 sobre el centro del río.

En los cuatro cables se han empleado 14 631 millas de alambre.

Cada uno de los hilos de los cables tiene 3 570 pies de largo.

La fuerza de cada cable es de 12 200 toneladas.

Los cuatro cables juntos pesan 3 588 1/2 toneladas.

De cada cable penden, desde amarre a torre, a cada lado del río, 86 tirantes, y de torre a torre por sobre el río, 208.

Es tal la firmeza de las torres, que aunque llevan ya once años de levantadas, sólo han descendido, como para asegurarse definitivamente sobre sus cimientos, una pulgada y media.

En las grandes arcadas abiertas en las largas calles pendientes de mampostería desde cada una de las entradas a los amarres,—van a construirse almacenes de depósito:—tales son los arcos, y tales van a ser los almacenes, que solo en ponerles puertas y pisos a prueba de fuego y de ladrones, se gastarán $ 400 000.

La armadura de acero del puente, que sustenta de amarre a amarre sus cinco vías paralelas, pesa 6 620 toneladas: los tirantes que cuelgan de los cables y mantienen el puente en el aire, pesan 1 180 toneladas; 2 760 pesa el piso de madera que cubre el camino de carruajes y el de a pie; y los rieles de ambas vías del ferrocarril pesan 660 toneladas: y todo eso parece ¡tales son la armonía y grandeza del conjunto! a media milla de distancia en el río, colgante de una línea blanca, los cables, una línea negra: todo eso pende de los cuatro cables, que en el fondo de las fábricas de amarre, yacen sujetos bajo

las cuatro planchas, que pesan 23 toneladas cada una.

Toda esa fábrica ha costado, de raíz a remate, $ 14 750 000.

El puente está iluminado por luz eléctrica.

La Nación, Buenos Aires, 7 de septiembre de 1883.
La Nación, Montevideo, 11 de septiembre de 1883.

[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Crucifixiones.—Demencia religiosa.—Tiempos medios y nuevos.—Cómo se caza ahora la zorra.—Caballeros de Bolsa.—La Bolsa.—El verano sagrado.—Sus fiestas, sus inspiraciones.—Coney Island: la isla de gozos, corridas, músicas, ferias, baños.—Se mueren los niños!—Caza de búfalos en la ciudad.—Selva y locomotora.—Congresos a la sombra de los árboles.—La Convención de la Fe.—La Convención de los Librepensadores: su credo, sus sacerdotes, sus oradores, sus métodos, sus demandas.

New York, setiembre 1ro. de 1883.

Señor Director de *La Nación*:

Lleva este correo convenciones, cazas de zorras, crucifixiones, sangrientos boxeos, emplumamientos, millaradas de gente de rodillas a la sombra de los árboles, vapores como pueblos, cabalgatas como comedias, un arzobispo galán, que viene de Londres a rebañar damas, un hosco reverendo que invita a su ciudad a que mire con ojos grandes en las artes malas con que se entran por las artísticas almas femeniles los sonrosados arzobispos: en suma, lleva este correo sentada en la falda cómoda de la libertad siempre serena, a la maravillosa vida.

Y se detiene el pensador, y se pregunta: ¿Pues a qué pasan los siglos, si el bárbaro Silvestre Knobb—como Abraham bárbaro, oveja fiera, sombrío ejemplo de la bestia humana,—ata en una cruz que ha hecho de árboles de su heredad a su propio hijo, y mientras le hunde en el pecho la rodilla porque no rebote, con un clavo de gruesa cabeza le fija la mano al madero ensangrentado; y amarra luego a su hija Mimi a un haz de leños, que a poco es pira humeante, que lame y plaga de úlceras el cuerpo virgen que el padre insensato, enardecido por las pláticas de ese Ejército de Salvación que anda en moda ahora, ofrece a un Dios horrible, fantasía burda y sangrienta de los pueblos en cuna y de los hombres ignorantes? ¡Tantos dioses han puesto los hombres en el cielo, como fases, estados y accidentes ofrece su historia! Pensando en el Espíritu Creador, se sienten

mares, y surgir solemnemente ponderosas montañas en el cráneo: y pensando en los dioses religiosos, se ven puños cerrados, ceños boscosos, mazos tintos en sangre, y hormigas.

¿A qué, se pregunta el pensador, pasan los siglos, si Freeman, a la luz de la bujía que su mujer sostiene a la cabecera de la linda cuna, mata en nombre de Dios a su única hija; —si la mujer de Pennsylvania, para purificarse de pecado, pone las palmas de la mano de su pequeñuela sobre un hierro encendido; si los dos Hicks sujetan en un haz a todos sus hijos, para irlos clavando en una cruz que con mano segura han ido haciendo de árboles frescos el padre y la madre?

Y es que dondequiera que nace el hombre, y en cualquiera época y ambiente de civilización en que aparezca, tiene mientras no lo afinan siglos sucesivos e infusión de razas viejas—la credulidad y necesidad del milagro de la infancia, la crueldad y temblor supersticioso de las razas vírgenes, los acometimientos y las brutalidades de la aún no olvidada fiera. ¿Qué es pecho humano sino suma de todo ser viviente, y junta de todas las formas de lo Universo, y prodigiosa sementera de donde a quererla regar el agua desconocida, surgiría en todas sus vestiduras y encarnaciones la naturaleza? Y está el progreso del hombre en ir matando fieras.

¡Oh, no pasan en vano los siglos! ¡Qué crónicas aquellas, si hubiesen sido escritas, las de los días menudos, de garra roja y boca de horca, de los tiempos medios! De mañana, era el obispo que se entraba caballero en un caballo negro por entre la grey afinojada, sacudiendo en la corva del cayado la cabeza del conde enemigo; de tarde era el ferrado castellano, jinete en arnesado bridón nuevo, a quien había de echar sobre la arena, sin más escudo que el vello de su pecho, ni más arma que un palo quebradizo, el villano que motejaba a su señor de robo de honra u otra felonía; de noche era el mancebo enamorado que echaba peña abajo el cuerpo triste, antes que ver cómo se entraba por sus puertas, y cabalgaba en su lecho nuevo de marido, el áspero mesnadero que de noche batía palomas, y de día lobos y zorras: ¡oh, vil poesía, que aún parece digna de loa, y repleta de gracias, a poetas seniles y enfermizos, castigados con la dote funesta de amar fervientemente lo pasado!

¡Y ahora también cazan zorras en Newport, que es gran ciudad de baños; pero como en circo, y por ganar fama de buenos montadores, y porque los vean las gentes, que enfilan a los bordes del puesto de la caza, y aplauden como en títeres o pantomima rabelesca, a los corredores de bolsa, sacerdotes desocupados, hongos de sala, abogados en huelga, y burdos neorricos que, como quien sienta plaza de nobleza, profanan los días hermosos del verano de América con menguadas parodias de los divertimientos de los bosques y terratenientes de Austria selvosa y feudal Inglaterra!

Damas y caballeros, de azul o verde aquellas, y estos de casaquín rosado, que pareciera coraza teñida en burlas al bravo San Huberto, galopan y escapan por sobre el césped, tráganse arroyos, trasponen vallas, vuelan por sobre cercas, azuzan a los

mastines,—que poco antes vinieron en carro cubierto, porque no se cansasen, al lugar de la junta,—acorralan en un recodo de ramas secas a la azorada bestia, remátanla en presencia de las damas, y a quien saltó mejor le dan el rabo, y a quien corrió en línea derecha tras la zorra, la cabeza, y este cuarto y aquel del animal a quien ha ennoblecido la casaca rosa con mayor prohombría.

Mas es de ver a este caballero que se para, todo galán en sus arreos de cinegesta más cerca aún de la ciudad suntuosa que del bosque por donde baten a la zorra, a recibir una cubierta cerrada de manos del mozalbete mensajero, de uniforme azul con botones dorados, que viene como montado en soplos, a traer al caballero el telegrama que para él llega. ¡Es la Bolsa que sube! ¡Es el ferrocarril en que tiene su fortuna que baja! ¡Es la especulación, la zorra nueva!

¡Y qué mal que le sienta al moderno cabalgador en esta ansiosa batida la casaca rosada! Desvístesela: da a un caballerizo el corcel de la fiesta, monta en la locomotora, digno caballo de los hombres nuevos; apéase en la Bolsa, que parece presidio, toda llena de hombres de color cetrina y miembros pobres, como de quien no saca sus dineros de las fuentes sanas y legítimas de la naturaleza, sino de sombríos y extraviados rincones: vende y compra: grita y le gritan: manotea, como gañán que riñe: va de este lado y aquel, empujado por salvaje ola humana: con carcelarios himnos corean los negociantes frenéticos las grandes noticias de alza y baja; como traviesos gorrioncillos cuando comienza a caer la lluvia, agrúpanse en los corredores y dan voces cuando arrecian el ruido los niños recaderos, pobres pájaros de nido podrido. Y en una vuelta de aquella Bolsa elíptica, acaso queda en miseria, porque el río Denver baja y el Pacífico del Norte sube, el galán de rapada cabeza y atildado mostacho que poco antes movía apetitos de bellas cazadoras y lucía hinchadas riquezas en la ciudad de los palacios a orillas de la mar que nutre y embalsama.

Y así se mezclan aquí,—porque no sin intención las pongo juntas, para que como son se vean—las primerías feroces de la vida virgen, las parodias pueriles de la vida monárquica, las convulsiones aceleradas de la vida moderna. Así corren mezclados estos meses: con botas de exploradores de las selvas llaman todavía a las puertas de estos veloces edificios —que por lo frágiles y mudables, parecen espuma parda o encarnada;— los esposos membrudos de las desentendidas hermosuras que en salones colgados de tapices de Aubusson y de Persia reclinan, a la lumbre misteriosa de vénetas lámparas, en cojines de raros relieves sus espaldas sedosas.

¡Oh, sagrado verano, estación de poetas y de héroes, de amores que fecundan, viajes que fortifican, canciones que aletean, cielo que protege, estrellas que hablan! ¡Oh, estación de desborde y alegría, que echa de la ciudad, como de cárcel, y llena de buscadores de placer los vapores de ríos y ferrocarriles, las claras playas, bordadas de hoteles, los afamados manantiales entre montañosos edificios sofocados, y los discretos retiros, abiertos en lejanas y fragantes selvas! ¡Oh, verano, día del sol, padre de

emociones, de movimientos y de ideas! Como se dan a la libertad los pueblos oprimidos, así a la luz los pueblos invernosos. Verano no es el de New York: es fiebre. Tras él, no hay bolsa llena, ni corazón sin rocío, ni cuerpo sin apetito de reposo. Vanse las gentes por campos y por ríos sorbiendo aire, como quien sorbe vida: todo es pareja, aurora y amorío. Aún la noche es alba. Los hoteles, campamento; las playas, hervideros; los ferrocarriles, boas repletos, jamás desocupados; no cierra la ciudad de día ni de noche sus fauces de muelles.

Coney Island, vertedero veraniego de New York, isla de baños no es, ni sus hoteles lo son, que aquellos baños parecen ejércitos moisiacos o faraónicos; y los hoteles aquellos, palacios asirios; y aquellas cocinas, estómago de monstruo; y la isla entera con sus tres pueblos vecinos, gigantesca copa de champagne, en cuya hirviente espuma descuaja el sol alegre sus múltiples colores. ¡Ay! allá en la ciudad, en los barrios infectos, de donde se ven salir por sobre los techos de las casas, como harapientas banderas de tremendo ejército en camino, mugrientas manos descarnadas; allá en las calles húmedas donde hombres y mujeres se amasan y revuelven, sin aire y sin espacio, así como bajo la superficie de las raíces se desenvuelven pesadamente los gusanos torpes y deformes en que se va trocando la vida vegetal; allá en los edificios tortuosos y lóbregos donde la gente de hez o de penuria vive en hediondas celdas, cargadas de aire pardo y pantanoso; allí, como los maizales jóvenes al paso de la langosta, mueren los niños pobres en centenas al paso del verano. Como los ogros a los niños de los cuentos, así el *cholera infantum* les chupa la vida: una boa no los dejará como el verano de New York deja a los niños pobres, como roídos, como mondados, como vaciados y enjutos. Sus ojitos parecen cavernas; sus cráneos, cabezas calvas de hombres viejos; sus manos, manojos de yerbas secas. Se arrastran como los gusanos: se exhalan en quejidos. ¡Yo digo que este es un crimen público, y que el deber de remediar la miseria innecesaria es un deber del estado! A veces, una barca compasiva lleva a una playa vecina a buscar aires, a costa de algunas buenas gentes, a un centenar de madres: ¡oh pobres niños! parecen lirios rotos, sacados del cieno. Las casas, son caras; las madres, ineducadas; los padres, dados a ver boxear y a beber; las industrias, pocas para los industriales; las fábricas, que padecen de plétora de productos, no han menester de nuevos fabricadores; la tarifa prohibitiva, que produce salarios ficticios altos, carga de tal modo las materias primas que, provisto el consumo doméstico, las manufacturas no pueden salir a batallar en otras tierras con los productos más baratos rivales. Y así de sus propios errores, y de la dureza e indiferencia de los acomodados, se aíslan, aíran, disgustan y envilecen los pobres; y de padres sombríos, y de aire fétido, se mueren los niños.

Coney Island, en verano, es como una almohada de flores en que reclina la ciudad a cada tarde su cabeza encendida, donde golpea el cerebro hinchado. De los libros de comercio se va a los muelles, que llevan a Coney Island. Minutos tiene cada hora no más que vapores. ¡Qué gozo de los ojos, el de ir encontrando por el río, como sus nobles

dioses seculares, majestuosos vapores blancos; el de no ver en el doble animado camino de agua y tierra, ni playa desaseada, ni mugrientas aldeas, ni abandonados y sombríos caminos! ¡Qué fortaleza y dignidad ponen en el carácter, el río ancho, el cielo vasto, el campo cultivado, el ferrocarril alado, las ciudades limpias! ¡Qué saludable comercio, luego de los menudos y dolorosos de la vida diaria, el del hombre y la naturaleza! En Coney Island se vacía New York: de día, es inmensa feria; de noche, tal parece que se dieron cita todas las estrellas en un lugar del cielo, y desgajadas cayeron de súbito en tres cestos gigantes de luces sobre la isla. Hoffman alegre! De un pueblecillo a otro, ferrocarriles; a la margen del mar, ancha calzada; por sobre los bordes de las olas, otra vía férrea; en columnas de hierro por el aire, otra. Frente a cada hotel, cobijada por grandísima concha, ora suena a *Lohengrin*, ora remeda llanto de chicuelos o cacarear de gallinas, con gran aplauso de la gente burda, una ruidosa orquesta: con cañones a veces se acompañan, y otras, con yunques.—¡No me parece mal esta última música! Y cada pueblecillo de los tres de la isla, que lo es de hoteles y de gente que pasa, vocea, atrae, salpica, aturde, desperdicia colores, se disloca. En torres azules, banderas alegres; por sobre las húmedas blancas arenas, clamoreando de júbilo, recogidos los trajes alados, buscan las olas y las huyen, millaradas de niños, con los pies desnudos: bajo un paraguas rojo hacen recodo, como si a sí propios no se vieran, dos amantes joviales; de cómicos bañistas ríen en la repleta baranda, los espectadores perezosos.

Esta máquina es de hacer seda; ved el hilo, ved la trama, ved el coloreo, ved el estampado, ved ya el pañuelo, que a nuestros ojos hacen, y os dan por unos reales. Este que da voces y alza manos, llama a los que pasan a que vean cómo tiene anillos de plata en los dedos de los breves pies, y de rico y no desairado labor de filigrana de oro cubiertas las orejas, una linda manceba de Madrás, de negra tez, contorneadas formas, joyante y lacia cabellera, y tierna mirada. En aquel chiribitil pintado, saca una flaca moza de una maquinilla,—¡oh mala caricatura de la gitana gente!—un sobre en que un hada de electroplata, que corona la máquina, dice a sus tributarios la buenaventura. Unos se pesan; otros, del velocípedo se caen; otros, en el rifle se ensayan; aquellos, hombres y mujeres, van como mordidos de sed y de hambre a hacer apuestas en las carreras de caballos; a este paso y al otro, fuentes de soda aromosa, de pesada cerveza, de champaña de burlas; de sidra sana y leal, que allí se ve como la enjugan de las manzanas encarnadas, fuentes de leche, que de grandes vacas de cuero, como Baco coronadas de pámpanos, sacan, oprimiendo blandamente los resortes de la mecánica ubre, ágiles mujeres, pulcras y graves.

Por ahí van niños, y gente niña, a ver cómo con todo su gentío y colores se refleja la isla en la cámara oscura; allá suben, a cien varas de la tierra, en un elevado, que lleva al tope de colosal armazón de hierro a los que, en tal sobra de vida, hallan la tierra escasa: por aquel muelle, que como lengua, que tendiera a hacer calzada traidora de insectos, monstruoso hormiguero, echa la isla en calles de doscientos metros por sobre el mar,

gentes que corren; beben refrescos, aplauden títeres, ríen, vitorean, serpean: acá se cuelgan de un grifo de madera, cabalgan en un gallo, se sientan entre las dos gibas de un dromedario, se montan sobre la cola de un pez, a que les den vuelta en son de música, el mocerío y la gente de servir, que lleva allí parvadas de niñuelos.

Todo es carro que anda, cinta que revolotea, cristal que chispea, ruido de mar humano, gruesa alegría física.

Y allí, al fin, tras aquellos vallados de madera, ante diez mil novelescas gentes, hombres del Oeste de larga melena, mano implacable, fieltro gallardo, y cuerpo nervioso, fingen entre volcánicos hurras, con su cohorte de indios y vaqueros, que de las selvas se han traído aquellas románticas y terribles hazañas de los que al testuz de los búfalos, y al enconado diente de los indios, arrebatan las comarcas vírgenes.

¡Allá se van, los que cazan el ciervo! Este ahora viene, disparando a todo correr de su caballo, sobre una cincuentena de palomas volantes que va matando a bala. Acá se acercan los indios cantando su lastimera selvática canturria, al lento paso de sus potros de guerra, y de súbito, como de invisible muro despedido tropel de partesanas, dando gritos que vibran en el aire como espadas carniceras, desbándanse en escape desatado, tendidos sobre el cuello de sus brutos; y acorralan contra un tronco solitario al hombre blanco moribundo que vacía en las emplumadas cabezas y en los pechos amarillos sus pistolas. ¡Presto! ¡presto! que arremeten a redimir a su compañero sorprendido, los exploradores bravos, y los indios culebrean por entre los vengadores; y se les escapan de los brazos y se asen por los talones de los costados de sus animales; huyen por entre el negro humo y denso tiroteo, encogidos debajo de los vientres de sus alígeros caballos. ¡Hurra! ¡hurra! que ya indios y exploradores y vaqueros, en paz y brazo a brazo, lacean de pies y manos y cabeza al padre búfalo furente, que a modo de recia maza golpea con sus impotentes belfos la tierra, en tanto que las músicas suenan, los caballeros de la larga melena sacuden al aire sano del mar sus hermosos sombreros, venden los mansos indios, por entre la concurrencia, sus retratos, ¡y jadea y rechina a las puertas del hipódromo, elevando por sobre los hombres, como un saludo, su penacho de humo la bufante y lucífera locomotora!

¡Oh! verano clemente, padre de gozos y de pensamientos, que pones manto de oro y corona de astros al espíritu!—Porque con él no vienen solamente estos reboses de júbilo, y desperezos y alborotos del cuerpo en el invierno entumecido, y frivoleos y son de amores de la acre y solitaria vejez de la ciudad, y de la adocenada muchedumbre. Con el verano, que aligera la mente, invita a mudar de casa y echarse a los caminos, y lleva al alma el sol, surgen las convenciones de filósofos y reverendos, los congresos a la sombra de los árboles, las juntas en aldehuelas pintorescas de asociaciones científicas y morales, las asambleas acá ordenadas y prudentes de los trabajadores vigilantes y desocupados, y esos populosos campamentos de oración, en que sesenta mil seres humanos doblan a veces, como los galos de Velleda ante los dólmenes, en medio de la selva cargada de

cánticos, las pecadoras y trémulas rodillas.

Cada secta, cada iglesia, cada escuela tiene su feria religiosa, su jubileo sagrado, su junta de campo, su *camp-meeting*. Cobíjanse los unos, de iglesias pobres o de modestos pueblos, bajo los ramajes de los árboles o improvisadas tiendas, y día y noche imploran con penosos ejercicios el descenso del óleo de la gracia sobre sus villanísimas cabezas, que abaten humillados sobre la tierra, a la manera de aquellos hindúes buenos que ponían a que pasase por sobre ellos el elefante sacro, sus sumisos lomos. Y gimen, y dan voces tristísimas, y se acarician unos a otros, y gritan con el rostro bañado de copiosas lágrimas: ¡Aleluya! ¡Aleluya!

En otro campo riñen, colgadas de las ramas las levitas, y enrolladas al codo las mangas estorbosas, los partidarios enconados de dos rivales reverendos; bien como aquellos partidos de parroquia que en día de Viernes Santo la daban por pasar a igual momento el Señor muerto por la misma calle. Y otro es campo famoso, a cuyo amor han surgido al borde de la mar pueblos muy bellos, donde ya en tiendas alhajadas con singular riqueza, ya en cómodos hoteles, dirigidos por los administradores de la fiesta, reúnense a respirar brisas de costa, oír cantantes y músicos de gala, y comentar la llana y cómoda sabiduría de los ancianos santones protestantes,—las damas y caballeros ricos en fe y bolsa, a cuyos hábitos pacíficos, o moderada fortuna no convienen los palaciales y temidos pueblos que albergan a los actores de la moda los veranos:—certámenes vulgares de riqueza, donde no halla pan la mente ni regalo los ojos, ni gusto el alto espíritu. Son caballos humanos, y gana entre ellos la carrera el que puede colgarse a la cerviz mayor peso de oro. Nervudas y antipáticas como Atalanta parecen en esas contiendas ansiosas, las más arrogantes doncellas:—tal parecen envolturas rosadas de piel, que encubren esculturas de granito.

Pero no lejos de ellos ¡oh pasmo y consuelo! Frente a la Convención de la Fe, con sus cohortes de cojos que andan, y ciegos que ven, y mancos que ya usan sus dos manos, y ricas personas que a decenas de miles dan los pesos para que la convención enseñe en holgado colegio el poder material, influjo milagroso, y acción terapéutica de la fe; frente a la mágica tienda donde entre lonas cerradas, con un ligero unto de cierto divino óleo, pone un doctor, que ya ha sembrado escuelas y misiones, en juicio a los dementes, en patéticos discursos a los mudos, y a damas paralíticas en alas; frente a la campiña dócil donde la sorprendida muchedumbre recibe en un día los testimonios de unos tres centenares de pacientes que con venir a aquel congreso de curar, sintieron que las carnes les nacían en el montón del brazo o pierna rebanados,—levántase risueña y opulenta, con sus dos millares de miembros y cabezas notables, con su red de asociaciones y ramales que por todos los estados adelanta y se extiende, con sus severos y sencillos estandartes donde, a guisa de mote de pelea, van bordadas frases de liberaciones pronunciadas por los mejores amigos de los hombres, la asamblea de los que no tienen por cierto ni por bueno que el cerebro humano, como el testuz del buey, tome su molde en yugos; los que oyen

dentro de sí, en permanente pregunta y arrebato, voces de rey y mandamientos imperiales; los que no saben de recortar alas, sino de desplegarlas: la Convención de los Librepensadores.

La ciudad toda de Rochester envió a la sala del congreso sus más lujosos jarrones de flores. Con sus listas azules, que parecen lenguas alegres que cantan a todos los vientos las maravillas de la libertad, engalanaban la plataforma los pabellones nacionales. En retratos presiden, Washington, que fue tan grande que no se ha apreciado aún bien, ni por sus más ardientes hijos, la heroica serenidad y trascendencia secular de su grandeza; Robert Ingersoll, Voltaire de América, como adversarios y amigos lo apellidan, orador pujante que quiere hombres libres, y donde ve cuello de clérigo, dice que ve yugo, y pone en filo la erudita lengua, y la deja caer como hacha; y Thomas Paine que lloraba de ver siervos a los hombres. ¡Ay de esas almas, que parecen mantos que quisieran cobijar y calentar en sí toda la tierra!

En luminosas letras centellean sobre estos retratos de patriarcas, frases suyas famosas. ¡Tales cosas se dicen, que con no ser más que palabras, parecen cimientos de mundo! «Tierra mía es el mundo, y el bien mi religión», dijo Thomas Paine. «El Gobierno de los Estados Unidos no está, en ningún sentido, fundado en la Religión Cristiana», dijo Washington. Y Robert Ingersoll ha dicho esto, que brilla sobre su rostro benévolo y abierto: «Rebeldía a credos religiosos es libertad, y toda religión, esclavitud». Y al leer una admirable frase suya, parece como que se ve surgir de entre las paredes, canosa y olímpica, la tranquila cabeza de Jefferson, y que su pueblo le besa la mano como a su verdadero padre: «He jurado eterna hostilidad a toda forma de esclavitud mental, y a toda forma de opresión sobre la mente humana», dijo Jefferson. Pues esos prosélitos inseguros y desalentados de una religión, sobrado verdadera para que se reduzca a templo y forma, sobrado natural para que quepa en recinto menos vasto y variado que la misma naturaleza, esos son nuestros sacerdotes.

Y ese que ocupa ahora la tribuna, oído atentamente por la concurrencia numerosa, ¿quién es que así le baten palmas, como si fuera amigo predilecto de la casa? ¿Leñador es acaso de mano segura que corta ramas secas de ideas viejas? ¿Es Ingersoll mismo, que al defender a un director de correos acusado de gruesas estafas, saltaba ayer a un escenario de teatro a malferir y aventar en trizas las milagrerías y servidumbres que traen aún atados a los hombres? Ruin será el hombre, y pobre en actos, mientras no se sienta creador de sí y responsable de sí, y providencia de sí mismo. Fomenta la cobardía, laxa el carácter, impide el desenvolvimiento natural del espíritu humano la idea de una aciaga Providencia cooperadora. ¿Es el juez Courtlandt Palmer el que habla, a quien aíran y enrojecen las palabras y métodos de iglesia?—El que habla es un clérigo, que en medio de los librepensadores, que lo atacan y aplauden, riñe en lid oratoria con un recio abogado del librepensamiento, que nadie a la libertad tiene derecho, cuando no hace hábito y gala de respetar la libertad ajena.

Enciclopedia hablada fue la convención. Había entusiastas de decir extremo, vanguardia que ha de ser vigilada y tenerse siempre a la mano, mas hace gran falta, a la marcha de todo ejército de ideas. Los exagerados son los zapadores, luego, a la hora de dar leyes, ni los zapadores tienen que zapar, ni a los exagerados toca la obra. Aunque ha de tenérsele siempre en pie, porque así empujan a los perezosos, y sacan el antifaz a los hipócritas, y aterran a los débiles, y vienen a ser como los policías de legislación. No son un grupo artístico, ni parecen necesarios a los hombres justos, pero son una inevitable fuerza lógica. De entusiastas estuvo llena la convención: pero por entre ellos pasaba respetado y cambiando saludos, rota en la mano la vara milagrosa de Moisés, el clérigo a quien brindaban su tribuna los hijos de Jefferson.

Doctores, jueces, comerciantes, damas, todos abogan en fervientes y macizos discursos por el pleno ejercicio y desembarazado movimiento de la mente del hombre. No quieren que se transija, sino que se cercene. A la cortesía en filosofía, llaman traición. Delito grave llaman a permitir la propaganda del error. Harto trae el hombre en sí propio de corruptor y rebajante, para que se abra el paso hasta sus oídos, a errores que vician la naturaleza humana.

El mal es accidental: solo el bien es eterno. Contra el dogma del mal eterno, el dogma nuevo del eterno trabajo por el bien. Confiar en lo que no se conoce no mejora mundos, sino trabajar en ello. A los *camp-meetings* epilépticos, las convenciones del librepensamiento tolerantes e investigadoras. En vez del recodo en mal hora florecido, donde, profanando la majestad de los árboles y el calor amoroso de la luz, pelean por el mando de la comunidad dos sacerdotes membrudos, a puntapiés y puñadas,—la tribuna serena y cobijada de la convención del librepensamiento, donde un clérigo católico discute en paz solemne y respetuosa con sus jurados adversarios.

Habla un hombre:—«Dad tiempo a la naturaleza—dice—y ella arrojará de la faz de la tierra, como arrojé yo mi levita de cura, toda enfermedad y mala semilla».

«Saludemos a Foote y a Ramsey, de Inglaterra; a Kropotkine, de Francia; a Haywood, de América», dice otro, con palabras de alabanza, a la convención que los saluda.

«No levantéis edificios de caridad para mujeres y hombres caídos—dice magníficamente en la tribuna una discreta señora:—levantad en vez de eso a los hombres de manera que no caigan:—que yo os digo que el hombre ya viene: esta es la época de advenimiento del hombre». ¡Ya alumbra lo que puede oponerse a lo que se apaga!

«¿Cómo he de venir de lo infinito—dice en su discurso otra dama incrédula—yo, que soy finita? Pues el Dr. Harvey, que sabía 100 años ha, de la circulación de la sangre, era más sabio que el Jehová de la *Biblia*, que nunca supo de ella» Y esta dama desfigura con ideas las hermosuras de la mente libre. La verdad quiere arte. Solo triunfa lo bello.

«Y oíd, pueblos y hombres de Norteamérica, lo que, como tarea práctica de este año y párrafo de sus Evangelios, quiere esta convención de razonadores: oíd,—dice, al cerrar en fiesta fervorosa y solemne los debates que del sol a la madrugada tuvieron en pie a la

convención,—oíd los delitos públicos, las faltas de alevosía humana, las vendas y ataduras que condenamos y extinguiremos. Que por toda la tierra habitable, la mente sea libre. Que los gobiernos de los pueblos, que son de credo vario, no traicionen a varias porciones de su pueblo, favoreciendo un solo credo. Que toda iglesia o propiedad de iglesia pague el tributo público. Que no haya capellanes de una secta en el Congreso, en que se sientan por igual hombres de todas: ni capellanes en las Legislaturas de los estados, como hay ahora: ni en la armada; ni en la milicia; ni en ningún otro asilo e instituto sostenido con dineros del público, que comulga en diversas capillas, o en ninguna. Que en las escuelas se prohíba ni como libro de un culto que no hay derecho de imponer traidoramente a inteligencias indefensas, ni como libro de texto, rudimentario y erróneo, el uso de la *Biblia*. Que cese de ser facultad del Presidente de la República el señalamiento de fiestas religiosas. Que en los tribunales y oficinas, se afirme decir verdad, y no se jure. Que no quede en pie ley que hurta a los hombres, el libre uso de un día de la semana, por darlo a un culto en que los compelidos ya no creen. Que a la moral convencional suceda la moral natural; al gobierno dogmático, el gobierno secular; al espíritu místico en el gobierno, un nuevo espíritu, sereno y amplio, que por sobre las religiones que batallan y jadean, se cierna como el alción sobre los mares.»

Y nosotros agregamos que besando en la frente a Cristo muerto en la cruz por la redención de todos, hagan de sus maderos instrumentos del trabajo humano!

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 21 de octubre de 1883.
[Fotocopia en CEM]

CARTAS DE MARTÍ
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Ferrocarriles.—Exposiciones.—Centenarios.—Louisville: su exposición: el Sur y el Norte.—El ferrocarril nuevo: el Este y el Oeste.—Los pensadores sacerdotales.—Gozo de alemanes: los buenos alemanes del *Concordia*.—Philadelphia añeja.—Cuadro de otros tiempos.—Bodas de oro de un periódico.—New York ha cincuenta años.—Charles A. Dana.—Un diario vivo.—Telegrafistas.—Boston.

Nueva York, 15 de setiembre de 1883.

Señor Director de *La Nación*:

Se abren ferrocarriles, exposiciones, selvas. Bajo pabellones colgados de seda y oro,

reúnense en medio de los bosques, a ver clavar en tierra el último riel de una vía nueva, prohombres del Este y del Oeste; y de América y Europa. Los ejércitos, enemigos de la guerra confederada se devuelven sus trofeos de guerra y donde batallaron se abrazan, y se sientan a gustar de su merienda alegre, a la sombra de las máquinas de la Exposición de Louisville, que junta al Sur y al Norte.

Es época de juntas: y si el cable no hubiera ya enseñado el modo de salvar los mares, hubiera ocurrido ya a los hombres el modo de cegarlos.—No se quieren vallas: se quiere ir derechamente al cielo sin pasar por el sacerdote: derechamente a la justicia, sin pasar por el monarca: derechamente a la paz, por sobre la tierra limpia y libre!

¿Quién que recuerda a Louisville, ciudad en otros días armada en guerra, que no tuvo hijo sin herida, ni casa sin luto, ni día sin gloria, y echaba hordas sobre los del Norte como se echaban los castellanos del de Alba sobre los flamencos; quién los conoce ahora, labrando con sus manos la cama rica de bronce tallado donde ha de dormir el Presidente Arthur que viene a abrir la Exposición?

Ya no cuelgan cortinas de duelo, sino de alegría. El pabellón odiado se lo envuelven al cuerpo. Aún cazan a los negros por los bosques, mas no con el aplauso de los cultos. A siglos enteros de señores de hombres y completa molicie, a tamaña gangrena venía tan tremendo cauterio, tan admirable guerra. Ya se entienden y aman el orleanés de negros ojos y el neoyorquino de ojos indecisos: no tienen color fijo en los ojos, como no tienen raza única en las venas: se pintan en sus miradas todos los matices, como en su ciudad todas las razas.

Louisville se alza a igual distancia de Nueva Orleans, gran señora en penurias, y como reina caída, y New York, Pomona de ciudades que ofrece a los hombres su seno próvido y robusto, y ríe con los labios rojos y calientes de la mocedad saludable. A Louisville han enviado con prisa y regocijo, para que se enlazasen y fecundase, sus máquinas el Norte, de abrir la tierra, sembrar y coger el grano, desgranar, hilar y tejer, y sus frutos el Sur, frutos lujosos, que como mancebo en años sin esposa, andan sin las máquinas abandonados y enfermizos. A Louisville han ido los del Sur en busca de caudales, que les permitan traer gente de Europa que les pueblen sus comarcas desoladas, y les avigoren sus árboles marchitos y los del Norte a ver si ya habrá amparo para emplear en la tierra rebelde las máquinas y dineros que dan de sobra las comarcas norteñas.

Era gozo ver cómo llamaban a las puertas del hijo de Lincoln los fieros enemigos de su padre: y mirándolos lloraban como si viesen y recobrasen a hijo suyo: oh, espíritu de pueblo, que acerca al fin y junta los bordes de todas las domésticas heridas! Oh, orgullo nacional sagrado, que de los colores mismos de las guerras civiles acaba por hacer nuevo color glorioso para la común bandera.

De cabezas, y no de piedras, era el día de la apertura de la Exposición el pavimento de las calles: cuadro de Fortuny, rico en vivaces y desnudos colores, parecía, toda vestida de banderas la ciudad moza; millas corrían los hurras, de boca en boca. Sheridan iba a pie y

sin armas entre aquellos por cuyas filas cayó un día, caballero en fantástico bruto con múltiples ojos y espadas. Bucéfalo tuvo Alejandro; y su caballo blanco Sheridan; su caballo, que fue como su teniente en las batallas. Un caballo es acaso un hombre preso. Y mientras que la muchedumbre vitorea, y los acaudalados del Norte se entran por las Salas de la Exhibición a ver de cerca las riquezas agrícolas, tan suntuosas como burdas, que el Sur produce, y el Presidente Arthur pone en movimiento la ruidosa y varia maquinaria que con amor de hijo que entra por casa rica recordando a su madre pobre, miran los meridionales agitados, pensando en sus solitarias tierras; mientras que parece a los juegos del aire que sobre mil torrecillas la halaga y ondea, que de más estrellas se puebla la linda bandera americana, los graves hombres de rostro lampiño, o barba en halo, sano color, poblado y cano cabello, sacerdotal continente y holgado vestido de grueso paño patrio; los poderosos y callados directores cuya mente nutrida e ingenua apunta en sigilo y con dedos de hierro, a los ambiciosos y activos los caminos por donde debe entrar la Nación; los Evarts, los Tilden, los Hewitt, los Holman, los patriarcas sobrios de la majestuosa y vidente política que ha asegurado las libertades de manera que los odios todos, y envidias, y arterías y marejadas de ira que de toda la tierra les vienen, en vez de echarlas abajo a cada choque, se quiebran a sus faldas mansamente, y se esparcen de uno a otro lado a regar tierras, cantando himnos; los miembros venerables de ese Senado de la razón que es como junta de padres de los pueblos, que sin cesar vigilan y en silencio repletan la bolsa de los ingratos o ligeros hijos que suelen olvidarlos;—los previsores y fundadores, en suma, que son aquí hombres ancianos y modestos que parece que dan de sí por donde pasan fuerza y luz,—ven con gozo que en una Exposición de avance y fruto se dan mano de amigos los intereses—que son como notarios de la paz del Sur y el Norte;—y en un ferrocarril nuevo se juntan aquel lado del Pacífico de América que mira de cerca, con ojos penetrantes e impacientes, a Asia, y este lado del Atlántico, que ya comienza a corromper la vecindad de Europa. No es necesario, no, aguardar a siglos para certificar que en este suelo que pisamos comulgarán los hombres por primera vez en altares que no vio jamás la tiara. ¡Oh, qué mundo el que se entra por tal pórtico!

En medio de los bosques, al son de grandes músicas, bajaban pocos días hace del tren de resplandeciente locomotora, que parecía en la soledad hada de casa, y joven reina—hombres graves de Inglaterra y Alemania, ricos sanos y gigantescos del Oeste, ricos pálidos y nerviosos de estas costas febriles y bursátiles.

Como a manos de padre miro siempre esas manos de los honrados labradores de su fortuna, monstruosas y rojas: hijo quisiera ser de esos nobles de la naturaleza que la ostentan, para besárselas. Y huyo como de sombra de buitre u ojos de lechuza, de esas manos agudas y garduñosas de los que se bañan en rincones de Lonjas o en sextos de acciones en venta, preñadas de angustia y manchadas de sangre, una riqueza malsana e hidrópica; más que bursócratas, fisiócratas.

De toda Europa han venido dignatarios a inaugurar con solemnidad no acostumbrada,

el ferrocarril nuevo que anuncia que pronto han de poblar sus bordes hoy selvosos, y ya de pueblos de gente europea esmaltados, no menos de nueve millones de hombres.

El genio toma ya otras formas; y no se hace anacoreta, ni religionista, ni quejador de rimas: el genio se generaliza, divide y reparte.

No reza, trabaja. No hila palabras, sino ferrocarriles. No es elocuente, es activo. No se concentra en un hombre: se esparce por entre todos los hombres.

A diversa época, diverso genio. Antes caudillos, soldados, clérigos y trovadores. Ahora, directores de ferrocarriles, mecánicos saludables y bien vestidos, compiladores de leyes de la naturaleza, periodistas impacientes y sensatos parlamentarios. Antes, de las húmedas y descascaradas casas de Ravena señalaban los niños descalzos y las ancianas harapientas al magnífico Dante: ahora; al son de mil pájaros alegres que se posan curiosos en el lomo bruñido de la máquina de vapor, destocadas las nobles cabezas, de pie a los bordes del camino nuevo, tajado como con titánicas hachas en los hijares y entrañas de la cordillera Rocallosa, se saludan conmovidos y callados, como quien se lleva a los labios hostia invisible, austríacos y franceses, californianos y neoyorquinos, ministros de Inglaterra y sabios de Alemania. Y frente a una montaña, saluda a Europa, América.

Y resonaban por los pinares y robledos, las palmas que batían los congregados en honor del orador septuagenario que con puritánicas palabras, y como quien dibuja pueblos y consagra hombres, cantaba las alabanzas, narraba las luchas, otorgaba los premios, enumeraba las ventajas, ponía de relieve los resultados humanos, apilaba sencillamente las colosales cifras del nuevo camino: el arrugado, profético orador Evarts.

Y no era aquel de la inauguración día único de gala para estos alemanes. En Philadelphia era mayor el alborozo donde con raras fiestas celebraban el centenario segundo del día bueno en que a las puertas de aquellas cinco chozas de madera que a Philadelphia dieron cuna, dejó el buque *Concordia* a aquellos primeros treinta cuáqueros alemanes que de sus ciudades nativas logró arrebatar la coloreada y fervorosa palabra de Guillermo Penn, que nació con corona en la cabeza. Quien ha puesto la mano en las riendas de los hombres, sabe que pesan. El que congrega seres humanos, y los doma y alza ciudades, y muere en paz en ellas, es criatura suma, y rey legítimo, y a través de los siglos se lleva los ojos, para él llenos de veneración y de cariño. Estos tronos no caen. Esos hombres, magnificados y trovados y acrecidos con lo que con cada nueva mente pone de sí propia en la leyenda, tendrán luego, vistos por entre las brumas de los tiempos, tamaños heroicos y divinos.

Buenos eran aquellos alemanes del *Concordia* que pusieron en celos con su industria, y en miedos con su amor al libre juicio, a más de un cerrado y envidioso colono de la Neo Britania!

¡Buenos eran aquellos «fletes» y «medios fletes» como en lenguaje de mar llamaban por entonces a los pasajeros y a sus niños! Arminio venía con ellos, aquel glorioso e

indomable Arminio.

Ve siempre el alemán delante de sí, faldas de monte, envuelto en brumas que se alumbran y pierden en lo etéreo, y como que ve en la blanca sombra dos almas que caminan y le llaman. Ofréceles su propio pensamiento paseos interminables y revueltos, paisajes esbozados y confusos, donde flotan, como algas de la sombra, bordes de túnicas de ángeles; deleites y fruiciones paradisíacas. Lo acometen todo como quien siente que no vive definitivamente para la tierra; sienten aún sobre la frente, que todavía les duele del golpe, el aleteo del águila romana. Y aquellos alemanes del *Concordia* dijeron por primera vez en tierras de América Británica, que el hombre negro debía ser también libre.

Derribaron árboles; serráronles los troncos, hicieron asientos en sus raíces, apegáronse como a hijas suyas a las paredes de sus casas, juntaron pueblos, aclamaron bailío y burgomaestre, se unieron presto con ese amor a la tierra adoptiva y lealtad a sus leyes que es don de alemanes y de tarde, cuando a la mano y como amigos de la casa pacían los ternerillos y las vacas, juntábanse en los rústicos portales, en los albores del siglo dieciocho, a leer aquel periódico del mes que en espesas columnas, contaba en lengua madre las noticias curiosas del reino de la naturaleza y de la Iglesia.

Hoy millones de industriosos alemanes, industriosos, honrados y prósperos, se han puesto en pie y han vaciado sus cántaros de gala en honor de aquellos padres del *Concordia* y de esta tierra mágica y clemente, que llama a sí a los tristes y sin cansarse amasa panes para todos los que se proclaman sus hijos.

No parecieron siempre los abolicionistas gente cuerda. Todavía vive el primer dueño del *Sun*, diario famoso, y aún murmura de cierto compañero que cuando su hoja pequeñuela iba como en alas, le ponía, como polvo de oro en las de una mariposa, centelleantes párrafos abolicionistas en sus columnas. Sus bodas de oro con la fortuna celebra ahora el periódico; y el que se lo sacó de sus manos y de sus sesos, porque lo pensó, puso en letra, tiró en prensa de mano y lio y dio a vender por las calles, aún goza en vejez cómoda de los cuarenta millares de pesos en que a los pocos años de nacida vendió la hoja enana.

Pilluelo entre gentes mayores pareció el *Sun*, no más grande que un pliego de carta; cuando un pilluelo descalzo, que después fue comediante famoso, Barney Williams, lo vendía por un centavo a las puertas mismas de aquellos otros diarios monumentales que para saber de Europa enviaban ya en regata por el mar a aguardar a los buques sus barcos emisarios, y por expresos de a caballo recibían de manos del jinete sudoroso las nuevas de mensajes y debates. Flechas y no caballos parecían, tendidos por sobre los caminos, los expresos: por entre las orejas de la bestia noble, que, como llevaba ideas, iba con alas, asomaba la cabeza melenuda el rápido jinete; volaba el bravo bruto, vientre a tierra; y allá, en medio del valle, en el recodo del monte, en la hostería del camino, esperaba ya al expreso un caballo ensillado; ya lo sabe el jinete, que de las ancas de su cabalgadura resoplante desata y saca en alto la valija; y ya llega al costado del animal fresco, y con la

pierna izquierda se baja del cansado, y desestimando la derecha, salta, valija en manos, sobre el nuevo; y allá van, entre olas de polvos, allá van, camino del diario ansioso que los espera! Y se detenía a verlos pasar el buen cartero que cincuenta años hace repartía por Nueva York mañana y tarde el correo del Sur y del Oeste. Y William Cullen Bryant, el poeta, murmuraba sus rimas de son latino, muy celoso de que se dijeran cosas sesudas en su diario, mientras que el *Sun*, vivo y travieso, que salía lentamente a tres ejemplares por minuto de su máquina burda de madera, como que chispeaba con las novedades del día, y los chismes de los tribunales, y enseñaba a los personajes en boga los jóvenes dientes, crecía como al viento de tormenta las olas de la mar.

Meses no más tenía de vida, y ya pagaba por unos cuantos versos seiscientos pesos a un poeta y unos quinientos a un engañador famoso que escribió en serio un folleto de burlas en que contaba con gran menudez, que puso en cuidado y celo a los astrónomos, las maravillas que con cierto descomunal telescopio había visto desde el cabo de Buena Esperanza Herschell en la luna.

Y con este morder, inventar, llamar la atención, decir bien y de prisa, corretear por la ciudad, dar minuciosa historia de extravagancias y crímenes, enviar cronistas a escribir informes de todos los casos curiosos en los estados, y no dejar cosa sin cuento ni escándalo sin luz, vino subiendo, a ser sin duda, más que diario, poder y ministerio este que ahora dirige con culto y amplio espíritu y aristofánica gracia el batallador Carlos A. Dana, maestro de escuela un día, y comunista práctico otro, y ahijado luego del gran Greeley, y viajero después por toda Europa sin más pesos que unos cuantos seiscientos en la bolsa y ahora amigo de jóvenes, justiciero hasta parecer vengativo, candidato probable y meritorio a la presidencia de la República, y hombre sabio de letras y pinturas y floretista maravilloso de la lengua inglesa.

Un número del *Sun* vive y alegra. Cuanto pasa, tanto dice. No dice en dos palabras lo que puede decir en una. Sus editoriales, más que capadas de filo, son, por lo cortos, labrados y certeros puñales de misericordia. Unos tunden como maza; otros levantan como pavés; otros marcan como un hierro ardiente. Y acá, un estudio de un cometa. Y allá, una reseña del último libro. Y aquí, consideraciones de un invento, charla de las bolsas, mentidero de salas y pasillos, bocetos de personajes, nata y flor de discursos, entrevistas autorizadas con viajeros célebres, cuenta muy esmerada de las puñadas recias que se han dado tal Tom y tal Johnnie. Lo lee con gozo la gente plebeya, que le obedece y entiende. Lo lee con fruición la gente culta, que lo admira y prefiere. Todo el *Sun* es médula. Ganaría en caza de zorra el puesto primero, porque va siempre en línea derecha tras la zorra. Cuanto sobre la tierra tiene color, interés, gracia, trascendencia, carácter, vida, tanto en el *Sun* recoge Dana, ya el baile de un gitano malagueño, ya el modo melancólico y penoso con que un pueblo expira.

Espejo de la vida es un periódico. Y para que un periódico sea bueno, ha de ser limpio espejo de todas las fases de la vida. ¡Pues no suele el *Sun* mismo dar consejo sobre el

tiempo y la conveniencia de casarse, y la forma y color de las corbatas!

En una hoja, cuenta que ya han vuelto sumisos y vencidos los telegrafistas en huelga a la poderosa compañía que abandonaron, y les obliga ahora a firmar bochornoso documento en que abjuran de toda liga con la hermandad que promovió el desbande: cuenta que va a crearse con uno de los operarios telegrafistas a la cabeza, una empresa rival de telégrafos subterráneos, que montará a cinco millones, y cuyas acciones, de a veinticinco pesos para que pueda comprarlas gente pobre; han de ser manejadas de manera que no puedan venderse ni comprarse sino por su real precio. Cuenta que está sentado, a oír testimonios, el Comité de Educación y Trabajo del Senado, que ahora quiere saber de boca de banqueros y trabajadores, grumetes y capitanes, obreros y obrerillos, compañías y empleados, y gente de todo empleo, educación y oficio, cómo se piensa en la ciudad del actual malhadado consorcio entre trabajadores y caudales. Y un limpiabotas,—haya ruines que digan que esto no es hermoso!—se sienta a decir a los senadores su juicio sobre las leyes de la vida en la silla misma de que acaba de alzarse Jay Gould, pobre mozo otros días de pueblo y de hacienda, y hoy señor venerado de ferrocarriles y telégrafos, y de cincuentenas de millones.

A esta mesa del Comité nos hemos de sentar, y oír de cerca las voces de los vivos—que las llagas tienen voces, y armas cuando se enconan, y es bueno curarlas, y oírlas.

A esta mesa iremos, y a ver telas de oro de Siam, y rica casa de té del Japón, y lindos cuadros de Italia y estatuillas, y alfombras blandas turcas, en los salones, aún mal dispuestos y desiertos, en que no abandonada aún de las sombras solemnes de Longfellow y Emerson, recibe al mundo, en celebración del centenario del tratado de paz con Inglaterra, la arrogante y artística Boston, donde se pregunta, a cada hombre que llega: «Tú, qué sabes?»

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 28 de octubre de 1883.
[Fotocopia en CEM]

Del Viejo al Nuevo Mundo.
Escenas neoyorquinas

Los edificios son como las palabras de los pueblos, y sus símbolos. A través de las edades cuentan su espíritu y revelan su historia. Una piedra labrada es un libro: el lapidario le trasmite su alma. En la forma va la esencia. La arquitectura es el espíritu solidificado. Las edades de pelea alzaron castillos; las de sombra, conventos; esta nuestra, casas de inmigrantes. Porque los mares se secan, se amarran los continentes, aumentan los vapores su singladura, los hombres se abrazan. Las razas se niegan a enemistarse; y se está creando una que las encierra a todas, y borra sus linderos, y como ejército de soldados de coraza de luz, brilla: la raza de la libertad. Se abusa de esta palabra hermosa, que en su propio sentido resplandece. Las castas que oprimen, y vienen de la gente feudal, han heredado con el nombre y privilegio de sus mayores, sus ferocidades y odios; pero los hombres de abajo, que serán pronto, por ley de amor e inteligencia, los de arriba, del Ande al Cáucaso y del Caspio al río Amarillo, se dan de mano, y apretados pecho a pecho, andan. Es hermoso ver cómo la tierra les va abriendo camino. Dónde pararán, no se sabe: pero se han decidido a llegar a las puertas del cielo.

Pueblo hay todavía, clavado como un diente de león muerto en el costado de la América libre, que al viajero que viene navegando por su bahía azul, le sale al paso con un presidio. Guatemala, tierra encantadora, echa a saludar a los que entran por su Río Dulce un bosquecillo de palmeras, que de la margen se sale, y en el agua tranquila retratan sus copas, y tienden hacia el barco sus lozanas pencas, como brazos que llaman. La América entera va al encuentro de los que la visitan, con estas islas verdes, y cestos de flores, y copiosos frutales. Antes, por sobre el hondo foso que rodeaba la fortaleza, se alzaba como un escudo que cerrase el paso a la humanidad endeble, el puente levadizo: ahora, las casas de inmigrantes tienden sus muelles anchos sobre el mar domado, para que la humanidad pase. Así recibe New York al mundo viejo: con su ancha casa de inmigrantes.

Quien entra en ella y en su rotonda espaciosa y desnuda, a la raíz de cuyas paredes se arriman grupos tímidos de gente burda, imagina que anda en el interior de una vaina inmensa. Y está bien la comparación; porque a los pocos años ya aquellas manadas de gente tosca, se han pulido y bruñido, y como vuelto del revés, y sacado afuera lo mejor de adentro; y son tan diferentes de como llegaron, cual la cara brillante y visible de la vaina lo es de la cara interior, dura y grosera.

Llegan de Irlanda, con su chaquetón raído, por cada uno de cuyos remiendos y bolsillos asoma un chicuelo; y con sus botas de cuero arrugado, con pliegues que parecen de falda de monte.—De Alemania llegan, con su cachucha de casco redondo, su gabán de paño amarillento que semeja camisola; y en una mano la fe y en la otra la pipa, ambas

encendidas. De Suiza llegan más cultos, como que vienen de país libre, lo que quita a los hombres este tímido aire de rebaño: trae el suizo su traje de lana pobre, pero de hechura de ciudad, y en el bolsillo el reloj, aunque grueso y de plata, y en la cabeza el sombrero de fieltro.—De Italia vienen, humildes y hermosos, y parecen que traen entre ellos macetas de flores, que son, con sus vestidos pintorescos, sus mujeres e hijos. —Son cárceles del sol los italianos: en los ojos les arde la lava.—Y entre un griego, bello con la desdichada hermosura del pastor Alexis, y un noruego que ostenta sobre sus hombros macizos, su rostro sereno ceñido de gran barba roja, deslízase, flaco y mugriento, con sus altas botas y su dolman vuelto del revés, como para que no se le pierda lo único que le queda de la patria, un mísero húngaro.—¡Pues a los pocos años, todos esos fumadores de pipa y pobres remendados son dueños de casa, o de tierras, o de votos que los llevan a la Cámara de Representantes,—y dueños de sí, que es más que todo eso!

El judío se ha hecho mercader, y ha traído el beneficio de su inteligencia, y el de su hermosura: o es director de orquesta, o actor, o buen empleado de comercio. El noruego es capitán de barco. El irlandés, si astuto, politicastro o tendero; si duro de magín, como suele ser, más es una carga que un ornamento, y pasa la vida huyendo de la ciudad creciente que lo va sacando de todos sus rincones, con sus gansos y patos a rastras, y su casuca de madera a cuestas. El alemán todo lo vence y doma; y en todas partes como señor se sienta; y si ve que otros viven de elaborar tabacos, aprende a elaborarlos; y si dibuja, es el mejor dibujante; y si comercia, el comerciante más activo y sesudo.—Calladamente se viene encima la gente alemana, como si adelantase, rompiendo la sombra, formidable e invisible ariete: cuando se les viene a ver, ya están los alemanes sentados en sillón de dueño: son como los jesuitas del trabajo.—Señorío se ha vuelto a los pocos años toda aquella pobre muchedumbre; la cachucha redonda, sombrero de copa alta; el dolman, chaqué atildado; la del griego, varonil hermosura; el reloj de plata, macizo reloj de oro.—En esto se convierte, hervidas al calor de la libertad en esta magnífica redoma, todas esas sustancias humanas de extraña apariencia, que a barcadas vacían de sus vientres inmundos los portentosos vapores de Europa. ¡Recaderos imponentes, esos grandes vapores! La naturaleza por no perecer a su propio fuego, creó volcanes: los hombres han creado volcanes que andan:—como los globos, montes que vuelan.

Y a veces, vienen en esas revueltas barcas,—poesías vivas y como flores humanas,—niños de muy pocos años; sin padres vienen, con un letrero al cuello, para que las almas piadosas los encaminen a donde están sus padres.

Una vez es una niña que apenas tiene ocho años, y viene sola de Suiza, con su trajecito de montañesa, y su saquillo alpestre al costado. Llega como aterrada entre la muchedumbre de inmigrantes: ellos se extienden por la rotonda, como olas de mar turbio: y ella, con sus mejillitas encarnadas y húmedas de llanto, parece una hoja de rosa sobre las olas. Todos la cercan, y le preguntan quién es, y la pasean en brazos; y ella, por el

enorme peligro engrandecida, en una sonrisa se bebe las lágrimas, y a los ojos azules saca el alma tierna, y afecta bravura de mujer mayor, que no tiene miedo de seguir sola a Massillon de Ohio, donde su padre, que le mandó a una parienta el dinero del pasaje, ha sembrado trigo, y la espera. Y con su letrerito de cuero al cuello, y su saquillo lleno de dulces y presentes, María Woodti valerosa sigue camino de Massillon de Ohio. ¡Estos son ángeles, y el cielo está en la tierra, y ya hay altares nuevos!

Otra vez, son tres formales personas las que llegan. Las tres vienen de la mano, muy graves y serenas. Al jefe de la partida no le tiembla la voz cuando pregunta al Superintendente de Castle Garden dónde puede tomar el tren para ir al Oeste. Y al Superintendente, que es persona hecha a lances serios, se le anublan con llanto los ojos y se le ablanda conmovido el pecho, porque el caballero que viene solo de Inglaterra, y quiere tomar el tren con sus dos hermanitos, no ha cumplido nueve años. Ella es su hermanita Lucila, y el otro es su hermanito Hamilton, y él no tiene miedo de ir a Chicago, donde su padre, que es carpintero, vino a mejorar, lo cual ha debido ser, puesto que ya les mandó diez libras para el viaje. ¡Y allá va hasta Chicago el caballero, con Hamilton y Lucila de la mano!

El Triunfo, La Habana, 5 de septiembre de 1884
La Nación, Buenos Aires, 14 de octubre de 1884
[Fotocopia en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Grandes fiestas y grandes problemas.—De Washington, hace cien años, a Carlisle, Presidente de la Cámara Democrática.—Broadway en fiesta: el último centenario de la Guerra.—La estatua nueva de Washington.—Ben Butler, vencido.—Almas populares.—Querellas de otros tiempos y de estos.—Politicastros ruines.—Honrada elección del Presidente de la Cámara.—Los tres campeones: Cox, Randall y Carlisle.—Lo que significa cada uno.—Librecambismo, proteccionismo, y sistema preparatorio.—El gravísimo problema económico.—Sus causas, su alcance, su remedio, sus consecuencias, su aspecto.—El padre Jacinto en New York.—Un cardenal y un poeta inglés.—La Patti.

Nueva York, diciembre 21 de 1883.

Señor Director de *La Nación*:

Magnífica luna, de luz cara a los hombres, viaja por el cielo. Una luz blanca se esparce por la ciudad, se refleja en los techos, irradia desde el pavimento de las calles y se entra por el alma. Los trineos vocingleros colgados de cascabeles, y a la zaga de

alegres caballos, coronada la cabeza de plumero de colores, asoman y se escapan, fugaces como la belleza y la ventura. Se vive como en un astro. La miseria misma parece que se limpia y argenta. Nueva York festeja sus primeras nieves.

Quedan atrás los grandes días patrióticos, que han sido celebrados con júbilo y bravura, como para dar fe de nación grave y buena, que no se cansa de sus héroes.

En 25 de noviembre, cien años ha, los ingleses vencidos salieron al cabo, como de su último baluarte, de la codiciada Nueva York, y Washington y los suyos entraron en la ciudad, sin odio y sin rudeza, como sienta a los héroes, a sentarse en la silla de los dueños; lo cual quisieron los neoyorquinos en este veinticinco de noviembre memorar con festival suntuoso, fogatas y banderas, banquetes y discursos y procesión de armas. Contarlo, fuera tarea épica: millas de hombres; las paredes colgadas y los techos almacenados de niños y mujeres; de lo alto de Nueva York a lo alto de Brooklyn, bajo aguaceros tropicales, y el negro lodo a la rodilla, en masa compacta se apretaba cuanto la ciudad tiene de vivo, a ver pasar la colosal procesión de cinco horas, con sus gallardos coroneles de vanguardia; sus gobernadores y generales afamados, en coches de gala sus zuavos de mostacho gris, vitoreados como vitorea la muchedumbre siempre lo pintoresco y lo brillante, sus negros bulliciosos, que danzaban y cantaban como ebrios,—ebrios de verse libres; sus comparsas de tricornio y barba blanca, vestidos como en aquellos tiempos de *Whigs* y de *Tories* de lindas chupas azules y rosadas. Y los regimientos de voluntarios, que ondeaban a lo largo de Broadway como solemne río. Y los viejos bomberos, que era gente de pro y no mercenaria, que a la campana que anunciaba incendio salían con su sombrero de hule y su camisa roja, resplandeciente el rostro del gozo del sacrificio, a halar en loca carrera por las calles, uncidos como caballos a las cuerdas, las bombas burdas que eran de uso antaño.

¡Qué coros de gloria cuando pasan las banderas rotas, las banderas de la guerra de Lincoln, tardío y grandioso complemento de la guerra de Washington! Cuando pasan, en hombros de los abanderados transidos de la lluvia, los pabellones despedazados, los pilluelos que cabalgan en los postes de la luz eléctrica echan al aire, sin cuidar del agua recia, sus sombreros rotos; olean ambas aceras y se ensanchan, como si creciese el corazón de la multitud; y brillan más a través de las ventanas los ojos de las mujeres, nunca cansados del valor, del romance y de la gloria: urnas de vida.

Pero el que de toda la procesión distingue el vulgo; aquel a quien saludan las damas desde los balcones, y los hombres con altos hurras desde las aceras; el que con su negro sombrero de tres picos, remate de uniforme ricamente galoneado, no cesa de dar gracias a los vitoreadores a diestra y siniestra, no es neoyorquino, sino de Boston: es Ben Butler; Ben Butler vencido como todo el que osa decir la verdad a los hipócritas; amado, como al cabo lo es todo el que ama; adivinado por la masa pública, que siente que tiene en él como reflejo y campeón voltario y caprichoso como ella; como ella pujante y alma abierta. Quiso volver a ser gobernador de Massachusetts, donde ha probado que a ciencia

de los empleados del gobierno, vendíase para curtir y sacar al mercado en guantes y otros usos la piel de los pobres muertos en la casa de limosna del estado. Y como esa probó otras crudezas;—por lo que Massachusetts soberbio, que venía pasando plaza de comunidad inmaculada, dio la espalda a su abogado mejor en las elecciones de noviembre y eligió para su gobernador a un republicano. Lo que no abate a Ben Butler, que adiestra ahora sus huestes para reñir el año próximo,—ya que no por la candidatura presidencial que a haber sido reelecto hubiera acaso caído en él,—por un nuevo término del gobierno del estado. En verdad quien se siente con fuerzas para hacer bien a los hombres, no tiene derecho al descanso.—¡Butler curioso! En la guerra no intentó batalla que no perdiese: en política, de diez que reñía, nueve perdía: ya en el mando, lo sacan de él cuando hace ánimo de quedarse en él; lo cual dice que no usó malamente del gobierno —como tantos otros—para retenerlo:—y la muchedumbre lo aclama, a raíz de su última y estruendosa derrota; como a un triunfador. Es que por sobre tanto hombre vaciado en un mismo molde, el que sale del molde y se crea y crea, brilla como si tuviera luz de sol, y da calor y ciega. Gusta la naturaleza humana de quien deslumbra, produce y acomete; y ama a menudo más la sinrazón brillante y gloriosa que la sensatez moderada y apacible. Todo rebelde tiene un cómplice en cada hombre: y el que anuncia que quiere ser quien es, admira. Admira, en estos tiempos, venales como los antiguos, en que Esaú no ha acabado todavía de comer su plato de lentejas. *Pot-Bouille*, es un bravo libro, que enciende en ira y disgusta, pero enseña, y apenas hay hombre que no sea como aquel arquitecto de Pot-Bouille, que por tener buenos dineros con que pagarse gozos, finge que cree en camándulas de Iglesia, y ríe bajo el bigote bien peinado de los retallos de convento que fabrica. ¡Sea rendido tributo al que tiene el valor de ser quien es!

Como lo ha rendido ahora Nueva York a aquel héroe sereno, a cuyo nombre se inclina la cabeza, como si pasase criatura sobrenatural. Ese mismo día 25 de noviembre y en el lugar mismo donde se alzó en carne a jurar que serviría a la Unión Americana con amor y lealtad, se alza ahora en bronce, con luenga capa colgada a las espaldas, extendiendo la mano tranquila—como quien ampara y protege,—Washington, que cien años hace lloraba en días como estos, al estrechar la mano, en la fonda célebre—que aún dura—a sus generales y oficiales, que le respondían con mal ahogados sollozos.

En la escalinata de la casa del Tesoro, como para decir que los héroes, creadores de las naciones, importan más que la pecunia que luego las sustenta; y frente a la calle de negocios Wall Street, frente a la misma Bolsa, se levanta ahora, en buena pieza de arte, la efigie de aquel hombre perfecto, tallado en virtudes. Las gentes campesinas han venido a millares, más que a ver, a palpar la estatua.

Le tocaban las hebillas de los zapatos, la orla de la capa, se iban cargados de medallas con su efigie, de estampas con escenas de su vida, de grandes retratos. Leían en coro, no sin risa de mercaderes opulentos y de ricomaníacos corredores, copias curiosas de las gacetas breves de aquel tiempo; en que al paso de Washington, movido más de una vez a

dulces lágrimas, se alzaban arcos de que dejaban caer sobre sus sienes, como en Filadelfia, una corona de laurel; se cubrían de siemprevivas y de mirtos los puentes en que resplandeciente y tranquilo había librado antes batallas; y se vestían de sus mejores trajes las matronas y doncellas para ir a regar flores en el camino del jefe milagroso de la paz. Un ambicioso, es un criminal. Un caudillo desinteresado, es una gala de los hombres y huésped eterno de la patria.

Recias eran en aquellos días las querellas que venía a calmar Washington. Esos voceadores perniciosos, turbia espuma de todas las revoluciones, vencían y gobernaban, con el nombre de liberales avanzados. Otros, ocupados en fundar la libertad, olvidaban hablar de ella. Los realistas huían aterrados a las posesiones inglesas, o vivían amenazados y tímidos.

La liberalesca quería punto menos que el cercén de toda cabeza de realista. Y los liberales sinceros como que no necesitaban diplomas de bravura y de lealtad, defendían el derecho de los realistas a vivir en el suelo en que nacieron: perdonar es vencer. Y querían los unos, con gran escándalo de los más, que al Presidente se llamara Alteza.

Y eran pocos los bravos de la guerra que no anduvieron desluciendo sus hazañas con pretensiones de canonjías y emolumentos, como si hubiera paga digna del deber más que el gozo supremo de cumplirlo. Solo lo arraigado del hábito común de ejercitar la libertad individual, que ponía miedo a los que hubieran intentado sofocarla, salvó a este pueblo en su cuna de esas fieras querellas que mueven en los pueblos nacientes los odios triunfantes y los desordenados apetitos, que en igual grado tuvieron, y con furia semejante enseñaron estos hombres del hielo que los que de derecho somos ardientes y bravíos por tenerlo de la mayor savia de la tierra y la proximidad del Sol. Solo el ejercicio general del derecho libra a los pueblos del dominio de los ambiciosos.

Pues ahora mismo, el peligro mayor de esta gran tierra, no es el de una crisis económica, que de todas partes asoma, y hace este año moderada la alegría de *Christmas*: —es el del desdén de ejercitar el derecho de gobierno que a cada gobernador toca; es el del abandono voluntario de las riendas de sí en manos de los políticos de oficio, criminales repugnantes, que en las cosas públicas hacen a los hombres honrados el efecto que a los creyentes sinceros ha de hacer la presencia de un ladrón en los altares. ¡Abatírseles debiera como a perros rabiosos!—Inventan ofensas, para levantar odios; soplan las iras con aire envenenado para que arrollen los votos adversos; presentan a las muchedumbres incultas, no los peligros venideros y la necesidad de afrontarlos con medidas sabias que recorten para ahora los haberes, pero los aseguren para luego, sino los peligros accidentales, como la cesación de la labor de fábrica y la rebaja de salarios. Callan lo que saben; cansan para asegurar su bienestar de ociosos prohombres, el daño público; fingen cólera y pena que no sienten:—¡si de barro los hubieran hecho, mancharían menos de lo que ahora manchan! Y los rebaños, porque la mayoría de los hombres se mueve aún en manadas, van por donde los llevan los pastores. ¡Oh, Rabelais,

grandísimo maestro! Riéndose, con risa más sana y saludable que la de Voltaire, pondría yo su efigie culminante en cada plaza pública:—para que los hombres se avergonzasen de no serlo y despertasen a sí, con lo que empezarán a ser felices. El egoísmo aconseja la abnegación. Predíquese insaciablemente, y ayúdese, el afianzamiento de los caracteres. Créase en la perpetua vida, que a cada hombre asegura en estación futura el premio de los sacrificios que se impone en esta. Hágase preceder el dolor al placer, porque está en la naturaleza que vayan siempre equilibrados, y cuando con aquel no se merece este, este se paga luego con aquel. Empleen los mejores por la mente y por la ternura, aunque sea con daño propio y angustia, sus fuerzas todas en levantar a su nivel a la gente mínima, que no sabe y no ama. Y así, procurando la felicidad universal venidera, se asegura y avecina la felicidad propia.

Nótase ahora en los negocios públicos como miedo y espera. Las gentes cautas, que ven venir relativa pobreza y baratura acaudalan sus fondos, para emplearlos cuando los apuros que se prevén para el comercio obliguen a los que necesitan levantar dineros o deshacerse de su hacienda en mala venta. Queríase alejar del programa presidencial—que nada más que programa quiere decir en romance la voz inglesa *platform*—la cuestión de la tarifa. Y la cuestión de la tarifa se impone, y como un gigante entre liliputienses, llena todo el programa. Los demócratas tienen mayoría en la Cámara de Representantes, y en la primera y por cierto culta y leal batalla que libraron por tal o cual candidato para la presidencia de la casa, la querella no fue sobre quién defiende con más o menos brío la independencia de los estados dentro de la Unión, ni sobre quién anhela de más veras la reforma del servicio público; sino sobre quién veía con más prudencia y concreción en los problemas de la tarifa.

Tres prominentes demócratas aspiraban, con derecho al triunfo, a la presidencia. Y fue contienda hermosa, en que los contendientes, amigos buenos, se hacían visitas cordiales, y reñían a la luz del sol, no merodeando votos, ni cambiándolos por la propia independencia—sino convenciéndolos. Cox, que hace poco fue—como a colorear su viva fantasía—a Constantinopla, y habla a nuestra manera; imaginativa, adjetivosa, alada y abundante, parecía en sus cuartos de campaña, llenos de amigos menos numerosos que activos, caballero de Roma, a la hora de salir a tribunales, rodeado de su cohorte de clientes.

Randall, austero y agrio, más amigo de los que conservan que de los que impulsan, y tenido por los más como cabeza visible del partido, recontaba de antemano, seguro de su victoria, los votos de sus parciales. Carlisle, de frente alta, cuadrado en las sienes; de ceja montuosa, como de quien mira mucho, y sabe callar, y ha padecido; de boca fina como de orador discreto; de ropa y modos llanos, como sienta a hijo de casa humilde y recién hecha; Carlisle, en quien parece que se juntan las dotes dichosas de ir a la par zapando y construyendo, y no echa abajo piedra vieja, para reponer la cual no tenga piedra nueva a mano; Carlisle vencía. Cox es librecambista, y vencerá mañana. Randall, es

proteccionista, y venció ayer. Carlisle quiere que se vaya sin conmoción súbita, y de manera que las industrias artificiales del país puedan prepararse para resistir el tránsito del proteccionismo al libre cambio: sabe que los errores económicos crean un derecho relativo, tan respetable a los ojos de los hombres prudentes como el derecho absoluto. Derecho de accidente, que para que al absoluto no cierre el paso, ha de irse cercenando, convirtiendo, reponiendo, evaporando.

Asombra cómo no se esclarece en la suerte pública el grave peligro. Por fortuna no bien se anuncia, ya los inteligentes de la tierra, los verdaderos sacerdotes, los caudillos y padres verdaderos, ponen sus odios civiles en freno, como cetrero a sus perros en traílla, y hombro a hombro y en silencio, ven de hacer camino natural a la catástrofe. Los fabricantes nativos tenaces que aún ven dinero en el mercado, no quieren que entren sin derechos, o en condición de luchar con los nacionales, los artefactos extranjeros: y los trabajadores apurados, que creen que con la irrupción de productos baratos, de afuera, se quedarán sin labor que hacer en las fábricas nativas, o cobrarán menos salario por tener que venderse entonces todo lo nativo a menos precio, sin que por eso vean que bajan los costos de vida,—hacen con los fabricantes que los emplean y los azuzan las alas fuertes del ejército proteccionista. Pero la razón, y el miedo que también la sirve, llenan solos, con probabilidades de triunfo, el ala enemiga:—el vigor permanente viene del equilibrio justo. Al trabajo y a la inteligencia humana le están marcando límites de prosperidad precisos.

El que excede en riqueza, excederá en pobreza. Los países que crecen por merced de condiciones accidentales, y leyes antilógicas que las aprovechan—enflaquecen de súbito luego como los perros del loco de Cervantes.—En la armonía universal inmensa, el que acapara y abusa, depleta luego y no tiene qué usar. La esclavitud que enriqueció a los dueños, los ha ahogado luego en sangre o en vicios y mejor les fuera haberlo sido en sangre!—El proteccionismo, que hinchó con sobra inesperada de caudales las cajas del país, ha roto las arcas.

El caso es simple. Salta de suyo. La tarifa proteccionista subió de tal modo los derechos de introducción a los artefactos extranjeros, que cerró el mercado a todos los productos extranjeros de las especies que se elaboraban en el país. El país se enriquecía por la abundancia de sus cosechas. Dueños exclusivos del mercado patrio rico, le impusieron a altos precios sus productos imperfectos. El dinero que devolvía el mundo entero por el exceso del valor de las cosechas que iban de los Estados Unidos sobre el de los artefactos y frutos que venían a ellos, mantenía el mercado pletórico de caudales, por lo que no se paraba mientes en los altos precios. Los grandes provechos acumulados merced a estos por los productores nacionales, les habilitaron para crear fortísimas fábricas, para montar hercúleos talleres, para poner a hervir el hierro en calderas que parecen montes vacíos, vueltos sobre su copa; para atraer millaradas de obreros, para pagarles cuantiosos salarios, para crear organismos voraces y poderosos, para despertar a

la vida ciudades enteras, sobre estas bases de espuma y capricho, que, en cuanto les sacaran el puntal de la tarifa, vendrían todas a tierra. Y mientras el mercado enriquecido se surtía de los nuevos productos, iban como en volandas de gloria los productores. Pero el mercado se ha saciado; las importaciones, con el loco lujo han crecido; el país no necesita más productos nativos de los que tiene; lo que vaya necesitando será siempre mucho menos de lo que las fábricas vayan produciendo.

Como los manufactureros ganaban tanto, no ponían reparo en pagar los altos derechos que, para que la tarifa fuese lógica, se cobraba por la importación de las materias primas, de manera que con la carestía de las materias primas, el alto tipo de los salarios y toda la entretejida fábrica de costos, crecidos por ley mutua en consecuencia del sistema, los productos nacionales (en gran parte burdos, porque como se vendían de todos modos, no tenían por qué esforzarse en ser mejores) ni encuentran en el mercado patrio quien los compre, ni pueden salir a los mercados extranjeros a competir con los productos rivales, baratos y perfectos. Y la fábrica falsa, tremenda, con sus ojos de hoguera y su vientre de hierro, comienza a levantar al cielo espantada sus millares de manos. Hay manufacturas que se cierran; telares que no tejen; pueblos de hacer máquinas que apagan sus fraguas; asociaciones de obreros; empresarios que despiden a los obreros por falta de trabajo. Este año podrán hacer frente con los beneficios acumulados en el largo período del sistema, al exceso de los costos de las fábricas sobre el de la venta de sus productos. Pero ya comienzan a no poder hacer frente. Cada fábrica de estas colosales es un pueblo de millares de vientres que quieren alimentos, de voces que amenazan, de almas que gruñen. Mantenerlas es como mantener ejércitos. Son cosas de gigantes, poderosos y temibles como el anudamiento de los vientos en la atmósfera o como las corrientes de la mar.

Y la vida de los prohombres es costosa: treinta mil pesos al año, es renta nimia. A poco, va a ser gala tapizar de billetes de banco las paredes. Ya hubo un vil, años ha, que cubrió de billetes de banco un vestido de novia. El problema está erguido. El proteccionismo ha dado su fruto. Se ha creado un colosal pueblo industrial que no tiene mercados donde colocar sus industrias imperfectas.

Esto que es hoy sospecha mañana será clamor. La inquietud comienza; y en lo hondo, donde se trabaja la superficie, se enciende la vía. La crisis, lenta primero, causará males agudos. Será penosa, amarga, sombría. Depreciaciones súbitas, traerán grandes pánicos. Con continuar la tarifa primitiva, crecería el monstruo. Con abrir de súbito los puertos a los productos extranjeros, quedarían solo en pie con existencia lánguida, las fábricas que pudiesen afrontar los gastos del período de transformación de manufactura que impone a precios caprichosos en un mercado forzoso un artefacto incompleto, a manufactura que solicita a precios bajos un mercado abastecido, con artefactos perfectos. Y los intereses fabriles son aquí tan grandes, que cercenarlos de súbito sería incomparable catástrofe.

Parece, pues, necesario ir manteniendo a raya a los productos extranjeros a la par que se avisa del peligro en fecha cercana a los productores nacionales, para que las fábricas

tengan al menos seguro el consumo del país, mientras convencidos del error temible y de la rivalidad inevitable, perfeccionen sus artefactos de manera que, con ayuda del derecho bajo a las materias primas importadas, y de los salarios bajos por el descenso en los costos usuales de la vida,—ventajas ambas que vendrán con una tarifa librecambista— pueda al cabo ser esta establecida, y aquellos salir a luchar con los productos competidores en los mercados extranjeros.

Cuanto aquí pasa hoy, gira sobre esto.

Ante la pluma se yerguen, pidiendo espacio, el Padre Jacinto que aquí predica; un monseñor Capel, magnífica zorra; Mathew Arnold, el escolar inglés que observa y lee en público; y la Nilsson, cuya voz, como un águila herida ya no alcanza a su cielo natural, y muere; y la Patti, criatura canora, de cristal hecha y plata; que aras merece, y no loas de pluma. En nidos se piensa, viéndola; nidos de argentería. Toda es hecha de alas, alas que se encumbran graciosamente en su seno, que se recogen coquetamente hacia los pies menudos, que se abren anchamente—como aquellas inmensas y radiantes que Doré pintaba—junto a los hombros columbinos;—que caen sobre la gallardísima cabeza en caudas abundantes de plumas negras y sedosas. Y cuando canta el aria de Lucía, parece ala tendida, vuelta al cielo! Se abren cajas de joyas; se ven bandadas de aves, y caen ramos de estrellas cuando canta. ¡Risueña y caprichosa criatura, por quien los hombres han vuelto a ser vasallos!

Pero mañana, mañana hablaremos de Mathew Arnold, alto en inglesa fama; del cardenal de blanda lengua, flexible como estilete napolitano; y del Padre Jacinto, un hombre roto.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 27 de enero de 1884.
[Mf. en CEM]

WENDELL PHILLIPS

Muerte del gran orador norteamericano.—Su aparición.—Su influencia.—Su carácter.—Elementos de su oratoria.—Su intolerancia y amor a lo absoluto.—Su independencia.—Su estilo.

Nueva York, 11 de febrero de 1884.

Señor Director de *La Nación:*

Solicitan en vano la pluma los hechos menudos, que en estos días de fiestas de ciudad y emboscadas en el Congreso nutren pesadamente diarios y pláticas. En vano pesan en la

memoria, como si no debieran estar en ella, un asesino que se exhibe; la mujer de un bandido que anda en circos, disparando ante niños que fuman y vocean las armas con que más de una vez abatió vidas su esposo; y el camarada que por unos dineros de recompensa le dio muerte, y ahora con beneplácito y regocijo de las turbas del Oeste, cada noche representa en una escena de teatro, con el revólver y los vestidos mismos que tenía cuando mató a su amigo por la espalda, la escena del asesinato:—en vano suenan, como hojillas de latón contra espadas de ángeles, disputas de políticos menores y de gente privada;—Wendell Phillips ha muerto. Aquel vocero ilustre de los pobres; aquel magnánimo y bello caballero de la justicia y la palabra; aquel orador famoso que afrontó turbas egoístas, y los juntó a su séquito, o cuando aullaban bárbaras, las sujetó por la garganta; aquel abolicionista infatigable de quien John Bright dijo que no tenía par entre americanos e ingleses ni por la limpieza de su corazón, ni por la majestad de su discurso, ni por la serenidad de su carácter —ya no habla. Dolerse no es preciso de su muerte, hecho usual y sencillo que debe merecerse con una clara vida; esperarse en calma y recibirse con ternura. Los grandes hombres, aún aquellos que lo son de veras porque cultivan la grandeza que hallan en sí y la emplean en beneficio ajeno, son meros vehículos de las grandes fuerzas. Una ola se va, y otra ola viene. Y son ante la eternidad los dolores tajantes, los martirios resplandecientes, los grupos de palabras sonoras y flamígeras, los méritos laboriosos de los hombres—como la espuma blanca que se rompe en gotas contra los filos de la roca o se desgrana, esparce y hunde por la callada arena de la playa.

Pero el que tuvo ya en los labios puesta la copa de los goces, y la dejó caer sonriendo, y echó a andar de brazo con los tristes; el que, a poco de ver en la vida, entiende que esta tiene sus plebeyos, que son los que se aman a sí mismos, y traen la tierra toda a su almohada y su mandíbula,—y sus nobles, que son aquellos a quienes come el ansia de hacer bien, y de su sangre dan a beber, y de su corazón dan a pastar; y con su propio óleo alimentan la lámpara humana;—el que, cuando parece universal empleo, que embriaga y deseca como las orgías, la acumulación de la riqueza,—ve tras de las montañas de la muerte, y en las de sí mismo;—se enciende en amor vivo; en amor, siempre doloroso; y del contagio escapa; y a los desventurados alza de su desventura; y para sí recoge el gozo siempre amargo de defenderlos, como única moneda valedera;—el que en la general perversión de las fuerzas mentales y morales, halla en sí la inteligencia que esplende y ensancha, y la levanta en alto con respeto, como levanta un sacerdote una hostia;—el que se consume en beneficio ajeno, y desdeña en cuanto solo le sirven para sí las fuerzas magnas que en él puso el capricho benévolo de la naturaleza, héroe es y apóstol de ahora, en cuya mano fría todo hombre honrado debe detenerse, a dar un beso.

Cincuenta años hace.—Rugía, rugía la muchedumbre. Channing, orador grande, había llamado a junta, a la gente de Boston, para condenar a los asesinos del buen Elijah Lovejoy, defensor bravo de la abolición de la esclavitud, que murió al pie de sus prensas:—¿quién dijo que no había poema en nuestra época?—Un Austin, perro de presa, y gobernador del

estado, llamó a los negros bestias, y dijo esas cosas que dicen los que saben ser amos de hombres: y la junta, toda de amos, voceaba frenética, en honor de Austin.—¿Quién se levanta, pálido y sereno? Aire no se respira, sino silbidos. Muro le ponen; y bracean y vejan; y la sala parece masa extraña, en que de tronco confuso surgiesen torsos y garras de diversas fieras:—¡Oh qué gran gozo, erguirse ante ellas!—Uno dice que el joven abogado de los esclavos es hijo del primer *Mayor* de Boston, y de mal grado callan. ¿Qué sucede, que Austin palidece? Ya no es silbos el aire, sino lluvia de piedras encendidas. De fantasmas tremendos se puebla la atmósfera. Salen de sus retratos, vengadores, y van, puño cerrado, al esclavista, los padres de la patria americana. Renacen, ya sin fuerzas, los rugidos. Y de letras de fuego se dijera, y de ruedas de fuego, que está llena la sala.—«¡Hurra! ¡hurra!» y las gentes se abrazan y estremecen:—«¡Hurra! hurra!»—las garras ya son alas. «Hurras» sin fin ni cuento: Wendell Phillips ha hablado.—¡Oh palabra inspirada— taller de alas!

Ya al otro día, Boston estaba, y el norte todo, como madre a quien le ha nacido un hijo.—Se cansan los pueblos de sus hombres puros, y de verlos constantemente altos, llegan a perder el tierno respeto que en el primer momento tributaron a su alteza: a fatigarse llegan todos de la monotonía y descolor de la virtud; pero no hay gozo más hondo, ni que de luz más bella ilumine los rostros de las gentes, que el sentir que entre ellas, y de ellas, vive una criatura extraordinaria.—Luego lo muerden, lo lapidan, lo desfiguran, lo abandonan. A Wendell Phillips, en sus treinta años de propaganda abolicionista lo escarnecían, lo injuriaban por las calles, de no menos que de traidor e infame le tildaban. No había peso fuerte en los bolsillos de los esclavistas que no se lo lanzasen a la cara.

Pero ahora, que muere ¡a tierra los mosquetes! ¡abajo las banderas! ¡de luto, todos los púlpitos! ¡en obra, el cincel del estatuario! ¡descubiertos, bajo la nieve y en el frío, a verlo pasar, todas las cabezas!

Era un ímpetu irresistible el que llevaba a aquella propaganda, demagógica entonces y punto menos que infamante, al elocuentísimo discípulo de la Universidad de Harvard, dueño de buena fortuna, y de la que viene con nacer de casa honrada y vieja. ¿En qué sitial no se hubiese sentado aquel esbelto y culto caballero, en quien la austera elegancia de la raza buena de la Nueva Inglaterra, parecía, como en Motley, haberse aquilatado y acendrado? Con ir por donde iban los poderosos, o con no ir entre los que salían al paso de ellos, ¿qué públicos honores, qué pingües beneficios, qué vasta y sabrosa fama, qué amena y grata vida no hubiera disfrutado?

Ya la gloria cruenta del apóstol, que padece de ella tanto que no le es dado gozarla, hubiese reemplazado esa más pintoresca y provechosa que viene de servir intereses de hombres, serpear entre sus odios y flaquezas, flotar [sobre] los hombros de ellos, y acomodarse a las condiciones normales de los estados. Wendell Phillips amaba su palabra, porque le salía con valor de las entrañas, como toda palabra verdadera; veíase y oíase a sí propio, moldeando con sus robustas manos una patria más justa y generosa, e iluminando luego, con la límpida luz de su discurso, la estatua de sus manos; miraba a solas, en su bufete

de abogado joven; relampaguear en apretada esgrima las agudas contiendas en el foro:—e iba y venía, de un lado a otro, como si en sí tuviese espíritus alados, que lo empujaran a constante marcha. Pero un día, pasan ante él; arrastrando al abolicionista Garrison por una cuerda que le habían atado en torno al cuerpo, muchedumbre de hombres bien vestidos, que escarnecían y golpeaban a su presa. Tiraban de él, como arrieros de sus mulos. Lo halaban de este lado y aquel, y reían de su angustia. Alzó Phillips los puños contra los malvados, y no los bajó nunca.

Se desposó con la justicia. Trocó la ambición de brillar por sus talentos, dones casuales, —por la más difícil gloria de sacrificarlos en provecho de los que la reconocerán, y morderán la mano que les hace bien, y no le darán pago alguno. A los regalos de la apacible vida bostoniana, prefirió ese magnífico deleite que mantiene como sobre alas y entre bálsamos, a las almas consagradas al servicio de la justicia pura, y reconquista del hombre. —Y como se vio solo, solo entre fanáticos y débiles, ante un crimen humano y una maldad inmensa,—se concentraron, a despecho suyo y por natural fuerza de nivel, en esta obra magna, todas sus claridades y energías, y adquirieron, al empuje de la potente indignación, la consistencia, impenetrabilidad y elevación de una montaña.—Así la tierra, al encumbrarse en un punto, deja llanos por vasto espacio los lugares vecinos.—Y fue eso Wendell Phillips, en aquella formidable faena de treinta años: un monte que anda.—Recogido su espíritu en la necesidad intensa de oponer, con su desnuda palabra de abolicionista terco y perseguido, un adversario capaz de victoria a los intereses seculares y múltiples, preocupaciones tenaces y prácticas legales de la mitad más poderosa de la Unión; había naturalmente de perder aquella elasticidad, variedad, catolicidad, a toda obra viable necesarias, que vienen solo de largo y difícil roce con las dificultades y problemas de la existencia,—y no son posibles—en cuanto tienen de conciliares y cedentes—a un alma levantada por el espectáculo ofensivo de una injusticia abominable a una pasión violenta e intransigente por la inmediata aplicación de la justicia.

El Universo entero adquirió para él la forma de un negro esclavo. Si el Universo hubiera dado muestra de favorecer la esclavitud, como a la muchedumbre que aplaudía a Austin en Faneuil Hall hubiera hecho frente; cortante y deslumbradora la mirada, despeñada y flameante la palabra, al Universo.—Aquella condensación de fuerza requerida para oponerse con éxito al mal extenso y poderoso, juntóse en Wendell Phillips, para privarle de esos talentos menores de acomodación, pequeños talentos amargos que rara vez logran adquirir las grandes almas, con el desconocimiento de la vida real, indispensable para dar con acierto en las leyes que han de regirla: que tanto vale legislar sin este conocimiento como ejercer la medicina sin haber puesto los ojos en el cuerpo humano.

De sí propio, tenía Wendell Phillips exaltado amor al sacrificio, la perfección humana y la pureza. De la vida escolar, en que fue egregio, sacó un amor arrebatado por lo extraordinario. Y a su campaña heroica, por no haber tenido nunca menester de amasar su pan para vivir,—salió de este comercio con lo sobrehumano y sumo, y antes de que el trato

con la existencia lenta y difícil le hubiera dado esa melancólica y saludable tolerancia que templa el alma sin menguar sus méritos, y le añade acaso el mayor de poder ejercer con ellos más eficaz influencia.

El trato exclusivo con lo sobrehumano aleja naturalmente al espíritu de las soluciones meramente humanas. Quien tiene lo extraordinario en sí sin contar con lo que le añaden lo extraordinario en la Historia, Letras y Artes, ya está mal preparado para legislar en lo ordinario. Un águila no anda a trote:—y esa es la vida—¡hacer trotar un águila!

Así, el que con voz profética, no menos alta que aquellos sones de clarines que echaban por tierra los muros de la ciudad bíblica, ni menos magníficas y maravillosas, sacudía en el pueblo norteamericano, con vigor acrecido con las dificultades, cuanto de generoso y expansivo dejaba en él su vida mercante e individual, y el hálito del largo e infame abuso; el que no poseía condición que no fuese sorprendente y amorosa, desconocía a veces, con intolerancia indispensable sin duda para el buen éxito de su campaña, los merecimientos de los que movidos al mayor conocimiento de lo humano y posible, pretendían con menor alarde y menos violentos medios poner remate al tráfico de esclavos. Para Wendell Phillips no había paces sino en lo perfecto, inmediato y extremo. Cuantos demoraban, le parecían traidores: y encendía su hierro, y se los clavaba en la frente. Como la Constitución de los Estados Unidos parecía—a lo que decían Calhoun y sus secuaces, contra Carlos Sumner y el Norte—prohijar la esclavitud, o permitirla—sin vacilación y sin miedos llamaba criminal a la Constitución. «Ni veo yo—decía—que a un pueblo que anda sea adaptable una Constitución que no anda.»—Y como para ejercer su profesión de abogado hubiera tenido que jurar fidelidad a la Constitución, que creía inicua, no juró fidelidad, y se cerró la que para él hubiera podido ser tan brillante carrera.—No era de los prudentes, que transforman, y son necesarios; sino de los impacientes que sacuden, y no son menos precisos que aquellos, para espuela de los juiciosos, y azote de los egoístas, que a los juiciosos mismos cierran el paso. ¡Y por encima de todas las cabezas restallaba aquel látigo de fuego!

Lo que no debía ser, no debía ser. Toda desviación de la justicia absoluta, cualesquiera que fueran las condiciones de la época y mente que la cohonestaran, le parecía un crimen:—y mientras más alto el desviado, mayor el crimen. ¿Washington tenía esclavos? Pues Washington era «el gran esclavista de la Louisiana». Henry Clay, «un gran pecador». Daniel Webster, "toda una casa de fieras, y un hereje que había acostado su cabeza en las rodillas de la Dalila de la esclavitud».—Y si de un muerto salía una vileza esclavista, como los obispos romanos al papa Formoso, lo exhumaba, y lo sentaba en su silla; y lo sentenciaba. En aquel juicio unilateral, y en su lado grandioso, la maravilla que permitía en su seno un gusano, ya no era maravilla: y en vez de extirpar con cuidado el gusano,—de una puñada o de un cercén hubiera echado la maravilla abajo.

Y aquella certidumbre de la pureza de sus amores, aquel artístico y sumo acabamiento de su sacrificio intelectual, aquella fiera confianza en la honradez de su propósito, y aquel concepto superior y real del hombre, a atentar al cual no daba derecho al hombre mismo—le

hacían a veces áspero contra el ejercicio de la voluntad ajena, cuando esta, en natural uso de sí, se empleaba para atacar la libertad.—La arrogancia de su virtud suele de este modo hacer parecer despóticos a los hombres más enamorados de la justicia.—Sí daba a la justicia Wendell Phillips derechos ilimitados. Creía eficaz y natural la tiranía de la virtud.—Y de estos impulsos movido, solía hablar en hueco ante un pueblo deshabituado a lo absoluto, y que, si se empequeñece en lo futuro, sea cualquiera su grandor visible, será por su amor y práctica de lo concreto.

Se entregan solo los pueblos a quien los encabeza y condensa. Jamás un hombre de alta virtud condensará a pueblo alguno. Se asirán de él en la hora del peligro, y cruzarán el mar en su barca. Mas llegados a la orilla, a vuelta de pocas contemplaciones, se darán de nuevo a quien comparta sus puerilidades y sus vicios.

La hora única de triunfo de Wendell Phillips fue aquella momentánea en que las razones políticas trajeron al fin la solución que en él venía predicando la razón virtuosa. Pero era fácil de ver su ira y gran tristeza ante la vida arrebañada y mecánica de la mayor suma de la gente de su pueblo.—Padecía agudamente de ver toda la vida nacional puesta en el logro de la fortuna. Y lo que tenía, lo daba. Y se volvía al norte colérico: «Estáis atragantados de algodón.» «Las máquinas no salvan!—Por todas partes se os oye sonando a dinero: no hay más en esta tierra que chirriar de ruecas, polvo de comercio y ruido de pesos.»—«Franklin os ha corrompido con su economía sórdida del 'Pobre Ricardo'!»—«O levantáis el alma, o vendréis tarde o temprano a tierra!»

Jamás, jamás, aquel ardiente caballero de la dignidad humana; aquella admirable criatura consagrada a los más altos objetos, puros dolores y exquisitos goces; aquel orador magno, infatigable y fluente,—halagó,—para hacer triunfar momentáneamente siquiera sus ideas, pasión alguna de la muchedumbre.—Que la represión de la justicia hubiese ocasionado la acción violenta de sus reivindicadas, no deslucía a sus ojos la cantidad de justicia que a mirada más vulgar hubiera quedado oscurecida por la violencia empleada en reivindicarla. Si no excusa la justicia la violencia que se comete en su nombre, esta no desvanece la razón real de que es exceso.—Pero si su amor caluroso a la extensión y perfeccionamiento del ser humano,—y aquel tan sutil y vivísimo sentido de la dignidad del hombre, que de toda ofensa a este le sacaba la sangre al rostro como si hubiera sido hecha a él;—si su franca y vehemente simpatía, con todas las agrupaciones establecidas para el recobro de la libertad y el decoro humano—pudieron hacerle parecer a tantos ruines, avaros y medrosos demagogo fanático—jamás, jamás, por apartar una tempestad de su cabeza, o asegurar aplauso a sus palabras, o a sus propósitos victoria, cortejó—como tanto parlante caballero de palabra fácil y alma corderuna—las preocupaciones vulgares. ¡Él, un aristócrata de la inteligencia, sin lo que no se puede ser demócrata perfecto! Pues en crecer y subir consiste el progresar,—no en decrecer.—Tan viles son los cortesanos de la multitud o de las pasiones públicas como los que buscan damas y entretienen vicios a privados y a reyes. Hábiles podrán ser; pero son

viles: o traidores,—aunque hayan venido a la vida con magnas fuerzas, y precisamente porque vinieron con ellas, traidores al espíritu humano y a la patria.

¿Cortejar a la muchedumbre? No concibió verdad que no dijese. Su palabra, arsenal era, y torrente de flechas, limpias, gruesas y duras como aquellas que a clavar en trozos de roble enseñaban a sus hijos los reyes normandos. Cuantas gracias le ofrecía el lenguaje, con una especial suya de redondearlo y magnificarlo, tantas ponía en sus tremendas invectivas.

No discutía: establecía. No argüía: flagelaba. Decía lo que era vil, y no se detenía a probar que lo era. Su frase era serena y elevada como su rostro; como él, elegante e impasible. Sus anatemas los lanzaba de segura y tranquila manera. Ni se dejaba, ni se proponía, arrebatar: ni gusta el pueblo norteamericano de excesos de pasión que no comparte. Gran duelo a espadas parecía un párrafo de Wendell Phillips: y el otro, sin variar apenas de tono, gran juicio desde nubes negras y altas, despedido de libros encendidos de profetas. Lo montuoso y lo occeánico asomaban a cada punto en su elocuencia. Lo grandioso de la idea, lo acabado de la construcción, lo armonioso y cerrado de la frase, lo artístico, en suma, ningún otro orador norteamericano lo tuvo en mayor grado. «Es una máquina infernal puesta en música»—dijo un coronel del Sur.—«Todo lo dice como un caballero en una sala».—Y del más sutil modo, y con voz rica, de saetas de honda punta dejaba clavados todos los pechos esclavistas.—Y cuando sin mayor ira que aquella santa que tenía en sí en todo momento, concentrada, por arte en el discurso o riesgo en el auditorio se hacía menester actividad mayor de desdén o de cólera,—no era ya su elocuencia fino acero, sino tremenda y desatentada catapulta. Garra era de león, forrada en guante. Implacable era y fiero, como todos los hombres tiernos que aman la justicia.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 28 de marzo de 1884.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ.

LOS HÉROES DEL POLO

La vuelta de los héroes del Polo.—Procesión funeral de los expedicionarios de la *Jeannette*.—Broadway de luto.—El público y el séquito.—Diversos cuadros.—La expedición, la salida; la marcha por la nieve, el grupo de la muerte.—El capitán, delante: el médico, guardando.—De Long, el jefe; Ambler, el cirujano; Collins, el científico.—Polo sombrío.

Nueva York, 28 de febrero [de 1884].

Sr. Director de *La Nación.*

Era el día aniversario de Washington, 22 de febrero. La generosa luz del sol, como de gala y queriendo hablar, se esparcía por la limpia atmósfera. Desde el edificio del *Herald,* todo colgado de luto, al Parque de la Batería, donde se sientan hoy, aguardando empleo, los inmigrantes, y se despedía cien años hace de sus llorosos oficiales Washington,—es todo masa humana. Entre un borde y otro de la calle, queda apenas vereda estrechísima, por gentes de todo linaje y puesto transitada. Ya es un galán, inglés de burlas, todo nuevo y lustroso, con botines de proa aguda, y bastón de puño de plata remachada, al rudo y bello modo de los antiguos indios. Ya criadas de servir, lo que no obsta a que vayan de seda y terciopelo, y, si son de buen rostro, perseguidas por ojos avarientos, de mancebos de faz rasa y cabello recortado:—nuestros tiempos son temibles: corre miasma en las venas: todo es como esos mancebos y esas mozas: el deseo es el dueño, y no se disfraza ya de amor, que le da cierto buen parecer: con tal prisa se vive, que no hay tiempo para vestir los apetitos: algo como un cerdo ha hecho su corral en nuestro cerebro;—pero aquella mañana—aquella mañana—los cerdos huían a manadas, espantados como si corriera viento de águilas.

Pasaban entre el hilo de gente, cada vez más oprimido, niños rubios y blancos, como si fueran botones de rosas traídos a abrirse al aire de gloria de aquel día,—o florecillas de colores, a posarse volando sobre los féretros. Pasaban envueltas en ricas pieles, damas de visible alcurnia: andan siempre las damas, como si fuesen coronas, en torno de la gloria. Hombres tristes pasaban, guitones infelices, jirones ya de hombres, a los vendavales de la vida rotos, la color amarilla, la mirada larga y seca, revuelta la barba, los pantalones de bajos roídos, los gabanes con los codos abiertos, el sombrero de fieltro alto, no sin ventanas, y en la boca, por calentarse tal vez los labios fríos de hambre, una pipa encendida.

Las campanas de la vieja iglesia de la Trinidad tocan a duelo. La casa roja del telégrafo, que en el mástil perdido en las nubes ha izado flámula de luto, interrumpe un momento la labor de colmena colosal de su millarada de operarios. Por delante del telégrafo de madera, que hace pocos años inventó Morse, van a pasar—digámoslo ya al fin—los expedicionarios de la *Jeannette*, que vuelven muertos del Polo. ¿A qué los sepultan en la tierra, si ya tienen sepultura en los corazones? Los héroes son propiedad humana, comensales de toda mesa, y de toda casa familiares.

La policía a caballo empuja brutalmente sobre las aceras a la muchedumbre que llena el centro de la calle y echa contra los edificios a los que salieron de mañanita a tomar puesto, o corre despavorida a chocar contra la masa compacta que empuja Broadway abajo. Por sobre las cabezas, unos carretoneros suben a un Banco una caja de hierro. Ya vienen, ya vienen, cubiertos de coronas, envueltos en la bandera americana, precedidos de gente de mar robusta y grave, los cadáveres que desde el hielo ártico vuelven a la ciudad que les armó el buque, hace cinco años, a que los llevase a buscar lo que no se sabe, y en la mañana clara de un ocho de julio saludó su partida de San Francisco, al son de los cañones de fiesta, y del clamor de los californianos conmovidos, que decían adiós con sus pañuelos y con sus lágrimas a aquel hermoso buque lleno de banderas. Ya vuelven; y se siente que pasan, por lo que sufrieron y por lo que enseñaron, no maquinistas, no fogoneros, no gente de maniobra, no médico, botánico y capitán, no un féretro vacío—del teniente Chipp, a quien no se ha hallado—sino gigantes. Los hombres levantan a sus hijos sobre sus cabezas: yo, que esquivo procesiones, llevé al mío, y le levanté sobre mi cabeza. Mi hijo se echó a llorar. Las mujeres, que pueblan las ventanas y los techos de los colosales edificios de comercio, aquel día respetuoso, saludan a los muertos con sus pañuelos, y a los sobrevivientes ciegos o escuálidos, que los siguen, y a sus mujeres y parientes, que van en carruajes. Los hombres, conmovidos, se quitan los sombreros. Cerca de la iglesia de la Trinidad, rodeada de cementerio viejo, y junto al edificio del *Herald,* apenas puede el cortejo romper la masa muda. La iglesia dobla: todas las cabezas están al aire frío: en los sótanos de la casa del periódico, reposan, como montes arrodillados, las formidables prensas: los carros fúnebres pasan en silencio: sobre las cruces de los mausoleos están encaramados los vivos: el sol luce radiante; y por el aire, por detrás de la iglesia, pasa la locomotora.—El cortejo sigue: en una esquina de la enorme Casa de Correos flota, como saludándolo, un jirón de la gasa que vistió el edificio cuando murió Garfield; los muertos cruzan, como si para recibirlos dignamente se lo hubiese la patria preparado, el puente de Brooklyn:—y en el tope de las torres del puente, al paso de los sublimes vencidos, las banderas se bajan a media asta. ¡Es solemne, esta ofrenda en la altura!

La merecen, la merecen, estos hombres que sacan llanto de respeto a los habitantes de

una ciudad que no ama el llanto, y goza, o ruge. Los hombres se sienten agradecidos a los que los conmueven; a los que les despiertan en el espíritu alarmado o aturdido la generosidad, el impulso expansivo, la comunión con lo Eterno y lo Universo, la nobleza redentora y deleitosa. Todo lo que conmueve, agranda. Una hora de dolor puro, privado, acrisola; público, disminuye las probabilidades de próximos crímenes. Los espectáculos grandiosos, recompensan a los buenos; y hacen dudar, cuando no convierten, a los malvados. Ni a los hombres, ni a los pueblos, debe ahorrarse el dolor, que purifica; ni los espectáculos solemnes, que educan, revelan y salvan.

La merecen, la merecen, esos conmovedores peregrinos que cayeron como mástiles troncados, uno junto a otro, sin cobardía y sin queja, muertos de hambre sobre el hielo, por el delito—siempre penado—de entrar en lo desconocido. Pusieron el pie en el misterio, que los tragó iracundo. Coronado señor parece el Polo, con los pies en el centro de la tierra, entre cumbres de montes blancos asomado con la diadema boreal ceñida la helada cabellera;—que al sentir en sus nieves pasos de hombre, levántase de entre las montañas que lo abrigan, desata, como quien echa un mar al aire, sus resplandores, y lanza a rodar los montes sobre los caminantes silenciosos.

Y aquellos fueron bravos, que en el lomo de los montes cabalgaron, y vivieron dos años en el hielo. Contar, no nos es dado. Es cosa heroica, pero aunque de ayer; ya antigua. Les salió el rey al paso; y se metieron por el corazón del rey. Les cegó con su luz, y les cerró las gargantas con su frío, y ellos siguieron andando, cerradas las gargantas y ya ciegos. Les rompió el rey el buque: y se echaron ¡oh maravilla, que postra de asombro y respeto! al hielo en botes.—Les cortó el hielo el paso, y anduvieron sobre él, con los botes a rastras y a cuestas. Se les cayeron los ojos del rostro y las carnes de los pies, y anduvieron sobre los huesos desnudos; con muletas hechas de troncos de árboles.

Triunfaban hielo arriba. El capitán iba delante, con el mapa y la bandera: en las barbas del rey tomaba notas del aterrador dominio. Detrás un hombre hermoso, con un martillo hercúleo, derribando témpanos: ¡héroes ruines, frente a aquellos desnudos, los que se entraron por las selvas cálidas, rompiendo indios! Detrás el héroe mísero, que andaba sobre los huesos de los pies. Detrás dos perros secos, halando el trineo cargado de medicinas. Detrás, sin que se le viesen las alas, por tenerlas tendidas sobre todos, el tierno médico. Palpaban lo insondable. Se aflojan las rodillas, y se doblan, de pensar en aquella marcha en el silencio: ¡oh manos de hombre, oh manos bravas que estuvieron puestas como para desgarrarla y entrarse por ella, sobre la envoltura del misterio! ¡Qué enojo, el de la naturaleza perseguida! Se vuelve hacia el hombre, y como el tigre al cazador, de un golpe de grifo lo desfibra y aplasta. Gruñe, y tiende. Parece verla en el Polo sombrío, satisfecha y huraña, acurrucada en la luz, como un monte sobre un arroyo seco, junto a los diez vencidos. De hambre cayeron, apretados como soldados, el uno junto al otro, primero: los marineros; el capitán, después;—después, sentado, el médico. Sentado lo encontraron; vestido con las ropas de todos, con la pistola del capitán en la mano, como

velando a sus compañeros muertos. Ya tocaban la tierra: a siete millas había chozas, ¡se es hombre, y se muere! Morir es lo mismo que vivir, y mejor, si se ha hecho ya lo que se debe. Se extinguían, como llamas apagadas. El capitán llevaba un diario, un diario en que no hay una queja. Horas antes de morir, llegada la del rezo protestante, recitaron a medias, ya exhaustos, y no por miedo sino por leal práctica, los oficios del culto. Se roían las carnes. Comían de un perro muerto, se comieron sus mismos zapatos, y toda la piel de sus abrigos. Los vivos se vestían con la ropa de los difuntos. Y se apretaban. Ante el botánico que agoniza, el capitán que lo amaba, toma su diario y escribe: «Mr. Collins está agonizando»:—Y echa el diario por encima de su hombro, se cae de un lado, y a su vez muere. Monte de hombres, frente al monte de hielo. El buque está enterrado y cubierto de nieve hasta los topes. ¡De aquel cerro de cadáveres comienza a salir luz!

En artículos de periódicos y discursos, se dice que están enterrados—y reposan. A Irlanda han llevado uno, con honores grandes: a Collins. A De Long, el capitán, lo han enterrado con coronas de flores de todas las naciones. Por dondequiera que pasaron, los honraron y les dieron guardia; y como quien condecora a un soldado, les pusieron sobre el sarcófago medallas. Han traído como si trajeran templos, esos cadáveres desde las nieves boreales, mas ¿adónde están los cirios apagados? Un clérigo ha tenido para estos hombres una frase hermosa, aunque pueril: «¡Dichosos, los que asen la guirnalda de la Fama; aunque sea con la mano helada de la muerte!»

La Fama es un mito útil. El deber, que deleita, rija a los hombres. Él guía, él salva, y él basta. «Reposan en la gloria»—dice con frase vieja otro clérigo. No reposan: se esparcen! No se es hombre: se es fuerza; se es Naturaleza. Se han devuelto, crecidos, a la eterna alma humana.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 17 de abril de 1884.
[Mf. en CEM]

LA VUELTA DE LOS HÉROES DE LA *JEANNETTE*. CORRESPONDENCIA ESCRITA A LA *REVISTA CIENTÍFICA DE SANTO DOMINGO*.

Era el día aniversario de Washington, 22 de febrero. La generosa luz del sol como de gala queriendo hablar, se esparcía por limpia atmósfera. Desde el edificio del *Herald,* todo colgado de luto, al parque de la Batería donde se sientan hoy aguardando empleo los inmigrantes, y se despedía cien años hace de sus llorosos oficiales Washington,—es todo masa humana. Entre un borde y otro de la calle, queda apenas vereda estrechísima, por gente de todo linaje y puesto transitada. Ya es un galán, inglés de burlas, todo nuevo y lustroso, con botines de proa aguda y bastón de puño de plata, remachado, al rudo y bello modo de los antiguos indios. Ya criadas de servicio, lo que no obsta a que vayan de seda y terciopelo, y si son de buen rostro, perseguidas por ojos avarientos de mancebos de faz rasa y cabello recortado:—nuestros tiempos son temibles: corre miasma en las venas: todo es como esos mancebos y esas mozas: el deseo es el dueño, y no se disfraza ya de amor, que le da cierto buen parecer: con tal prisa se vive que no hay tiempo para vestir los apetitos: algo como un cerdo ha hecho su corral en nuestro cerebro:—pero aquella mañana—aquella mañana—los cerdos huían a manadas espantados como si corriera viento de águilas.

Pasaban entre el hilo de gente cada vez más oprimido, niños rubios y blancos, como si fueran botones de rosas traídos a abrirse al aire de la gloria de aquel día,—o florecillas de colores, a posarse volando sobre los féretros: pasaban envueltas en ricas pieles, damas de visible alcurnia: andan siempre las damas, como si fuesen coronas, en torno de la gloria: Hombres tristes pasaban, guitones infelices, jirones ya de hombres, a los vendavales de la vida rotos, la color amarilla, la mirada larga y seca, revuelta la barba, los pantalones de bajos roídos, los gabanes con los codos abiertos, el sombrero de fieltro alto, no sin ventanas, y en la boca, por calentarse tal vez los labios frios de hambre, una pipa encendida.

Las campanas de la vieja iglesia de la Trinidad tocan a duelo. La casa roja del telégrafo, que en el mástil perdido en las nubes ha izado flámula de luto, interrumpe un momento la labor de colmena colosal de su millarada de operarios. Por delante del telégrafo de madera que hace pocos años inventó Morse, van a pasar—digámoslo ya al fin—los expedicionarios de la *Jeannette*, que vuelven muertos del Polo. ¿A qué los sepultan en la tierra, si ya tienen sepultura en los corazones? Los héroes son propiedad humana, comensales de toda mesa, y de toda casa familiares.

La policía a caballo empuja brutalmente sobre las aceras a la muchedumbre que llena el centro de la calle y echa contra los edificios a los que salieron de mañanita a tomar puesto, o corre despavorida a chocar contra la masa compacta que empuja. Broadway

abajo. Por sobre las cabezas, unos carretoneros suben a un Banco una caja de hierro. Ya vienen, ya vienen cubiertos de coronas, envueltos en la bandera americana, precedidos de gente de mar robusta y grave, los cadáveres que desde el hielo ártico vuelven a la ciudad que les armó el buque hace cinco años, a que los llevase a buscar lo que no se sabe, y en la mañana clara de un 8 de julio saludó su partida de San Francisco al son de cañones de fiesta y del clamor de los californianos conmovidos, que decían adiós con sus pañuelos y con sus lágrimas a aquel hermoso buque lleno de banderas. Ya vuelven, y se siente que pasan por lo que sufrieron y por lo que enseñaron, no maquinistas, no fogoneros, no gente de maniobra, no médico, botánico y capitán, no un féretro vacío, del teniente Chipp, a quien no se ha hallado, sino gigantes. Los hombres levantan a sus hijos sobre sus cabezas; yo, que esquivo procesiones, llevé al mío, y lo levanté sobre mi cabeza. Mi hijo se echó a llorar. Las mujeres que pueblan las ventanas y los techos de los colosales edificios de comercio, aquel día respetuoso, saludan a los muertos con sus pañuelos, y a los sobrevivientes ciegos o escuálidos que los siguen, y a sus mujeres y parientes, que van en carruajes. Los hombres, conmovidos, se quitan los sombreros. Cerca de la iglesia de la Trinidad rodeada del cementerio viejo, y junto a la casa del *Herald,* apenas puede el cortejo romper la masa muda. La iglesia dobla; todas las cabezas están al aire frío: en los sótanos de la casa del periódico, reposan, como montes arrodillados, las formidables prensas: los carros fúnebres pasan en silencio: sobre las cruces de los mausoleos están encaramados los vivos: el sol luce radiante; y por el aire, por detrás de la iglesia, pasa la locomotora.—El cortejo sigue: en una esquina de la enorme casa de correos flota como saludándolo, un jirón de la gasa que vistió al edificio cuando murió Garfield: los muertos cruzan, como si para recibirlos dignamente se lo hubiese la patria preparado, el puente de Brooklyn:—y en el tope de las torres del puente, al paso de los sublimes vencidos, las banderas se bajan a media asta. ¡Es solemne, esta ofrenda en la altura!

La merecen, la merecen, estos hombres que sacan llanto de respeto a los habitantes de una ciudad que no ama el llanto y goza o ruge. Los hombres se sienten agradecidos a los seres extraordinarios, a los que les despiertan en el espíritu alarmado o aturdido la generosidad, el impulso expansivo, la comunión con lo Eterno y el Universo, la nobleza redentora y deleitosa. Todo lo que conmueve, agranda. Una hora de dolor puro, privado, acrisola: público, disminuye las probabilidades de próximos crímenes. Los espectáculos grandiosos, recompensan a los buenos y hacen dudar, cuando no convierten, a los malvados. Ni a los hombres ni a los pueblos debe ahorrarse el dolor, que purifica, ni los espectáculos solemnes, que educan, revelan y salvan.

La merecen, la merecen, esos conmovedores peregrinos que cayeron como mástiles tronchados, uno junto a otro, sin cobardía y sin queja, muertos de hambre sobre el hielo, por el delito ¡siempre penado! de entrar en lo desconocido. Pusieron el pie en el misterio, que los tragó iracundo. Coronado Señor parece el Polo, con los pies en las entrañas de la tierra, entre cumbres de montes blancos asomado, con la diadema boreal ceñida la helada

cabellera,—que al sentir en sus nieves pasos de hombre, levántase de entre las montañas que lo abrigan, desata como quien echa un mar al aire sus resplandores, y lanza a rodar los montes sobre los caminantes atrevidos.

Y aquellos fueron bravos, que en el lomo de los montes cabalgaron y vivieron dos años en el hielo. Contar, no nos es dado. Es cosa heroica, pero, aunque de ayer; ya antigua.—Les salió el rey al paso, y se metieron por el corazón del rey. Los cegó con su luz y les cerró las gargantas con su frío, y ellos siguieron andando, cerradas las gargantas y ya ciegos. Les rompió el rey el buque y se echaron, en maravilla, que postra de asombro y respeto al hielo en botes. Les cortó el hielo el camino, y anduvieron sobre él con los botes a rastras. Se les cayeron los ojos del rostro y las carnes de los pies, y anduvieron sobre los huesos desnudos; con muletas hechas de troncos de árboles. Triunfaban, hielo arriba. El capitán iba delante, con el mapa y la bandera: en las barbas del rey tomaba notas del aterrador dominio. Detrás un hombre hermoso, con un martillo hercúleo, derribando témpanos;—¡héroes ruines, frente a aquellos desnudos, los que se entraron por las selvas cálidas, rompiendo indios! Detrás el héroe mísero, que andaba sobre los huesos de los pies. Detrás, dos perros secos, halando el trineo cargado de medicinas. Detrás, sin que se le viesen las alas por tenerlas tendidas sobre todos, el tierno médico. Palpaban lo insondable. ¡Se aflojan las rodillas, y se doblan, de pensar en aquella marcha en el silencio!: oh manos de hombre, oh manos bravas, que estuvieron puestas, como para desgarrarla y entrarse por ella, sobre la envoltura del misterio! ¡qué enojo, el de la naturaleza perseguida! Se vuelve hacia el hombre, y como la tigre al cazador, de un golpe de grifo lo desfibra y aplasta. Gruñe y tiende. Parece verla en el Polo sombrío, satisfecha y huraña acurrucadas en la luz, como un monte sobre un arroyo seco, junto a los diez vencidos. De hambre cayeron, apretados como soldados, el uno junto al otro, primero los marineros; el capitán, después; después, sentado, el médico. Sentado lo encontraron, vestido con las ropas de todos, con la pistola del capitán en la mano, como velando a sus compañeros muertos. Ya tocaban la tierra: a siete millas había chozas; ¡se es hombre, y se muere! Morir es lo mismo que vivir; y mejor, si se ha hecho ya lo que se debe.—Se extinguían, como llamas apagadas. El capitán llevaba un diario, en que no hay una queja. Horas antes de morir, llegada la del rezo protestante, recitaron a medias, ya exhaustos, y no por miedo sino por leal práctica, los oficiales del culto. Se roían las carnes. Comían de un perro muerto. Se comieron sus mismos zapatos, y toda la piel de sus abrigos. Los vivos se vestían con la ropa de los difuntos. Y se apretaban. Ante el botánico, que agoniza, el capitán que lo amaba, toma su diario y escribe: «Mr. Collins está agonizando.»—Y echa el diario por encima de su hombro, cae de un lado, y a su vez muere. Monte de hombres, frente al monte de hielo. El buque está enterrado, y cubierto de nieve hasta los topes. De aquel cerro de cadáveres, comienza a salir luz!

En artículos de periódicos y discursos, se dice que están enterrados y reposan. A Irlanda han llevado uno, con honores grandes, a Collins. A De Long, el capitán, lo han

enterrado con coronas de flores de todas las naciones. Por dondequiera que pasaron, los honraron, y les dieron guardia, y como quien condecora a un soldado, les pusieron sobre el sarcófago medallas. Han traído, como si trajeran templos, esos cadáveres desde las nieves boreales; mas, ¿dónde están los cirios apagados? Un clérigo ha tenido para estos hombres una frase hermosa, aunque pueril: «Dichosos, los que asen la guirnalda de la fama, aunque sea con la mano helada de la muerte».

La fama es un mito útil. El deber, que deleita, rija a los hombres. Él guía, él salva y él basta. «Reposan en la gloria» dice con frase vieja otro clérigo.—No reposan—se esparcen. No se es hombre: se es fuerza, se es Naturaleza.—Se han devuelto, crecidos, a la eterna alma humana.

JOSÉ MARTÍ

Febrero 29

Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles,
Santo Domingo, no. 1, 5 de abril de 1884.
[Fotocopia en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Los acontecimientos culminantes.—Historia del conflicto entre Bismarck y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos.—Eduard Lasker.—Documentos del conflicto: la resolución de la Cámara, la respuesta de Bismarck.—Real sentido del suceso.—Los diarios.—Aprestos para la batalla presidencial.—El proyecto de rebaja en la tarifa.—Arthur y Tilden.—Un profeta.—Estudiaremos las Convenciones: cómo se hacen: cómo se manejan: qué deciden.

Nueva York, marzo 3 de 1884.

Señor Director de *La Nación:*

Entre los acontecimientos de estos días hay una injuria de Bismarck, intencional y fría, a los Estados Unidos; la agitación que entre políticos, diputados y comerciantes, mueve el proyecto de rebaja en la tarifa del diputado demócrata Morrison; la labor, cada vez más apretada, de los operantes eleccionarios, que andan juntando voluntades de los capataces del voto en los estados para sus prohombres diferentes; y un marqués que ha hecho una ciudad; y la Langtry, de lírica hermosura, que con elegancia bienhechora representa *El peligro de una esposa* traducción de una comedia de Sardou notabilísima, en que contra su uso hay más de Molière que de Scribe, *Nos Intimes* famosa. El andamiaje de la pieza es flojo; pero es seguro que sus tipos quedan. Da pena que las mentes magnas amoneden su talento, y por ponerlo en curso, y sacar de él provecho, lo cual no se logra sino gustando a la gente menor, perviertan la hermosura de su ingenio, como bella criatura que acepta marido a quien no ama. Se corrompe la una, y el otro también. Como se pasea por el mundo una hija, así debe pasearse entre los hombres la inteligencia.

La injuria de Bismarck a los Estados Unidos ha sido un brutal y habilísimo acto político. Así es el Canciller, de dura garra, que ha reunido en un cerco a todos los reinecillos de su raza, y no los quiere dejar ir. Ha fundado, a manotadas de oso. Quiere, como si alzara un monte en medio del continente, alzar a la Alemania, frente a Rusia, frente a Inglaterra, sobre la Francia y sobre la Italia. Ha bordado su mente de soldado. Y gruñe, de ver que cada año se le van de las manos cien mil hombres a los Estados Unidos. En los Estados Unidos aborrece la prueba viva de que el hombre puede ser sin peligro, y con provecho humano y propio, no coraza de emperador, sino emperador de sí; el temible rival aborrece al que con más brío que Alemania produce cuanto producen los talleres alemanes; y aborrece la casa de asilo, a donde, como rebaños que se salvan del lobo, deserta de su patria, para venir a dar vigor a la ajena, lo que de más intrépido e inteligente

tiene el mocerío pobre de Alemania. ¡Qué combates y qué valor, el de esos aldeanos que del brazo de sus abuelos han cruzado día tras día las calles de su aldea, antes de decidirse a desatar, como quien desarraiga un árbol, todos los lazos de su vida; y para siempre despedirse de aquellos ancianos sonrosados y puros, y lanzarse a la mar y a la tierra extraña, solos! Pero se es, y se ha de ser. Se trae fuerza y se la ha de emplear. Cada hombre que nace, es un paso adelante. El que vive fuera de la patria, vive con los pies sobre el mar; pero a la vergüenza de vivir sin el empleo honrado de sí, los alemanes prefieren la penetrante e incurable angustia de vivir fuera de la patria. La lloran; pero no vuelven. Bismarck, impaciente ya y temeroso, quiere, y no de ahora, cerrar las puertas a los fugitivos. En amistad no puede ser, y tiene que crear situación de enemistad. Querría que los norteamericanos llegasen a odiar a los alemanes, para que estos, ya malquistos con el país, o lo abandonaran, o no fueran tentador ejemplo de éxodo para los suyos. Ha buscado modo, con la cuestión del puerco norteamericano, a que quisiera cerrar de una vez la entrada, de excitar resentimientos contra los alemanes.

Ha ofendido al ministro de los Estados Unidos, a quien no recibe, sino envía a tratar con sus subordinados en el ministerio, y de quien habla mal. Cuando buscaba cómo montar en ira, los Estados Unidos, bien es verdad que por manos alemanas, le envían considerable ofrenda para el alivio de las víctimas de las inundaciones. De no poder saciarla, creció la ira. Vino a Nueva York Lasker, el implacable y astuto Lasker, el denostador recio y temido de la política de Bismarck, y halló amigos en los Estados Unidos, comentó con moderación y claridad los actos y tendencias del Imperio y creció en fama. Entre los admiradores de Lasker, que los tuvo, un caluroso representante por Texas, de los que siente más que medita, por lo que en política no está bien, donde se ha de meditar más que sentir,—el bueno y fogoso Tomás Ochiltree, de fama nacional por estos alardes, fue el más ferviente. Murió Lasker en los Estados Unidos y Ochiltree, sin esperar acaso que su proposición sería aceptada, puesto que so pretexto de no herir a los partidos políticos franceses, aún está en manos de la Comisión la propuesta de condolencia de la Cámara de Representantes, presentó estas resoluciones, que por el interés que aquí ahora tienen copio, y fueron, por no levantarse nadie en contra y tener en favor el voto del proponente, aceptadas por la Cámara.

Así propuso Ochiltree:

«Queda resuelto: que la Cámara ha sabido con profunda pena la noticia de la muerte del eminente hombre de estado alemán, Eduard Lasker:

«Que su pérdida no debe ser solo lamentada en su país nativo, donde su firme y constante exposición de las ideas generosas y liberales y su devoción a ellas han adelantado materialmente la condición social, política y económica de aquellos pueblos, sino por los amantes de la libertad en todo el universo:

«Que un ejemplar de estas resoluciones sea presentado a la familia del difunto; así como al Ministro de los Estados Unidos residente en la capital del Imperio germánico,

para que sea por él comunicada por el conducto debido al presidente del cuerpo legislativo a que pertenecía Eduard Lasker.»

Y como cosa menor, quedó en olvido la resolución de la Cámara. En Alemania, en tanto, —las pasiones políticas inquietas se habían exacerbado a la muerte de Lasker. Los diarios del Canciller lo juzgaban con desdén y crudeza. Los diarios liberales aguzaban en la defensa su justicia y su encono. Se hacía pecado, entre los secuaces del Canciller, hablar en memoria siquiera de su rival muerto. El Ministerio entero hizo gala de no asistir a los funerales celebrados en honra de Lasker. Un alto empleado de la Universidad devolvía la invitación, con la nota, de que se habían sin duda equivocado. *La Gaceta de la Alemania del Norte*, que del aliento de Bismarck vive, comparaba Eduard Lasker a Bradlaugh: y como no habría yerro al parecer de la *Gazeta*, en que el Gabinete inglés no asistiese a los funerales del diputado rebelde, no lo había tampoco en que el de Alemania no hubiese asistido al del pugnaz doctor.

En esto, la resolución de la Cámara de Representantes llega. El ministro Sargent, en obediencia a su jefe, el Secretario de Estado norteamericano, transmite una copia de las resoluciones al hermano de Lasker, y otra al conde Hatzfeldt, de Relaciones Extranjeras, con súplica de que la presente al Parlamento imperial cuando se congregue en marzo. Aquí, al pretexto de querella tanto tiempo buscado, vino a unirse en Bismarck la mortificación punzante de ver glorificado a su adversario. Como si estuviera vivo, y le pudiera combatir aún, ha tratado el áspero Príncipe a este muerto. Y como si la resolución de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos no fuera una carta formal de la Cámara norteamericana a la alemana, y el conde Hatzfeldt mero vehículo—usado por internacional cortesía, viola Bismarck la carta, mide hasta dónde, sin peligro real ni excesiva imprudencia, podía ofender a los Estados Unidos; medita un caso que procure desagrado y pueda llegar a disturbio, mas nunca a guerra; y devuelve por correo al ministro alemán en Washington para que la entregue al secretario de Estado norteamericano, la resolución de la Cámara de Representantes con la respuesta que sigue, que para marcar más su desvío del ministro Sargent y la ofensa, no puso, como debiera, en manos del mismo de quien recibió la resolución.—Dice la respuesta:

«Todo reconocimiento en un país extranjero de las cualidades personales de un alemán, especialmente cuando provienen de un cuerpo tan importante como la Cámara de Representantes, es agradable a nuestros sentimientos nacionales. Hubiera yo aceptado con reconocimiento la comunicación hecha por el ministro Sargent, y habría pedido al Emperador que me autorizase para presentarla al Reichstag, si la resolución no hubiera contenido una opinión sobre el objeto y efecto de la actividad política del caballero Lasker, que es opuesta a mis propias convicciones. Conforme a mi experiencia del desenvolvimiento político-económico del pueblo alemán, no puedo creer que esa opinión está justificada por los acontecimientos de que he sido testigo. No me hubiese aventurado a oponer mi juicio al de un cuerpo tan ilustre como la Cámara de Representantes si por

más de treinta años de participación activa en la política interna de Alemania, no hubiera obtenido una experiencia que me da derecho a considerar como de cierto valor mi juicio en cuestiones de política interior. No puedo determinarme a pedir al Emperador la autorización necesaria para comunicar la resolución al Reichstag, porque tendría que profesar oficialmente ante el Emperador una opinión que no puedo reconocer como correcta».

Y de esta manera un hombre solo pone la mano fríamente sobre la mejilla de un pueblo que ha abierto sus playas, sus instituciones, sus puestos más altos, sin más excepción que la Presidencia de la República, a los compatriotas del injuriador. Pues ¿qué es la opinión privada de un ministro sobre una carta de una nación a otra que en calidad de depósito ha venido solamente a sus manos, y él viola, y no entrega? Pues ¿cómo habla en su propio nombre y de sus propios sentimientos personales, como si el puesto de Secretario de un Emperador fuese igual al de toda una nación, sentada en junta solemne en su casa de gobierno?

Y si tenía que pedir venia al Emperador para presentar la resolución al Reichstag, ¿cómo se arroga la respuesta del Emperador, y prescinde de él, y responde por él, e impide que llegue a sus ojos lo que le está destinado?

Pudo devolver, con acerado y merecido sarcasmo, la resolución a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, con la razón de que no podía presentar la resolución al cuerpo legislativo de que Lasker era miembro, porque Lasker no era en la época de su muerte miembro de ningún cuerpo legislativo. Y eso es verdad: y fue error grave e inexcusable del impetuoso Ochiltree y de la indiferente Cámara.—Pero le era precisa la ofensa menor, bastante grande para producir malestar, y preparar una futura separación entre los dos países, pero no tanto que, por buscar modo de hacerse de soldados para la defensa europea, fuese tener que sacarlos de Europa para combatir sin fruto y con riesgo a un enemigo americano.

Pudiérase creer que la noticia de la ofensa, aunque tal tenida unánimemente, y por uno que otro muy lamentada, levantó, ya que no injusta cólera contra los alemanes residentes, los sentimientos nacionales: que se habló de guerra: que se respiró por un momento aire de batalla. Se creería mal. No había extranjero que no creyese la guerra segura, porque los extranjeros son de sangre ardorosa; mas era fácil ver que ni había de cometer error que atrajese tal consecuencia hombre de tan probada previsión política como el Canciller, ni por la devolución de una resolución imperfecta a la Cámara de Representantes por el Secretario de un Gobierno amigo, podía acontecer más que la natural tibieza en las inmediatas relaciones. Los diarios fueron, sobre todo, ejemplos de perspicacia y cordura tan grande, que a veces, ya lo eran demasiado. Es bueno que el honor patrio sea una médula tan sensible que a una presión ruda enturbie el cráneo. Ni temerarios, ni cobardes; pero antes que cobardes, temerarios.—Lo cuerdo estuvo, salvo uno u otro ejemplo de periódico menos probado o más ganoso de fama, en reducir desde el primer instante a sus

proporciones naturales el incidente que traía el telégrafo abultado. Más durezas han dicho al Príncipe astuto y soberbio los diarios alemanes que los norteamericanos. El *Herald,* con visión casi artística por lo perfecto del riesgo y el remedio trató desde los primeros instantes el suceso, como para paliar con un extremo el otro de alboroto e ira posible, de «conflicto internacional entre Bismarck y Ochiltree». En la Cámara de Representantes, y en todo Washington, hubo corrillos, y la natural agitación. Y vino la respuesta, y fue sencillamente a la Comisión de la Cámara de Representantes, a quien toca dar opinión sobre ella.

Y bien puede ser que esta hermosa indiferencia, aunque mirando en lo hondo tiene causas que no son todas de loar,—por esta vez venga a ser castigo merecido al soñador soberbio que se atreve a salir al paso, impaciente y triunfal, del hombre. El edificio que el Canciller levanta, entre las manos se le está viniendo abajo. Quedará lo que desde Lutero había, y desde Arminio: unidad alemana. Pero ya los habitantes de la tierra no se cuentan por razas: invade a todos los países, pacientes de los mismos males, ansia y necesidad de iguales remedios. Una palabra universal, como sagrada palabra, corre de un extremo a otro del hombre. Y ya no hay más que dos campos, con soldados en todos los países; el de los reyes y sacerdotes, que van de vencida, y el de los hombres en camino de sí, que van de avanzada.

¿Diré ya que hoy mismo se presenta en la Cámara de Representantes como para saber si ha de ser o no punto de batalla para la Presidencia la reforma librecambista, el proyecto que en esta dirección ha preparado el honrado e influyente demócrata, que de madera de presidente está hecho, Morrison? Es hombre que prepara, prevé, atrae y manda. Reduce su proyecto, esbozo apenas de futura legislación más liberal, a tres los artículos que han de entrar libres de derechos, el carbón, la madera y la sal: y en casi todos los demás productos, rebaja a un veinte por ciento los derechos de entrada.—Más de trescientos fabricantes de hierro y acero han presentado a la Cámara una protesta contra el proyecto de Morrison que a juicio de aquellos quiere hacer trabajar en Norteamérica con condiciones mezquinas de trabajador europeo al obrero norteamericano. Randall, jefe de la sección proteccionista del Partido Demócrata, cree que no tiene el país tanta prisa por un debate que va a poner en riesgo la elección presidencial, que sea menester discutir la nueva tarifa ahora. En lo que Randall se engaña: porque si el Partido Demócrata es llamado al poder, no lo será solamente para que sea honrado en el mando unos cuantos años, que esto de miedo lo están siendo los republicanos y aún en vísperas del triunfo no lo son—por decoro al menos—donde mandan los demócratas; sino para que inauguren con madurez y sobriedad un sistema económico que los republicanos, harto amigos de los grandes manufactureros, no parece que puedan nunca intentar.

¿Diré—mas no lo diré, por no decirlo de prisa—que Arthur, el presidente actual, es

acaso quien en estos instantes cuenta con más probabilidades de ser electo por sus partidarios para la candidatura presidencial republicana,—y que Tilden, el profundo y hábil anciano a quien Hayes, al decir de los demócratas, burló con una falsa elección la presidencia, pudiera ser, como acto de cortesía al menos, nombrado candidato en la convención que en Chicago se aprestan ya a celebrar los demócratas?

Ni del marqués de Morés, joven y valiente, que fue a la selva vestido de vaquero, plantó una tienda, mató a bribones, y levantó sobre ellos la ciudad de Medora hablaré hoy:—ni de la melodiosa hermosura de la delicada dama inglesa que, como quien deja ver un acto de su propio drama, representa, en escenario de elegantísimo atavío, la comedia *Nos Intimes*.

Ni de un profeta que es mercader riquísimo en maderas y hace buenos negocios, lo que no obsta para que diga que es enviado de Dios que viene a decir a los hombres que el Bien ha de vencer, y el Mal está venciendo, y el hombre después de muerto vivirá mil años:—todo lo cual conversa en un salón del hotel suntuoso de la Quinta Avenida, y en proclamas impresas andan los engomadores por todas las esquinas de la ciudad fijando.

Diré solo que cuando lleguen estas convenciones de demócratas y republicanos, las estudiaremos minuciosamente y va a ser un estudio muy curioso.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 13 de abril de 1884.
[Mf. en CEM]

ANTIGÜEDADES DE CENTROAMÉRICA EN EL MUSEO DE WASHINGTON

El Palenque.—Chichén Itzá.—El altar de la Cruz.

En estos momentos se enriquece con bajorrelieves de importancia extraordinaria el Museo Nacional de Washington: trozos de nuestro Palenque, copias de nuestro Chichén Itzá, altares, aves sagradas, festonadas cornisas, procesiones de guerreros. Desiré Charnay los ha traído de su último viaje a CentroAmérica; Desiré Charnay, el explorador afortunado, autor de ese buen libro que anda en manos de todos los americanistas, ameno como los de Brasseur de Bourbourg, pero menos atrevido que los de este: *Ciudades y ruinas americanas*:—¡ciudades hay enteras, ciudades hechas todas de piedra tallada, enterradas bajo selvas espesas, bajo capas de tierra de un metro y dos de altura! Los indios, como un muro, callan; su silencio es conmovedor y admirable. No han podido amparar sus hogares con sus manos novicias y sus pechos desnudos, y los amparan con su silencio. Y cuando les descubren una ruina, lloran. Entre estos indios los hay majestuosos, que viven en sus ciudades inmaculadas, vírgenes aun de humo de arcabuz. «¿Por qué no nos ayudáis a vencer a los franceses?» preguntaba un general mexicano ilustre a un jefe indio, jamás sometido, jamás invasor, de la frontera.—«Tú te sometiste al blanco: tú no mereces que el que no se ha sometido pelee a tu lado: sálvate tú del blanco.»—Y como un rayo de sol, se hundió en la selva. Brillan, esos bárbaros libres.

Desiré Charnay volvió hace poco de la América del Centro, por donde anduvo explorando ruinas, a la cabeza de una expedición costeada por los gobiernos de Francia y los Estados Unidos, y el capitalista norteamericano Lorillard:—ciudad de Lorillard se llama ya una población nueva de México. Llevaba trabajadores suyos, y otros le prestaba el buen gobierno de México.—Seguido de ellos vio a Uxmal, a Chichén Itzá, a Palenque; a Chichén Itzá y Uxmal, con sus edificios de piedras labradas afuera y sus muros cubiertos de figuras de colores, curvas y expresivas, adentro; a Palenque, con su palacio monumental, y sus altares, y sus tablas de piedra con figuras y viñetas bellas, sus estatuas, sus adornos de estuco, sus pisos de grandes losas cuadradas, sus casas rectangulares, sin arcos como las griegas, con las cabezas de las vigas adornadas, el techo sustentado por largas y elegantes galerías. ¡Cómo hubiera podido acabar, a haber vivido abandonada a sí propia, raza que con hermosuras tales comenzaba! Desde el cimiento al tope, no hay punto en la fachada de aquellas casas que no esté cincelada, como una espada o taza del buen tiempo, o como una de aquellas señoriales sortijas aztecas.

De Palenque y Chichén Itzá ha traído Desiré Charnay los bajorrelieves con que ahora se engalana el Museo de Washington. Catherwood adornó con maravillosos dibujos, ni un punto menos que maravillosos, la relación de John L. Stephens, más que la carta de

Del Río en las épocas reales, más que informe de Dupaix que exploró el Palenque luego, más que Brasseur mismo leída. Estos relieves de ahora, como que están tomados sobre la misma piedra, sobre las mismas aras, sobre los mismos frisos, basamentos y pórticos, acusan una que otra desemejanza, ligera siempre, con los dibujos de Catherwood.

¿Quién no ha oído hablar, que de América lea, del altar de la Cruz, enclavado entre dobles hileras de jeroglíficos, que a tantas conjeturas ha movido a los visitadores del Palenque? Ni en las ruinas mismas puede vérsele tan completo como en Washington se le verá ahora, porque en Washington estaba ya desde antes la tabla con seis hileras de jeroglíficos que Stephens calculó que faltaba a la derecha del altar: y Desiré Charnay ha traído el relieve de las figuras centrales, y el de la tabla izquierda. Nos parece que vemos todavía el ara misteriosa. Una gran cruz descansa, con otra interior de líneas que remata en algo como cola de ave del paraíso, sobre una ancha piedra, tallada de manera que parece la cabeza de un gigantesco animal terrorífico. Cuelgan sobre la cruz, como pudiera sobre las espaldas cuadradas de un cura irlandés una casulla, una sarta que piedras preciosas ha de querer representar, o trozos de obsidiana taladrada entonces a pesar de su dureza por arte hoy ignorado. En la cabeza de la cruz tiene las garras bien puestas un ave de plumaje complicado y cabeza fantástica, pero que por la única pluma de su larga cola, su grifoso plumerío, su corona de suntuosos ornamentos, su colérico alarde, su prominente puesto sobre la cruz, es sin duda el ave de la patria, el símbolo de la nación, el quetzal ofendido,—el quetzal, que no canta, y al ser tomado preso, como la llama del Perú al ser reñida con dureza, muere:—cosas raras de América y muy bellas! Hay seda e hilo de oro en el espíritu nativo americano. Y color, y elegancia.

Parece que quiere apaciguar la ira del ave magna el poderoso sacerdote, cuya categoría de su tamaño se desprende, y su carácter religioso de la modestia de su vestido y alta mitra. Correcta y de apropiada perspectiva es la figura; un delantal, el de los sacrificios acaso, le cubre el pecho: una hilera de cuentas, como remate de elaborada toca le cae por medio de la espalda, y con las manos tendidas presenta al quetzal iracundo un pájaro, símbolo acaso de un pueblo rival castigado, un pájaro con las entrañas palpitantes. En adornos de plumas, cabezas tal vez de aves raras, parece que rematan dos pilarcillos que figuran a uno y otro lado de la cruz: combinación natural, y no importada como pensó un entusiasta fraile, debió ser la cruz, en las artes de fabricación y ornato indígenas, que se valieron exclusivamente de las líneas rectas. Del lado de la cruz, opuesto al que con su elevado cuerpo ocupa el ofertador sacerdote, una imagen mucho más pequeña, como para denotar persona de categoría más baja que la sacerdotal, aunque alta también; a juzgar por su rica vestidura y casco plumado, sostiene una antorcha. En las gradas del altar imponente de la iglesia del Escorial, pujante remedo de la casa divina, oran arrodillados, por milagroso y profundo rasgo de genio, ángeles de bronce:—de los lados de esta ara de la cruz, más patriótica acaso que religiosa, y más histórica que eclesiástica, arrancan dos tablas de piedra labradas, que contienen en saliente relieve las figuras de un

anciano la una, y la otra de un joven,—como para enseñar que ninguna edad debe estar quieta, cuando el quetzal de la patria está ofendido!

Otro altar más pequeño hay semejante a este, solo que en ese en vez de cruz hay un sol.

En Chichén Itzá nos contaba hace años quien lo vio con sus ojos que la historia de aquellas tierras, por los obispos Landa, Núñez de la Vega y Zumárraga, rota en trizas o echada a las llamas, está escrita en jeroglíficos tallados en las piedras de los edificios del Estado Maya, o en escenas de colorido y armonía sorprendentes pintadas en los muros palaciales.—A cada instante las insignias de la casa real: primero en familia junto a una hermosa doncella mozos de lindo atavío que parecen príncipes hermanos; luego en batalla los hermanos príncipes: y la doncella con el uno luego, y luego con el otro; y después grandes séquitos, ceremonias marciales, triunfo de Ara hermosa, paz de Huuncay y de Aac.

Sobre cada cabeza un símbolo, sobre cada cuadro, su clave en letras de piedra. En una de las puertas de entrada, tallado un guerrero de europeo perfil y larga barba,—Balum Votan acaso, legislador sabio y puro, que les fue de Cuba.—Y cerca de estos palacios, el pozo sagrado, en donde al hondo cenote líquido se arrojaban por el brocal envuelto en perfumados humos, las víctimas que se ofrecían a las divinidades, en medio de las pálidas llamas de gomas olorosas y los oficios lánguidos de los *imenes*.—De ese Chichén Itzá se ha traído Desiré Charnay, que estas cosas no cuenta, porque estas cosas las hemos aprendido nosotros en las cercanías de Chichén,—relieves de una pared de dieciséis pies de alto y más de largo, cubierta toda por cinco hileras de figuras de guerreros, que están allí sin duda contando una memorable batalla, a la que van con las manos llenas de flechas: otros la imaginan, por una pieza extraña que allí anda y llaman cuchillo sacerdotal, una especie de guardia de honor en procesión de iglesia.

Pesadas columnas, copia acaso, si no trozos de los *katunes*, columnas de grandes piedras superpuestas con que las razas indígenas contaban sus años; frisos ornamentados con curiosos grupos, tablas de jeroglíficos, esculturas de guerreros y de sacerdotes, de monarcas y vasallos; vasos, lanzas, flechas, todo eso se está preparando ahora para exhibición en el Museo Nacional de Washington.

La Nación, Buenos Aires, 6 de mayo de 1884.
[Fotocopia en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Tres batallas capitales.—¡Primavera, primavera!—Política de primavera.—La escena en la Casa de Representantes.—Un *caucus*.—Demócratas proteccionistas y demócratas librecambistas.—Estudio de las causas, accidentes y alcance del conflicto actual en el

Partido Demócrata, relacionado con la presidencia.—Una tarjeta del pintor mexicano Alamilla.—Posición respectiva del Partido Republicano y el Demócrata.—Estrategia de uno y otro.—Razones para la permanencia de los republicanos y la esperanza de los demócratas.—El Capitolio, en la noche del *caucus*.—Riñas de antaño.—Daniel Webster. —Henry Clay.—Calhoun.—El famoso John Randolph.—Los patriarcas nuevos.— Randall y Morrison.—Cox atildado, Hewitt activo y Holman puro.—Resultado del *caucus*.

Nueva York, marzo 27 de 1884.

Señor Director de *La Nación*:

Está la política ahora, como la naturaleza, de primavera. De entre los múltiples acontecimientos, clérigos expulsados por sus feligreses, mozos de buenas casas que pelean a puñetazos, un hijo de banquero que muere de un golpe de boxeo en un gran colegio, una investigación para saber si las escuelas se quedan con los dineros que les dan para enseres de contar y escribir y el actor Booth que hace a Yago, y el senador Blair que quiere que la nación ayude con quince millones al año a las escuelas públicas; de entre teatros, salones y calles, surgen como hechos capitales, tres batallas: la de los demócratas por la reforma librecambista en la tarifa;—la de los prohombres de ambos partidos para las candidaturas a la presidencia;—la de un honrado senador contra el corrompido sistema de oficinas públicas de la ciudad de Nueva York.

Se enciende con el sol nuevo la energía. En todo eso hay inusitado color, bravura y prisa. Avivan la sangre los dulces calores de mayo. En la Casa de Representantes luchan con encono, más que republicanos contra demócratas, los demócratas proteccionistas contra los librecambistas. En las calles todo es resurrección. Como Borgoña bueno, sin alcohol ni azúcar, es el aire vigorante de estas mañanas de mayo. La sangre, aletea. La inteligencia, florece. Se bebe el aire como un elixir. Alegría va pintada en los rostros, y victoria. Parecen bellas las mujeres feas. Mozas que en el invierno no encontraron novio, ahora que están haciendo sus nidos los pájaros, los encuentran. Coros de niños danzan en las calles. Sobre el cielo azul se destacan, humillando los campanarios pardos de los templos, las torres blancas y rojas de las casas nuevas:—el hombre ha crecido tanto que solo cabe en un palacio. Los chirridos mismos de las ruedas del ferrocarril sobre los rieles, parecen canto de aves. Himno es la tierra, y arpas los hombres. Rompen involuntariamente los labios en palabras. En los ojos, se ve resplandor de alas.

Y entre los demócratas de todo el país, hay ahora ese nervio y movimiento. Acaban de salir los diputados demócratas de un *caucus:—caucus* es como junta general, y cuentan que el nombre viene de unas reuniones secretas que, después de una alevosa embestida de los soldados ingleses a los blanqueadores de Boston, comenzaron a celebrar los calafates,

sus amigos, que en inglés llaman *caulkers*.

Animadísima es la escena en la Casa de Representantes; la noche fría; ardientes las pasiones. Ni periodistas ni embajadores llenarán las vastas tribunas de la Sala de Debates. En dos agrios bandos está dividido el Partido Demócrata, de los cuales es el menor, aunque más antiguo, el bando proteccionista, y abundante e intrépido el que favorece la conversión progresiva del actual sistema al librecambio. Es una lucha entre el elemento nuevo reacio y el elemento nuevo impetuoso del partido.

Todo partido tiene dentro de sí sus senadores y sus diputados, sus caballeros calvos y canosos que reprimen, y su gente moza e inquieta que empuja hacia adelante. Un día, en que la pluma que esto escribe se había hecho palabra, vino a abrazarme un gran artista mexicano, indio, de ojos pequeños, desgarbado, feo, el pobre Alamilla, un genio muerto: y me puso en las manos una tarjeta que había dibujado para mí mientras yo hablaba. Por campo extenso y limpio venía a todo vapor en arrogante curva, una locomotora. Brillaba el sol en lo alto del espacio. Y desalado, sudoroso, soltándosele los zuecos de palo en la carrera, un hombrecillo rechoncho corría con un banderín en la mano detrás de la locomotora, avisando el peligro! Todos los partidos tienen, como la tarjeta de Alamilla, su locomotora y sus hombres rechonchos.

Las elecciones vienen: con súbito cambio de votos ha mostrado el país, benévolo hasta hoy para con los republicanos, el disgusto con que se ven sus ligas con las compañías acaudaladas, su insistencia en protegerlas por una alta tarifa de importaciones en daño de la nación entera que en el costo mayor de los artículos la paga; su desentendimiento de toda queja pública; su provisión de empleos entre los que los remuneran con contribuciones a los gastos del partido o tienen de pariente o amigo a algún prohombre, y su escandalosa distribución del exceso de entradas en empresas—cuando ni soñadas—ridículas, urdidas solo como pretexto a gigantescos fraudes. Y como es sabido que sobra cada año más de un centenar de millones de pesos, de lo que por contribuciones internas y derechos de importación se recauda, están los contratistas y peticionarios de dineros públicos asidos de los bordes del exceso, con la misma ansia con que estas damiselas neoyorquinas rodean ávidas y nerviosas, el mostrador de brillantes del joyero Tiffany:—¡da pena, ver arrugas de angustia, y como sombras de lodo, en aquellas lindas caras!

A esta desairada condición del Partido Republicano, han venido a juntarse la plétora de productos traída forzosamente por el artificial sistema de protección que tiene en los republicanos sus abogados más tenaces, y la falta de un candidato a la presidencia, de tantos que la cortejan, que esté bastante libre de compromisos y seguro de apoyo, para poder iniciar con autoridad una briosa política de reforma.

Estaban, pues, en frente, el Partido Republicano derrotado en las elecciones de los dos

últimos años, censurado por su apego a un sistema económico que se ve ya con zozobra, y desprovisto de caudillos para la única política sinceramente solicitada hoy por la nación,—y el Partido Demócrata, tenido por mejor, por el hecho eficaz de no estar en el gobierno; favorecido en los dos años pasados con los votos sustraídos de los republicanos, y guiado desde su casa de campo por el diestro septuagenario Tilden, que ha dado en época difícil prueba de que sabe acometer con energía y mesura la reforma de los abusos más empedernidos y graves.

Y aquí vino la división del Partido Demócrata, resistida con ira por los que de estos preliminares del combate creían tener ya asegurada la elección del candidato de su partido a la próxima Presidencia. Unos juzgaron que con nombrar de candidato a Tilden, que simboliza la firmeza en la administración, la sensatez en el gobierno, y la extirpación de los abusos, se vendrían todos los votantes del lado demócrata. Pero otros, que alegan con justicia la existencia de un programa de reformas semejante, de antemano servido por la administración juiciosa del cauto Arthur, en la política republicana; otros, que no esperan que sin razones grandes, a pesar de las amenazas parciales de las elecciones recientes, se decida el país en la hora definitiva a mudar los gobernantes que le prometen corregirse, y a quienes está, por no olvidadas glorias, obligado y habituado; otros, previendo que si la vaga cuestión de reforma en el servicio público puede servir aún de pretexto para la lidia en las próximas elecciones, la cuestión de la rebaja de la tarifa vendrá a ser inevitablemente la esencial y demarcadora entre los dos partidos y la ocasión de formidable batalla, han querido, aun con peligro de perder por un movimiento que parece ahora precipitado las elecciones próximas, tomar puesto de precedencia para las de mayor importancia que han de seguirle, ante un país que va a recibir de aquí a poco un sistema conducente al librecambio, han estimado juicioso erigirse en representantes de este sistema; capaces de arriesgar por defenderlo—un éxito probable,—y ganar así la mano a los republicanos, que tal como se asieron de la bandera de reforma civil no bien la desplegaron los demócratas, podrían asirse luego de la librecambista apenas viesen que de este lado estaba la victoria.

Con la elección de Carlisle, conciliador de carácter y lúcido de mente, a la presidencia de la Casa de Representantes, ganaron los librecambistas su primer combate. Morrison es integérrima persona, firme de voluntad y manso en formas, llena la frente de cuidados ajenos y los ojos de grave melancolía; capaz de mando y debate, librecambista conocido: y el Presidente de la Casa, que tiene el derecho de nombrar a sus comisiones, eligió como Presidente de la de Medios y Arbitrios al librecambista Morrison. Desde entonces, se oyen los golpes sobre las corazas de los combatientes. Fue primero tramar entre los proteccionistas demócratas que el proyecto de Morrison, que incluye la madera, el carbón y el hierro entre los artículos libres y rebaja de plano un 20 % en los derechos de entrada actuales de las importaciones,—no fuera aceptado a discusión,—como sin esfuerzo ha sido. Fue luego, el demorar con arterías la época de su debate, para ver si esta sesión se

cerraba sin poner voz en el proyecto de reforma de la tarifa, y las elecciones presidenciales se hacían solo con el programa de la reforma en el servicio público. Y como se enconaban los razonamientos, y daban los proteccionistas tan altas voces que parecían ejército poblado, ideó Morrison citar a *caucus,* que es cita que se hace solo en ocasiones solemnes: el *caucus,* compuesto esta vez de los representantes demócratas en el Senado y en la Casa, es como un congreso del partido; y lo que en *caucus* se aprueba, por aprobado de todo el partido se tiene.

Así iba a lograr, y logró Morrison, hacer saber a la nación que el Partido Demócrata se declara abogado de la rebaja inmediata y considerable de los derechos de importación. «Rebájense las contribuciones domésticas que fueron establecidas como impuestos de guerra, y desvergonzadamente se nos están cobrando—dicen los proteccionistas—en tiempo de paz;—y así se aliviará al país, y desaparecerá el exceso enorme que hoy cobra el Gobierno por impuestos».

«Rebájense—dicen los librecambistas—los derechos de importación, que como contribución de guerra fueron también aumentados; y así, cubriendo los gastos con los derechos que se dejen en pie, y los sensatos impuestos domésticos sobre las bebidas y el tabaco, póngase al país en condiciones verdaderas y normales, que al comercio den fijeza, al obrero empleo seguro y vida barata, y a los productos modo de competir con sus rivales en los mercados extranjero».

Cuchicheando estas cosas se entraban senadores y representantes, por las puertas del Capitolio que vio un día, no batallas de ideas como estas de ahora, sino riñas a puños y a balazos, trabadas entre los espaldudos diputados rurales y los corteses caballeros de la revolución. Días eran en que con tiros de pistola acentuaban las palabras de su discurso, los diputados; en que el insulto aún estaba de ida cuando ya la puñada venía de vuelta; en que Webster sacaba de su seno odas pujantes y voces de profeta, ondeantes como llamas y resonantes como truenos, por la caverna de sus voraces ojos alumbradas. Clay enamoraba,—a quien no le seguía odiando, con el encanto de su persona seduciendo, poniendo en admiración a la asamblea con los giros vivaces, esgrima resplandeciente, implacables arremetidas y altos vuelos de su palabra caudalosa, lumínea y plegadiza. Calhoun, grande hombre, mordido de la avaricia impura del poder, entraba, casi en la agonía, llevando en las manos trémulas una invectiva bruñida y afilada, y como el ruiseñor había volado ya de su garganta—con los ojos encendidos, con los labios palpitantes, con los dedos nerviosos, con las canas secas, seguía convulso por sobre el hombro del lector la marcha victoriosa de su robusta plática. O eran los días en que John Randolph se entraba por las puertas de la Casa de los Representantes, sombreado el rostro lampiño y pomuloso por la visera de una gorra de pieles, abrigado en ancho levitón con esclavina, y calzado de botas de montar, con sonantes espuelas de plata. En la mano llevaba el látigo, que con la gorra ponía sobre su mesilla de diputado, y se sentaba huraño y silencioso, rodeado de todos sus perros.

Dueño era aquel, y no representante. Cuando quería, iluminaba. Por lo común, gruñía. Sabía odiar, por lo que era respetado. Y si pasaba cerca de él un enemigo rumiando alguna palabra descompuesta, a la sombra del águila de bronce, y sin poner mientes en la arrebatada campanilla presidencial, abría en pedazos con el pomo de su látigo el cráneo del enemigo infortunado. Claridades tiene un brillante; pero no más que aquella frase purísima de Randolph; más que de palabras, era su discurso de facetas, y como malla muy ceñida en que los reparos de la crítica no entraban. Del látigo no necesitaba mucho, puesto que hablaba: ni de la maza del macero que vela por el orden en la sala; sus ataques remataban a sus adversarios, como puñales de misericordia. Y cuando disparaba una interrupción o despedía de rebote otra que echaban sobre él, polvo y humo se veía en la sala, pero no al contendiente. Así es fama que fue el temido John Randolph.

No eran ellos ahora, no eran esos patriarcas de la tribuna americana, los que con paso rápido, por no faltar con su voto necesario a la ocasión interesante, acudían a la sala agitadísima, donde una cincuentena de proteccionistas hacía diligencias vanas por mermar la victoria de más de cien partidarios de Morrison. Randall, puro en sí, pero obligado a ricos, capitanea a los proteccionistas. Morrison, que trae al partido desmayado ojos claros, mano segura, seducción personal y sangre nueva, defiende con moderación la necesidad de que lleve su proyecto de rebaja al debate la importancia de una medida de partido.

Cinco minutos habla Morrison; y nadie, excepto Carlisle, para aconsejar prudencia, habló más de cinco minutos. Ni en las sesiones formales de la Casa duran más las oraciones de los representantes, a no ser las de los magnos de la palabra a quienes se deja el cerrar el debate en discursos de a una hora, que ellos suelen benévolamente repartir entre oradores amigos: ¡porque para parleros, estos americanos!

No falta en el *caucus* diputado o senador demócrata notable. Allí Cox, que cuando en días pasados censuraba a la Casa por limitarse a repeler de ingenioso y digno modo la soberbia acción de Bismarck en el caso de Lasker, dijo cosas calientes y bien dichas, que él se saca de su espíritu generoso y entero, y viste con un lenguaje musical y culto. Allí Holman, de la raza de Lincoln, pensador juicioso y político inmaculado; allí Abram Hewitt, orador de fama, en quien ni achaques ni años ni riquezas aflojan la noble pasión por los asuntos públicos, que con singular fortuna estudia, y con todos sus datos, para que estén cerca de sus labios elocuentes, lleva en su frente adoselada.

La escaramuza dura poco. Morrison vence; pero se declara que el *caucus* no obliga a los representantes a votar por el proyecto aprobado. Como que triunfan los que mantienen la necesidad de rebajar la tarifa de importaciones, y no las contribuciones domésticas, Carlisle propone, con voto favorable, que se declare a la vez necesaria la reducción de las contribuciones domésticas defendida por los proteccionistas. Mas esta concesión la reciben los vencidos de modo huraño... Y resulta que irá a la Casa como medida de todo el Partido Demócrata el proyecto que propone la rebaja de un veinte por ciento en los

actuales derechos de entrada.

Alegan los proteccionistas que la alarma que esta novedad de los demócratas cause, les privará de la victoria que en la próxima elección daban por segura. Creen por su parte los librecambistas que aunque eso fuera por esta vez cierto, el Partido Demócrata va derecho a la muerte, si, con los ojos puestos en lo futuro, no establece y defiende un programa visible de medidas vivas que puedan contrarrestar la influencia, arraigo y habilidad del Partido Republicano. Bien se pone en política el que se pone del lado de lo que viene.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 8 de mayo de 1884.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

New York en manos de rufianes.—Los bastidores de una gran ciudad de inmigrantes.—Estudio de la máquina electoral.—Tráfico de votos.—Capataces y rebaños.—Cómo se proveen en Nueva York puestos públicos.—Urdimbre curiosísima.—La gente culta se aleja de las urnas.—Miedos de la prensa.—Impotencia del *mayor* de la ciudad.—Votos y cervecerías.—Un viaje por las oficinas públicas, y una nota de sus comercios.—Prácticas en las cárceles.—Trabas al municipio y franquicias al *mayor*.—Diputados.—Las reformas que se intentan y la que se necesita.

Nueva York, marzo 28 de 1884.

Señor Director de *La Nación*:

En Washington, y por todo el país, se agitan ahora esos argumentos y rencores; y en la capital del estado de Nueva York un senador joven y de casa rica, ayudado por cincuenta y tres ciudadanos decorosos, jura guerra a los rufianes de esgrima y traficantes de votos que con deshonor de la ciudad ocupan en Nueva York los más elevados puestos públicos.

Quien estos párrafos vaya leyendo verá en lo interior de su poderosa vida, y con las manos a la obra, a este pueblo que parece, a pesar de todos los riesgos de la grandeza y de la acumulación de masas incultas, destinado a salvarse.—¡En la médula, en la médula está el vicio, en que la vida no va teniendo en esta tierra más objeto que el amontonamiento de la fortuna, en que el poder de votar reside en los que no tienen la capacidad de votar!—Pero es justo decir que al pie de cada llaga, se ve erguido un sacerdote. Y cuando parece que todo se va a venir a tierra con catástrofe y derrumbamiento, surge un hombre sencillo, vestido de paño del país y calzado de gruesos zapatos, que con palabra maceadora y tundente acusa el mal, y obtiene el remedio. Así

ahora con los desvergonzados manejos de las oficinas públicas.

Poco es cohecho; estafa es poco. Domina en Nueva York el voto irlandés que se da por lo común a quien lo compra, ya con halagos a sus preocupaciones, ya con permisos para cosas ilícitas, ya con dineros;—y hay un John Kelly entre los demócratas y un Johnny Brien entre los republicanos que tienen amaestrados a los votantes de sus distritos como a sus perros sabios un titiritero; los cuales John y Johnny reconocidos capataces de los partidos en la población, en nada más se ocupan que en asegurar para sí y sus favorecidos, a quienes sujetan a tributo, los puestos públicos de la ciudad, que se eligen aquí por mayoría de votos; y sucede cada año que el Brien presta al Kelly unos cuantos millares de votantes republicanos para que le saquen triunfante al registrador que con Kelly tiene sus paniaguados, y el Kelly presta luego al otros miles de votantes demócratas para que quede colocado en la Dirección de Prisiones el que se obliga a partir con Brien, por cuanto le ayuda a ser electo, los gajes del oficio.

Tienen ambos partidos en cada distrito sus asociaciones, obedientes a los representantes respectivos de Kelly y de Brien, cuyos representantes en las cervecerías viven buena parte del año, ya haciéndose de la voluntad del cervecero, que es mercadería que está siempre a la venta; ya encendiendo con pláticas insidiosas las pasiones e intereses de la gente baja. Quien por darse aires públicos, o seguir el hábito, o tener cosa que poner a precio y de qué sacar ventaja, quiere unirse a la asociación de algún partido, ya sabe que ha de obedecer a lo que el cacique del distrito mande; y el que por sí piense y obre, de la asociación es expulsado. No se discute en esos comicios de distrito a los candidatos; sino que se vota a ciegas (por tenerse lo contrario a traición al partido) en favor de los que proclaman los caciques.

Y así, por el interés, por la costumbre, por el compadrazgo o por la virtud misma de la lealtad, las asociaciones de los votantes de los distritos pertenecen a los tenientes de Brien y de Kelly; quienes entre los capataces mismos que les ayudan reparten los empleos de la ciudad que por votación se ocupan, y de antemano conciertan con los que han de ocuparlos la distribución de las pingües ganancias, en pago del apoyo de todos los distritos electorales al cacique de distrito que, abandonado a su esfuerzo, contaría solo con los votos de uno.

Como por sufragio se elige a los miembros del municipio que son los que señalan los árbitros de las oficinas públicas, sucede siempre que los munícipes, que no lo serían sin la benevolencia de Brien o de Kelly, ajustan las cosas de la manera que a estos place, y es aquella que permite sacar tantos provechos de las oficinas, que pueda ir una porción de ellos a hacer fondo para los gastos que requiere esta tenebrosa máquina, y otra al mantenimiento de los mercaderes de votos que viven de ella. O bien acontece que cierta persona contribuyó en trances de apuro con una cincuentena de miles de pesos para sacar triunfante una elección dudosa; y el Brien o el Kelly le dan luego en pago un oficio público—que rinde al año un centenar de miles.

Policía, salud pública, hermoseo de la ciudad, cobro de contribuciones: todo está en el puño de Brien y de Kelly. Por elección popular son nombrados los cabezas de estos departamentos; y un cazador no es más dueño de su traílla que Brien y Kelly de la elección popular.—Dada la gente más culta a la busca ansiosa y goce precipitado del dinero, recuerdan solo su deber de elegir cuando ven ya de cerca en el triunfo de algún candidato un peligro para su tráfico o fortuna; y bien por el natural desplacer de andar de codos con aquellas hombradas de cervecería, bien porque les domina de tal modo el amor del provecho propio que creen que en nada influye en este el público, es lo cierto que, salvo en alguna elección presidencial reñida, en que ya se ponen en conflictos mayores intereses, las elecciones están por lo común en manos de la gente de taberna:—¡senador hay, embajador ahora en tierras de oro y raso, y muy bien visto en cortes europeas, el cual en las manos del curioso que escribe estas líneas ha puesto en vías de elecciones un vaso de sidra que, arremangada la camisa y abierto el chaleco, por sí mismo sacaba el caballero sonriente y afanoso de la ancha barrica en una taberna de suburbio! ¡Y sonreía el rubicundo candidato, como un hombre dichoso!

Iba de bebedería en bebedería, pagando de beber a todos los sedentales, y dejando sobre los mostradores nauseabundos, en vez de décimos de plata, que aun son mucho para costear estas cervezas infectas, mazos de billetes y monedas de oro:—¡Ya no es honor aquel que necesita ser buscado!—ni se saca el honor de entre las turbas!

Fortalezas sin agujeros para asalto ha venido siendo esa organización formidable. La prensa misma temerosa de perder su influencia y provecho en las masas, no decía estas cosas sino con miedo, para que no se le pusiesen en contra los que capitanean en los distritos las voluntades. Pena da a veces ver cómo cortejan estos periódicos a la muchedumbre:—le halagan sus gustos; le sacrifican la propia cultura; se fingen por complacerla vulgares y brutales; se echan encima por la esperanza de la propina, el arreo servil y la sonrisa dolorosa de los lacayos! Por voto público se elige el *mayor* de la ciudad que es casi siempre un comerciante de pro, el cual acepta en remuneración del nombramiento obligaciones que traban su independencia, cuando no le deslustran el decoro, pero el *mayor*, que está dos años en oficio, halla en los empleos gente desconocida, a quien no puede mudar, aunque le parezca mal, y la cual tiene su puesto por plazo más largo que el *mayor* el suyo: ni nombrar podía el *mayor* a empleado alguno sin el beneplácito del municipio, que imponía siempre los candidatos que por los cabecillas de las elecciones les eran a su vez impuestos. Buey era, pues, el *mayor*; y poco más que el derecho de firmar las voluntades de los munícipes tenía, a la sombra de su yugo. En las oficinas de la ciudad, seguras de la sanción del municipio de quien podía únicamente venirles persecución y daño, se habían erigido ya en práctica abominables abusos.

El secretario del condado, que es una especie de visador de documentos, con 3 000 pesos de sueldo, no ha podido negar a una comisión de diputados investigadores, que

cobra indebidamente por derechos caprichosos, ochenta mil, ochenta mil pesos al año.

En la Oficina de Registros, obligada a dar gratis sus informes, pulula muchedumbre de gente voluntaria, a quien se permite tener en el lugar su mesa y plumas para que, con estos asomos de oficinista, exijan a los que buscan algo en el registro una gabela por hallárselo, que los solicitantes pagan como si lo debieran, y los empleados ambulantes parten con los que les consienten y autorizan el comercio. Y sobre el Departamento de Prisiones, callar es mejor, por no decir lo que se sabe: presidios de España hemos visto muy de cerca, y su pan lleno de gusanos negros, y su carne hedionda, pero en las cárceles de New York, cuyas atenciones paga la ciudad con largueza, no se sufre menos, por el rapaceo de los empleados, que en los presidios de España.

Si un peso cobran al día por la comida de cada cabeza, con un real le dan de comer, y lo demás se guardan. Si tal preso quiere irse de paseo, o traer feas visitas a su celda, páguelo bien, y se irá y las traerá. Si hay regla que infringir de día o de noche, las infracciones tienen su tarifa, como los pecados, y el que la cubre, deja atrás la regla. Quien no tiene qué dar, vive mísero. En los días de votación, los carceleros, que son agentes de elecciones, salen a votar con los presos, y dejan la cárcel sola. Traducir debiéramos aquí el indignado informe en que a latigazos más que a frases cuenta increíbles villanías y corruptos sistemas la Comisión de diputados republicanos y demócratas que, tomados de entre los hombres más puros de ambas parcialidades, envió la Asamblea del estado a New York a cerciorarse de estas violaciones. Se ve el rubor, y la noble cólera, en el ardiente informe. Río Alfpheo se necesita que de raíz arranque la inmundicia de estos establos!

La mesa del Presidente de la Asamblea está cubierta de proposiciones de reforma. Se quiere privar al municipio, y dotar al *mayor* de la facultad de nombrar y remover los empleados.

En tanto, ya se ha separado de manos del municipio la facultad de nombrar empleados para oficios de ganancias sabidas. Ahora el *mayor* los nombra, que es siempre persona de más fianza que los munícipes. Pero esta mejora, anuncio solo de otras complementarias que han de dejar establecido un sistema nuevo de provisión de los empleos, y de los fondos necesarios para su pago, ha tenido que arrancarse de los dientes de Kelly y de Brien. Vaciaron en Albany, que es el sitio de la Asamblea, a todos sus agentes. Sentían el golpe mortífero, y acudían a pararlo. Como los representantes han menester para ser electos de la autorización y apoyo de Kelly y Brien y de sus distritos, a recordar y a amenazar fueron, y a exigir de los representantes, so pena de no ser reelectos, que no dieran oídos al informe, preñado de hechos, de la Comisión. Pero prendió en la Asamblea el decoro, y los agentes se han vuelto corridos. La befa pública hubiera seguido a los que emprendiesen la defensa de los empleados corruptos y sus cómplices;—y en el hecho mismo de aspirar a la representación popular hay cierta nobleza, que el ejercicio de la representación acrece, y no permite afrontar, aun a riesgo del provecho propio, la befa

pública. Es túnica sacerdotal, una investidura de diputado. Como que unge. Como que eleva. No se es ya un hombre, sino una atalaya. Se es la patria, y se mira la mente como un vaso sagrado. Verdad es que los diputados se venden y se compran; pero hay ocasiones en que no se atreven a venderse. La prensa, aun en medio de sus cobardías, está de centinela. *Cave canem*, estaba escrito para guarda de los visitantes en las casas de Pompeya. La prensa es el can guardador de la casa patria; y en todos los oídos debe resonar siempre el grito saludable: ¡*Cave canem*!

Pero no está solo en quitar de los munícipes y en poner en el *mayor* la facultad de nombrar empleados el remedio de los males que vienen del descarado tráfico de votos. Ni en crear organizaciones nuevas de distritos está el remedio; sino en mejorar la masa votante. En nada menos está que en mudar en patriótico e inteligente el espíritu de una muchedumbre que de apetitos sabe más que de ideas, y no siente amor alguno por un pueblo que no es su patria, y el que, sin embargo, gobierna. Y el alivio más inmediato, está en que los ciudadanos cultos, que hoy hacen gala de mantenerse lejos de las urnas, voten. Si desdeñan hoy el ejercicio de su derecho de dueños, tendrán mañana aterrados que postrarse ante un tirano que los salve. Deber es el sufragio, como todo derecho; y el que falta al deber de votar, debiera ser castigado con no menor pena que el que abandona su arma al enemigo!

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 9 de mayo de 1884.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Grupo de sucesos.—Artistas en Nueva York.—Quehaceres en una noche.—Contienda de caminadores.—Los caminadores.—El público.—El hipódromo.—Aspecto de circo.—Descripción del espectáculo.—Por qué y cómo luchan.—El jugador, el médico, el caminador y la prensa.—Contienda de candidatos a la Presidencia de la República.—Posición de los partidos.—División interna de demócratas y republicanos.—El anciano Tilden y el abogado Cleveland.—Juntas eleccionarias.—Convención de estado.—Convención General.—Arthur, Blaine y Grant.—Examen de la situación política, y líneas de los candidatos prominentes.—El senador Edmunds.—El Sud demócrata, el Este nobiliario, y el Oeste nuevo.—Formación contemporánea de los Estados Unidos.—El hombre del Oeste y el neoyorquino.—La raza puritana.

Nueva York, 28 de abril de 1884.

Señor Director de *La Nación*:

¿Llevaré primero a los lectores de *La Nación* al hipódromo de la plaza de Madison donde catorce caminadores, ávidamente seguidos con ojos, palmas y voces por una colosal muchedumbre, se disputan el premio de dinero anunciado al que en seis días ande seiscientas veinticinco millas;—o los llevaré al muelle de donde arranca para Europa el *Oregón*; casi llevada en alas por los bravos del gentío que acaba de oírle cantar *Semíramis*, a la risueña soberana del canto, a la que da venturas y como el tenor español Gayarre, anuncia cielos, a la Patti;—o a las juntas eleccionarias los llevaré, donde las asociaciones de barrio del Partido Republicano eligen, no sin golpes de puño y cabezadas, los delegados a la Convención del estado que ha de escoger de entre los sostenedores de los varios candidatos a la presidencia, aquellos que el estado nombra para que en la Convención General del partido en Chicago, lo cual será en agosto próximo, voten por aquel que les parezca más apropiado para Presidente? Ingersoll, gran orador hereje, como por acá lo llaman, que a guisa de cetro y entre carcajadas levanta por el aire, ante las multitudes cultas que lo admiran, los huesos de las religiones muertas; Ingersoll, que en olla norteamericana ha puesto a hervir argumentos viejos, habla, con más aplausos que palabras, ante la concurrencia que llena la Academia de Música, lóbrego y desmantelado teatro, que es el de la ópera y mayor fama en New York; cuatrocientos alumnos de la Universidad de Harvard, reunidos en un banquete, acuerdan pedir al antiquísimo colegio que, en vez de cierto latín inflado y menesteroso que en los actos públicos de Harvard se usa, sea la lengua maciza nativa, en que dibujó colores Irving y amontona ahora Walt Whitman olas, la lengua inglesa sea la oficial y constante del

colegio.—En una misma noche desde un palco vaciaba la Nilsson canastos de flores a los pies de la Patti y Nicolini;—y la Materna y Scarla, que mejor que nadie a Wagner entienden, cantaban a pocos pasos el *Tannhäuser*;—el actor Irving vestido con las ropas del *Mercader de Venecia*, asomaba por el costado del telón su faz recia y huesosa, a modo de prólogo de su cuerpo enérgico, dilatado y enjuto, a dar gracias a la gente americana que ha celebrado sin tasa los arranques geniosos y pujante voluntad del actor inglés;—y los tenientes de Barnum enseñaban a una populosa concurrencia un elefante bien cuidado y con manchas rosadas en la trompa, del que se cuenta por el mundo, aunque las embajadas siameses lo niegan, que es elefante sacro del reino de Siam. Se va a la cantina de Hoffman, que es como un palacio de las bebederías, por ciertos cuadros y bronces de pocos vestidos famosa; y alrededor de un cordón de seda, se ve siempre un grupo de gente absorta, que mira cómo un sátiro se niega a seguir al bosque a una ninfas que con colores sutiles y acuosos ha traído a la vida, tan hermosas que no debieran salir nunca de ella, el exquisito pincel del Bouguereu, que de exquisito peca; muy cerca de la bebedería de Hoffman, colgada de tapices de Aubusson y repleta de cachivaches de arte, enseñan los pintores norteamericanos, que apenas dan con uno que otro cuadro de la naturaleza sus ásperas figuras, extravagantes puestas de sol, y espantables correrías en pos de Manet y de Courbet; y a unas cuantas calles de la Academia de Pinturas, el General Grant Wilson, ayudado de un gran estereóscopo, cuenta a un público atento por dónde anduvo en América Colón; y entre la concurrencia se distingue a un veterano de pasadas guerras y de buena casa que acaba de ofrecer a la ciudad en un discurso de comida su espada y la de sus amigos, para cuando desenvainasen la suya, si espada usan, los «socialistas atrevidos»;—y una señora de cabellera de crespos grises que tiene tendidos sobre la modesta falda los números del *Scientific American* en que el doctor Le Plongeon, casado con dama inteligente y atrevidísima, cuenta lo que con sus manos mismas, y las de su mujer que le acompañaba vestida de hombre, ha arrancado a las marañas que cubren las ruinas de las ciudades enterradas en el señorío de Mayapán donde hoy vive la raza yucateca; y en las cuevas escondidas donde sobre informes y labrados pilares tendían las estatuas de sus héroes los antepasados de los indios—como caracolea una opulenta frase en el cerebro, se enroscaba y reentraba en sí, y de sí no salía, el dibujo indígena.

Pero sobre todos esos entretenimientos de noche, sobre las procesiones de millares de hombres, mujeres y niños que bajo una lluvia terca recorren las calles con estandartes y músicas pidiendo que se cumpla la ley que limita a ocho horas las del trabajo diario de los artesanos; sobre la lucha empeñadísima de los periódicos de la mañana que a ocho centavos casi todos se siguen vendiendo y cada día inventan métodos con que arrebatar sus lectores a los diarios rivales, entre cuyos métodos el de escribir con ligereza y de burla sobresale y priva, por ser la necedad y frívola disposición condiciones que alcanzan mayoría en lo común de los públicos;—sobre la cripta de un museo de figuras de cera,

donde en cuadros groseros están representados los diversos modos de dar muerte que los pueblos usan, lo cual tiene siempre llena de gente la casa; sobre los juegos de pelota, que ya empiezan, y los paseos en el Parque Central, que son ahora deliciosos, y los grupos de las mujeres por las calles que ahora en abril se parecen a las rosas de mañana,—lo que a todos preocupa más son las próximas elecciones. Se entra a la una del día a un salón de *lunch*, como es preciso ya llamar para ser entendido, lo que en castizo se llama tentempié, —y asombra oír al que nos vierte en una copa de cristal tallado el tibio cordial de cerezas, discutir con otro de los concurrentes sobre el alcance de las leyes actuales de navegación y comercio,—y el influjo de la tarifa alta sobre las rentas de las casas. Se cruza el río,—y por encima de las noveletas perniciosas de amoríos criminales y palacios descritos por quienes nunca los vivieron, que andan en las manos de las trabajadoras jóvenes, se cruzan las preguntas y relatos sobre los candidatos a la Presidencia. Aunque ahora, con las apuestas a las caminadas que están dando la vuelta a la pista del Hipódromo de Madison, se habla menos de los candidatos presidenciales que de los que han de repartirse, acabada la odiosa faena, los dineros pagados por la enorme procesión de gente que a todas horas del día y la noche repleta el hipódromo.—Porque no es esta porfía de los andadores como aquel animoso estadio griego, donde a ligero paso y dando alegres voces justaban en las fiestas por ganar una rama de laurel los bellos jóvenes de Delfos; sino fatigosa contienda de avarientos, que dan sus espantables angustias como cebo a un público enfermizo, que a manos llenas vacía a la puerta del circo los dineros de entrada que han de distribuirse después los gananciosos.

Anoche, que era domingo, rompieron a las doce la caminata. Con la gente que llenaba el circo a esa hora, había para hacer la independencia de un país:—mas no, no con esa clase de gente; que bien se están los países esclavos cuando los que los libertaran no han de honrarlos!—No eran solo los concurrentes habitantes del Bowery, que es en New York el barrio de la cofradía de gente torva, sino caballeros de buen ver; y mujeres de ricos vestidos, en cuyo seno palpitante lucían ramos de rosas que a pocas vueltas de los competidores estaban ya adornando los pechos de los atletas que sacaban la delantera en la primera milla.

Los caminadores son catorce: negro uno de ellos; inglés, de cierta cultura, otro; los más, irlandeses avaros; uno, miembro el año pasado del municipio; otro, un joven indio. A un extremo de la pista, tiene cada uno de los competidores, hecha de pino sin pintar, su cabaña de reposo. Asomarse a ellas, da náuseas; y no por las cabañas mismas, llena la puerta de banderas, y coronas, y símbolos de triunfo; sino por los hombres que en sus umbrales merodean. Allí están, como los galleros cerca de sus gallos, los que cuidan a los catorce hombres, preparando los menjunjes con que han de dar vigor ficticio, de aquí a unas cuantas horas, a los miembros fatigados de los caminadores: allí están, como los homicidas en los presidios españoles, el rostro lampiño, el ojo hinchado y hosco, los labios colorados y belfudos, la cabeza rasa:—si se les encaja en un mango, de fijo que

esos hombres sirven, por lo insensibles y duros, más que para hombres, para martillos!—Allí están, riendo de los contendientes ansiosos que pasan, como fantasmas, sin mirarlos, el jugador insolente, ricamente vestido, que ha pagado durante todo un año los vicios y necesidades de uno de los caminadores, para resarcirse luego, según contrato escrito, con la parte de ganancias que en la carrera le quepa; allí está el médico, sombrío como una guadaña, encargado de medir el sueño, preparar el alimento, tomar el pulso y echar a andar, mientras les lata la sangre en las venas, a los que todavía en estas primeras horas están dando vueltas a la arena, sin muestras de gran cansancio.

Mas cuando ya han pasado unos tres o cuatro días, y los diarios han contado por toda la tierra cómo se van hinchando los pies de Fitzgerald y el corazón de Rowell, y cómo se van hundiendo las mejillas de Noremac, y cómo tiembla, llora y balbucea el vejete Campana; cuando ya ha perdido todo su brillo sobre sus escuálidos cuerpos el calzón corto de seda de color y la camiseta de lanilla rosada con que, como los caballos con su divisa, entraron en la arena; cuando ya debajo de los vestidos sudorosos se les señalan los homóplatos agudos, las caderas descarnadas, el vientre seco,—no son seres humanos los que giran en medio de una multitud que monda frutas, casca maníes y ríe, sino unos como espectros o insectos grandes, imbécil y vidriosa la mirada, caído el labio, la inteligencia en velo, la voz en hilo, apretados ambos brazos a los lados del pecho, como los de un mono moribundo.

Ya andan con las rodillas más que con los pies: el negro, más enérgico, camina airoso, y se lleva los ojos y los aplausos, por lo bravo y esbelto, que son admirables siempre la energía y la hermosura aun en medio de la mayor barbarie; los demás, andan como si fueran focas, y como si se llevaran a rastras a sí mismos y caminasen sobre el cuello. Se ve que su sudor es frío; en un dedal de niña cabe la vida que les resta en el miserable cuerpo. No han comido: no han dormido: apenas han bebido. Andan treinta horas; duermen media: les dan a chupar una esponja: les bañan las sienes con aguardiente; pasan cojos y anhelantes, jadeantes por entre el gentío de las barreras, apurando una taza de caldo, descascarando un mendrugo, royendo una costilla de carnero. Por las mejillas les cuelgan las guedejas sudorosas; no responden, de miedo de exhalar sus últimas fuerzas. Y por encima del espectáculo monótono, en que aquellos catorce míseros dan vueltas sin cesar durante los seis días de la apuesta al inmenso circo, en levantada plataforma, con su ejército de chispeantes cronistas y taquígrafos, están todos los periódicos de la ciudad. No se contó de seguro el camino de la Cruz del Nazareno con más minuciosidad que las caídas, desmayos, ligeros sueños, refrigerios breves y reapariciones en la arena de los caminadores.

Como pluma vívida, coloreada y novelesca, y no sin galas de intriga y estilo, cuentan los jóvenes críticos, que allí van a hacer pruebas de ingenio, los cambios del rostro, las inclinaciones del cuerpo, el paso peculiar de cada contendiente. Y el *World* que es periódico viejo en que ha entrado sangre nueva, no contento de haber publicado ayer en

su hoja diaria los retratos de todos los nobles de la ciudad, venerables hijos de mercaderes y vaqueros, y las narices de las mujeres de más nota en el teatro, esta mañana salió a la luz con burlescos y fieles retratos de los justadores del hipódromo. La multitud, por las calles, lee ávida los boletines extraordinarios en que se cuenta hora a hora el progreso de la competencia; y en una esquina se apuesta por el irlandés, y en otra se quita un mozo la levita, y la juega al indio.

El *Herald* sobre su pórtico de mármol,—el mismo que vistió de luto severo la mañana memorable en que pasaron a su sepultura los héroes del Polo,—levanta ahora un gran cuadro de lienzo, donde, para saciar la curiosidad de la gente que se apiña en las aceras, va un hombre escribiendo en grandes cifras las millas que lleva andadas cada combatiente. El mismo cuadro se alzará mañana, para anunciar a los transeúntes cuántos votos tiene obtenidos cada uno de los candidatos a la Presidencia.

Porque ya están las filas apretadas, y el combatiente enzarzado; y las Convenciones de agosto, en que han de nombrarse los candidatos para noviembre, andan ya cerca. Ya los barrios, en juntas donde se reúnen todos los afiliados al partido que en el barrio viven, nombraron sus delegados a la Convención del estado que discute y declara por qué candidato lucharán sus electores, y otros delegados por distritos, a la Convención de todos los del estado, los cuales eligen los que este nombra para que le representen y señalen por él el candidato a la presidencia en la próxima Convención General del partido en Chicago. Ya se calculan, con la vaguedad de las profecías, los votos con que Arthur, el actual presidente cuenta; y los que favorecen a su competidor Blaine. Y del lado de los demócratas, ya se dice que de veras no aceptará la candidatura, si para ella se le elige, el anciano Tilden; y con no pequeño asombro de demócratas de más fama, surge de pronto, con todo el poder de los amigos de Tilden, que no lo son de los rivales que tiene entre sus propios partidarios, la serena y honrada candidatura del que hoy gobierna con seso y desinterés el estado de Nueva York, el abogado Cleveland, obeso de cuerpo, voluminoso de cara, de mano segura y limpia, y de cabal honestidad.

Pero no está entre los republicanos y demócratas la lucha visible; sino entre los republicanos entre sí. Ni es de principios la batalla, porque tiene ahora confusos los suyos el Partido Republicano, compuesto de bandos rebeldes y diversos, y libertado apenas de la descomposición por la complicidad en el provecho pasado y esperanza en el venidero que mantiene en interesada unión a sus miembros inquietos. Es de personas la batalla republicana; y por los puestos es que las personas dan más que por lo que estos significan. Claro es, para quien sabe ver, que el anciano Tilden, que tiene de rencoroso tanto como de profundo, conducirá a sus amigos de manera que no obtenga la candidatura ninguno de los demócratas prominentes que luego de haber mantenido en 1876 que Tilden había sido electo y Hayes le hurtó la elección, cometieron por personal ambición en 1880 el singular desacierto de no proclamar de nuevo al candidato que sobre todos sus tamaños personales, tenía los de la víctima.

Pero con mayor encono que Tilden y sus envidiosos, están luchando Arthur y Blaine; Blaine, a la cabeza de capitalistas, industriales amigos de la tarifa alta, y gente ambiciosa y acometedora; Arthur, con el prestigio que, a pesar de su fama de político intrigante y compadrero, disfruta ahora por la habilísima manera con que, azuzado por su bando personal y vigilado, como por dragón hambriento, por el bando de Blaine, ha sabido ir manejando los negocios del partido de modo que no ha dejado talón vulnerable, y los de la nación entera con tal acatamiento a la voluntad pública que esta no oculta sus simpatías por el prudente mandatario. Punto menos que criminal parecía a muchos cuando, no oreada aún la habitación en que murió Garfield, subió a la Presidencia, vacante, más que por la bala de Guiteau, por los odios entre los bandos internos del Partido Republicano, que dieron razón a aquel malvado culto para esperar que los recompensaría el bando en que militaba Arthur, que con su crimen salía ganancioso.

Y ahora, a los mismos que le veían con desagrado, parece Arthur un distinguido caballero. Cínico es, y está más a su provecho que al del público; pero es el suyo una especie de cinismo bueno, que consiste en ir dando a los hombres lo que desean, como medio seguro de tener siempre llena de frutas la mesa, de puestos el porvenir y de consideración y regalos la vida. Quien afronta a los hombres, y les hace mirar en sí, es abandonado por los hombres, si no lapidado con furia. Consentidores quieren los hombres, que les permitan ir viviendo con sus apetitos y vicios; y no denunciadores amorosos, que se los saquen a la faz, para que tengan vergüenza de ellos, que pudren,—y se los curen. Arthur es persona muy pulida, entre las damas celebrado, y sin más falta en el vestir, en lo cual sobresale, que el uso de corbatas de pechera y en ellas prendedores coquetuelos. Cuando se es jefe de una nación, se debe llevar la corbata blanca o negra.

Blaine es persona pujante e inquieta, acusada, con asomo de justicia, de poco escrupulosa, y muy diestra en manejar pasiones de hombres. Cosas magnas no dice, aunque no hay quien le aventaje en el arte de regate y esquiveo, y de salir al encuentro oportuna y fríamente a los planes más secretos de sus adversarios. Témesele, como a un diablo sabio. Donde mira pone en fuga. Y dicen que habla mieles. Pero cosas magnas nunca dice. A su país, si lo tuviera en las manos, le pondría buques por espuelas y un ejército por caballo, y lo echaría en son de conquista por todos los ámbitos de la tierra. Es de los que no se sientan, y nacen para bullir y remover. No le consume el ansia de bien nacional, sino la necesidad del brillo propio. Goza, venciendo hombres; y lo es, con algunas condiciones excelentes, muchas veces temibles, ninguna grandiosa, y todas las humanas.

Grant, desde el fondo de sus arrugadas botas de campaña, da a última hora muestras de que aún no ceja en su empeño de ser nombrado por tercera vez para el ejercicio de la Presidencia. Es una roca sentada, roca de filo, que andará cuando le parezca que debe andar, y hecha para aplastar, aplastará tranquilamente a los que para este destino haya elegido. Se le tiene en reserva, como un jefe de ejército, ya para poner freno, lo cual

pudiera no estar lejano, a los de afuera, ya para acorralar, en caso de revuelta de la muchedumbre mal aconsejada, a los de adentro. Pero el mando le place; y acaso el poder influir en el logro pronto de esos deseos suyos no ignorados de expansión de la tierra norteamericana y afirmamiento decisivo de su influencia.

Blaine, tan hábil para capitanear a los grandes industriales como tenaz en sus odios, cierra a Grant el paso con uñas y dientes, porque los que vemos de cerca esta guerra, sabemos que es de taberna y de palacio, de uñada y dentellada. Grant está como un candidato guardado en la sombra, para que en el caso posible que por su fama antigua de amigable y político de barrio, y por la hostilidad de Blaine, fuese vencido Arthur, o este, sin vencer por su parte, impidiese a Blaine conseguir la necesaria mayoría en los votos de la Convención, surja ante esta, con sus prestigios pasados y la probabilidad de éxito que siempre trae una acometida briosa, la candidatura del recio general, antes de que los delegados hayan tenido tiempo para acordar la proclamación de algún «caballo negro», como acá llaman en el dialecto político a la persona de secundario mérito a quien, por no dar el triunfo a un adversario prominente, conviene en transferir sus votos los bandos rivales. Tal es Edmundos senador venerado y huraño, de barba blanca y envidiable historia, a quien acusan solo de tener caprichos firmes, e ideas tercas, como las del primero de los Adams.

De otros muchos pretendientes a la candidatura se habla: háblase, como en cada época de elecciones, de todos aquellos que tienen predominio marcado en algún estado poderoso de la Unión, y traerían por consiguiente al partido los votos de su estado. Un aspirante, basa sus pretensiones en que los del Sur le favorecen con sus votos,—lo cual es importante, por ser los estados del Sur baluarte usual y poco menos que inexpugnable de la democracia. Otros afirman que con su elección se ganarían los votos del Oeste, que orgulloso de su número y caudales, no muestra disposición a dar a los estados pedagogos y como nobiliarios del Este el gobierno de la República.

Y aquí nos salta entre las puntas de la pluma uno de los fenómenos actuales de la vida nacional norteamericana: se está rehaciendo, como se rehace la de la tierra, la capa nacional. El aluvión ha traído de todas partes, y ha echado sobre el *substratum yankee*, la tierra fértil nueva. Ni la religión puritana, ni el gobierno republicano mismo primitivo, prenden bien en el nuevo terreno: terreno exuberante, pero lleno de ortigas europeas, y de plantas glotonas.

Tenía su asiento en el Este, del que venía siendo cabeza tradicional el estado de Massachusetts, aquel americano de raza vieja, sobrio en el vestir, zancudo en el andar, en las obras mañoso y astuto, provinciano en ademanes y lenguaje, y amigo de poner los ambos pies por centinelas de los platos de su mesa, y sazonar con aguardiente de maíz, ya una plática con damas de pomposa pollera en los salones presidenciales, ya un robusto y monumental debate en la solemne rotonda del Senado.

Ahora tienen su asiento en el Oeste y en Nueva York, y cercan de una y otra parte al

americano viejo, que por su sabiduría a veces se impone; pero que por todos lados pierde puesto, avalanchas de los nuevos americanos, producto reciente y abundante de la emigración que desde hace medio siglo se está vaciando acá a barcadas. De Europa repleta y turbada de odios vienen rugiendo, blasfemando, empujando. Se ven dueños de sí, como jamás se vieron. Solo de poner el pie en esta tierra, ya les parece que tienen encima de la frente una corona. Se dan con embriaguez al goce de comer, beber, procrear y poseer. La posesión los afina, eleva y aquilata. Los que se sueltan por el campo se nutren de la savia nueva de la tierra; y crean esos americanos del Oeste sanguíneos, estentóreos y ciclópeos. No parece que explotan minas sino que las traen a cuestas. Parecen hechos para abatir los búfalos que aún pueblan los bosques. Los que se quedan arrinconados por las ciudades, vendiendo frutas, merodeando por suburbios, o desecándose en populosos talleres, engendran esos neoyorkinos desgoznados, de piernas corvas y entecas, de rostro zorruno, flacos, viciosos, amarillos y enfermizos.

Los hombres del Oeste se vienen encima, montados, como en sus corceles naturales, en ciudades inmensas, rompiendo como los bárbaros, acostando las selvas. Los de New York fuman y silban, de todo despreocupados, de sí propios, de la Nación y de la vida, y si, con ligerísima carga de escrúpulos, acaparan fortuna, que al aire echan como del aire les viene, o logran como un caballo en un pesebre, un quehacer fijo y un tanto holgado, viven indiferentes y se extinguen alegres, como si la grandiosa vida universal se encerrase en el fuego de su chimenea, o en el humo de su cocina. Persiste, sin embargo, y ahora mismo lucha hermosamente por erguirse y afianzarse, lo cual acaso, mejorada con el sedimento bueno de la inmigración consiga, la antigua y hermosa raza puritana, a quien solo ha faltado ser generosa para ganar puesto entre las más simpáticas y gloriosas de la tierra.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 6 de junio de 1884.
[Mf. en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

Un domingo de junio.—New York en verano.—Los barrios de pobre.—El pánico financiero.—Los bancos suspenden [pagos], la muchedumbre invade las calles.—Decenas de casas quiebran.—Los socios del general Grant.—Fernando Ward y su casa.—El juego de Bolsa.—La vida moderna: la neoyorquina.—Nuestras riberas y estas.—Elementos del carácter norteamericano.—Los negocios de Grant y Ward.—Los contratos del gobierno.—Colosales estafas.—La Convención Republicana.—Candidatos para la presidencia y la vicepresidencia.

Nueva York, junio 7 de 1884.

Señor Director de *La Nación*:

En domingo se escribe esta carta; un sofocante domingo de verano. Los pueblos de campo y las playas vecinas tienen hoy más fieles que las iglesias: rebosan los trenes pasajeros acalorados que van a ver las regatas de los remadores desde las barandas del Puente Alto; y los vapores pasean por los ríos, luciendo banderas de todas las naciones, a multitudes aseadas y gozosas. Se abren los nidos en el campo y el amor en las almas.

Todo es parejas en los rincones de los botes, en las escaleras de las estaciones del ferrocarril elevado, por las aceras anchas de las calles. Ellos lucen corbata blanca de piqué, y chaleco blanco: ellas, vestidas de telas ligeras como de alas, pasean, como un buque en gala sus pabellones, sus trajes prendidos con cintas rosadas y azules. De diez a doce, aún se veían, en las cercanías de los templos despoblados, barbudos caballeros y compuestas damas con su *Biblia* y su libro de cantos: pero la ciudad no está ahora de devoción, sino de tálamo. Flota en el aire un inmenso Júpiter, que besa en la boca a Ío desvanecida. Nació el amor de junio y de la Tierra. El invierno es un féretro; y las almas, con las primeras luces del verano, se visten de amores, como los parques de ramos de lilas. En los barrios míseros que echan sus gentes sofocadas a las grandes avenidas, trepan por las rodillas de sus madres, como insectos por troncos de árboles, los niñuelos enfermos, esos pobres niñuelos descarnados y exangües que en estas grandes ciudades sin fe y sin sosiego, tienen, como flores de lodo, de mujeres brutales los trabajadores descontentos e iracundos:—esos niños, apenas se acerca el sol a la tierra, se empiezan a secar, encoger y desvanecer, como los pantanos en los meses ardientes. Se busca a las fieras en los bosques: buscarlas, y convertirlas, se debe, en las entrañas turbias de estas ciudades opulentas.

Los niños que en Nueva York gustan más de pelotas y pistolas que de libros, porque en las escuelas las maestras que no ven en la enseñanza su carrera definitiva, no les enseñan de modo que el estudio los ocupe y enamore,—y de las casas, los padres

acostumbran feamente empujarlos, como para que no se enojen con sus travesuras y enredos, a las calles;—los niños, ¡válganos Dios! o se detienen en las esquinas, lo que no es del todo mal, a trocar coqueterías con damiselillas pizpiretas de diez o doce años que con mirada y aire de mujer van solas; o se entran a la callada, a escondidas de la policía, en un patio a jugar a la pelota; o salen de las cigarrerías, que por esta maldad debieran ser tapiadas con el cigarrero adentro, ostentando en los labios sin bozo encendidos pitillos. Y si se va por los barrios pobres, es usual ver cómo en las barbas del gendarme, que suele no ir muy seguro sobre sus pies, unos chicuelos descalzos empinan por turno una botella de cerveza, y hacen burla a un Rinconete de diez años, que pasa ebrio y tambaleando, mal sujeto del brazo por un Cortadillo balbuciente.—¡Válganos Dios, decimos! ¿No estarían mejor los fieles de las iglesias levantando estas almas, y calzando a estos desnudos, y apartando estas botellas de los labios, que oyendo comentarios sobre la bestia del Apocalipsis, y regocijándose en los picotazos que se dan los pastores de los templos rivales del distrito? ¿Quieren levantar templos? Que hagan casas para los pobres. ¿Salvar almas quieren? Pues bájense a este infierno, no con limosnas que envilecen, sino con las artes del ejemplo, puesto que la naturaleza humana, esencialmente buena, apenas ve junto a sí modelo noble, se levanta hasta él.

Envíense conversadores de alma sana por esos barrios bajos; regálenseles periódicos amenos, que no les enojen con pláticas sermoniacas de virtudes catecismales, sino que lleven la virtud invisible envuelta en las cosas que al pueblo interesan, de manera que no vean que está allí, y sospechen que se la quieren imponer, porque entonces no la aceptarán. Se curan las llagas en el pecho, y no se curan esos suburbios en las ciudades. En los ateneos se habla mucho de progresos insignes, y en los editoriales de los diarios; pero no se ve que se está haciendo en casi todas partes el pan nacional con levadura de tigres. Esto sobre todo es peligroso—en países donde, como en este, el tigre manda. Así, las Repúblicas van a los tiranos. Quien no ayuda a levantar el espíritu de la masa ignorante y enorme, renuncia voluntariamente a su libertad.

—«Nos parece que el obispo Potter, en su lindo palacio gótico de Broadway, lleno de altas ventanas de vidrios de colores, hace muy buen obispo»,—dijo uno así esta mañana, tropezando con los rosetones de mármol que en el atrio del templo protestante aguardan a que los suban a completar la torre altísima con que la iglesia americana quiere dar celos a la catedral católica.

Y otro que oyó dijo:

—«El mejor obispo ha sido Peter Cooper».—Nación que no cuida de ennoblecer a sus masas, se cría para los chacales.

No estaba, por cierto, tan alegre y encintado como hoy Nueva York, la mañana en que una sobre otra, hará unos cuantos días, vinieron a tierra, como naipes en fila, cuando se empuja el primero, decenas de grandes firmas comerciales, que eran meras casas de juego, so pretexto de comprar y vender acciones; y al suspender pagos, en virtud de

sucesos escandalosos, algunos Bancos nacionales, quedáronse sin tener quien les prestara o les aceptara como válidos sus cheques nulos, y se declararon en quiebra. Los pueblos se encarnizan en amar, como en odiar; y suelen amar con tanta injusticia como a veces odian. A no ser por esto, y por ser tal la necesidad de lo heroico en las naciones que cuando lo tienen no lo quieren perder, y cuando no lo tienen se lo fingen; a no ser por esta tenacidad con que se aferra un pueblo a quien lo ha llevado a la victoria, y por esa saludable consustanciación de las naciones y de sus grandes hombres públicos, que es tal que si se los hieren les parece que son ellas las heridas; a no ser por esta bondad y nobleza humanas,—no se recobraría el general Grant de la vergüenza en que ahora anda.

Dio su espada a que le acuñaran con ella oro, y se le ha ido la espada de las manos. Dio su nombre e influencia para que con ellos negociase la casa de comercio de acciones de que sacaban él y sus hijos aparente grandísimo beneficio, y ha quebrado la casa del general Grant, enseñando que, sin que él pudiera desconocerlo enteramente o dejar de sospecharlo, venía de años atrás manteniéndose en pie merced a increíbles engaños, mentiras asombrosas, colosales fraudes.

De Grant y Ward se llamaba la casa de comercio. Ward la llevaba en su cabeza, y era el director de los negocios, amigo de buen vivir, de regalar, de dormir entre ricas pieles, de pasearse por establos bien poblados. Y Grant y todos sus hijos eran asociados de la casa. Ward pasaba por persona astuta que veía el provecho aprisa, y se asía de él, con cuya reputación ganó la mano de la hija de un alto empleado del Banco Nacional de la Marina, y la confianza, al cabo, del Banco, que llegó a ser como propio suyo, pues del presidente, que era un magnate neoyorkino, hizo su cómplice.

Es legítimo el tráfico en valores, y ha de haber un lugar donde el que se vea corto de dinero y sobrado de papeles que lo representan venda, y compre el que quiera colocar sus fondos. Pero hinchar las acciones a precios que no están en relación con sus orígenes y valor presente y probable; imponer a papeles nulos un valor ficticio; forzar, con escaramuzas y asedios de Bolsa, que no son en sí más que voluntarias suposiciones, ocultaciones culpables y descaradas mentiras, alzas o bajas que no proceden de los cambios reales del valor representado,—es una estafa indigna de que las gentes honradas pongan su inteligencia en organizarla, o su limpia fortuna en mantenerla en movimiento y crédito.

Ha echado por caminos la existencia moderna, en que la serenidad del ánimo, la claridad de lo interior y la vida legítima van siendo imposibles. El súbito ascenso de los hombres a la igualdad política ha originado un desequilibrio y trastorno económicos que en todas las partes del mundo se notan; así como la súbita cultura, y la necesidad ardiente de ella, los han puesto en desigualdad con los medios de darles satisfacción; que no crecen con tanta rapidez como los apetitos. En las tierras donde toda la vida se es mozo, y se tiene en más el merecer las miradas de una dama, o la amistad de un hombre, que el aumentar las arcas; y se vive en el amor caluroso de la patria, en la doliente

contemplación de sus desdichas, en el pago y la solicitud de los afectos, en los arrobos y ganancias del espíritu, en el espectáculo sano y confortante de una Naturaleza próvida y amiga, no se convierten todas las fuerzas a un solo objeto que las absorbe e hipertrofia; sino que se distraen y balancean; y como que se recibe placer en las amenidades del alma, no se pone toda la voluntad y la faena, en crearse una riqueza sin la cual es aún posible la ventura.

Pero en estas naciones donde del acumulamiento mismo de hombres vienen soledad y abandono espantosos, donde solo una porción escasa de los que nacen en el país se sienten prendidos de él por sus padres y abuelos, y por esa interpenetración misteriosa del espíritu del hombre y el del pueblo en que viene a la vida; donde los mismos hijos del país son desterrados, y más que a una patria accidental que no puede tener para ellos ternuras maternales, aman acaso la de sus padres extranjeros que vieron siempre venerada en el hogar, como a una muerta adorada; o caen en el horror de no amar a patria alguna; en este pueblo de niños educados en la regata funesta por la riqueza en que sin sueño y sin día de fiesta forcejea la nación; y de hombres desvalidos cuya existencia entera, acerba como la duda e inquieta como la náusea, pasa en el combate por asegurarse el bienestar, que para luego en el constante susto de perderlo, o en el vicio censurable de acrecentarlo,—en este pueblo revuelto, suntuoso y enorme, la vida no es más que la conquista de la fortuna: esta es la enfermedad de su grandeza. La lleva sobre el hígado: se le ha entrado por todas las entrañas: lo está trastornando, afeando y deformando todo. Los que imiten a este pueblo grandioso, cuiden de no caer en ella. Sin razonable prosperidad, la vida, para el común de las gentes, es amarga; pero es un cáncer sin los goces del espíritu.

Tal sería la gran tarea de los hombres previsores de este pueblo; y tal fue, como si le hubiese vivido una estrella en el pecho, la tarea de Emerson: espiritualizarlo. En la naturaleza espiritual, como en la física, como en la histórica, lo grande amenaza lo esencial: se ve en los poetas verbosos; en cuyo hojerío la idea se diluye, afloja y evapora; se ve en la rosa centifoglia, monumental, mas sin aroma; y en este pueblo arrebatado, que ofrece tal vez el espectáculo más admirable que hayan presentado jamás los hombres sobre la tierra,—en este pueblo rebosante se está viendo.

Naturalmente, de tanta fatiga, del deshábito del buen comercio de la amistad inteligente, del desconocimiento de los placeres delicados y superiores que vienen de la posesión y ejercicios de los afectos,—los hombres se van a regocijos acres y locos. Como que con las uñas y con los dientes pelean por asir el premio de oro, tienen placer en lucirlo, y entre el ganarlo y el ostentarlo, se les va por entre los dedos, pueril a veces como la de un niño, la vida. No saben cautivar a la hermosura con las únicas armas que la rinden, y la compran o la toman en alquiler: lo que es tanto como acostar una hidra en el tálamo. La mujer, que abomina siempre a quien la paga, siente odio de sí y cae de un lado y de otro, buscando refugio. Honradas a veces, como en algo se han de complacer, se

complacen, con arrobos de enamoramiento y ardores de pasión, en sus joyas y vestidos; por donde en ocasiones es profunda virtud lo que parece un defecto. Se crea un ser nuevo, triste como una llaga: la esposa manceba.

El hogar es un cuarto de hotel, cuyas paredes no son cual aquellas de nuestras casas, a las que se ama y conversa, como a seres vivos, y de quienes no se aparta el alma sin desgarramiento, tal como el árbol de la tierra en que tiene sus raíces: cuarto de hotel es el hogar, donde el proveedor va a dormir, y a que le vean su lujo, y de donde la mujer, como de una tumba, huye.—Las familias se cimentan, de parte del hombre, en una imperfecta necesidad de compañía, o en una exigente atracción física; y del lado de la mujer, en el goce de entrar a disponer de más amplio peculio. Como las ganancias suelen ser extraordinarias, tanto como las pérdidas, la vida llega a ser enfermiza y violenta como la de los jugadores. Un día es un perro que viene de regalo en los brazos del amo ganancioso: un perro amarillo de hocico negro, con collar de plata; otros, los días de pérdida, el perro viene dentro del amo. Y como el corredor de Bolsa tipifica a esta generación frenética y amonedada, resulta que de pintar los caracteres generales de la vida ansiosa en esta gran ciudad: hemos venido; sin más que acentuar las líneas para ponerlas de relieve, a describir la vida de Fernando Ward.

¿Carruajes? Brougham no se había de pedir, ni *tilbury* ligero, ni *cuatro en-mano*, ni *carrillo-de-perro* para los niños, ni *coupé* discreto, ni *cab* abominable:—porque de todos tenía, y los mejores de New York, la cochera de Ward. ¿Pieles? Se andaba sobre ellas, y estaban de ellas vestidas las paredes, tendidos los canapés, repletos, en elegante descuido, los rincones. ¿Medallones, bronces repujados, óleos de maestros, ídolos japoneses, trompetas de voluntario habanero, aguafuertes de Morin, estatuillas de barro y tela de los indios de México, abanicos de Java, y pericones abiertos con sus corridas de toros o sus amores de María Luisa en el paisaje? De todo, de todo eso que puebla hasta los bordes del techo las salas americanas, estaban llenas, como un altar de reliquias, las paredes de Ward. Y días antes de quebrar, compró en una fábrica de la Quinta Avenida, famosa porque hace en pulida caoba muebles como los de la época de la Revolución, no menos de cuarenta mil pesos en enseres de casa; y de los mostradores de Tiffany, separó para su mujer un aderezo de unos veinte mil.

¿Ni quién lo había de extrañar, si es fama en los Estados Unidos que no hay negocio que produzca más pingües ganancias que los contratos con el gobierno; y Ward aseguraba a sus depositantes, y el general Grant lo dejaba creer bajo su firma en carta publicada, respondiendo a una pregunta confidencial y ansiosa, que por el prestigio de Grant, que ha sido siempre considerado como enorme, tenía la firma asegurados contratos excelentes con el gobierno? Y la firma compraba un día millares de acciones; prestaba a un ferrocarril dos millones de pesos; pagaba en cinco meses, sobre cuarenta mil de capital, seis mil de provechos; y en el Banco Nacional de la Marina, cuyo presidente era también socio de Ward, pagábanse al día a veces por su orden no menos de setecientos

mil pesos. Murmurábase del exceso del interés pagado a los depositantes, porque era tal la maravilla, que el que ponía hoy cien pesos en la casa, los recibía mañana doblados; mas nadie lo extrañaba; pues por Grant se suponían seguros los contratos que daban para tanto—¡hasta que se ha venido a saber que jamás había tenido la firma contrato alguno, ni hecho acaso, a no ser los primeros que causaron sin duda la pérdida, original negocio que no fuese deliberadamente fraudulento!

¿Pues cómo pagaban aquellos intereses enormes? Con los tres millones de descubierto que enseña la quiebra: con el capital de los depositantes nuevos pagaban los primeros intereses del mismo capital, a tipo loco, y los de los depósitos anteriores, consumidos ya a su vez del mismo modo para pagar los premios de depósitos aún más antiguos. Y no daban a ciegas los nuevos contribuyentes sus caudales; sino que se hacían firmar al entregarlos un documento en que se les garantizaba para un plazo corto una ganancia escandalosa. La sospecha callaba ante la magnitud del beneficio. Astuto ha habido que, en estos lances, ha sacado en intereses, con préstamos doblados, unas cuatro veces su capital.—Y es verdad que prestaban de una vez dos millones de pesos a un ferrocarril; pero le tomaban en depósito acciones por más, y no bien había estrechado la mano de Ward el presidente satisfecho del camino de hierro, ya andaban agentes excusados por la calle levantando préstamo sobre las acciones en depósito confiadas, por cantidad mucho mayor que lo que se acababa de prestar, del cual modo se lograba por el momento unos miles de pesos que iban a cubrir los compromisos más urgentes, a los gastos de los asociados, cada uno de los cuales, en año ordinario, tomaba, para mal vivir, unos cuarenta mil pesos. Iban al presidente del Banco que aceptaba, sin depósito de Ward alguno, cheques de Ward por colosales sumas, de cuyo riesgo el presidente se amparaba tomando de la sociedad para su bolsa unos quinientos mil pesos por año. Iban a los corredores que traían dinero nuevo, uno de los cuales, que vive ya en casa de mármol, pagó la firma por estos servicios en solo un mes, doscientos mil pesos.

Volvía su préstamo el ferrocarril, y a ruinosísimo precio, había que buscar dinero en plaza sobre el que el ferrocarril devolvía, para recobrar las seguridades del camino de hierro de que Ward había indebidamente usado: y como el interés cargado al ferrocarril era mucho menor que la diferencia entre lo prestado a él y lo tomado sobre sus seguridades, había que acudir, con las manos llenas de oro, a un agente que buscase depositantes nuevos que creyeran en el milagro de los contratos. Pero un día, hubo que pagar 215 000, y no se halló depositante. Tenía Ward en un Banco, que no era el de [la] Marina, unos dos mil pesos, y giró contra él por los 215 000, a favor del Banco de la Marina, que aceptó los cheques; y a quien fueron acreditados a la mañana siguiente en cuenta, al hacerse el cómputo de cheques en la Contaduría de Bancos Nacionales; y los cheques sin valor fueron puestos al cargo del otro Banco, que vio al punto que se le ponían a su adeudo 215 000 en una cuenta cuyo haber no subía a dos mil. Llamó a las puertas del de la Marina; y este, que buscaba en vano a Ward, tuvo que correr sus

persianas de hierro y suspender sus pagos.

La estopa se enciende aprisa; pero no más que la ciudad con aquella nueva y las que le siguieron.

Años enteros hacía que andaba, con el presidente Grant a la cabeza, la firma en tales manejos, que es de justicia creer que en detalle él ignoraba, aunque, como estaba en trato continuo con su asociado, a cuya inspiración respondía con cartas insidiosas y afirmativas, a los que le preguntaban si era cierto que la firma andaba en contratos con el gobierno; si de estafa no se le puede, por naturales respetos, acusar, de sigilo culpable sí, o de torpeza e inexperiencia inconcebibles, o de pequeñez grande de miras, porque quien se siente amado de su pueblo, y tiene casa propia y sueldo de general, y la renta vitalicia de 250 000 pesos que le reunieron sus amigos, y en la casa por única carga la de una sobria esposa—pobre persona ha de ser si se ocupa en amontonar más dineros. A bien que tiene hijos, y acaso por ellos diera su nombre; que el buen padre, por sus hijos hasta la honra pone en riesgo. Pero dos años hace, le preguntaron solemnemente si era verdad que la firma sacaba provecho de sus contratas, y si estas existían; y él, por quien las contratas hubieron debido de ser obtenidas y sabía por tanto que no las había, no respondió esto, como debía a la más común honradez, si no a la alteza de su nombre, y escribió en cambio, «que autorizaba de buena voluntad que la firma usase de su influencia y de su nombre del modo que le pareciese provechoso». Cuando se oyen tales cosas, parece que se ve caer a un hombre de una altura. Y se le ve muerto, aunque se le vea andando.

Al día siguiente, Grant y Ward venían, con gran estrépito abajo: ¡habían dispuesto de todas las seguridades que les dejaran en depósito! ¡El presidente del Banco de la Marina había tomado en año y medio un millón de pesos de provechos! ¡Por años enteros había llevado Ward una cuenta falsa de contratos! ¡Los hombres más ilustres de la ciudad habían puesto dinero en aquella sentina! Como entre las acciones desaparecidas, había gran número de empresas ferrocarrileras, cuya necesidad de tomar prestado se revelaba con esto, a la agitación de los negociantes alrededor del Banco en suspenso y la casa de Ward, siguió, con la baja en las acciones de las empresas comprometidas, gran estrépito en la Bolsa y ese rumor que, antes que la razón, anuncia siempre el peligro. Ya venía por las calles la noticia de que un lindo de la ciudad, de casa grande, que era uno de los directores de un Banco de excelente fama, había hallado manera de disponer de cuatro millones de pesos de los fondos del Banco, y perderlos en la Bolsa. Todavía no acababa de anunciarse esto a los corredores que aullaban y rugían, como fieras presas, y ya por todo Broadway serpeaba otra funesta novedad: el Banco Metropolitano, con un filántropo millonario y famoso a la cabeza, había jugado también a la Bolsa con el dinero que confiaban a su honradez los depositantes.

Al punto, no hubo Banco seguro; y, en las calles de negocios, ni un adoquín sin su hombre. Hasta los pisos altos de calles lejanas subía el rumor encendido de la

muchedumbre. Desde los hombros de la estatua de Washington miraba un pilluelo a aquella enorme masa. Como por las calles de Wall y Broad, y por Broadway están los Bancos, allí la gente se apretaba, pálidos y como enjugados de repente, las guedejas de cabello sudoroso caídas sobre las sienes, el vestido descuidado, en las manos garduñosas la libreta del Banco. Cómo se viaja en este país, allí se pudo ver. En un instante, se vaciaron sobre New York los pueblos vecinos, que aquí tienen sus ahorros, y corrían aterrados a buscarlos. Mujeres había más que hombres; y a ninguna mujer se vio llorar, y a hombres sí. Sollozaba un desventurado de fábrica monstruosa y barba larga, como si le hubieran arrancado del pecho las entrañas. Cinco, diez, veinte casas, cayeron a un tiempo: todas las que se nutrían de los Bancos cerrados, todas las que vivían, a merced de la bondad de los Bancos, que aceptaban los cheques de sus depositantes por cantidades mayores que sus depósitos, y en aquella hora de asalto y catástrofe se negaron a aceptarlos. Parecía que se venía todo abajo; pero se entrevió pronto que no era aquella una catástrofe nacional, sino el súbito derrumbe de los que sin caudal cierto, y por expedientes mal prendidos, venían jugando, como sobre las espumas, a los azares de Bolsa.

El padre del ladrón de cuatro millones, los repuso: y el ladrón está preso: los directores del Banco Metropolitano dieron su capital para suplir lo perdido en Bolsa por el filántropo deshonesto, y el Banco volvió a sus pagos, y a tranquilidad los depositantes campesinos. Las riquezas de Ward han caído en manos de los alguaciles: el capellán de Grant va a la cárcel, donde Ward está ahora; y en Washington se aprueba, como para librar a la Nación de la mengua de sospechas de su héroe, la proposición que otorga a Grant el pingüe sueldo de General en Jefe en retiro. La gente se ha asomado, como a una boca fétida, a la Bolsa.

Pero ¿por qué, ya al punto de cerrar esta correspondencia, inundan las calles los voceadores de periódicos, y se levantan todos los trabajadores de sus bancos y bufetes, y los negocios se suspenden un momento, y las calles se animan y llenan? Es que se anuncia que la Convención de delegados del Partido Republicano, ha proclamado ante doce mil espectadores roncos de la continua excitación y vocerío, que contra Arthur, que fue apoyado parsimoniosamente, y contra Edmunds, senador canoso de pacíficas costumbres, es Blaine el acometedor, Blaine ambicioso, brillante y turbulento, Blaine, un Beaconsfield desenvuelto y temible, el que el Partido Republicano elige para candidato a la próxima presidencia, y para vicepresidente, al general Logan, a quien ama el ejército. Luto sería, para este país y para la justicia, luto para algunas tierras de nuestra América que tienen las rodillas flojas, luto para la misma libertad humana que viniese a la presidencia de los Estados Unidos, este hombre intrépido, agudo y desembarazado, que de las grandezas de su patria solo tiene las grandes preocupaciones. Halaga odios; y no busca la manera de ennoblecer a los hombres, sino de lisonjearlos para que le sigan de

buena voluntad. Piensa en sí más que en su pueblo; y no vacila, con pretextos hipócritas o confesados, en llevarlo al ataque y a la aventura. Pero es persona móvil y parlera; llama a todos por su nombre de pila; da palmadas en el hombro a la gente menor, que queda oronda; flagela a los chinos con lo que halaga a los inmigrantes naturalizados; y arremete contra el librecambio, con lo que tiene de su parte a los trabajadores ignorantes y a los manufactureros. En política, el que sirve, será servido.—¡De qué agonías, y caídas y humillamientos está hecha a veces la victoria! Y ¡qué mal que presidirá a los hombres quien está inquieto en sí! Porque una cesión al vulgo en cambio de aplauso o puesto, debe ser como una bofetada, y la señal de los dedos enormes debe llevarse siempre en la mejilla.

A Tilden piensan en elegir los demócratas. O a Cleveland, el gobernador honrado de New York. O a Benjamin Butler, «el amigo del que cae debajo en la pelea».—Hemos de oír y ver cuanto se diga en esta campaña peligrosa y ardiente.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 16 de julio de 1884.
[Fotocopia en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

La procesión moderna.—Una columna de 20 000 trabajadores.—Problemas graves y paisajes nuevos.—Los politicianos.—Los irlandeses y su influjo.—El millonario Jay Gould.—El monopolio.—Desfile imponente.—Las máquinas alegres.—La prensa de Franklin.—El coche de Nellie.—Tipógrafos y sastres.—Cigarreros y carniceros.—Los hermosos negros.—Los alemanes silenciosos.—Alegorías y caricaturas.—La revolución del siglo XIX.—Eficacia de la libertad.—Los trabajadores en la calle de los palacios.—Vestiditos blancos.—«Santo trabajo».

Nueva York, septiembre 5 de 1884.

Señor Director de *La Nación*:

Han decidido los artesanos de los Estados Unidos que el primer lunes de cada septiembre sea un inmenso día festivo para todos los trabajadores de la Nación: ¡martillos abajo! ¡almas arriba! ¡los niños, a caballo sobre sus padres! Los que edifican el mundo, quieren enseñarse una vez al año a él: así, ante el espectáculo solemne, se decidirán a obrar en justicia los abusadores, y entrarán en miedo los déspotas: mal le irá, al que quiera sentarse sobre todos esos hombres.

¡Qué ejército, qué ejército el que el 2 de septiembre de este año paseó sus formidables

escuadras por las calles más concurridas de Nueva York! ¡Qué hermosura, qué aseo, qué grandeza! Veinte mil eran, hombres y mujeres.—Antaño, con poner un rey la mano sobre el hombro de un calientachismes de palacio, o un cercenador de hombres, o un guardador de la puerta por donde entraba a robar placeres la Majestad, ya lo hacía caballero: ogaño, ver a estas gentes humildes, a estos pobres alegres, a estos viejos honrados, a estas mujeres enfermizas, a estos creadores de sí propios, es como recibir un título más decoroso y limpio de nobleza: «Hombre te hago», dijo el Creador: y le puso en los labios la palabra, y entre el cabello y los ojos un cintillo de luz: desde entonces, ni ser duque, ni marqués, ni conde, ni vizconde, ni barón, es ser más que hombre: ¿cómo el que hereda una fortuna ha de ser más noble que el que la fomenta? ¿cómo el que vive a espaldas de los suyos, o al amparo de castas favorecidas, ha de merecer más respeto que el que forcejea por abrirse paso en la tierra difícil, con la pesadumbre del desdén humano encima, abandonado a sus esfuerzos propios? Gusanos me parecen todos esos despreciadores de los pobres: si se les levantan los músculos del pecho, y se mira debajo, de seguro que se ve el gusano.—Cuando el pobre exagera sus derechos, rebánensele sus pretensiones en buena hora, que nadie tiene un derecho que lastime el de otro; pero repudiar como a criaturas que manchan y avergüenzan, a aquellos cuyas virtudes pacientes y admirables ni por un solo día serían capaces de imitar los que las repudian,—es una vileza digna de un castigo público.

Este año, no hubo aún aquel día general de asueto y regocijo que los trabajadores quieren que sea cada lunes primero de septiembre. La idea es nueva, y, aunque creció pronto, ni los dueños de fábricas han asentido todavía a la demanda de los obreros, ni todos estos pudieron, por ir a la fiesta, privarse del salario del día que habrían perdido: de modo que se organizó una procesión ostentosa a que las corporaciones más entusiastas o ricas acudieron en masa, y otras enviaron, como a la fiesta campestre con que dio fin, centenares de representantes.

Pero en las calles y plazas por donde había de pasar la procesión, todo era desde por la mañanita, en las copas de los árboles, en los botones de bronce del uniforme de gala de los policías, en los vestidos alegres de las familias que iban a ver marchar a sus padres, en los pabellones que engalanaban muchos de los establecimientos de la carrera, y en todas aquellas almas tan a menudo acongojadas, todo era sol.

Sol hubiera habido, aunque el del cielo se hubiera entoldado: dondequiera que el hombre se afirma, el sol brilla.—Rayos de sol traveseaban por entre la festosa muchedumbre que llenaba las calles la mañanita de la procesión de los trabajadores. De entre los crespos rubios de los niños de los pobres, salían los rayos de sol, cuchicheando y revoloteando. Resplandecían, como premios, sobre los martillos de los artesanos. Subían, como duendes, por los postes de la luz eléctrica. Daban sobre las ventanas, como invitando a las gentes dormidas a que se levantasen y las abriesen, para ver pasar a los héroes humildes, que cual los hindúes a las plantas del elefante blanco, se acuestan en la

tierra para que la humanidad pase: como andas son los trabajadores, en que viaja el mundo. Y se quebraban los rayos de sol sobre los alambres del telégrafo, y se detenían a ver pasar la procesión, como pilluelos, cabalgando en ellos.—Mera casualidad es que haya día bueno o malo, y poesía barata y desdeñable la que hiciese hincapié en ello; pero da gozo ver que la Naturaleza une sus galas a las del espíritu, y se pone de fiesta cuando lo está él; lo cual agradece el alma, que se place en el bello conjunto, como si la Naturaleza hubiera contribuido a él intencionalmente.

Ya viene, ya viene la procesión.—La gente está apretada en las aceras. Limpísimo está Broadway, como las calles de Roma cuando iban a entrar los triunfadores. Los politicianos, que no son los politicastros o malos políticos, sino los políticos de ruin ralea que trabajan en los bastidores de la gobernación pública por logrería y oficio, culebrean por entre la turba, como serpientes de ancho vientre y rostro rojo, con diamantes, grandes como crímenes, en la pechera de la camisa: como plata bruñida brilla la camisa de estos rufianes de las ideas: nótase siempre que los que no poseen una cualidad, son los que ponen más empeño en aparentarla: cuidan mucho de su limpieza exterior estos politicianos. Y van gordos, macizos, sonrientes, relucientes, como quien vive de holganza provechosa: se parecen grandísimamente a los canónigos de antaño; solo que estos rezan sus Horas en la ley del sufragio universal. La religión de la libertad, como todas las religiones, tiene sus augures; y la lámpara del espíritu, como todas las lámparas, tiene sus vampiros. El mundo animal está en concreción, en toda asociación o persona humana: cada hombre lleva dentro de sí todo el mundo animal, en que a veces el león gruñe, y la paloma arrulla, y el cerdo hocea;—y toda la virtud está en hacer que del cerdo y del león triunfe la paloma. Y estos politicianos, de cervecerías y esquinas, estos falseadores de la opinión pública, estos corredores de votos, son como los cerdos de las instituciones políticas: solo el ojo vulgar puede confundirlos con el león, que fulmina y arremete, o con la paloma que del suyo propio y de todo dolor ajeno, suplicando, muere.—¿Y la procesión? ¡Ya viene, ya viene!

Cuesta trabajo reprimir las ideas cuando el sol esplende, los trabajadores marchan, y el mundo se hincha. Parece que se ve en el aire una bandera nueva, y se la sigue. Cuando se ve surgir el pabellón que guía a la redención humana, el hombre, como un manto que le estorba, deja caer a sus pies la vida diaria y común, que le ha sido impuesta como un uniforme de conscripto que lo enmascara y oculta,—y luce, con sus arreos de batallar, claro y brillante como un astro.

Los politicianos, gente de bajos, que no alcanzan a ver lo que sucede en las alturas, continúan su camino por entre la muchedumbre, aguzando las pasiones de la gente inculta, dejando caer en sus oídos, como áspides, suposiciones que en aquellos pechos lastimados y sencillos, se convierten luego de serpientes en llamas, que cansadas de comer en lo interior el pecho que las aposenta, les encienden la lengua y los brazos, y se salen de ellos por todos los poros, y se juntan con todos los que sufren y llamean, y

queman y devastan, en una hora de mortal incendio, que limpia pero que aterra el mundo. Los politicianos malogran y envenenan todas las grandes batallas del espíritu. Criminales públicos son estos calumniadores de oficio. Y como ahora hay cuatro candidatos a la presidencia de los Estados Unidos, y los cuatro apetecen el voto de los obreros, los politicianos están muy ocupados: unos, que prefieren a Blaine porque no les lleva a mal su modo de trabajar en política y sacar provecho de ella; acusando a Cleveland, el candidato de los demócratas, que no tiene alas en la mente, mas sí pies macizos, hechos a hollar abusos; otros que sin querer bien a Blaine sirven a los que tienen miedo de ciertas aficiones librecambistas de Cleveland, encendiendo, con encomios a Butler, que usa ahora de estas armas, los odios de la gente de trabajo contra la de dineros, y los de los irlandeses naturalizados contra Inglaterra:—y la verdad es que los odios de los irlandeses, como que estos representan innumerables votos en la hora de las elecciones, votos que los candidatos ignominiosamente cortejan, influyen de manera lastimosa en la política norteamericana, y en asuntos gravísimos la dirigen: ¡si en la misma ciudad pasa, por la cual, como una secreción contagiosa, se va extendiendo, no el marcial espíritu de los irlandeses preclaros que batallan por las libertades de su tierra, sino cierta alma harapienta y canina, que trae consigo, arrebujada en sus andrajos, la muchedumbre páupera de Irlanda!

Da miedo ver cómo crece esta alma interesada, odiadora y dura. ¿Que se derriben templos? Aquellos donde se predique el odio, o la intolerancia, vénganse abajo en buen hora: pero ¿templos? ahora se necesitan más que nunca, templos de amor y humanidad que desaten todo lo que en el hombre hay de generoso y sujeten todo lo que en él, de crudo y vil. Se está en peligro de una revuelta enorme. Y en estas ciudades grandes, hechas de residuos de pueblos enconados y coléricos, donde el dolor, cuando no se exhala en grito de venganza, se petrifica en egoísmo; en estas ciudades populosas, hechas de retazos ardientes, los templos han de erigirse a toda prisa. A barcadas viene el odio de Europa: a barcadas hay que echar sobre él el amor balsámico.

Ahora sí que viene la procesión, ahora sí que viene: no en las aceras solo, sino en las ventanas de estas altísimas casas rebosa la gente; castellanas no son ni señorías, asomadas a los balcones de piedra del castillo, en sus vestidos de talle largo con mangas colgantes, a ver pasar, trémulo el corazón y enamorados los ojos, los fuertes caballeros que van, con su gente de armas a la zaga, camino de la guerra: son mozos y mozas, con blusas y delantales de trabajo, que se han levantado un momento de sus máquinas de hilar, de coser, de recortar, de plegar, de engomar, de agujerear, de colorear, de escribir, de encuadernar, de parar letras, para ir a saludar con sus pañuelos a los que por la ciudad pasean en procesión, como santidades nuevas, sus méritos y sus dolores.

A sí mismos se ven en los que pasan, y se les llena de amor de hermano el pecho, y los ojos de lágrimas de lástima por sí propios, por su rincón doméstico, sin sosiego y sin

abundancia, por sus largas desocupaciones sin salario y sin consuelo, por sus niños y sus viejos, siempre coléricos y necesitados; pero la atmósfera está tan encendida y lúcida, los procesionarios llevan tan buena apariencia, tan altos hurras da al verlos la gente, que las lágrimas se les secan en los ojos a los obreros asomados a las ventanas, y se vuelven a sus máquinas consolados como la tierra después de una ligera lluvia.

Repliégase la muchedumbre sobre las aceras. Aparecen, abriendo el campo, los policías fornidos a caballo; casco blanco lucen, mas no es ya de acero, sino de felpa, lo que indica que otros tiempos nacen aunque los viejos no han desaparecido todavía. Ya los aplausos vuelan por los aires; ya se escuchan los pífanos alegres y los atambores; pero el que viene a caballo, y muy bien montado, a la cabeza del séquito no es, como antes, el trompetero de ricas vestiduras, con su trompeta de banderín bordado, caballero en animal de pro, de suntuosos paramentos; ni el tamborilero de chupa roja y calzón corto, encaramado en el arzón de la montura, colgándole las piernas por entre ambos tamboriles, montados entre enaguas de carmesí y de oro al uno y otro lado de la cruz de la cabalgadura: gran mariscal de los trabajadores es el que abre la marcha, y tras él, como precediendo a los diversos gremios que vienen en el séquito, rompe en encendidas músicas una banda de la milicia voluntaria:—la música de las bandas es como un hada invisible: en las ciudades invita a la alegría, al perdón y al movimiento: en campaña, pone las armas en manos de los combatientes.—Estruendo se oye; pero no de arcabuces: mástiles se ven, pero no de lanzas: son las lanzas de la guerra nueva, las chimeneas delgadas de las pequeñas máquinas de vapor que por las mañanas, no bien rompe el día, comienzan a subir por las alturas, a no parar hasta los bordes de las nubes, los materiales con que fabrica New York sus casas gigantescas. Por el cielo se están entrando los hombres: Babel es la tierra toda: solo que ya no se confunden las lenguas.

Cuernos, caracoles y campanas han llamado hasta ahora los hombres al trabajo; ahora los llama el pito de vapor, que no se pierde como aquellos en el eco, ni tarda en atravesarlo, sino que lo hiende y domina, y no admite demora ni réplica. Todo lo que es, es símbolo: la conciencia humana crece: el trabajar no es hacer mérito, sino obedecer: la arrogancia de la voz que llama al hombre al trabajo, indica que se está seguro de que este ha de obedecerla. Suena el pito de vapor imponente y despótico: y el hombre se pone en pie, contento, como si hubiese sentido sobre el hombro una mano de luz.

Por toda la procesión van estas lindas máquinas alegrando: almas parecen, que están hoy de fiesta,—almas embanderadas: de un lado van a otro, como llevando recados de simpatía; seguidos por los vítores de la multitud, pitando briosamente cuando pasan por delante de algunas de las tiendas engalanadas en honor de los trabajadores, silbando a todo silbo cuando cruzan por la puerta de un establecimiento que se anuncia en el *Tribune*, acusado de pagar mal y tratar con soberbia a sus obreros. No parece que sean esas máquinas de levantar piedras, quicios de ventana y capiteles; sino de levantar almas!

—Aquí vienen,—y ahora sí que no haremos más que ver pasar la procesión, después de pedir perdón a nuestros lectores por los escarceos de la mente revoltosa,—aquí vienen, a la cabeza, los tipógrafos. En grupos marchan, y cada periódico e imprenta importante ha mandado el suyo con sus bandas al pecho, de seda bordada, y su bandera al frente: la del *Sun* gana aplausos, que es muy bella: en fondo blanco, un sol de oro surge, frente al mar sosegado, de entre dos montañas. Banderas tienen, mas; ¿dónde están las armas? No se ven, pero las llevan! Y ¡qué compañías estas de los soldados que no paran fusiles, sino letras! ¿Adónde están las águilas que no hacen toldo para que pase esta procesión debajo de ellas? La compañía del *Herald* lleva 150 hombres: la del *Sun* 115; 150 la del *Times*; la del *World*, 120; la del *Journal*, el diario nuevo de a un centavo, hecho de espumilla y muy vendido, lleva 90 hombres. Dos mil tipógrafos marchan entre todos: «Sitiad al *Tribune*», dicen los estandartes. «Sitiad al *Tribune*», dicen simpatizando con los setenta trabajadores despedidos del diario por mantener su buen derecho, todos los demás estandartes de la procesión. «Ya los setenta *impresores bellacos* somos 700 000 trabajadores que votan»; pero ni una voz maldice, ni uno de esos instigadores alemanes de malas costumbres, vestidos grasientos, y melena y barba larga desfila, con sus motes de venganza y guerra, por entre aquella columna cerrada. ¿Qué sucede, que el viva no cesa, y todos los labios lo entonan a un tiempo de ventanas y calle, y la gente se sale de las aceras para ver mejor? Es que en un carro viene la prensa conque comenzó sus negocios de impresor Benjamin Franklin, y un buen viejito que se le parece mucho, va imprimiendo en ella al paso de la procesión las páginas cuyas letras está parando al lado otro viejito de ochenta años, parecido a Horacio Greely. ¡Oh!, ¡cómo aplaude la gente! ¡Cómo adivinan los pueblos, y premian al fin a los que los aman! En vida suelen matarlos, como a Greely: pero ¿acaso tales vidas se acaban mientras la eficacia de sus obras dura? Va llorando sobre sus letras de plomo el viejito parecido a Horacio Greely.

¿Quiénes vienen ahora, tan galanes y de holgada apariencia, con sombrero alto muchos, todos con ropas buenas? Gente oficinesca no son, que come a anchas mandíbulas lo que paga al erario la gente trabajadora: gentes parásitas no son, que vive de expedientes, y de parecer lo que no es ni tiene: son los enladrilladores de New York, que ostentan al pecho el delantal blanco de su oficio, y en él pintado un brazo vigoroso, que empuña una cuchara de albañil. Ganaron hace poco una batalla justa contra sus empleadores, y ahora a dobles manos los aplaude la gente por ella: antes, y todavía hoy se aplaudía a los que venían de matar: estos no vienen de abatir moros, ni egipcios, ni anamitas; sino de conquistar un derecho. Marchan, compactos y serenos. A su paso, parece que se levanta por el aire, trabajado por todas aquellas cucharas que caminan, un colosal palacio. Carro no traen los enladrilladores, sino carruaje, en que viene un anciano de barba muy larga, rodeado de todos sus nietos, y de estos la más pequeñita lleva un estandarte en que dice: «¡Nada más que nueve horas de trabajo para el abuelo y para Nellie!»—Porque aquí los niños trabajan: y ¡oh infamia sin nombre! catorce horas a

veces. Así, si no se corrigiese esto, sería de temer el día que se escapasen de sus jaulas las fieras:—Ya va lleno de flores, que le echan las trabajadoras, el coche de Nellie.

Los que marchan detrás son los armadores de casas, los pintores, los barnizadores, los cajeteros, que en un carro van haciendo cajones a mano, y enseñando a la multitud otros hechos a máquina, para que vean que los de mano son mejores.—¿Qué ruido de aplausos es este? Aplauden una alegría que va pintada en lienzo en el carro de los armadores. Hemos de verla con cuidado, que está llamando mucho la atención. Un trabajador lleva a cuestas, como carga que lo abruma, al monopolio, representado en la caricatura de Jay Gould, gran estratégico de corporaciones y Bolsas, que en sus manos tiene las bridas de empresas innumerables, y de un lado y otro las guía con goce frío y maligno—que, más que de la posesión de la fortuna que le rinden, le viene de ganar en previsión y astucia a cuantos le disputan su poder: abre vorágines, levanta montañas, desata océanos, conjura y desencadena vendavales, juega como con una pirinola con la Bolsa. Con una voz, hace surgir un ferrocarril: lo hunde con otra: si quiere puede detener en un momento, hasta que le paguen lo que le place, todos los telégrafos de los Estados Unidos. Por su poder extraordinario, por la pasmosa habilidad con que lo mantiene, por los medios tortuosos de que se vale sin escrúpulo, y por la frialdad de su corazón, atento solo al triunfo o a la defensa propia, Jay Gould es reciamente odiado: pequeñín es, como una peonía: una pera madura le importa más que los dolores todos, y los impulsos y centelleos todos de los hombres. Dudan un día de la solidez de sus riquezas y enseña a los noticieros de periódico, cincuenta millones de pesos en acciones.—Su casa es modesta: su color cetrino; cuando el amor excesivo a la riqueza se apodera del espíritu, produce este reflejos metálicos. Jay Gould ha de velar de noche, entre sus riquezas insolentes y estériles, como un duende hambriento en una cueva: ¡oh almas infelices, aquellas exclusivamente consagradas al logro, amontonamiento y cuidados del dinero! han de debatirse en soledad terrible, como si estuvieran encerradas en una sepultura.—Jay Gould es gran monopolizador, y sobre la espalda del trabajador de la alegoría va representado el Monopolio:—él lo representa bien, que ha centralizado en enormes compañías empresas múltiples, las cuales impiden con su inaudita riqueza y el poder social que con ella se asegura, el nacimiento de cualquiera otra compañía de su género, y gravan con precios caprichosos, resultado de combinaciones y falseamientos inicuos, el costo natural de los títulos y operaciones necesarias al comercio. Donde un sembrador, allá en el Oeste, siembra un campo, el monopolio se lo compra a la fuerza o lo arruina: si vende barata su cosecha el sembrador, el monopolio, que tiene grandes fondos a la mano, da la suya de balde: y si decide el sembrador luchar, al año muere de hambre, mientras que el monopolio puede seguir viviendo sin ganancia muchos años. El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres. Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales desocupados, a cuyo influjo y resistencia no puede esperar sobreponerse el

humilde industrial que empeña la batalla con su energía inútil y unos cuantos millares de pesos. El monopolio es un gigante negro. El rayo tiene suspendido sobre la cabeza. Los truenos le están zumbando en los oídos. Debajo de los pies le arden volcanes. La tiranía, acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene un tirano industrial. Este problema, apuntado aquí de pasada, es uno de aquellos graves y sombríos que acaso en paz no puedan decidirse, y ha de ser decidido aquí donde se plantea, antes tal vez de que termine el siglo.

Por la libertad fue la revolución del siglo XVIII; por la prosperidad será la de este. Jay Gould va en la caricatura sobre la espalda del trabajador, y este, encorvado bajo su peso y ya a punto de querer echar abajo a su jinete.—Mira a su alrededor como buscando consejo. Por sobre su cabeza dice un letrero: «No hay más que dos remedios». Y allí están los remedios a su lado: una mujer de terrible hermosura vestida de rojo, procura atraer la atención del trabajador, que le vuelve la espalda: es la revolución, recurso que solo ha de tentarse cuando todos los demás han fracasado: del lado opuesto, otra mujer, de belleza serena, enseña la urna del voto al trabajador, que con el monopolio encima se va hacia ella: ¡Oh! la paciencia es fácil a los poderosos; pero cuánto más meritoria no es en los infortunados! Estos son los héroes de ahora: los que doman sus pasiones.

Y ¿esa otra caricatura que los armadores también traen, y es saludada con voces aprobatorias y grandes risas? Otro lienzo es, y va en otro carro. Desde el seguro de una roca empina un capitalista su magnífica cometa, que lleva escritas las palabras «carne», «harina», y otras como ellas, y con su gran cola se remonta a gran vuelo por el aire, sin que pueda alcanzarla, como pobre trotón que compite con un caballo de carreras, la cometilla desdichada que desde tierra llana empina un trabajador y lleva escrito, con letras flacas y hambrientas, la palabra «salarios»;—y por más que el trabajador tira, los salarios no llegan al precio de la harina y de la carne.

Gran barba y paso pesado traen los alemanes, que marchan tras de los cajeteros. Miles y miles pasan de ellos, y parece que no van a acabar nunca de pasar. Van apretados, como para defenderse mejor; silenciosos, como para pensar mejor; recogidos, como si fuesen en procesión sacerdotal. Y sacerdotes son, pues que son hombres. Estrellas hay en el cielo, y hombres en la tierra!

Ya en este punto de la procesión, la gente se arremolina y aprieta: ¿quiénes llegan ahora, que todo el mundo sacude por el aire sus sombreros, y ondean sus pañuelos las mujeres, y los niños baten palmas? ¿quiénes llegan, que un anciano rico, más por sus cabellos blancos que por su fortuna, arranca de su balcón dos banderas norteamericanas, y saluda con una en cada mano a los que pasan? Trescientos negros llegan, hermosos como una bendición. Ungido traen el rostro, más por el agradecimiento al Norte que peleó por ellos, que por la libertad de que en él gozan. Conmueve verlos, y van conmovidos. La raza negra es de alma noble. Estos trescientos forman la Asociación Wendell Phillips, y van detrás de un banderín que dice: «No haya castas». El júbilo de las

almas se les desborda por el rostro: quien no ha visto luz de alma, aquí la vea. Parece que cada uno de ellos se lleva a los labios respetuosamente la capa de Lincoln, y la besa. Si se toca a sus ojos, de seguro responden las lágrimas. Si los hurras fuesen palomas, tantos dan a su paso a los trecientos negros, que no se vería el cielo.

Cuatro mil eran los tipógrafos: los enladrilladores mil: dos mil los armadores: los alemanes, sin cuento: estos que tenemos ahora delante son ocho mil cigarreros, pálidos y delgados, comidos del aire impuro de sus cuartejos y talleres: estos oficios demasiado fáciles mantienen siempre a los hombres en enfermedad y pobreza. Muchos de ellos son mujeres: ¡cómo se regocijan de verse al sol, ellas que no lo ven nunca! Van todas muy limpias y muy pizpiretas, con su quitasol nuevo de color, amparándose las espaldas enjutas! Como hormigas parecen, por ser tantas, y por lo menguado de sus cuerpos. Muchos de ellos son niños, niños que trabajan del alba a la puesta, y han empezado a dar fruto, contra la ley de la Naturaleza, antes de abrirse en flor. ¡No es, no por cierto, tan grato a los ojos un hombre que lía cigarrillos como el que labra la tierra, o golpea el hierro! Llevan carro los cigarreros, y van haciendo y echando a la multitud puñados de cigarros. Se arrastran por tierra los chicuelos, para recogerlos: nada debiera hacerse, ni en procesión ni en chanza, que haga que un niño se arrastre por tierra!

Ahora siguen los empaquetadores, que son 100; 100 cuchilleros; 100 talladores de madera. Los unos van sin cuellos y sin puños, con botas que parecen monumentos, y levitas de tela muy recia: otros van muy pulidos y alisados, con sus cuellos y puños lavados por los chinos, que son aquí favorecidos lavanderos: el de vestido más lustroso anda de brazo con el de pelaje más ruin. Muy elegantes van los sastres, y detrás de ellos un carro embanderado, en que unos cortadores van cortando piezas, y otros hilvanándolas y rematándolas. ¿Qué tienen las artes, que educan y afinan? Mientras más tenga de arte un oficio, más hace caballero al artesano. A los cajistas véase, que de andar con ideas, se miran como consagrados, y se respetan, y resienten más vivamente que otros artesanos toda injuria, como si se hiciera a la idea humana misma, que ellos enforman y manejan. Perfecciónanseles los gustos, adelgázaseles la fisionomía: andan con cierta nobleza: y es que los pensamientos, como óleo sagrado, ungen, y cuando tocan purifican. Así el sastre, de andar con ropas, que son los ornamentos y realces de la hermosura, cobra horror por todo lo feo y desarreglado, y se eleva insensiblemente, por ser la nobleza contagiosa, y ser noble todo lo que es bello.

¡Cuán larga, cuán larga va la procesión! Todos la comentan, animan y celebran. ¿De modo que los trabajadores no son ya un rebaño turbulento y sudoroso, sino un ejército de caballeros? Y por el aire ¡cuánto banderín!: de balas no van cruzados, sino de palabras de esperanza. Uno dice: «La injuria a uno es una injuria a todos». Dice otro: «Por todos los medios honrados obtendremos nuestros derechos». Otro dice: «El trabajo es santo». Se lee en otro: «Sé justo y no temas». En uno y otro banderín andan exageraciones; pero cuando las castas privilegiadas y sus órganos, que aquí hay aquellas y estos como en

todas partes, les niegan lo que en humanidad les pertenece, y por ley será suyo algún día, ¿cómo no ha de ser que se exasperen los trabajadores, y soliciten de vez en cuando más de lo que es justo? Y esa procesión que va pasando, y cuyos veinte mil hombres, y los centenares de miles a quienes representan, se han resistido a enarbolar bandera política alguna, ni a servir intereses de candidatos, ni a pasar como traílla violenta y amenazadora; esa gente que con tanta calma delibera, que con tanta prudencia determina, que a tantas seducciones y azuzamientos desatiende, que con tanta bravura condena los recursos de fuerza, que tan ordenadamente pasea por las calles henchidas, como una serpiente hecha de leones, ¿qué son, sino prueba viva de que, a pesar de todos los gusanos que le nacen en sus llagas, la Libertad tiene poder vivificante, que lo refresca, sana e ilumina todo? Entregar el hombre a sí será ordenar la tierra. Sus convulsiones vienen de que el hombre no ha sido aún completamente puesto en posesión de sí mismo, sino de manera más nominal que efectiva. Nótese que donde la libertad ilustrada es mayor, ni siquiera las viejas cóleras tradicionales pueden hincar el diente y alzar tempestad, sino que se funden y deshacen, como un cometa en su choque con el sol. El corcel de la Libertad nació con bridas.

¡Qué bien, qué bien marcha la última columna! Nadie les ha enseñado a marchar; pero el trabajo disciplina. ¡Cómo resuenan los pasos de estos hombres sanos, en el silencio que a veces sucede a los vivas! Parece un redoble lento de tambores invisibles, que llevan a la batalla de la razón, donde se alcanzará una victoria sin sangre.

¿Por qué vienen ahora, cuando en esto pensamos, cuatro mil carniceros? Muy robustos son, y muy entusiastas, y en caballos hermosos van sus jefes. Delantales blancos les cubren el pecho. Visten la camisa azul suelta de su oficio. Llevan el gorrillo grasiento con que se cubren la cabeza, para defenderla de las humedades de la carne cuando se la echen a cuestas. Muy bien van, y en un carro llevan un buey, guardado en las esquinas por cuatro mocetones con resplandecientes delantales; y en otro carro, con guarda igual, unas ovejas. Muy bien van, al son de alegre música, y en los carros llevan escrito: «Para vivir matamos».—Pero, en verdad, holgaran mis ojos de no ver estos oficios de carnicería. Jamás veo, acá en las mañanitas, a un trabajador de manos duras que deja a sus hijuelos con el alba, y va camino de su taller, mina o escalera, con la comida del mediodía en su tinilla de lata, sin que las manchas de su vestido me parezcan condecoraciones, y si es joven, me entren deseos de abrazarlo, y si es viejo, de besarle la mano. Y mientras más los veo, los quiero más. Pero a estos carniceros esmaltados y rechonchos, que viven en un aire cargado de carne, y con el aire engordan, y en el rostro y en las manos tienen esa suavidad pastosa y turbia de la sangre caliente; maguer sean estimables personas, me desagrada verlos. Lo que funda y restaña debe amarse, no lo que derriba y da suelta a la sangre, aun cuando parezca ley ineludible ¡que acaso no lo sea! esta conversión repugnante de la vida: ¡noble raza eran los indígenas de América, que de comer carne se morían!

¡Hurra, hurra a los últimos que pasan! Ya no van por las calles de fábricas, sino por la calle de los palacios, por la Quinta Avenida. Cazando zorras y luciendo trajes están ahora por Newport y Long Branch, los ricos de la Quinta; pero en muchas ventanas se ve gente: astutas caras de mujeres del Norte se asoman a ojivas góticas, a arcadas románticas, a balcones florentinos, a alféizares morunos. Una linda niña, en un balcón de piedra blanca, pasa la mano sobre una esfinge de pórfido. Se ven desde la calle los jaspes y los bronces. Un mirador hay de oro. Vierte sus aguas una fuente en una taza de tecali rosa:—¡pero ni una palabra de apetito o de odio surge de aquellos hombres y mujeres, que habitan a menudo en fétidas covachas! Se ve que marchan contentos de pasear unidos por entre las moradas de los poderosos: los cobardes y débiles irán pensando acaso, airados de no poder levantarse otras iguales, en echarlas abajo: los honrados y bravos, en batallar bien y construirlas para sus hijos. ¡Marineros y medidores de telas eran ayer todavía los dueños de esos palacios! Mediodía es: el sol daba de lleno sobre el centro de la calle, como si de las paredes de mármol hubiese querido huir, y brillar todo sobre los trabajadores.

¿Un ebrio? ¡No lo hubo en veinte mil hombres! Lo iban de licor de alma, que embriaga más dulcemente que otro alguno. ¿Un desacato? Hasta muy entrada la noche se estuvieron recreando en paz en un parque vecino, compitiendo unos en una carrera de a milla, corriendo otros con los pies en sacos, otros disputándose el premio de tiro al rifle, y a la flecha, otros corriendo a toda pierna, ligeros como griegos, para ganarse una medalla de oro.

¡Cuánto vestidito blanco, de niñas contentas, porque veían de día a sus padres! Las esposas ¡qué orondas, con sus maridos sobrios y fuertes a su lado! Los hombres, como crecidos. La alegría, contenida y profunda. El odio, mordiéndose los puños arrinconado. «Gran día de Santo es este: el día de Santo Trabajo», dijo desde una plataforma de madera un senador viejo, mirándolos y llorando.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 26 de octubre de 1884.
[Fotocopia en CEM]

FILIACIÓN POLÍTICA
EL ORIGEN DEL PARTIDO REPUBLICANO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Ningún partido político tuvo nacimiento más glorioso que el Partido Republicano de los Estados Unidos, porque ninguno se formó con ambiciones más desinteresadas ni con esperanzas más nobles.

La Constitución de este país estaba manchada por un vicio original: había transigido con la esclavitud de una raza. El Partido Republicano se fundó verdaderamente para limpiarla de esa mancha. No se componía solo de los mejores entre los vivos. Puede

decirse que se componía también de los muertos ilustres. Las sombras de Washington, de Jefferson, de Franklin, de Hamilton presidían sus sesiones, y los grandes antepasados de la libertad norteamericana tomaban parte en espíritu en la obra de refundición en que el oro puro iba a separarse de la escoria.

Como lo indica un historiador del hermoso movimiento, las semillas de la esclavitud y de la libertad cayeron a un tiempo en el suelo de este continente. En 1620 el *Flor de Mayo* trajo los *peregrinos* a Plymouth, y en 1620 un buque holandés trajo a Virginia veinte esclavos africanos. Jamás se ha visto paralelismo más extraordinario. El germen de la disciplina social que dignifica la obediencia de los ciudadanos, porque priva a la autoridad pública de toda fuerza inicua,—y junto a eso, degradando el trabajo, envileciendo la propiedad, colocando la piratería entre las instituciones fundamentales del país,—la trata de los negros. Así empezaron a vivir los Estados Unidos.

La Declaración de Independencia había dicho estas palabras memorables: «Consideramos como la evidencia misma que todos los hombres son iguales». Pero la Declaración de Independencia fue la expresión genuina del gran espíritu que animaba a los héroes y a los predicadores de la libertad,—el que batalló en Bunker Hill, el que triunfó en Yorktown. La constitución política no fue en cambio sino un pacto; un *pacto con el infierno,* había de llamarla más tarde Wendell Phillips.

El empeño de establecer la Unión, el empeño, después, de mantenerla, fueron superiores al odio generoso con que en los estados del Norte y del Este se miraba la institución infame. Contra la prudencia de ese patriotismo,—que ponía la Unión por encima de todas las ideas y de todos los sentimientos,—tuvieron que proceder, y combatir, los que al mayor precio, aun con su propia sangre, querían borrar la mancha ominosa. Criminales los llamaban en el Sur y fanáticos en el Norte; allá los llevaban a los tribunales y de los tribunales al cadalso los propietarios de esclavos; acá, los negociantes y los estadistas, los tenían por gente turbulenta y peligrosa que era preciso acallar y que estaban dispuestos a ofrecer como víctima propiciatoria a las venganzas del Sur. La Unión, vista así, significaba solo el engrandecimiento material: los grandes sembrados de algodón, los grandes campos de caña, las grandes vegas de tabaco, los alambiques gigantescos. Para que la Unión no fuera solamente eso,—en una noche fría y nevosa, la del seis de enero de 1832, doce hombres de buena voluntad se reunieron en una iglesia de Boston y firmaron la constitución del partido antiesclavista; eran tan pobres y tan humildes como aquellos de la Galilea, y el Evangelio que iban a sembrar con su palabra en el frío corazón de sus conciudadanos era el mismo sin duda, que sus abuelos, los puritanos, vinieron a leer libremente en este suelo virgen de la América. Para levantarlo sobre la cabeza del esclavo en señal de amparo, y sobre el látigo de los negreros como anatema de condenación, hicieron la magnífica campaña, por cuya proclamación entusiasta, Garrison, su jefe, fue arrastrado por las calles y colmado de insultos; pero que había de terminar con los laureles de Gettysburg, con la proclama emancipadora de

Lincoln, con la derrota y el hundimiento portentoso del poder titánico que había alimentado la sangre de los negros, con la enmienda décimotercera de la Constitución norteamericana,—que Washington hubiera querido firmar, carta de libertad de cinco millones de ilotas y carta de rehabilitación y de limpieza de treinta millones de ciudadanos.

Sería interesante de seguro hacer la historia de esa propaganda, si la naturaleza de este trabajo periodístico lo permitiera. Sería obra de piedad y de justicia dejar flores en la piedra tumular,—yacente en la vía sacra de los grandes recuerdos humanos, que guarda los despojos de los mártires y los héroes,—y repetir los acentos sublimes de los tribunos y los poetas que dieron expresión conmovedora al sollozo de los desgraciados y a la indignación de los buenos, y que en las estrofas pindáricas de Whittier, en el canto majestuoso de Bryant, en los discursos demostenianos de Wendell Phillips, en la novela inolvidable, que iluminó el interior de la esclavitud, en las columnas de aquellos periódicos en que escribía la pluma de un Greely, al pie de aquellos púlpitos en que resonaba la voz de un Beecher o de un Channing,—en aquellas sesiones legislativas en que un Adams o un Sumner arrojaban sobre los debates mercantiles de Congresos oscuros los esplendores sidéreos de su gran palabra y el reflejo de su conciencia;—en toda esa obra, en fin, de fantasía poderosa y de emoción purísima, brillan con la hermosura clásica, que nunca faltó a la revelación sincera y entusiasta de los ideales humanos.

La batalla tuvo que darse en todas partes: en el *meeting*, en la prensa, en el libro, en el templo como en el Capitolio, en el tumulto de las calles lo mismo que en las conversaciones del hogar. Dos espíritus enemigos, dos corrientes de encontradas ideas agitaban este inmenso país, y sacudían con violencia sus instituciones pugnando por dominarlas para siempre. Las primeras palabras contra la Unión fueron arrancadas por el dolor y la vergüenza al bando generoso. El *rey algodón*, que así se llamaba sarcásticamente a la esclavitud, parecía entonces demasiado fuerte para soñar en destronarlo manteniendo el lazo. «Puesto que la Unión es la infamia, *¡delenda Cartago!* —clamaba Wendell Phillips:—doy gracias al cielo de que hace mucho tiempo que no me considero ciudadano de los Estados Unidos». Los más apasionados renunciaron, en efecto, a mezclarse en la vida política de la República. No podemos hacerlo,—decían, sin jurar que defendemos la Constitución, y ese juramento es sacrílego.—No queremos Unión con los negreros. Esta Democracia no es un dechado sino un escándalo del mundo. Para purificarnos de la ignorancia que arroja sobre nosotros y sobre nuestros hijos, es preciso que rompamos toda alianza con el crimen; *al suelo la autoridad nacional que lo protege y la Iglesia nacional que lo bendice*.

Cuando la propaganda creció, nada más frecuente que el choque eléctrico de las opiniones, lo mismo en la vida pública que en la privada. En los salones del hotel como en los escaños del Congreso era de oírse el clamor de las opuestas pasiones y el lenguaje

acerbo, inflamado e hiriente con que se interpelaban los adversarios. La esclavitud tuvo sus sacerdotes, así como más tarde había de tener sus mártires; tuvo sus salmos, sus oraciones y sus interpretadores de la *Biblia*. Al principio, los mismos hombres del Sur la llamaron un «mal necesario»; arrastrados, después, por el vértigo de la polémica, levantóse a dogma la justificación de la trata. El ataque a la esclavitud fue para el sudista la amenaza contra su propiedad, el desconocimiento de su derecho, el propósito de una tiranía federal, y por último, un ultraje,—¡asombra decirlo!—un ultraje a su creencia religiosa. El hombre del Sur creía en la esclavitud como creía en Dios.

Tras organizaciones diferentes y fragmentarias, que fueron como sus ensayos, formóse, al fin, el Partido Republicano. Hombres de calma, de espíritu sereno, de tacto político, de buen sentido que rayaba en las alturas del genio, vinieron, siguiendo la columna de fuego de los tempestuosos precursores, a encarnar en la realidad y a implantar en el suelo el pensamiento de los soñadores y de los profetas. Así se necesita para que la justicia y la belleza triunfen en el mundo. Tributo imperecedero y memoria gratísima para los que en la sociedad o en el Arte rompen los moldes en que las ideas pueden vivir al poner en ellas las febriles manos agitadas por la inspiración y el entusiasmo; pero bendigamos la ley de la Naturaleza que ha hecho nacer junto a ellos,—más bajo que ellos, acaso, los hombres capaces de encerrar en cauce, aunque no sea con toda la magnitud de sus aguas, el torrente fragoroso para que beban en él las muchedumbres. Garrison y Wendell Phillips habían querido desatar la Unión: Abraham Lincoln vino a consolidarla.

El Partido Republicano no desplegó la bandera de la abolición. Había tocado a otros la tarea eminente y nobilísima de presentar ante la conciencia del pueblo la idea redentora; los apóstoles y los poetas la habían pregonado: «No nos contentemos por más tiempo, decía Whittier, en magníficos versos, no nos resignemos a decir en voz baja, y como en murmullos cobardes, la verdad; hablemos con lengua resonante, como la del clarín». Imprudencia necesaria y sublime. Pero los hombres que iban a luchar en las urnas, que preferían la victoria lenta a la derrota heroica, que tenían la vocación y las facultades del combate político, hubieron de elegir otro terreno y otras armas para el duelo definitivo. En el estado de la opinión pública, dados los recursos y la situación respectiva de los bandos que dividían el país, la abolición como programa político era absurda empresa. Limitóse el Partido Republicano a rechazar los compromisos recientes que el Norte, intimidados por la energía del Sur, había contraído con él. Estos compromisos hacían inmenso el abismo abierto por la Constitución. No parece sino que la tierra libre iba retrocediendo ante la irresistible invasión de la esclavitud. Cada nuevo Congreso, por la energía del Sur y los miedos mercantiles del Norte, abría nuevos bazares al tráfico inicuo, y manchaba un nuevo pedazo del territorio con la sombra venenosa de la servidumbre.

Los compromisos permitían lo que siempre se había negado por el Norte: la extensión de la gangrena. Dentro de poco, a no estorbarlo el Partido Republicano, ya no podrían

repetirse las palabras de Daniel Webster hablando del Ohio: «La Ordenanza de 1787 imprimió en el suelo mismo, cuando estaba todavía cubierto por la selva, la imposibilidad de que lo pisaran esclavos».

En 1860, Abraham Lincoln, el más reposado y sereno enemigo de la esclavitud, un hombre de los que se llaman providenciales, porque responden a todas las exigencias del ministerio que les toca, subió al poder por dos millones de votos, y llevó consigo a la famosa Casa Blanca, la bandera del Partido Republicano. Innecesario es recordar la ira del Sur; el rompimiento del pacto, la miserable conducta de Buchanan, el júbilo de Europa por la mutilación del coloso, las vicisitudes numerosas y extraordinarias de la guerra. El 1ro. de enero de 1863, usando de una facultad que la más autorizada interpretación del Derecho Constitucional le reconocía, el Presidente de los Estados Unidos, en castigo de rebeldes y por la dictadura suprema de la guerra, proclamó libres los esclavos del Sur. La pintura, la poesía, la elocuencia nos han conservado la imagen de ese Consejo de Gabinete en que Lincoln de pie lee a sus ministros la proclama, escrita por él mismo en ese estilo que la Historia no tiene que alterar, en que las ideas se graban de una vez.—«Conozco vuestras impaciencias, añadió, hubiera querido que esto se hiciera antes; pero yo esperaba el momento oportuno»;—y después, en voz tan baja que apenas podía ser oída,—«cuando Lee fue arrojado de Maryland, prometí a mi Dios, la emancipación de los siervos». Sabido es que los abolicionistas no consideraron concluida su obra: célebres son las leyes y las instituciones de piedad y de enseñanza con que procuraron levantar al más alto nivel posible a la raza abatida. Algunos años después de la guerra, un testigo ocular refiere que una negra anciana estaba arrodillada en la calle, junto a una escuela republicana del Sur; preguntáronle qué hacía allí: «es muy tarde para que yo entre»,—contestó—«pero estoy orando por los que han fundado esta casa en que mis nietos pueden aprender».

En la primera época de su existencia, el Partido Republicano, pues, sabio en el consejo, titánico en la guerra, fuerte y grande en la palabra y en la acción, llevó a cabo una de las jornadas heroicas de la humanidad, hizo un cielo en la historia. En la bandera de la patria sostenida virilmente por él, ya no había nubes sobre las incomparables estrellas, y mientras que bajo sus anchos pliegues la única raza desterrada de la civilización surgía a la vida del derecho, podía ya escribirse, como en granito perdurable, en la primera página de la Ley Constitucional, el lema hermoso de un elocuente tribuno norteamericano: «Unión y libertad, unas e inseparables, ahora y para siempre».

José Martí

La Nación, Buenos Aires, 6 de noviembre de 1884.
[Fotocopia en CEM]

PROA AL MAR

LA SALIDA DE UN VAPOR

Nueva York, noviembre 1ro. de 1884.

Como los dientes de una sierra inmensa se avanzan sobre la superficie de la bahía los muelles de este hermoso puerto de Nueva York. Sobre ellos se alzan espléndidos edificios que dan abrigo a pasajeros y carga, y a su costado se mecen tranquilos y seguros, como niños en sus cunas, los barcos que cruzan el océano y que desafían la tempestad. Aquí reposan; pero fuera sopla el vendaval y las encrespadas olas reclaman como presa que les es propia la atrevida nave que surca su seno turbulento; mas dentro de la bahía se aquietan las iras de Neptuno; cuando mucho se encrespa el espejo líquido en menudas ondas, jugueteos del monstruo que no intimidan, y en paz sobre sus anclas, como atletas rendidos que tras la faena tienden al sol los miembros fatigados, los navíos arriman la cortante proa al muelle duro y parecen reposar en sueño reparador.

Es día de partida; en tierra y a bordo la escena es de bullicio, confusión y prisa. Abiertas las anchas escotillas, parecen insaciables abismos que sin cesar devoran, sin colmarse jamás; las grúas gimen bajo la abundante carga, y al chirriar de los cables se mezcla la voz del empleado que enumera lo que pasa. Son escasos los momentos, pues ya están encendidos los hornillos y de las altas chimeneas se escapan las blancas espirales de humo, respiración visible del titán, que ha de empujar el barco a través de mil leguas de movibles soledades. Y de los altos mastileros ondean orgullosos al viento que los acaricia los pendones de los Estados Unidos y de Inglaterra, que son los países unidos con eslabón visible por el navío que va a zarpar.

En tierra es aún mayor la confusión: allí están los que se van y los que se quedan. Al contemplar esa nave que antes de mucho arribará con su humana carga a tan distantes regiones, siente uno algo como el ansia del viajar continuo, como el deseo del más allá en el mundo físico, deseo que, en el moral, es cruz y corona del hombre. Aquellos para quienes es patria la brumosa orilla que pronto tocará esa nave, sin duda han de pensar en los hermosos días lejanos de su infancia pasados en la altiva tierra cuyo pendón flota sobre su cabeza.

Como brazos de hierro provistos de inteligencia, poderosos garfios agarran fardos de todas clases y tamaños, y los transportan al muelle y los sepultan en las escotillas, volviendo en busca de nueva presa. Los últimos carretones ya se alejan vacíos, y entra arrastrado por dos hermosos animales jadeantes y cubiertos de espuma, el que trae los equipajes de los pasajeros; están allí amontonados unos sobre otros, y sostenidos sabe Dios cómo, en violación de toda ley de gravedad o de equilibrio, sacos, baúles, cofres de todos tamaños, formas y colores. Algunos están nuevos, fresco el tinte con que ayer salieron de la fábrica, y tan solo marcados con una etiqueta que indica su destino y el

nombre del buque en que por primera vez se lanzan a correr aventuras. Otros han cambiado de color y no tienen ninguno fijo, veteranos de los viajes como los de la guerra sus heridas, ostentan ellos etiquetas multicolores puestas unas sobre otras, y que rezan los nombres de todas las ciudades y países del globo; allí están los de Roma y San Petersburgo, Biarritz y Ostende; su contemplación deleitaría a un profesor de geografía, o desesperaría a quien no guste de viajar y ame la vida tranquila, sin ausentarse nunca de los patrios lares.

Y en esa confusa muchedumbre se forman grupos que si a primera vista no se distinguen, poco a poco se definen al ojo del observador como adquieren forma las constelaciones, para quien atento mira el polvo de oro y de luz que el Hacedor Supremo regó en los espacios infinitos. Mirad con atención: esta es una pareja que ayer contrajo el solemne voto de amarse para siempre, voto bendecido por el sacerdote y atestiguado por el notario. No vuelven en sí; están ebrios de dicha; todo en el mundo fuera de su amor les es indiferente; no ven las lágrimas de los seres que tanto los han amado y que ya empiezan a deplorar su cercana ausencia, y con el egoísmo de la felicidad, quieren sepultarse entre las ondas de una humanidad que no los conoce y cuyo contacto no les llega al alma. En este grupo hay flores y sonrisas; todavía están frescos los azahares en la corona de la novia y puras las ilusiones en esos pechos de niños. Allí otro grupo, en cuyo centro está un enfermo, que herido de muerte por el hielo de su aire natal, va a mendigar unos días más de vida y de tristeza a las tibias auras italianas y al calor del claro cielo que cobija las comarcas encantadas del Mediodía. Y en cada grupo hay un mundo pequeño: la historia de la humanidad se encuentra en cualquiera de ellos; en ninguno son tantas las sonrisas que no se vierta una lágrima, y aún aquellos a quienes tocó la sombra y la tristeza en suerte, tienen un rayo de luz, algo que mitigue su pena.

A ver los camarotes de los que se van suben los que se quedan; el barco es un palacio; el inmenso salón que sirve de comedor a cientos de pasajeros, está atestado de flores, hermosos recuerdos que antes de muchas horas, marchitas y deshojadas, serán arrojadas al mar. Aquí y acullá, con copas henchidas en espumoso champaña, algunos amigos se despiden en algazaras y bullicio. Y al favor de este, como a la sombra, una madre o una hermana, entre sollozos comprimidos, murmura los últimos consejos, repite las sabidas recomendaciones, y cariñosas manos estrechan las del que se aleja.

Inesperado suena el pito. ¡A tierra! es el grito. Un postrer abrazo, un apretón de mano, una frase rápida, y todos los que no se han de ir saltan presurosos al muelle.

Ya se sueltan las amarras, el barco está libre, ya dio la hélice su primer golpe poderoso; como brioso corcel que siente de repente el aguijón de la espuela, se estremece todo él, y poco a poco majestuoso y como despertando a la vida, avanza; la proa rompe el agua en hilos de argentada espuma, y a cada segundo que pasa, reconociéndose en su elemento, la nave salta encima de las ondas y aumenta en velocidad.

Todos los pasajeros están del costado del buque que mira al muelle, en donde se

aglomera la muchedumbre que queda en tierra. De una y de otra parte se cruzan frases que no se oyen, se baten pañuelos, y los ojos quisieran decir lo que fuera imprudente gritar a voz en cuello.

Ya el barco está en la mitad del canal, se aleja, se aleja, se confunde entre las mil embarcaciones, se pierde de vista. Vese ya tan solo el blanco penacho de humo que vuela hacia atrás «como un adiós». Y la bulliciosa escena de pocos momentos antes parece un sueño. ¡Dios lleve con bien a los viajeros!

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1884.
[Fotocopia en CEM]

ZIGZAGS NEOYORQUINOS

Noviembre 1ro. de 1884.

«Zigzags»—la aplicación de la palabra no es nuestra: púsola en uso—hasta donde nosotros sabemos—un distinguido escritor cubano, don Rafael M. Merchán, actualmente residente en la capital de Colombia. Es allí editor de un periódico, y bajo el nombre de «Zigzags» que dejamos apuntado, publica las más interesantes revistas que es imposible imaginar de cuanto sucede—y hasta de cuanto no sucede—en Bogotá. En «zigzag» y con la inconstancia de la abeja o de la mariposa, su espíritu aborda ora un asunto, luego otro, como ellas los colores hermosos y la miel, toca él el punto palpitante, y pasa y sigue en su camino. Ese es el origen de la palabra: sigamos adelante.

Ya llegó el otoño, según Pérez Bonalde «la estación melancólica en que las hojas y las aves se van»; son de ello las señales inequívocas. Pasó ese verano que tan benigno estuvo al principio, pero que recordando de pronto, y al irse ya, quién era, nos dio una tan calurosa y cordial despedida, que poco faltó para que nos derritiese. Ya la atmósfera está respirable y el termómetro ha bajado de las alturas plutónicas—por no decir infernales—a cifras de calor más en relación con nuestra comodidad. De vez en cuando se siente en el aire algo como el ala húmeda de un ave que lo refresca, son las primeras brisas heraldos del invierno, que ya se puso en marcha para hacernos su visita anual. Se han acortado los

días, avaro de su luz el sol cada vez viene más tarde y se retira más temprano. Prados y bosques, yerba y follaje, comienzan a perder la fresca esmeralda de sus colores.

La cimera de los árboles cada día amanece de distinto aspecto; tal parece que las hojas, al comenzar a perder la savia y viendo su fin cercano, hubiesen querido ataviarse con la luz que bebieron durante los cálidos meses estivales, y por eso cada una se apropia un color y el árbol parece, agitado por la brisa, un prisma palpitante, un iris murmurador y lleno de susurros. Y las ramas comienzan a desnudarse, cada día es mayor el número de hojas que por tierra arroja el viento. No, no hay duda, ya llegó el otoño, estación que los americanos llaman *Fall,* [o] sea, caída de las hojas.

Eso en el campo. La ciudad se prepara a la actividad mientras la naturaleza se apresta para el reposo. Desiertos han quedado los inmensos hoteles en lo alto de los montes o a la orilla del mar; ya el murmullo de las ondas no se confundirá con el ruido de frases amorosas, repetidas en los nocturnos paseos al manso rayo de la luna, y en la arena no se ven las huellas de menudos piececitos de niños, ni barre la marea los castillos y fábricas de una tarde, que en la playa levantaron manos infantiles. En el establo está guardado el pesado carretón que por las veredas de la montaña arrastraron cuatro caballos jadeantes, y del cual un grupo humano lanzaba al aire sus cantos y sus risas en las alegres excursiones veraniegas... Todo eso pasó, y como leños a la vorágine del remolino han vuelto esos seres a la ciudad, a la faena, a las calles enlodadas, al brillo de las luces eléctricas. ¡Felices los que como las hojas caídas de los árboles, hayan conservado un rayo siquiera de la luz de los meses cálidos, claros, de azulado cielo que ya pasaron!

Y vese en las calles animación y vida, y por las noches se colman de gentes de rostros quemados por el sol, los restaurantes, los hoteles, los teatros. Ya se habla de los bailes que habrá en la estación cercana, de los artistas que visitarán la ciudad. El frac y la corbata blanca recuperan sus derechos, y en vez de partidas de pesca, de excursiones acuáticas, se habla de la venida de Irving, el gran trágico inglés,—de las funciones de la Théo, flor del invernadero parisiense,—de la Ópera Alemana que nos dará a Wagner,—y de Patti, que por un torrente de oro cambiará el de límpida armonía que brota de su garganta. Y por sobre todo esto, se oye el ruido de la agitación política; a la vuelta de cada esquina se halla la oficina de un comité, ora demócrata, ora republicano, y los pobres candidatos, retratados al por mayor y en inmensas telas, pueden ver su efigie colgada en todas las calles, como bandera de alianza para sus partidarios.

Procesiones, *meetings,* antorchas, disfraces de pacíficos ciudadanos, que se lanzan por esas calles de Dios, y se reúnen en torno de tribunas improvisadas, y aplauden arengas que no oyen y gritan como locos, y a la mañana siguiente tornan a su labor diaria con un sentimiento análogo al del soldado que vuelve de la refriega. Sienten que el laurel vendría bien sobre sus sienes, y en el fondo de su alma deploran el que esa vulgar necesidad de

procurarse «el pan nuestro de cada día» les impida llenar su misión de héroes, para la cual se sintieron nacidos cuando marchaban en desigual formación por las calles de la ciudad, atronando los aires con sus vítores y marcando el paso—con absoluta independencia de sus camaradas—al son de la música, si destemplada cuasi marcial, de la banda alemana que mediante unos cuantos *greenbacks* se dejó seducir hasta el punto de abandonar su puesto de siempre en la cervecería de costumbre, por los azares y peligros de una procesión eleccionaria. Y no pueden seguir su vocación, y en vez de ser héroes es preciso tornar al taller. ¡Cómo está de injusticias lleno el mundo!

Justo no sería sin embargo el mirar solamente bajo ese aspecto, esas manifestaciones populares; si ellas tienen muchas arandelas y aditamentos que las hacen aparecer pueriles o ridículas en parte, no por eso dejan de ser eco de la opinión pública y palpitaciones del sentimiento que anima a grandes masas de la sociedad. Pasando por alto los arreos marciales improvisados, el aire de ferocidad que toman algunos de los individuos en la marcha y otras muchas nimiedades que sería largo detallar, siempre hay algo de majestuoso, de imponente, y de consolador para el espíritu republicano en esas manifestaciones populares. Y como adelantada en la vía del progreso puede considerarse la nación, en donde para la solución de sus cuestiones eleccionarias, solo se emplean de la guerra los pífanos, atambores, banderas y pompa militar, sin que, como tan desgraciadamente aún sucede hoy en algunas de nuestras repúblicas, cada nueva elección implique el derramamiento de sangre, fecundo solo en miserias y desgracias.

Los teatros han abierto sus puertas, y actores y directores empiezan su labor, su tarea, en la cual solo tendrán descanso cuando vuelva el calor. Delante de sí se les presentan largos meses de trabajo: es necesario divertir a sus conciudadanos. Y afortunadamente el público neoyorquino en materia de teatro es bonachón, primitivo en sus gustos y fácil de entretener. Unas escenas violentas al principio, un criminal atroz, un ser de virtud inmaculada; fortuna, dicha, prosperidad y buen éxito para el primero hasta la penúltima escena del último acto, y amargura, desgracia y desengaños para el segundo, hasta dicha penúltima escena, ahí de cualquier manera no importa cómo, aún violando toda apariencia de verosimilitud, en el momento crítico en que ya sucumbe la virtud, se cambia la corriente, la inocencia triunfa, el crimen es castigado, uno, dos o más matrimonios, según los que se puedan hacer con el número de personas que haya en las tablas, y cae el telón en medio de aplausos generales, y los buenos *burgeois* neoyorquinos se retiran satisfechos a su hogar.

Poco importa cómo se llegue al fin, pues el público traga entero lo que se dice y el encanto se aumenta si hay hombres vestidos con camisas rojas y botas altas, que constantemente tienen en la mano un inmenso cuchillo, que por dácame esas pajas

despachan a un prójimo para la eternidad, prójimo que el autor se reserva el derecho—*tous droits réservés,* dicen los libros franceses, y este acaso sea uno de ellos—de volver a la vida, como hizo Cristo con Lázaro, sin que al público se le ocurra hacer la más leve objeción, ni poner en duda el poder milagroso del dramaturgo para resucitar muertos, cuando así le convenga para el citado triunfo de la virtud. Probablemente es tanta su alegría de volverlo a ver, que pasan por alto una cosa tan insignificante como una resurrección.

Y a pesar de lo uniforme de esas tramas, a veces hay en el desarrollo de ellas situaciones dramáticas interesantes y momentos que fascinan y hacen olvidar la imposibilidad de lo que se representa, por lo ilógico que sería según lo que vemos en la vida real.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 18 de diciembre de 1884.
[Fotocopia en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

UN DÍA DE ELECCIONES EN NUEVA YORK

La noche anterior.—Cuarteles generales de los partidos, y lo que se hace en ellos.—Las apuestas.—Preparativos legales.—3 000 casillas de pino blanco.—Una casilla, y sus alrededores.—Los papeleteros, los «trabajadores» y los cuidadores.—La conquista de los electores.—De a dos y de a cinco pesos.—El día en las casillas.—Un votante preso.—Caterva italiana.—Italianos e irlandeses: batalla campal y caso cómico.—Una elección de munícipe en un barrio bajo.—«Pericón» y «Franciscazo».—La escena en barrios cultos.—Tráfico en votos.—Influjo decisivo de los hombres de negocios.—Curiosidades electorales.—Las cuatro de la tarde, peleas y fogatas.—La ciudad por la noche.—Las calles, las cantinas, los alemanes, las dos razas irlandesas, los hoteles.—La cantina de Hoffman: sus bronces, mármoles y cuadros.—Lectura pública de las primeras noticias.—En las plazas y avenidas.—Vagabundos y señores.—Una conversación en un carro.—La plaza de los periódicos.—La muchedumbre aguarda en la lluvia los boletines.—Pilluelos, paseantes, luces.—El *Sun*, el *World*, el *Herald* y el *Tribune*.—Hurras, silbos, refranes, coros.—La maravilla del sufragio.

New York, 6 de noviembre de 1884.

Señor Director de *La Nación*:

Vamos a pasear por Nueva York hoy que es día de elecciones; a ver quiénes votan, y cómo y en dónde, y qué se hace después de votar; a oír lo que se trama, vocifera y cuchichea; a pintar en su día de soberanía a este pueblo pujante y complejo; a palparle, ahora que las tiene conmovidas, las gigantescas entrañas. Los niños se preocupan grandemente, no bien empiezan a pensar, de la manera con que se encenderá el sol, y de quién lo encenderá, y de cómo se podría llegar a él: urden en su mente ingenua y novicia colosales escalas: seguir la luz es el primer movimiento perceptible del recién nacido: conocerla, el mayor deseo del niño, y el anhelo del hombre hundirse en ella. Curiosidad igual atrae a los pensadores hacia los misterios de formación y desenvolvimiento de este pueblo, sorprendente muestra, ay! de todo lo que puede llegar a ser una nación preocupada de sí, y desentendida, en su propio goce y contemplación, de las maravillas y dolores del resto del universo humano.

En cuatro de noviembre se vota en los Estados Unidos para electores a la presidencia, y para otros oficios del estado y de la ciudad, que suelen caer al mismo tiempo; pero el día de la votación, luego que ya están apagadas las antorchas de las procesiones, y los uniformes, cascos y banderines embaulados, y toda la parafernalia del entusiasmo puesta, en espera de nueva ocasión, en resguardo del orín y la polilla; el día de la votación, digo, comienza con la noche que le precede. Cada partido tiene, por supuesto, su cuartel general y cuartelillos menores en diversos puntos, donde se congregan los agentes del partido, y se distribuyen documentos, y se ajustan tramas, y se dispone el plan de la batalla. Estos cuarteles son salones públicos, que los partidos mantienen en constante uso, y de los que suelen ser propietarios, o casas particulares, que para estos meses de lidia y faena alquilan en lugares vistosos y céntricos: y en estas casas todo es abejeo, comezón, portuguesadas, alardes de triunfo, entrar y salir en las partes bajas, donde se junta la gente menor, y sigilo y recadeo misterioso, y porteros impenetrables, y pasillos discretos, y dobles puertas en las partes más altas y escondidas, donde los patriarcas celebran sus acuerdos, reciben a las personas de cuenta, conversan en apartados rincones con los gamonales que tienen en su puño a los condados o distritos, ofrecen puestos o dineros a los oradores alquilones de cuyo influjo o palabra necesitan, y con una mano en el manipulador del telégrafo, y la bocina del teléfono en la otra, oyen y mandan, y conciertan todo lo que en pro de su candidato ha de hacerse, de un cabo a otro de la Unión. Lujo no se espere en estas casas, donde en estos meses se hilan y reparten los dineros por millones: en los pavimentos no hay alfombra: las luces de gas están a medio quemador: las sillas son de madera o de rejilla pobre, y todas diferentes: alrededor de una gran mesa, gordos como Falstaff y ansiosos como Macbeth, están los senadores y

personas de médula que encabezan la campaña, sin que sea raro hallar a estos caballeros con el chaleco abierto y en mangas de camisa. Sus malicias son burdas. De ingeniosos, no pecan. Sus recursos son aparatosos y vulgares. Lo que más cuesta, y lo más numeroso y tamañudo, es lo que les parece más eficaz. Proponen brutalmente. Y cuando la dan de astutos, son serpientes que parecen toros. De estas casas se sale como de un mal paso. En los salones bajos, sobre una mesa central, están en haces los diarios del partido; tapizan las paredes, en parejas, retratos de los candidatos para la presidencia y vicepresidencia; adornan los rincones, sobre maniquíes, modelos de las capas de hule, corazas de papel y cascos de latón, que paradean por las calles los procesionarios. En la noche que precede a las elecciones, no hay aire allí, sino masas humanas: las grandes bebederías de la ciudad, con sus mostradores de caoba, sus estatuas de mujeres desnudas, sus tapices y curiosidades ricas, sus cuadros tentadores y libidinosos, están repletas, a punto de no dejar paso, de gente rica y vociferante que bebe, desafía, gesticula y apuesta. Los cheques en blanco se llenan sobre las espaldas del vecino o en el hueco de la mano; con un rasgo de lápiz quedan apostados al triunfo de un candidato, como al de un caballo en las carreras, diez, veinte, cincuenta mil pesos: un californiano ha apostado al triunfo de Cleveland, toda su hacienda. En su oficina el fiscal del estado, a demanda de los inspectores de elección que han descubierto informalidades y abusos en las listas de registro, firma por centenas los mandamientos de prisión con que en el acto de votar se ha de detener al día siguiente a los que han procurado violar las leyes y ordenanzas electorales, y votar sin derecho, o votar dos veces, o hacer en algún modo engaño o fraude: y si cesa el fiscal por un instante de firmar órdenes de arresto, no cesa de recibir juramento a los vigilantes especiales que para este día cuatro de noviembre emplea el estado, a que cuiden en las casillas de votación de que las leyes sean cumplidas, y arresten a los que las desconozcan o las tuerzan: solo que como es republicano el que nombra, y con nombrar hace favor y obliga, republicanos son los vigilantes especiales, que más que para vigilar, para mover o forzar a los electores a que voten por el partido republicano, son empleados: por lo cual, los demócratas vivaces eligen a una persona de buenos ojos, para que en cada casilla vigile a estos malos vigiladores. Cuando ya está al abrir la mañanita, júntanse en la fiscalía, para estar prontos a resolver consultas y aclarar dudas, los abogados fiscales auxiliares, a cuyo consejo acuden a bandadas durante el día los electores en apuros; este porque le disputan el voto, aquel porque un bribón votó en su nombre por el partido contrario al suyo y no lo dejan votar ahora, estotro porque puso en la lista de registro equivocado el número de su casa y lo acusan de fullero, esotro porque van a dar las cuatro, que es la hora en que se cierran las casillas, y él es demócrata, y como los vigilantes son republicanos le han movido un pretexto para impedirle que acuda en tiempo, y él viene desalado a que ordene el fiscal que le reciban su voto:—tales son los empleos de los abogados auxiliares. Votante hay que, en alas de su abogado, se anda una milla en un minuto.

El día cuatro empieza, tranquilo y lluvioso.—Como por magia, se han levantado en las aceras de la ciudad más de 3 000 casillas de pino blanco, cubiertas de carteles. Cinco hay frente a cada lugar de votación: cinco pesos cuesta cada casilla al partido que la erige: "Aquí se juntan los amigos de los republicanos»;—dice en el tope de una un cartel grande;—«Aquí Butler";—y a este llamamiento lamentoso nadie acude;—«Aquí Tammany Hall», que es la casilla de la organización electoral más terrible y numerosa de los demócratas: y sus casillas sí que están animadas.

Desde las seis de la mañana, en que empieza el voto, merodean, fuman, mascan, ponen rostros horrendos y blasfeman los rufianes que, a modo de intimidadores, diputan por los barrios ambos partidos: frente a cada casilla o saliendo al paso a cada elector que llega, está con su bolsón de lienzo al costado, lleno de mazos de papeletas de votar, el papeletero de cada partido; y a su alrededor, con miradas ávidas, y tacto seguro, buitrean los «trabajadores» de los bandos contendientes, que así se llama en la parla política a las personas de blando hablar y buen vestir que, por los méritos de cinco pesos que les dan por esta labor, se obligan a procurar convencer a los electores de que es de ley y conciencia votar por el bando que paga a estos blandílocuos.

Por entre todos ellos, llenos de ojos los vestidos, porque parece que ven por los codos y por las espaldas, culebrean los cuidadores que cada bando u organización importante emplea, a fin de que no dejen que haya engaño en las papeletas, y den con apariencias de republicano un mazo demócrata, o al revés, y de que no procuren cohechar a los votantes: lo cual no quita que llamen mucho la atención, y tomen del brazo lindamente a este o aquel que llega con apariencia ruin, unos caballeros lustrosos y bien puestos, con muy buenas ropas y sombrero de pelo, que en desdeñoso ángulo obtuso llevan en la esquina de la boca un robusto tabaco, y, a modo de invitación, y en ángulo que no puede llamarse recto, ostentan en el bolsillo exterior del chaqué un mazo de billetes de banco,—que a las cuatro de la tarde—¡vivan los pantalones nuevos y la botella de aguardiente de maíz!—están ya en otros bolsillos. Mugriento, vestido de pingajos, tocado de un sombrero lleno de hoyos, los pies en unas botas que van diciendo lástima, descuélgase por la esquina un negrón de cara picaresca, o un vagabundo infeliz, de nariz roja y barba hirsuta, que hiede y tirita: a este se llega enseguida, con el cuidador del partido rival en las espaldas, el señor del tabaco y los billetes:—¡y cuánto que lo quiere! ¡y qué bien que lo regala en la cantina de las cercanías! ¡y cómo halla manera, sin que el cuidador le vea, de ponerle en las manos, con el mazo de papeletas de su partido, un billete de dos o de cinco pesos, según sea de marrajo o necesitado el vagabundo!—Cuando es una persona de buen ver la que se acerca a las casillas, o un artesano orondo de su ciudadanía, que se ha echado encima, para venir a votar, sus vestidos mejores, los papeleteros se le adelantan, y los «trabajadores» le rodean; pero él se va derechamente a la casilla de su partido, y allí pide al del bolsón el mazo de papeletas, y las mira una a una para que no le engañen como suelen, y va en paz y majestad a echarlas en las urnas. No sé qué tienen los que así

caminan: pero consuela verlos, y parecen reyes.

Y todo el día es este rapacear, este ojear, este seducir, este acusarse unos a otros de corruptores y ladrones, este poner miedo en los que no parecen muy seguros, este disputar el voto a los que con el menor error o desliz han puesto en riesgo su derecho, este llevar presos a la presencia del Fiscal del Estado, o sus representantes, a cuantos por haberse registrado malamente o sin derecho, dieron ocasión a que los vigilantes se proveyesen de antemano de mandamiento de prisión contra ellos. Vienen de brazo, como desafiando y venciendo, unos diez caballeros demócratas; pero tanto inquiere de uno el trabajador republicano, que el caballero vacila en dar su voto; y el trabajador lo sigue poniendo en alarma, que no llega a ser tanta que no vote el demócrata; mas no sin que se le haya antes exigido la formalidad desusada del juramento, con que acredita su fe honrada en su derecho de votar, y se exponen a pena fuerte en caso de perjurio,—para ventilar lo cual un vigilante se lleva preso a la fiscalía al caballero demócrata, seguido de gran muchedumbre, que injuria al aprehensor y lo conmina a que dé libertad a su cautivo; y como resulta que su voto es de ley, sale libre, entre los aplausos de la gente.—Otro grupo es de italianos excelentes, que vienen en rebaño tras del capataz que ha mercado sus votos; pero como la paga fue hecha afuera, de probarla no hay modo, aunque el alboroto que esto mueve es grande, y los sencillos italianos con su buen peso en la bolsa, y no poco temor, echan en las urnas el mazo que les dieron: mas se descubre a tiempo que uno de ellos dijo que vivía en tal casa, donde no vive, y aunque suplica y llora, los irlandeses se ríen de él a gran mandíbula, y el vigilante se lo lleva en prenda. Irlandeses e italianos no se quieren bien; ni alemanes e irlandeses.

Los de Irlanda no gustan de ir al campo, donde la riqueza es más fácil y pura, y el carácter se fortifica y ennoblece: sino de quedarse en la ciudad, en cuartos infectos, o en chozas de madera vieja encaramadas en la cumbre de las rocas, empleados en servicios ruines, o aspirando, cuando tienen más meollo, a que el pariente avecindado les saque un puesto de policía, si son mozos esbeltos, o de conserje o cosa tal.

Y los de Italia tampoco se van al campo, ya por ser gente apegada a lo suyo, que gusta de vivir entre las comadres vestidas de colores y los que hablan, riñen y matan a su guisa, ya por no ser personas de grandes deseos, ni aspirar a más que a allegar unas centenas de pesos, que estiman como monumentos de oro, y ganan haciendo oficio de barrenderos, musicantes, vendedores de fruta, y mercaderes de vejeces y restos, con cuyo producto se vuelven luego alegremente a su lugar nativo. De manera que como la Irlanda es mucho y la Italia no es menor, los celos han subido tanto que no hay día sin corrida, paliza o pedrea entre italianos e irlandeses. En este día de elecciones, y en la mismísima plaza del Ayuntamiento, a propósito de la elección de cierto munícipe, acusado de haberse puesto en muchos votos de italianos, andaban ya a puños y puñales los hombres de ojos ardientes y los de nariz remangada: trescientos eran de un lado, y más de trescientos de otro, y la ira mucha; pero el munícipe acusado, persona de gran pro entre la gente baja,

salió a las gradas de la casa municipal, y abriendo, entre altas voces, las recias manos: «No se maten por mí, dijo, italianos e irlandeses, porque en mí llevo las dos sangres: mi padre era irlandés, y mi madre, italiana»; con lo que, mirándose de reojo, envainaron los contendientes las espadas.

Y esto sí que es de ver, y allá vamos, ya que hoy se hacen, además de la elección de presidente, las de algunos munícipes en los barrios donde no se ven casas de fachada de piedra artificial, bordando calles limpias de espaciosas aceras, sino ventorros de muy mal ver, casucones de mugrosa madera, o de ladrillo despintado y roído, que a ambos lados de estrechas callejas, parecen dientes careados y rotos en encías en ruinas. Allí el aire es fétido y espeso: las casas, colmenares; el mayor rufián, el rey; cada mujer, un ala rota; y cada puerta, una bebedería. Son aquellos romanos que pedían pan y circo; lampiños como ellos; como ellos, miserables y feroces. Cada mañana, recogen de bajo algún mostrador un hombre muerto a puñaladas o a balazos. De noche, se acurrucan en un recodo oscuro de la calle, o se reúnen en solares solitarios, alrededor de un jarro roto, a pedir a los que pasan, siete centavos con que comprar cerveza para el jarro, o un centavo, porque tienen seis y les falta uno: y si el que pasa no lo tiene, o no se los da, muere, y cuanto lleva sobre sí, de sombrero a calcetines, va a cubrir el cuerpo de los rufianes, sin que la policía se aventure a deshacer estas temibles cuadrillas, porque como todo el barrio es de su jaez, todo él los protege y recata; y si llega a poner mano en algunos de ellos, ya está el cervecero o el político de esquina, de cuyos votos necesita el juez para ser reelecto, cosido al juez hasta que deja libres a los presos, con cuyo voto comercian los políticos, por lo que es de costumbre que se obliguen a servir en estos casos apurados a los que a su vez en las elecciones les sirven:—y los acatan los jueces,—que este es uno de los males de que los jueces sean electos por votaciones populares. Tales son las cohortes de electores que hacen munícipe a Pericón el cervecero, o a Franciscazo el vendedor de carne! Mientras más cerveza, más votos. La bebedería de Pericón da hoy cerveza a barrica por hombre. Él, sudoroso, sentado en un barril, aviva a su gente. Este de un trago vacía media botella: otro, en un rincón, se ceba en su vecino, y lo abate a puñadas; uno canta, todos juran: por tierra andan ya algunos, y los demás sobre ellos; en copas no beben, sino en tinas de lata: y se cobran así los que han votado, y los que van a votar luego. Franciscazo, el de la madre italiana, anda en un coche por la calle, seguido de centenares de chicuelos: a cada puesto de votar adonde llega, echa al aire puñados de centavos y reales sobre [los] que se lanzan los chiquillos, en tanto que él da abiertamente a sus trabajadores billetes de a peso con que compren votos, que él a peso paga. Allí sí, no hay cuidadores, más que los de Pericón; ni policías, o no se ven al menos. Del corredor de una casa vecina se oyen gritos, golpes, juros: es que a la misma casa fueron en busca de un votante que les falta los trabajadores de Pericón y los de Franciscazo, y al verse faz a faz en la escalera, dan poderes a los puños, que son tales que suelen romper cráneos, y ruedan sin sentido, o abrazados y mordiéndose, hasta la acera. Franciscazo es

electo munícipe. Lago, con manchas rojas, es la bebedería de Pericón.

Muy otra es la escena en los barrios más cultos. Los lugares de beber, por de contado están llenos, aunque manda la ley que los cercanos a los puestos de votar estén cerrados. Los que viven del tráfico de votos, y de tenerlos preparados para estos días, que son muchos, en esquinas, cervecerías y corredores, emplean sus artes y se ganan gente; pero por casi toda la ciudad ¡qué orden, limpieza, y respeto!—Acá acogotan a un negro, porque tomó cinco pesos de un seductor; pero tan graciosamente cuenta que él ya era amigo de este tal, quien le indicó que cinco pesos no dañarían su amistad, y le suplicó a poco que sacrificase por él sus firmes convicciones políticas, que el concurso ríe en coro, y al acogotado dejan suelto. En uno u otro lugar, ya a la caída de la tarde, con lo cerrado de la elección y la excitación del día, suele suceder que cambien puños, a pesar de su caballeresca apariencia, los trabajadores de los partidos rivales, o un papeletero alevoso y el elector malhumorado que ha recibido de él un mazo de papeletas fraudulentas:—porque hay cuerpos políticos de la ciudad que tienen en más la elección de determinado candidato a un puesto local que el triunfo del candidato de su partido a la presidencia, y arreglan mazos de papeletas con la del presidente rival a la cabeza, y desligada entre las demás la del candidato propio cuya victoria les importa; lo que da lugar a comercio abierto entre los gamonales republicanos y los demócratas, y a que muchos de estos, interesados en hacer corregidor de New York a una especial persona, hayan tratado en esta elección que sus secuaces voten por el candidato republicano a la presidencia, con tal que los secuaces del gamonal republicano voten por el candidato demócrata a la Corregiduría. Por estos tratos fue vencido Hancock, demócrata, en la elección presidencial que llevó al Gobierno a Garfield en 1880; y por estos tratos ha estado a punto de ser vencido Cleveland. Solo que los hombres de negocios, sinceramente interesados en el triunfo de este hombre honrado y sencillo, dispusieron un cuerpo tal de cuidadores en las casillas, y tantos electores desinteresados hubo, y con tal celo eran revisadas por ellos las papeletas, que el tráfico esta vez, con ser cierto, no ha llegado a mucho. En esto han de pensar aquellos pueblos que quieran conservar la libertad de que gozan: solo la disfrutarán mientras la vigilen, la perderán, como aquí mismo, en esta misma tierra santa de la Libertad, han estado a punto de perderla, tan pronto como la abandonen.

Van a dar ya las cuatro, y es hora de que, muy de prisa, recorramos las urnas. En estas los trabajadores son ¡quién lo dijera! dos mujeres aún jóvenes: llevan al pecho la cinta blanca y azul, distintivo de los partidarios del candidato de las Sociedades de temperancia, el apuesto y ferviente St. John. Jamás se vieron hasta hoy mujeres en las aceras, repartiendo papeletas y trabajando, con elocuencia y persuasión reales, por convencer a los votantes: y es fama que, en aquella casilla hubo buen número de votos por St. John.

En otras casillas vitorean a un octogenario: Tilden es, el profundo Samuel Tilden, que

pudo rescatar de los bribones el estado de New York que esquilmaban y envilecían con un inicuo gobierno, mas no la presidencia de la República a que fue electo en 1876, y que le hurtaron los republicanos.—Y al presidente Arthur vitorean también calurosísimamente, por discreto, cortés y gentil, a su salida del puesto electoral en donde ha dejado su voto en pro del rival que le venció en la candidatura a la elección del partido para aspirar a la elección presidencial, su rival Blaine.

Pero ¿qué pasa en aquellas otras urnas, que la gente se agolpa junto a un anciano que expira? El anciano tenía ochenta y seis años: salió a votar con su hijo: rehusó ocupar en la fila el puesto que le cedían los que llegaron antes que él, y, asido de su derecho de hombre, cayó muerto al pie de las urnas.

No bien dan las cuatro, y las urnas se cierran, dentro comienzan los inspectores, guardados por los policías, a contar los votos: y fuera son las riñas de muchachos y mozos, y a veces de hombres crecidos, por ver quién se lleva las casillas. Se echan sobre ellas, y las desclavan con las manos. Otros vienen a quitárselas, con palos y piedras. Cien muchachos se juntan de un barrio, y cien del vecino. La policía suele acudir, y golpearlos donde no quede hueso roto, o donde quede; y ellos, con la cara ensangrentada, echan a correr calle arriba, con las tablas al hombro. Para hacer candeladas las quieren, con lo que es de uso antiguo que la gente menor celebre aquí las elecciones. De días atrás, no ha quedado barril en las aceras que los muchachos no se roben, ni cajón o baúl viejo en los desvanes que no escondan en el sótano; y cuando la madera escasea, de las cercas de los solares las arrancan: aunque el honor no está en esto, sino en apoderarse a mano fuerte de las casillas. Como se va avecinando la noche, aunque llueve de recio, se enrojece, con el color vaporoso del hierro encendido, la bóveda del cielo. En cada esquina, frente a cada puerta, llamea una fogata. Si la han hecho niños de buen vestir, suelen llegar con unos garfios, protegidos de lejos por rufianes talludos, grupos de chicos de los barrios bajos, blasfemando y braveando, que hacen de barateros de la fogata, y con sus garfios arrebatan los barriles encendidos, y con gritos de triunfo se los llevan a una esquina cercana: a lo que no es común que se opongan los niños de buen vestir, ni sus padres, porque si lo intentan, y riñen o toman de un brazo a alguno de los malandrines, caen sobre el regañante con las manos armadas de manoplas, o con puños tan fuertes que dan como si lo fueran, los rufianes que con las manos en los bolsillos han estado en fila en la acera, cuidando del buen éxito del robo: tienden a dar en las sienes, o un golpe fatal que ellos saben, detrás de la oreja. Niños hay, y hombres también, que se levantan a morir de estas contiendas. Pero, por lo común, la fogata es ocasión de entusiasmo y risas. Algunas hacen altas, como una columna, poniendo uno sobre otro barriles vacíos: prende la llama abajo; el humo negro, como un diablo escapado, sale por la alta boca; tras él, como las hojas de una palmera, brota en lenguas la llama. Puesta de sol de Egipto parecen las calles, con todos los cristales de sus casas encendidos, y las paredes, y los vecinos que desde ellas miran, y el aire mismo, en unas oleadas amarillo, en otras vivamente

azafranado. Y ya a esta hora de la noche ¿quién, aunque la lluvia es torrencial, no irá a la parte baja de la ciudad, o a las grandes plazas de la Unión y de Madison, a ver, con la muchedumbre aglomerada en ellas, lo que van anunciando, ya en grandes lienzos colocados sobre un techo o en la fachada de un muro, ya en los que arman a las puertas de sus oficinas, los diarios más notables de la ciudad?—Todo Brooklyn, todo New York, todo New Jersey, están en las calles.

No hay salón de bebida que no hierva. En los de suburbio, a los lados de ambos ríos, se apuesta y balbucea: y no hay nadie en pie, sino porque los unos se apoyan contra los otros: de beber y vocear están roncos. No son así los salones de gente alemana, que votó muy temprano, y a sus casas no ha vuelto, sino a oír perorantes, y quemar sus pipas, y beber en sus jarrillos de barro bañado, sobre la salchicha de Frankfort o el bocado de pastoso Limburgo, el Hubmacher negro, o el Licboschaner transparente: toda esta gente de Alemania es de buen ver; su ropa, buena; su aspecto honrado; su alegría, reflexiva y bonachona; su lealtad tenaz; su juicio lento y propio; en todo alemán hay un poco de Lutero:—republicanos han sido por lo común, pero esta vez, han votado mayormente con los demócratas, acaso porque, con promesas y parla pomposa, los amigos de Blaine hicieron creer a la caterva irlandesa que el caudillo republicano movería querella a Inglaterra en pro de Irlanda, con lo que se ganó mucha parte del voto irlandés, cuya preponderancia en la ciudad y en la política del país no ven los alemanes de buen grado: —en verdad, los alemanes han despoblado selvas, y fundado estados, y abierto vías férreas del Atlántico al Pacífico; y el mejor comercio de New York, alemanes lo hacen; mientras que Irlanda, fuera de este o aquel hijo inteligente, astuto o valeroso, no ha traído más que gente preocupada y odiadora, amiga de puestos públicos y oficios ruines. El hijo del alemán es culto, respetuoso, fuerte y dado a su trabajo. El del irlandés es perezoso, enteco y pendenciero. A bien que en Irlanda hay dos razas: la una de pelo negro, nariz aguileña, barba poblada y alma clara y heroica; la otra de pelo rojo, naricilla al viento, boca máxima de labios caninos, y almilla de aldehuela, desconfiada, terca y vanidosa. Quien quiera ver pandemónium de razas, en noche como esta de elecciones en que estamos debe venir a New York, en que todas se mezclan y hormiguean. A las plazas de Madison y de la Unión va la gente, porque en ellas tienen el *Herald* y el *World*, sus boletines; y cerca de ellas están los cuarteles generales y sucursales de ambos partidos, y los hoteles grandes y famosos, el de la Quinta Avenida, donde ha posado Blaine, lleno de republicanos; el de Hoffman, que fue posada de Cleveland, lleno de los demócratas de más cuantía. De cerveza no se sabe en estas ricas cantinas, sino de champañas y claretes. Banqueros y corredores conocidos gritan, fuera de sí, de pie sobre las mesas. Son Bolsas los atrios de estos hoteles y bebederos suntuosos: nadie pone atención, en la cantina de

Hoffman, cubierta de tapices y cuadros valiosos, en el Fausto dormido de un pintor español, con un Mefistófeles arrodillado que parece un arriero alcarreño, orando con el rostro vuelto a tierra, cual si no quisiese ver cómo, en contorsiones estudiadas y volcánicas, cruzan el cielo lácteo, a manera de ráfaga, despeinadas y lívidas, en todos los abandonos del deseo, un montón de mozas ubérrimas y esbeltas; ni en un plato de porcelana se fija nadie; en que una mujer joven, alta y fina como los Cristos maravillosos del guatemalteco Quezada, es arrebatada cielo arriba, con visible deleite suyo, en el lomo de un monstruo fiero y retador; ni hay esta noche, apiñada ante el cordón de seda que protege de los curiosos la obra de arte, aquella caterva de mirones seniles que a toda hora escudriñan las bellezas de las ninfas acuosas y diáfanas de Bouguereau, que, en posiciones que trascienden de sobra a Academia y señorío, y quitan en verdad a la tela toda intención y apariencia lúbricas, convidan a un fauno temeroso a que se hunda con ellas en las aguas: a este cuadro lo decoran y miman aquí, como un altar: de lo alto, bajo un dosel de terciopelo y flecos de oro, cae sobre el lienzo un torrente de luz, que las cortinas rojas de los lados concentran y recogen, ante el cuadro; en jarrones de Sévres, a menudo rodeados de símbolos amorosos de plata o porcelanas varias, están siempre turbando con su aroma los sentidos, grandes mazos de rosas. Y por las esquinas, bayaderas de bronce. Venus corpudas en mármol blanco, una bacante descarada que, con los brazos por detrás de su cabeza, y desmayado de placer el rostro, abraza la cabeza de un sátiro fornido, en que remata el poste en que se apoya. Un sable japonés cuelga de un lado: una cabeza de carnero, con los cuernos embutidos de zafiros y topacios, está junto a una puerta: junto a otra, un altar chino, todo de oro; un mosquete de los tiempos de Médicis enseña sus incrustaciones de nácar, a poco andar de una gran arca de hierro, toda llena de cerraduras formidables, que parece máquina vincesca, y es del tiempo: bajo una lámpara de cristal de roca, en un arco de bronce, cuelga un loro: un bronce de Barbedienne, un jockey a caballo, preside una esquina del mostrador; cerca, da vueltas una caja armónica; en la otra esquina, vestido de seda, hace muecas un mono: esta es, de las cantinas de la ciudad, la más rica, frecuentada y famosa.

Pero ahora ¡qué vocerío! En las calles han doblado los policías: tras del mostrador de Hoffman, han puesto otro vivo de cantineros: entrando de lejos, no sin gran trabajo, y vistos tras la masa de hombres de ropas negras que llenan el salón, aquellos ágiles mozos, de gran delantal pulcro, semejantes, entre las botellas y copas de colores que les resplandecen en las manos, a un colosal gusano blanco con pintas amarillas, pardas y rojas, no parecen, destacándose del fondo del mostrador de caoba bruñida, repleto de cristales tallados y frascos artísticos, un ejército diestro de criados, sino como ese malsano moho blancuzco que en los lugares fétidos cubre a los árboles caídos, o esas flores verdosas, que, con la cabeza despeinada entre los codos, ven surgir, de un inmenso tronco negro, los bebedores de ajenjo. Nadie sabe lo que bebe, ni lo que paga por ello. Es el único día del año en que los hombres se hablan en esta ciudad, sin conocerse. De lo

que se dicen, ya ricos, ya pobres, o siguen copas y efusiones, o puñadas.

No se habían visto antes jamás: y en un momento, como cuando se asiste a la representación de una noble obra dramática, se hablan con cariño y abandono de alegría, y se juran, siempre sobre una copa, amigos:—a menos que no disientan su parecer, y arremetan uno contra otro, como gladiadores ebrios, aunque esto, en los buenos lugares, sin ser raro, no ha de pensarse que es frecuente. Todos quieren hablar, sin que nadie lo logre. Las diez de la noche son ya y no se reciben aún más que vagas noticias. De pronto, en Hoffman, atruena un hurra el aire, y los vasos se detienen en las manos de los bebedores: un noticiero agita un telegrama por sobre su cabeza: Cleveland tiene mayoría en la ciudad de New York: publica otro que Vanderbilt, que a cientos cuenta los millones, ha dado $ 150 000 para ayudar a los gastos de elección de Cleveland. Otro hurra ahora, para Canmack, un animoso corredor de Bolsa que sin miedo a la derrota probable, ni millones aún en que remirarse, dio a los demócratas cincuenta mil pesos. Un hombre, por fin, no de mal ver, logra alzarse; voceando y agitando el sombrero, sobre los hombros de unos cuantos amigos: lleva un libro de cheques en la mano: «Apuesto un millón de pesos —grita entre el estupor de todo el mundo—a que Cleveland será electo presidente». Se oye un rumor sordo, como si consultasen los concurrentes para aceptar la apuesta: los apostadores de oficio, y los que llevan libros de apuestas, como en las carreras de caballos, se abren paso a codazos entre la multitud, para saber si la oferta colosal es seria. «Tu chech por un millón de pesos no es bueno", responde al fin uno: «¿tú quién eres?» «Pues aquí firmo, dice el hombre escribiendo con lápiz sobre la copa de su sombrero, otro por veinte mil que perderé si el del millón no es bueno.» Pero nadie entra en la apuesta, y el hombre sale, como un triunfador, de la cantina, del brazo de sus amigos, que ríen mucho del caso, porque el de la apuesta es millonario, pero en buen humor y atrevimiento. En un cuarto alto del hotel, en mangas de camisa, coronada la frente encendida de gotas de sudor, un senador, un senador de rostro rojo y poderoso cuerpo, lee, como un ogro ocupado, los primeros recuentos. Favorecen a los demócratas todos: frenesí es aquello, no entusiasmo: todos se dan las manos, y se abrazan. Brillan con un placer infantil los rostros apagados. Se sonrosa la frente de los viejos, y las canas traviesas se les saltan del peinado, como queriendo remozarse, y volver a su negror y mocedad: patriarcas graves, que en julio eran candidatos a la nominación de su partido para la presidencia, ebrios de júbilo, echan ahora sus sombreros al aire, y los vuelven a echar y no se ocupan más de ellos. Abram Hewitt, el yerno de Peter Cooper, autor de un magistral discurso sobre el hierro y sus aplicaciones, *sachem* venerado entre los demócratas, de gran limpieza moral, sexagenario y millonario, habla móvilmente, levanta los brazos al cielo, dice cosas hermosas, y hunde el rostro dichoso en el hombro de un amigo.

En las calles, bajo la lluvia estruendosa, en el frío húmedo, andan del brazo hombres y mujeres, los que tienen paraguas, olvidados de abrirlos; las mujeres envueltas en sus

capas de goma. De pronto, como dos fieras, a que se abre paso con lástima, asoman, por una esquina, él transido en un traje viejo de verano, ella ebria como él, cubierta con un sombrero de paja, abrigada con una manta rota, dos vagabundos jóvenes que parecen acabados de levantar del lodo. Ella le lleva a rastras, deslumbrada de tanta luz, y casa limpia, y vestido correcto, como un ave de pantano a quien se echase a volar por primera vez en un teatro de magia. Al fin desaparecen, huyendo de un carruaje ligero de que tiran, como un gigante que lleva a espaldas un niño, dos caballos de sangre, de ojo batallador, pecho nervudo, vientre escaso y cañas finas: dos recién casados, en capotes impermeables, ríen dentro del carruaje que ella guía; luce en su capuchón el rostro vivaracho de vez en cuando salpicado por una gota de lluvia, como de mañanita luce una rosa, que parece que acaba de despedirse de su amado, y se ha abierto a sus besos, y se lo quiere decir a todo el mundo:—han salido, de su comedor cubierto de medallones de bronce repujado, alhajado de sillería de rica talla, a ver a Nueva York en elecciones. Si se entra en un carro, echa de él la gente que rebosa. Si se sube al ferrocarril elevado, nótase a los viajeros conversando en alta voz, lo que no hacen jamás. En una esquina del vagón, un hebreo de larga nariz, que hace danzar sus espejuelos de oro, corta el aire con el ir y venir del puño de plata de su bastón de ébano, descontento de oír decir a un joven demócrata de rostro pomposo que viene de Tammany Hall, donde están reunidos los demócratas en millares, oyendo música, discursos y noticias, y que allí se sabe que Cleveland ha triunfado en el estado de Nueva York, donde no se creyó jamás que triunfaría. ¡A su casa con él! dice de mal humor cerrando la portezuela del vagón el conductor, que es republicano, y rompe en denuestos horrendos. Todo el carro ha puesto el oído al perorante, que se siente escuchado y crece. «¡Cleveland es nuestro presidente!» dice al fin como si a aquella hora fuera posible saberlo. «¡Ese mozo quiere azotes!» gruñe desde un rincón envolviéndose en su recio gabán húmedo un amigo de Blaine. Y la gente se echa a reír, y el perorante. El tren vacía su carga a los pies del puente de Brooklyn. Ya se ve desde la escalera, a pesar de lo tenebroso de la noche, el inmenso gentío que llena la plaza de las Imprentas, donde están los grandes periódicos, y la del costado del correo, que es toda cabezas, porque en ella está el *World*, que tiene fama de publicar noticias fieles en el vasto lienzo, adornado de los retratos de los candidatos demócratas, con que decora su puerta, y por esa calle se va al *Herald*, en cuyo pórtico de mármol está armado desde el día anterior el sencillo aparato de tablas y cuerdas, donde en cuadros de lienzo de a un metro, numerados, van escribiendo en grandes letras negras, las noticias, iluminadas, como el cuadro de Bouguereau, por un dosel de luces. Pide fin ya esta carta; hemos de andar de prisa. Al pie de la escalera de la estación, ¿quién no se siente tentado a darle un beso?, un picolín de cinco años, empapado de la lluvia, sale al paso ofreciendo su periódico:—¡Extra, patrón!—Muchas mujeres vendedoras lo asen atrás, para que no les quite la mercancía. Y todo el mundo se la compra a él, la gente prefiere ser buena cuando no le cuesta trabajo serlo. «¡Oh, patrón, vendo mucho esta noche: me los compran

como buñuelos calientes!» ¡Pobre comerciantillo de cinco años! ¿Y ese otro caballero que vende el alcance al *Herald*, en papel rosado, unos pasos más adelante? Está a caballo en un león de madera dorada, que es la muestra de una camisería. Por los ijares del león le cuelgan dos botas de trabajador, en que cabía holgadamente el caballero. El sombrero es un casco agujereado de uno que lo fue y quedó sin alas. Pero las alas se le ven al italianillo emprendedor en los ojos, que le relampaguean mientras se inclina, como un jinete desde su cabalgadura, a ofrecer sus alcances a los transeúntes, que ríen de verle allí encaramado, cayéndole a raudales la luz eléctrica sobre una capilla desflecada, de hule azul, de las que usan acá en las paradas de elecciones los procesionarios de alquiler.

Uno tras otro están los grandes diarios: el *Sun*, primero, que tiene colérica a la gente por su embozada defensa de Blaine y su enconosa campaña contra Cleveland, pero que ahora recobra voluntades, ya porque está dirigido con tal arte que es difícil perderle la afición, ya porque en su boletín, que también goza fama de notable, a pesar de que las noticias que desde las diez de la noche están llegando de toda la nación no favorecen a Blaine, él así lo dice, aunque ha probado que odia a Cleveland a diente y cuchillo; mientras que el *Tribune*, de torre altísima y edificio suntuoso, único diario de Nueva York, aun entre los republicanos, que a Blaine ha defendido abiertamente, hora tras hora pasa, con silencio mortal que se transmite a la muchedumbre republicana, que aguarda sus nuevas, sin dar más que las que benefician a Blaine, que, como son pocas, tarda en dar. ¡Qué triste es ver a los hombres vencidos! Se entra en deseo de ser vencido, como ellos. Y ¡cuánta gente! Nadie se va: muchos afluyen: un encanto sujeta a los que vienen: noche lluviosa y negra es, pero en las almas parece de mañana: las luces eléctricas, alzadas a algunas varas del pavimento, parecen con su hervor, claridad y centelleo, palabras divinas o espíritus venidos de lo alto a traer mensajes profundos a los hombres: y unas que hay, que se rompen en múltiples rayos, como un diamante al sol, parecen escudos de dioses, colgados en el aire para alumbrar, cuando el sol cesa, la refriega humana. Dibújase a lo lejos, por uno de los lados donde remata este gentío, el edificio en que se imprime el más sesudo de los diarios alemanes de Nueva York. En su fachada enorme solo brillan dos luces, ya a los bordes del techo, que semejan, grandes y rojas, los ojos de un gigante, digno guardián de tamaña muchedumbre. ¡Ahora sí que es ya continuo el vitoreo, el hurreo, el canto, la aleluya! Nueva York, ciudad de gente nacida de sí misma, prefiere indudablemente a Cleveland, nacido de sí. Coros de gruñidos reciben, sobre todo delante de los diarios demócratas, las noticias ventajosas para Blaine: y todavía está en los aires, en manos del colgador que ha de colocarla en el aparato, la nueva de que el estado de Indiana ha dado su voto a los demócratas; de que New Jersey, donde los republicanos distribuyeron, en los dos días anteriores al de la elección, más de $500 000, vota también por Cleveland; de que Florida, el estado cuyo voto fue escamoteado por los republicanos en las elecciones de 1876, es demócrata por buena mayoría; un hurra, formidable como una arremetida de caballería, un hurra que rueda de

calle en calle, y renace de sí mismo, y no cesa, y no cesó en verdad hasta las últimas horas de la madrugada, un hurra con vibrantes alas, grandes como para cobijar un ejército, hechas de sombreros, se levantó robusto, por el aire. El que a las doce se iba y volvía a la una, encontraba vibrando el mismo vítor. Un blainista, ebrio de la dicha de los monomaníacos, enjuto, como un oficinista, luengo como un poste de telégrafo, estaba a eso de las nueve con una mano en el bolsillo del gabán, y la otra en alto ondeando su sombrero, sacándose de la garganta ronca vivas a Blaine, a «nuestra esperanza y nuestro orgullo», al caballero de la «Pluma Blanca», como llamó a Blaine hace algunos años el orador ateo Ingersoll, que ahora es su enemigo: y ya muy pasada la medianoche, todavía estaba frente al *Tribune*, cóncavos los ojos, pálidas las sienes, desaparecidas las mejillas, ida la voz, con una mano en el gabán y la otra con el sombrero por el aire, lanzando gritos, que parecían los últimos clamores de un agonizante venturoso, en honra del caballero de la «Pluma Blanca».

¿Cómo, tras de campaña tan enconada, hay en la hora ansiosa de su remate, tanta paz? Mayor que la ansiedad es la alegría. El entusiasmo redime a los hombres, y los embellece. Fatigados de los oscuros y egoístas cuidados de la vida diaria, se visten el espíritu de fiesta, y la traen en el rostro, en estos días en que por común consentimiento y mandato de la ley, todos los trabajadores dejan en reposo los aprestos de labor, y ejercitan, una vez al fin, su derecho de señores. El hombre se recobra, y se rejuvenece. Se siente condueño de su patria, él, el esclavo de un martillo, de una mesa de escribir, de un capataz huraño, de una rueda. Y mientras más grande ve a su pueblo, más grande se ve, y más se respeta, con pensar que ayuda a hacerlo. De eso viene esta paz: de que nadie tiene celos del poder de nadie: de que, como en el jubileo hebraico, lo que en los años normales se ofusca y tuerce, cada cuatro años, en este día de jubileo, es vuelto a su lugar y condenado: de que, en la caja de cristal en que se echan las papeletas y en la mesa de pino en que se recuentan, tanto pesa la papeleta del Presidente Arthur, que votó por los republicanos, como la del trabajador irlandés que vino después de él, y anuló su voto, puesto que votó, entre los aplausos de la gente, por los demócratas.

Solo en que el sufragio se corrompa puede estar el peligro de los países que se gobiernan por el sufragio: allí donde no hay un poder superior a otro, sino que no hay hombre que tenga, aunque el triunfo lo engrandezca y los dones naturales lo hermoseen, poder mayor que otro hombre: allí donde la blusa de cuadros del albañil puede tanto como la levita principesca del mercader, como la casaca del opulento petimetre, como el uniforme galoneado del general, como la túnica morada del arzobispo; allí no queda orgullo rebajado, ni derecho desconocido, ni opinión desoída, ni dignidad burlada y

desafiada: allí donde con un ejército de papelillos doblados se logran victorias más rápidas y completas que las que logró jamás ejército de lanzas: allí, donde antes que pase el tiempo necesario para que las iras se aprieten y estallen, se les da ancha y natural salida, y modo de que remedien o desarraiguen la sinrazón que las provoca: allí donde cada cuatro años, los que fabrican y mantienen la Nación, que son sus únicos dueños legítimos y naturales, se sientan a examinar el manejo de su hacienda, y dan juicio sobre la obra de los administradores, y los confirman y reemplazan; allí, donde la Nación es el Gobierno—¿cómo han de provocarse esas batallas de odio entre el Gobierno y la Nación, posibles solo en pueblos ineducados, elementales e incompletos?—¿esas contiendas de clases, cuando al cabo de cuatro años la clase ofendida puede enfrenar los desmanes de la que la desafía?—¿esos costosos y sangrientos desbordes de impaciencia, cuando antes de acumularla se le da modo respetado de satisfacerse? ¡No en vano, los que en pueblos diferentes nacimos, ambulamos por entre esa muchedumbre de reyes, ya vertiendo dulces lágrimas de gozo, de ver a los hombres redimidos, serenos y resplandecientes, ya lágrimas que escaldan las mejillas, lágrimas que muerden hasta el hueso, y tienen manos invisibles, y claman a los cielos, lágrimas de desesperación y de vergüenza!

Oh! muchos votos se venden; pero hay más que no se venden. Las pasiones trastornan, y el interés aconseja villanías; pero la justicia vela. La inseguridad aparente de los pueblos que se gobiernan por el sufragio no viene de su incompetencia, sino de su impersonalidad y multiplicidad. No se pronuncia por una voz sola, y parece dudoso y vacilante, porque tiene millares de voces, que solo se reúnen una vez, cada cuatro años y con admirable sentido determinan. Sin alarde, y como quien satisface una función natural, depone este pueblo, a los ambiciosos, impone a los honrados, expresa su voluntad, resuelve en justicia, sale, sin miedo a la lluvia, a ver en los boletines de los periódicos su decisión obedecida, y, en un ferrocarril que anda por los aires, vuelve a su casa limpia, donde los hijos duermen hombro contra hombro, cerca de la caja de herramientas de sus padres; el uno con el retrato de Blaine al pecho, el otro con el retrato de Cleveland. Mientras tanto, afuera, las razas se confunden; los grupos cantan en coro los refranes de la campaña; se levantan por el aire periódicos encendidos, en befa de Blaine, que escribió tales cartas que hubo de rogar después, con lágrimas de miedo, que las quemasen; se ven alas caídas, de la gente de Blaine, que pierde poder y apuestas; y alas nuevas y alegres, de la gente demócrata, que al fin, tras veinte años de pelea, ha ganado la batalla. Por los carros del puente se vuelven los brooklynianos a su Brooklyn; y por los vapores van a sus casas los de Jersey:—en arco osado va de orilla a orilla del río Este el puente: y viendo desde los vaporcillos alumbrados con faroles de colores que lo cruzan las aguas argentadas y movibles, tal parece, ayudado por los caprichos fantásticos de la niebla, que del fondo del río se levanta, atraída por el estruendo de esta memorable noche, la virgen colosal de la Libertad, que duerme en calma, y asoma la cabeza soñolienta, que va de orilla a orilla, y a la que el arco del puente, sembrado a trechos de

luces eléctricas, sirve de diadema.

JOSÉ MARTÍ

La Nación, Buenos Aires, 7 de enero de 1885.
[Fotocopia en CEM]

CARTAS DE MARTÍ

El Día de Gracias.—Cómo era entre los colonos, cómo fue entre sus hijos, cómo es hoy. —Nueva York de fiesta de familia. Costumbres, procesiones, espectáculos.—Homenaje a Adelina Patti.—Los tres veteranos.—Las fiestas de este invierno.—Los teatros. Henry Irving en Hamlet.—El New York nuevo.—Una escena del *foot-ball*.—Los Colegios y los ejercicios físicos.—Una lectura de dos escritores famosos.—George Cable, el novelista del Sur.—Mark Twain, el primer humorista norteamericano.—Sus antecedentes, su carácter, su carácter literario, sus viajes, sus libros.

Nueva York, 27 de noviembre [de 1884].

Señor Director de *La Nación:*

Es día de dar gracias. Los peregrinos puritanos, que en estatuas de bronce y en el lugar mismo en que desembarcaron debieran haber perpetuado sus hijos, trajeron de la sagrada Holanda, corazón de la libertad, la conciencia humana en salvo, y la costumbre amable de reunirse un día cada doce meses alrededor de la mesa de familia, a dar gracias al Todopoderoso, con el cuchillo levantado sobre los manjares domésticos, por los beneficios y sucesos del año. Del escándalo reinante en la corte inglesa, que hizo necesaria para mantener el equilibrio del espíritu de la nación la resistencia puritana, puede juzgarse todavía por la austeridad, cómica a veces de puro excesiva, con que los descendientes de los peregrinos rehuyen toda fiesta y práctica mundana: mucho debieron dar las damas de Isabel, cuando, como de rechazo de aquellas liviandades, las damas cuáqueras se resisten aún hoy a dar la mano.

Aquella gente templada y adusta no se juntaba en el Día de Gracias, como nosotros en nuestra Nochebuena, a festejar y regocijarse: el ojo negro es alegre: el ojo azul es triste. Tenían el cabello castaño, como el roble, ásperos los vestidos, como el carácter: el rostro huesudo, como las costumbres. Se juntaban los viejos colonos, bajo el techo que habían levantado con sus mismas manos, a alabar al Dios grande que no deja morir la virtud entre los hombres, a poner las palmas callosas sobre los hijos y los nietos, a oír con la mano recogida en ademán de meditación sobre la frente humillada la homilía fervorosa del padre de la casa, y a orar por los desaparecidos de la vida, sobre la Biblia en cuyas

páginas señala sus nombres una línea negra. Con la contemplación de este universo nuevo, las emociones de la guerra de independencia, las pláticas y contacto de la gente francesa que les ayudó al triunfo, y el alejamiento de la época disoluta que engendró la protesta puritana,—se fue ablandando la mesa de familia, que vino a ser al cabo mera ocasión de juntarse en torno de los pavos monumentales, y ponderosa repostería, y riquezas de la despensa familiar, que en ese día del año mostraban con gran orgullo a su parentela las abuelitas hacendosas. Todo el día era de comer: para el desayuno, pollo hervido en salsa blanca, y panetelas, y pastel de calabaza, rociados con sidra: para la comida del mediodía, que era la momentosa, ¡qué pavo, y con qué adornos! ¡qué pastel formidable, especioso, macizo y carnidulce! ¡qué pudines de pasas, y las peras de agosto, y los melocotones de septiembre, y los membrillos que le siguen, bien guardados en frascos de vidrio por las damas cuidadosas para que den fe en estas fiestas de sus artes caseras! De noche eran las nueces y las manzanas, y juegos inocentes, y de nuevo la sidra.

Ahora, con haberse vaciado en el pueblo neoinglés, la gente hambrienta, descreída y festosa de la tierra europea, no es el Día de Gracias, en New York al menos, la fiesta casera; sino un suave modo de que los amantes se reúnan, las mesas se engalanen, trompeteen y procesionen los chicuelos, se abran de tarde los teatros, coman los pobres de limosna, y descansen todos.

¿Qué se ha perdido en el cambio? Un día de fiesta es un beneficio público. Los días de fiesta reponen las fuerzas y suavizan las iras.

El último jueves de noviembre es el usualmente señalado por el Presidente de la República y los Gobernadores de los estados para que las labores se interrumpan, y sea el pavo comido, y loado por la paz y prosperidad de la República el buen Señor. Ya el miércoles de tarde, los mercados rebosan: no hay brazo sin cesta: éntrase en un vagón, y óyese cierto ruido de alegría; este lleva rosas; aquel, ganso; el otro, pollo. En torno de las madres dichosas, que esquivan los dulces, los pequeñuelos ríen y pían. Los rostros se suavizan. Los desconocidos se hablan y sonríen. Los maridos salen de compras con sus mujeres. Los amantes cuchichean y se aprietan. Todo el mundo lleva algo a sus casas. Todo el mundo es bueno. Y hoy jueves, amén de la de comer, que es grande, todo es fiesta. Las cuadrillas de jugadores de pelota vienen de los colegios del interior a disputarse en concurso público el premio: unos juegan acá a la pelota de pies: otros allá a la de manos, o a los bolos, o a los juegos de prado y jardín que privan entre los ingleses.

Los panoramas, llenos de banderas, invitan a los transeúntes a ver la batalla de Yorktown, en que el inglés se rindió a Washington, o la de Tetuán, donde brilló entre los árabes Prim famoso. Los teatros, dan función de gala, y es moda ir hoy a ellos; y como en España no hay Día de Difuntos bueno sin *Don Juan Tenorio*, no hay acá novia neoyorquina que se crea bien querida si no la lleva su novio en el Día de Gracias a reír en el jubileo aristofánico de Tony Pastor, empresario de bufos, que en sus chanzas,

canciones y sainetes saca siempre a lucir las cosas públicas, y los vicios o manías en boga de los gobernados y el gobierno.—¡Qué formidable sacudida sería la de esta tierra, si alguna vez quisiese cabalgar en ella un tirano! ¡Parecería como si se levantase, despidiendo tempestades la trompa, y reluciendo como cometas los colmillos, un elefante que cubriese desde la bahía del Hudson hasta la Patagonia! Pero este jueves de noviembre, no hay miedo de que el tirano asome,—que están llenas las calles de soldados. Las calles parecen páginas de Thackeray. Esta sí que es gentil soldadesca. ¡Qué bravo viene el capitán, con su sable de hoja de lata recostado en el hombro, y banda tricolor sobre camisa blanca al cinto; y cachuchilla blanca, y polainas de cuero! El que lleva el tambor pesa; pero no más que el tambor! Son los veinte chicuelos de la cuadra, que pusieron a sus madres a coser, y se hicieron para hoy este uniforme, con el que van de calle en calle, echados los brazos por los hombros, acompañados de pífanos y trompetas; y seguidos de todo el Liliput del barrio, que como por ensalmo se entra en fila, y marcha a paso lento y grave detrás de los venturosos del uniforme! Pero ahora viene otra compañía, que es aún mejor. La debilidad enamora, aun a los niños crueles: pues ¿a quién han hecho el capitán de la farsa? Lleva un casco de felpa colorada, gabán que llega al suelo, polainas de estambre rojo, al hombro el sable en su vaina, y un respeto como de rey en torno suyo, porque sus tropas lo miran con ternura, y él, que no sonríe de puro orondo, tiene tres años. Bueno es acabar aquí el cuento de esta fiesta: ¡ojalá todo acabara en un niño!

Otra procesión hubo anoche. No fue por Cleveland, que ha reunido para la fiesta casera a sus hermanas, de las que una ¡qué hermosura! gana su propio pan dando clases de historia:—pero esto no lo hemos de envidiar a los norteamericanos; ni, en verdad, tenemos que envidiarles virtud alguna: presidente mexicano hay vivo, que fue alteza en su tiempo, y no ha tenido a menos poner luego, en la calle de México más hermosa, una tienda de menudencias y chocolate: y él vendía, y su mujer ilustre lo ayudaba.

Ni fue la procesión por Blaine, avisado e indómito, que no bien es derrotado, sale al balcón de su casa a responder a sus vecinos que le saludan, con un terrible programa de batalla, en que apunta de nuevo con habilísima malicia al Sur triunfante: ya toma casa en Washington, porque la suya suntuosa la tiene alquilada: ya congrega a sus amigos, y echa redes, para que en la próxima elección presidencial lo escoja de nuevo como su abanderado el Partido Republicano.

Ni fue la procesión para celebrar, como otros años, el día en que los ingleses vencidos abandonaron a New York,—porque este año, con llanto y rabia de los tres veteranos que acudieron a la ceremonia, no hubo en ella más que los tres y una banda de tambores, con los cuales, para oprobiar a la gente de alma fría, emprendieron la marcha Broadway arriba, y se fueron a gustar en silencio la comida llana de una fonda pobre: lloraba por el camino el más viejo de los tres veteranos: «¡que así olvide New York, decía, sus glorias!» La procesión era en honor de esa benéfica y armoniosa criatura, que como ave mensajera

de la vida futura, echa al aire sus notas: de Adelina Patti. Veinticinco años hace que, niña aún, cantó por primera vez en ópera, en este mismo teatro y ciudad, que la miraba como gala suya. Cantó *Lucía*, y enamoró a la gente.

Y es hoy tan pizpireta y elegante, y es su voz tan arrobadora y flexible, como entonces. Cantaron *Marta* anoche; y al acabarla, no se levantó la concurrencia, sabedora de que se preparaba un homenaje: en uniforme de lujo venía, desde el fondo del escenario, por entre las aldeanas del coro, la banda del regimiento de los petimetres y gente de pro, que es el séptimo de milicias, que viste gris y blanco y es galano: y mientras rompía la banda en una marcha de la Patti misma, y agitaban de palcos y butacas ramos de flores y pañuelos hombres y mujeres, abríase el telón en el fondo del teatro, y sobre el nombre de la Patti, en letras encendidas, apareció una colosal águila de luz. En las puertas del teatro, piafaban los cuatro caballos blancos de un coche de gala: encendiéronse centenares de antorchas: hízose procesión espléndida: por más de media legua la acompañaron a pie, con incesantes hurras, damas en traje de teatro, caballeros de frac, larga hilera de coches vacíos: magia grande la de esta criatura que deshiela estas almas norteñas, criatura gentil, hecha de alas de pájaro.

Para fiestas, este invierno en New York. Esta es la estación de los teatros, bailes y lecturas. De ópera, hay dos casas: una, de ópera italiana: otra, alemana, donde con artístico relieve desfilan ante un público ceñudo las figuras, resplandecientes y vagas como las nebulosas, de las leyendas de Wagner: parecen una cohorte de guerreros de plata, que suben por un cielo oscuro en el lomo de un inmenso cisne. En comedia, renueva sus laureles, que comenzó a ganar ha sesenta años, un Wallack famoso, que hace aún de galán barbilindo y demoledor de damas, sin que le pesen ni la voz ni el gesto, que no desdicen, por cierto, en la discreta sala, todavía perfumada con las ingenuas y señoriles gracias de la Langtry. En drama, aquí están Henry Irving y Ellen Terry.

Fluidos hoy como la flor de su arte en Inglaterra: ambos exagerados y angulosos, dominadores y grandiosos ambos. Él anda a trancos, y habla a sacudidas. Peca ella a veces de varonil bravura. Pero, a los cuidados de un arte sesudo, unen ambos el divino demonio, que de zancos y tartamudeces se burla, y quema el alma, y se sale de ella, y conquista las almas. Deja Irving a veces a su público jadeante y sudoroso, como si la concurrencia entera hubiera experimentado las angustias que torturan al personaje en escena.

Ahora hace *Hamlet*, el universo *Hamlet*. No lo hace como Booth, que lo atenebra y esfuma; sino como Rossi, que llora y mata. A aquel *Hamlet* amargo, como treinta años de vida, no lo alcanza Rossi: pero al vaporoso, al filial, al vengador, al humano, lo realza de manera que parece que está aún vivo, detrás de los bastidores, esperando a dar la enhorabuena a su actor favorito, el cráneo de Shakespeare—en donde cupo el alma humana. Y operetas, de Francia y de Alemania y de Inglaterra; y comedias domésticas,

en que se imitan, con tramas inocentes y burdas, los caracteres varios, y en su mayor parte groseros, que echa sobre este país el mundo ansioso.

La misma comedia se hace a un tiempo en alemán y en inglés. Dos teatros rivales ponen en tablas con casa llena el último baile del Edén, mas sin aquel salón de bailarinas, que centellea como la espuma del champán, sin aquel fondo de polvo de oro de los teatros de París, que hace amable la vida. Vuela aquello, esto pesa. El placer es allá un arte, aquí una faena. La raza autóctona se ha ido aquí afinando, y desapareciendo. De las invasoras que la acorralan y la reemplazan, nace un americano carnudo y búfago. Paga, y pega. Para tres cosas tiene el puño: para acaparar, para dispendiar, para anonadar. Quiere vaciar donde lo vean lo que gana donde no lo ven. Su placer mayor, acaso su placer único, es que lo vean. Nada envidia, sino la fortuna. Se vende, y cree que todo se compra. Cuanto necesita, un vestido como un alma, lo paga. Por fortuna, la gente llana de todos los pueblos de la tierra es buena, y al olor del mercado vienen, suavizando y bruñendo, la literatura y la música.

De aquí a algún tiempo, sucederá que esta gente bovina tendrá vergüenza de serlo a la sombra de tanta casa bella, a los ojos de tanta mujer culta, en las ventanas de tanta librería suntuosa; y se sentirá domada, y entregará a Dalila sus cabellos. Las artes, que son el elemento femenino del espíritu, se entran sutilmente por las almas forzudas de los hombres, y las postran. De castillos feudales, de palacios rosados, de mansiones de pórfido, se está adornando Nueva York aprisa, como mujer que entra al gran mundo adelantada en años, y toma con desorden y a gran precio maestros de artes mundanas, que no logran quitarle de súbito aquella rustiquez y atolondramiento que delatan a los advenedizos. Es la cultura sutil como el aire, y más es vaporosa que visible, y es como un perfume. Pero ya es señal de ella el desearla, y New York anda en esto. Los teatros, más que divierten, fatigan, porque falta entre los concurrentes aquella compenetración de almas que hace inolvidables y fortalecedores los goces de la escena. Cada alma se queda en sí, y de esto viene una gran soledad de cada persona; y una atmósfera densa espiritual, que con las manos hay que empujar de encima, como un velo de plomo, para dar paso al pensamiento que quiere salida, y cae no bien la busca, quebradas contra el muro las dos alas.

Esa buena gente de New York, de la raza nativa, más astuta que pródiga, que hace gala de su moderación y sanidad, llenaba ayer mismo un salón de conferencias donde aparecían a recitar y leer trozos de sus obras dos de los escritores más famosos de los Estados Unidos. Mark Twain es el nombre de pluma de uno de ellos, que en persona real se llama Samuel Clemens. George Cable era el otro, un Pérez Galdós neorleanés, como él minucioso, trabajador como él, como él patético. No son hijos de libros, sino de la naturaleza. Esos literatos de librería son como los segundones de la literatura, y como la luz de los espejos. Es necesario que debajo de las letras sangre un alma.

Debajo de mis ventanas pasa ahora, en una ambulancia, en trozos, unidos apenas por un resto de ánima, el capitán de uno de los bandos de jugadores de pelota de pies. Dicen que el juego ha sido cosa horrible. Era en arena abierta, como en Roma. Luchaban, como Oxford y Cambridge en Inglaterra, los dos colegios afamados, Yale y Princeton. Mujeres, abrigadas en pieles de foca, ricas en pedrería, hubo a millares. Naranja era el color de Yale, y el de Princeton azul; y cada hombre llevaba su color en el ojal de la levita, y cada mujer una cinta al cuello. Caballeros y damas, de seda exterior vestidos, mas sin seda interior, se apretaban contra las cuerdas que cerraban la arena. Detrás de ellos, coronados de gente, doble fila de coches, como en las corridas de caballos. El cielo sombrío, como no queriendo ver. Los gigantes entrando en el circo, con la muerte en los ojos. Llevan el traje del juego: chaqueta de cañamazo, calzón corto, zapatilla de suela de goma: ¡todo estaba a los pocos momentos tinto en la sangre propia o en la ajena!

A las dos comenzó el juego: a las seis no era aún terminado. Los de un bando se proponen entrar a puntapiés la bola en el campo hostil: y los de este deben resistirlo, y volver la bola al campo vecino. Este pega: aquel acude a impedir que la bola entre: otros se juntan a forzarla: otros acuden a rechazarla: uno se echa sobre la bola, para impedir que entre en su campo: los diez, los veinte, todos los del juego, trenzados los miembros como los luchadores del circo, batallan a puño, a pie, a rodilla, a diente. Se asen por las quijadas: se oprimen las gargantas: se buscan las entrañas, como para sacárselas del cuerpo; resuenan, como duelas de caja rota, los huesos de los pechos. Se patean, se cocean, se desgarran. Y cuando se apartan del montón, el infeliz capitán de Yale, caída la mandíbula, apretados los dientes, lívido y horrendo, se arrastra por la arena hecha lodo, como una foca herida: gira sobre su cabeza, apoyado en un calcañal, con el cuerpo en comba; se revuelca sobre su estómago; muerde la tierra; se mesa el pecho, como si quisiera arrancárselo a tajadas; y lo recogen del suelo, con un tobillo junto de la barba.

Agoniza en la arena, y lo sacan en brazos. El juego sigue, y el vítor, y el aplaudir de las mujeres. A otro le cuelga el brazo dislocado. A otros les corre la sangre por los rostros. Y pujan, y arremeten, y se revuelven y retuercen sobre la bola, y uno se queda exánime, cuando el montón clarea, con los brazos tendidos, y la vida en vilo. Dos jugadores se arrodillan a su lado, le sacuden el pecho, le golpean sobre el corazón; cambian con él alientos: ya está en pie, tambaleando. Las mujeres lo saludan y vocean: todo el aire es pañuelo. Toma otro su lugar, y sigue el juego.—Si el día no acabase, no cesaría. Yale vence. No se pregunte por los nombres de los combatientes, muchos de ellos de casas famosas. El lucimiento mental se desdeña, y se apetece el brío del músculo. En los colegios befan a los aplicados, y admiran y regalan a los fuertes. Alarmados, comienzan este año los colegios a poner coto a estos alardes físicos. Ya no habrá este año en Harvard pelota de pies. Pues los niños en Boston, de donde es el púgil Sullivan, ¿no han empezado a ir al matadero público, a beber tazas de sangre, porque a uno de ellos, que peregrinó por ver una pelea del púgil, le dijo este que para ser fuerte bebía sangre? Y

se escapan de las escuelas, y van a ver, en su taberna, llena de cuadros lascivos, al bostonés formidable que de una puñada abate un cráneo. Su cara es roja e informe, como un bulbo. Cuando pasa por los pueblos, a dar fiestas de boxear, la gente sale a los caminos, y lo reciben en diputación, y lo aclaman. Vale más que volvamos los ojos a la casta mejor, que mantiene en salvo la honradez de la nación, que fue la que determinó la elección de Cleveland, que influye en la plataforma colegial y en la sagrada, que acudió a oír a Mark Twain y a George Cable.

Ya no son los rostros inexpresivos y las cabezas redondas de las calles; en los vestidos se nota sobriedad elegante; luz en los rostros; en las cabezas, aquel tamaño, desigualdad y carácter que dan las varias ocupaciones del pensamiento. Lo mejor de New York ha ido al salón. No es de perder la noche en que se presentan en público el humorista célebre, y el novelista perspicaz del Sur.—Mark Twain escribe libros de reír, henchidos de sátira, en donde lo cómico no viene de presentar gente risible y excesiva, sino de poner en claro, con cierta picardía de inocente, las contradicciones, ruindades e hipocresías de la gente común, y en contrastar, con arte sumo, lo que se afecta pensar y sentir, y lo que se piensa y siente. Pero lo hace de tan suelta manera, y con tan poco aire de dómine, que la gente se ríe de sí misma, al verse sorprendida en su interior, como niño a quien al punto de hurtar fresas de la cesta, alcanza a ver la madre cariñosa. Sus ideas le vienen directamente de la vida; y aunque bien se ve en sus libros la maña del letrado, no es de aquellos que por parecer culto, monda, tijeretea y recorta sus ideas, como si dama alguna en tren de baile fuera más bella que la Venus de Milo.

¿De qué nace, sino de desatentada coquetería, ese callar o desfigurar lo que se ve por sí propio, en el afán de demostrar que se está en cuenta de lo que otros dijeron? Bueno es saberlo y aprovecharlo; pero con ser un índice de su tiempo, no se pasará a los venideros. Mire cada uno por sí, y escriba por sí, y entre en sí por luz, y palpe en sí y en su torno la naturaleza.

De impresiones viven las letras, más que de expresiones. ¡Escombro, escombro! Todas esas frases rellenas, todos esos abalorios históricos, todos esos paramentos literarios, ¿qué dejan en quien lee, sino la presunción de que el escritor es sabihondo? Narciso no se ha de ser en las letras; sino misionero. No se ha de escribir para hacer muestra de sí, y abanicar como el pavón la enorme cola; sino para el bien del prójimo, y poner fuera de los labios, como un depósito que se entrega, lo que la naturaleza ha puesto del lado adentro de ellos. Los motivos, los abominables y ruidosos motivos, se han puesto de moda en la literatura como en la música.

Este frasea la inspiración de aquel, y la diluye, la infla, la dora. Andan por el aire las ideas del siglo, porque cada siglo tiene su atmósfera de ideas: se las recoge en una cucharilla literaria: y se las presenta, inermes y pomposas, sin aquel brío, color e influjo que tienen las ideas vivas, surgidas, como un ave del nido sorprendido, de cada tajo en el pecho, o noche del cerebro, que trae luego la luz. Oficio de dorador se hace ahora en las

letras: urge que se haga oficio de minero. Las manos duelen más; pero se saca, con las manos fuertes, metal puro. Sobran los ejecutantes y los ornamentistas. No es Mark Twain, a pesar de su fama, en el mundo de las letras, luz mayor; pero brilla con la suya, que es hoy cualidad rara, y merece su renombre, que es mucho, en Europa y en América. No lo trajeron a vivir de la mano, ni le dieron mujer hermosa y buena, ni le pusieron casa y coche, como era en nuestras tierras regalonas uso, no bien salía del aula, con la muceta encarnada o amarilla, el caballero joven de la casa.

Empezó de impresor. Las aventuras le hablaban al oído, y se hizo hombre de mar: lo lleva aún en el rostro sonrosado y fresco. En el Mississippi tomó su nombre de escribir, porque lo original le cautivaba. «Mark Twain», decía la voz de mando muchas veces: «En dos brazas»—y no bien empezó, con su burlón desembarazo a contar lo que había visto por el mundo, y a sacar de dentro del hombre visible, el hombre verdadero, lo firmó con el grito del Mississippi: «Mark Twain». Luego anduvo, de secretario de un hermano, por tierras de minas, donde la gente se acuesta sobre una veta de oro, y se despierta con un puñal al pecho.

Ha estado en los talleres encendidos, donde el país se fragua: con los que yerran, con los que enamoran, con los que roban, con los que viven en soledad y la pueblan; con los que construyen. El vagar le placía, y luego que había visto al hombre en un lugar, se iba de él, ganoso de observarlo en otro. Tiene el hábito de guiñar los ojos, como para ver mejor, o para que no le adivinen en la mirada sus pensamientos. Conoce a los hombres, y el empeño que ponen en ocultar o disfrazar sus defectos; y se divierte en contar las cosas de manera que el hombre real, hipócrita, servil, cobarde, lascivo, caiga de la última frase de su cuento, como de las manos de un payaso el polichinela con que juega. Y se asoma a su frase a verlo caer.

Dibuja con carbón, pero con líneas rápidas y firmes. Entiende el poder de los adjetivos, los adjetivos que ahorran frases, y los apila sobre un carácter de manera que el hombre descrito echa a andar, como si estuviera vivo. De la práctica de ver le ha venido la seguridad en describir. Hay espíritus crédulos y ardientes, que ven todo, a la luz de sus propias llamas o entre sus propias nubes, disparatado, enorme o deforme, falso o confuso: hay otros espíritus, como el de Mark Twain, incrédulos de puro experimentados, y aquietados, en fuerza acaso del padecimiento: y estos lo ven todo en su tamaño natural, por más que a veces, como el defecto de su cualidad, no les sea dable adivinar las alas de las cosas. Le han dado fama, y cuatrocientos mil pesos de provecho, sus libros de viajes. Dice sus chistes como quien no los quiere decir, y los produce sin intención de causar mal.

No le gusta enseñarse, para que los hombres no se recaten de él, y le escondan el carácter que él con arte de buen cazador, les excita y espía. Debe tener, y creo que tiene, la melancolía incurable de todos los que conocen a los hombres profundamente. Casó con mujer rica, y ha estado en las Islas Sandwich, por toda Europa, por Egipto, por la

Palestina. Lo insensato y lo hipócrita le mueven inevitablemente la pluma. Su chiste tiene de su propia vida la originalidad y la burdez. Lo ha ejercitado mucho tiempo entre gente elemental, y él ha debido ser calavera entre ellos, por lo que en todas sus páginas asoma el vulgo. Más tiene de Kock que de Chamfort. Pero sobre ellos tiene un exquisito sentido de la naturaleza, que a estar servido con más delicados pinceles, habría engendrado copias gloriosas. Su propia persona, chisteando y burlando, empequeñece sus vívidas pinturas.

No vaya a ver a Atenas de noche, si no quiere ir, el que lea el cuadro en que Mark Twain la pinta, que es tal, que se la ve: ni vaya a las Pirámides: acomete el contar cómo, estando en el tope de una de ellas, apostó uno de los guías que bajaría de allí y subiría a la cumbre de la pirámide próxima, y de ella volvería a la cumbre en que estaban, en diez minutos. Y echa a correr el árabe veloz; lo pinta bajando a trancos; lo suelta en la llanura ardiente: ya lo ve como un perro: ya lo ve como una paloma: ya lo ve como una mosca: no lo ve ya: ve un punto negro rampando pirámide arriba: sube: llega: saluda: baja: echa a correr de nuevo: ya toca a la base de la pirámide: ya vuelve como el viento: ya está otra vez en el tope y ha ganado la apuesta: no han pasado aún diez minutos. En veinte renglones apenas cuenta Mark Twain todo esto, y aunque no lo describe hilo a hilo, se ve la soledad magnífica, el sol quemante, la pirámide grande, la distancia que las separa, la arena arremolinada, el albornoz que flota.

Escribe novelas, todavía no bien cuajadas. Recita, como de mala gana y de corrido, incidentes de su vida o episodios de sus obras: sale de bastidores como cojeando y aburrido: dice su cuento al público como pudiera a sus propios hijos para entretenerlos y verse libre de ellos. En estas recitaciones, al chiste del pensamiento añade el que irresistiblemente produce el contraste de sus cuadros cómicos y exageradas descripciones con el tono malhumorado, nasal e imperturbable con que las recita. No logra efecto en chistes cortos, sino que los diluye y extiende por la masa, porque su picor no está en la felicidad de la expresión, que suele ser violenta cuando la rebusca o dilata; sino en la justicia de su crítica, y en la manera con que contrapone las apariencias y los sentimientos. Dejarse caer y vagabundear le han complacido y servido siempre, y en los títulos de sus mejores libros se revelan este método y tendencias suyos: *Los inocentes en viaje*; *Los inocentes en casa*: *Un vagabundo en viaje*, que lleva por cierto a un tirabeque ingeniosísimo.

A veces, sobre un átomo, alza y hace danzar, con prodigios de equilibrista, una tromba de chistes. *El Fígaro* de París se regala en sus libros, y lo traduce y celebra: por la fineza de estilo [no] es, que él conoce a su pueblo, y no se quiere fino, sino por la sutileza de la observación. Peina melena cana: los ojos acusan experiencia, profundidad y picardía: la nariz, aguileña y luenga, preside un mostacho marcial: el resto del rostro, de color sano, lo lleva lampiño: echa la cabeza hacia adelante, como quien escudriña: y es subido de espaldas, como si hubiera decidido encogerse para siempre de hombros.

Así es Mark Twain, o Samuel Clemens, el primer humorista norteamericano.

JOSÉ MARTÍ

La Nación. Buenos Aires, 11 de enero de 1885.
[Fotocopia en CEM]

Otros textos

[FRAGMENTO 1]

los cánticos que se levantan a su gloria? ¿Quién que le ve surgir, en la hora espantosa del terremoto de Caracas, de entre las grietas humeantes de la Iglesia desmoronada de San Jacinto, resplandeciéndole en el rostro el Sol que en aquella hora faltó en el cielo,—desnudo el pecho endeble, enseñando a la Naturaleza, sacudida en daño de la República sus puños cerrados, olvida al mancebo radioso que, silencioso como todos los nativos, aparecía a modo de pedestal, sobre las ruinas, como si hubiera sido necesario, para un hijo tal de la tierra, que se abrieran los senos materiales de tan tremendo y fragoroso modo. ¿Quién podría olvidar, aunque como constelación nueva en el Espacio Americano brilla así su figura perennemente ante nuestros ojos, a aquel que durmió en Lima el día que amaneció en Caracas,—y envainó—a las orillas del Pacífico el acero que sacó de la vaina en el Atlántico, y pasó, como rayo humanado por sobre volcanes, cumbres, y torrentes, y atónitos, y cruzó por la tierra como ángel impaciente, del Señor poderoso mensajero, sacando luz, con el golpe de su mano, a las cervices abatidas y despertando con el pomo de su espada, en los pechos que han olvidado la manera de respirar el corazón aletargado de los hombres? ¿quién pudiera olvidarle que le han visto, tal como era su imagen cruzar ahora por delante de toda su familia de pueblos consumidos,—al aire la magnífica cabeza, apretando, como quien aprieta un mundo, los ijares de su caballo, desalado, como si despeñándose viniera de soberana altura, envuelto, como en nube de tempestad en su capa flotante de batalla?

Los aromas de las flores, el olor penetrante de las selvas, el ruido majestuoso de los ríos, la colosal paz de los valles, el calor cargado de gérmenes del Sol, los efluvios embriagadores y poderosos, como de regazo de la india joven; de la suntuosa tierra, las mansas y dolorosísimas quejumbres que emanan de las almas invisibles de las razas muertas, perdidas por los aires, errabundas, cargadas de espíritus blancos,—los siglos y la Naturaleza Americana se condensaron y dieron a Bolívar.

Los hombres son malos donde la Naturaleza se varía.—Los dolores perdidos, flotan, buscando eco.—Cada muerto, renace.—Tierra que sangra ahora, da árboles de sangre! Y la solemne esplendidez y majestad del clima añade en las tierras de América a la vida que nuestros padres nos legaron, fuego de entraña de volcán que deslumbra y consume, ansia de empresas mayores como la techumbre azul que nos cobija y los Océanos que, como a pies de dama noble, vienen a morir a nuestras playas; ímpetus que como llamas impacientes nos muerden y abrasan el pecho, ganosos de salida, y como hijos del Sol, que cubre con su luz enamorada los hermanos de la vasta tierra, un caluroso, indómito, magnífico, ferviente y generador amor humano.

No fue, pues, el advenimiento de Bolívar, mero caso político que el odio, que es mal fuego, enciende, y que cierra con la última batalla.—Es que las montañas recogen en su seno gran suma de la tierra y en creciente punta la levantan; así vienen de la tierra hombres montañosos, más pagados del interés humano que del suyo, que como a crimen miran cuidar más de sí que de los otros, que sobre su frente llevan, por santo misterio de martirio, los yugos que sobre las frentes de todos los demás hombres pesan, que se cierran dentro del pecho, como huéspedes propios, los dolores humanos, que recogen en su seno, como la tierra del llano a la montaña, las hidalgas iras, las sofocantes humillaciones, las generosas cóleras, los bochornosos sufrimientos de los infortunados de la tierra.— Es que se siente en el rostro el calor abrasante de una bofetada cuando se ve a los hombres encorvados, puesta la frente, no rumbo al cielo, sino a las plantas de un Señor; es que cuando los tiempos o los pueblos tienen por hábito o necesidad que hacer

hombres, la Naturaleza tiene por costumbre sacarse del seno maternal quien los haga. Y la Naturaleza Americana puso su espada nueva en manos de Bolívar.—

La espada de los pueblos libres! La espada del descorrido acero! la espada ígnea que va a tajos personas rompiendo, y no tallando losas de sepulturas; sobre la espada que, más que a combatir a un enemigo, escaso y secundario objeto para almas de valía, vino a anunciar a la tierra, con mensajes y anunciador digno de él, el advenimiento a las escenas del mundo, del continente donde echará fuego el Chimborazo, y rueda con caudaloso tamaño que refleja al cielo, el Amazonas.

No encono, no ira estrecha, no odio vulgar e infructuoso puso sobre la espalda de Bolívar aquel manto de llamas con que para siempre le ven ya los hombres: las guerras mismas, que son crimen divino más que humano, puesto que el que nos dio la vida, no nos dio la manera de evitarlas; las guerras mismas, cdo. sea preciso y oportuno hacerlas, han de hacerse de modo que luego de romper pomo con pomo los victoriosos aceros, puedan sentarse a comer en paz del mismo pan, los enemigos, enjugándose uno a otro sus lágrimas de hermanos.—

Con Bolívar, se dio al mundo el hombre americano, expansivo, pujante y suntuoso como nuestra naturaleza.

No fueron rencores mínimos los que sacaron a luz al héroe egregio, sino la madura pujanza, sazonada al calor y necesidad de esparcimiento del mundo americano. Y como mar que se desborda de su cauce cuando el Sol vierte sus rayos desde el alto así, como si trajera dentro del pecho todo el fuego hasta entonces escondido en las entrañas de la tierra, se desbordó Bolívar por la América. No se forjó corona sino la que quitó de otras sienes, y pudo ponérsela sobre las suyas, la ciñó a la frente de los pueblos, sus hijos. No encarceló almas, sino que montaba en ira cuando a pesar de compeler con sus febriles todas sus ligaduras.

[Fragmento 2]

pero, por ver qué lámina miraba, fatigado aún de vivir sin estímulo ni objeto, saqué, como de arroyo que ya se hunde en el mar, […] no bien aquella imagen solemne a cuya sombra hoy nos reunimos aparece, como de titán radiante, que aun muerto, no ante nuestros ojos, ya son alas de tempestad que le baten la frente y la envuelven, o como si alas de águila alzasen de la tierra el alma desmayada, y la elevasen de la tierra el alma triste, y la lleva en ofrenda al Supremo Creador.

Así de ante la fiesta, encendida vista de gloria sepia, cdo al que de un alegre por los salta y finos al uno dando que a fuego estalla, a magníficos y parecen como que un ala de águila resurge

El gaucho por cuya causa

Timbre de América caballero de galas de arte, de

[Fragmento 3]

Ni las guerras mismas, que son crimen divino más que humano, puesto q. el q. nos dio la vida no nos dio la manera de evitarlas:—las guerras mismas, cuando sea preciso y oportuno hacerlas, han de hacerse de modo que luego de terminada la batalla, puedan sentarse a comer en paz del mismo pan; enjugando sus lágrimas de hermanos, los que sin odio ni pasión se hayan combatido como enemigos.

[Fragmento 4]

Traidores a Bolívar a sí propios y

Y quienes olviden la práctica ennoblecedora de este magno deber de vivir por sí y para los otros, sin permitir que glorias huecas, o reminiscencias pintorescas los distraigan— traidores serán a Bolívar, al sol propio y a esta expansiva, rebosante naturaleza americana.

[Fragmento 5]

Su íntegra y el deber de ser hombres libres, y la sublime, generosa, pujante, acometedora, inmensa de los cielos, magnífica y rebelde, esplendente como corona de astros, libertad humana.—Un rival tuvo—no otro: y no está su rival sobre la tierra.—

———

ni se truequen en yugos para las frentes los laureles de Junín y Angostura,—

———

el hombre americano.

[Fragmento 6]

Su nombre parece espada tajante:—cuando la bajó sobre la tierra, surgió un Congreso;—cuando la alzaba, un pueblo; cuando la blandía, el poema; cuando la envainaba, el arco iris.—¡Pues, cómo no han de ser irregulares y revueltas las palabras en los labios, si estos con que hablo son labios de América, y aquel hombre que parece tallado en luces del Sol surgió, como el alma de un cuerpo, del continente americano? Como olas del mar han de encresparse, como plumajes de oro debieran erguirse y resplandecer,

[Fragmento 7]

Pueblo nuevo, es hora ya de que comience nuestra reivindicación. Comenzará con la enumeración de nuestros elementos de existencia.—Ni somos absolutamente nada de lo que éramos cuando el Virrey de México adivinaba en el adolescente alférez Bolívar; este Alejandro de la libertad, un hombre extraño y temible. Veía en sus ojos brillar una imponente fuerza extraordinaria, y no sabía que en aquellos ojos centelleaba inquieta y confusa la libertad de todo un continente:— ¡Oh! Padre americano, ante quien todo hijo debe prosternarse, orando ardientemente con cantos de respeto, loa y amor! ¡Naturaleza montañosa, que al civismo de Washington unió la fortuna de César y el intrépido espíritu de Aníbal! ¡Hombre solemne, asombro de la tierra que lo produjo!

Apenas si se encuentran en las edades homéricas y catonianas su atrevimiento, su esplendor y sus virtudes.

Cuando él cortaba los nudos de los pueblos como los hombres cortan la cosecha, los nudos de los pensamientos, y trasponía montañas como nosotros trasponemos obstáculos en sueños; cuando descendía vengador y fúlgido sobre las aterradas tropas españolas; cuando rechazaba con voz indignada proposiciones de una imbécil monarquía; cuando consumía su noble cuerpo con el ardiente fuego mesiánico de su espíritu; cuando, delirando sobre el Chimborazo, más le servía de cauce que de poeta; cuando, dueño de un mundo, cubría de lágrimas la amarga nueva de la muerte de un amigo querido.

[Fragmento 8]

En vano buscan los labios, ávidos siempre de tener que dar forma.

No bien aquella imagen solemne a cuya sombra hoy nos reunimos, aparece como de titán radiante que aun muerto no duerme, ante nuestros ojos, aire de tempestad orea la frente, visiones envueltas en relámpagos cruzan con pueblos en los brazos la encendida atmósfera, despiértanse en el pecho, con grande son de armas, ejércitos pujantes y resplandecientes, óyese como si sobre la tierra cayesen de súbito, mientras que se encienden nuevos soles en el cielo, todas las cadenas de los hombres, y parece como que un ala de águila resplandece como tributo grato al alma avergonzada y triste, y como tributo grabó la frente a aquel padre de pueblos, vestido aun de su uniforme de batalla, fijos sobre la tierra sus ojos abiertos y la frente, como pálida llama que alumbra en altares, a aquel padre de pueblos.—

[Fragmento 9]

Mirada devastadora como hecha para penetrar hombres y montes; enjuto como espíritu puro: triste, como hombre alto; de labios gruesos y casi belfudos, como de hombre hecho a dominar palabras hervidoras, de frente que ofrecía ancha plaza a la luz, surcada

PRÓLOGO [A CUENTOS DE HOY Y MAÑANA]

Estos son tiempos de ira y extravío, en que se ve bambolear en el aire como un inmenso edificio que se cuaja y anda buscando asiento, y a las muchedumbres que de antaño gozan y mandan en la tierra, ya alzando insensatas los puños cerrados, como si con sus nudillos roídos de odio pudieran detener el gran palacio humano que desciende, ya ayudando—como ingenieros que buscan en el fondo del río encaje a la mole que sustenta la torre de un puente—a ajustar entre las añejas construcciones esta nueva que toca a la tierra, incontrastable y confusa, envuelta aún entre sombras de noche y bruma de alba, iluminada a veces—cual suele iluminar la ira el cerebro—por ráfagas inquietas, como hilo de espadas suelto al viento, de luz insana y roja. Las reformas, como el hombre mismo, tienen entrañas de justicia, y veleidades de fiera. Lo justo, a veces, por el modo de defenderlo, parece injusto; y en lo social y político acontece, como en las querellas de gente de mar y de suburbio, que el puñal de ancha hoja con que dirimen sus contiendas de honra, da a estas semejanza de delito.

De todos los problemas que pasan hoy por capitales, solo lo es uno; y de tan tremendo modo que todo tiempo y celo fueran pocos para conjurarlo: la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia. La mente humana, artística y aristocrática de suyo, rechaza a la larga y sin gran demora, a poco que se la cultive, cuanta reforma contiene elementos brutales e injustos. La educación suaviza más que la prosperidad: no esa educación meramente formal, de escasas letras, números dígitos y contornos de tierras, que se da en escuelas demasiado celebradas y en verdad estériles, sino aquella otra más sana y fecunda, no intentada apenas por los hombres, que revela a estos los secretos de sus pasiones, los elementos de sus males, la relación forzosa de los medios que han de curarlos al tiempo y naturaleza tradicional de los dolores que sufren, la obra negativa y reaccionaria de la ira, la obra segura e incontrastable de la paciencia inteligente.

Por educación se ha venido entendiendo la mera instrucción, y por propagación de la cultura, la imperfecta y morosa enseñanza de modos de leer y de escribir. Un concepto más completo de la educación pondría acaso rieles a esta máquina encendida y humeante que ya viene rugiendo por la selva, como que trae en sus entrañas los dolores reales, innecesarios e injustos de millones de hombres. Y sería entonces mensajera de vida aquella que ¡guárdenos Dios! se viene encima, a son de tambor de odio, con todos los arreos salvajes de la guerra.

Definir es salvar. Poner al hombre a solas consigo mismo; dejarle en el oído, con solicitud de mensajero celeste, sus propios pensamientos; descorrer ante sus ojos con mano piadosa las cruces melancólicas, los lagos de sangre, el tenebroso descanso, el retardamiento de liberación, con que castiga la razón universal a los impacientes que quieren violentar su firme y progresivo desarrollo; encorvarse sobre la silla en que medita, con su pan negro y su cazuela de barro entre las manos, cercado de su mujer afeada y dormida y de sus hijos entecos y vestidos de misericordia, a explicarle que la tierra fermenta como el mosto en la cuba y la harina en la artesa—que la verdad, una vez despierta, no vuelve a dormirse—que el espíritu, más vasto que el mar, ni se seca ni se evapora, ni cesa de querer, ni ceja en lo que quiere, y puesto a la conquista de un derecho, mina como la ola salada del mar mina las rocas, esos derechos de convención fortalecidos por los siglos, y acorazados por pechos que el amor al lujo y el desentendimiento criminal de los dolores ajenos petrifica; explicarle que, sin que su trabajo rudo le dé acaso ocasión ni tiempo de entenderlo, o su soledad de verlo, o su ira de reconocerlo, está en pie y lleva estandarte de victoria el ejército que ha de redimir en años breves de su melancólica suerte a aquellos hijuelos abandonados que crecen de él como de vid cansada pálidos racimos; mostrarle, como quien muestra alba formidable, llena toda de bandas de batalla y espíritus alegres, la cohorte de hombres generosos, ungidos con el óleo blanco de las santas guerras, levantados a una, con ese ardiente ímpetu humano que parece divino, al logro justo de una vida espiritual, feliz y sensata que acelere en la obra del Universo la muerte de la fiera y el triunfo del ala; descubrirle ¡oh qué razón de orgullo y prenda de esperanza! a esos fervientes trabajadores del amor, a cuyo empuje poderoso,

como aquel perro del *Fausto* en las cercanías de la colina de la fiesta, bambolean, escarban la tierra y desaparecen en giros diabólicos los encarceladores del alma, y gozadores ociosos de inmerecida riqueza; enseñarles ¡oh qué espectáculo soberbio, digno de Dantes y Tassos nuevos! esos analizadores del cuerpo social, descubridores de leyes universales, señaladores de remedios eficaces y ciertos—aunque al principio de efecto invisible, reveladores de la naturaleza complicada de los pueblos, verdades que surgen de la marcha simultánea de sus elementos diversos, y necesidad de ajustar a ellas—para que no mueran, como feto sacado del seno materno—las reformas más urgentes; revelar, en suma, la ley ineludible, la razón triunfante, el porvenir seguro, la esterilidad de la precipitación, la reacción que acarrea la rebelión inculta, el triunfo definitivo de la calma activa,—es ser caballero de los hombres, obrero del mundo futuro, cantor de alba, y sacerdote de la Iglesia nueva.

Soldado de ese ejército, y oficiador en esa Iglesia, es el autor de este libro: libro sano, libro generoso, libro útil. Si no fuera generoso, no sería útil. Todos los árboles de la tierra se concentrarán al cabo en uno, que dará en lo eterno suavísimo aroma: el árbol del amor: —de tan robustas y copiosas ramas, que a su sombra se cobijarán sonrientes y en paz todos los hombres! Ya se oyen los sonidos de las liras, con que celebrarán las cercanías del cielo los habitantes de esa formidable Arcadia!

Ni odios, ni intereses, ni preocupaciones, ofuscan el juicio del sensato y modesto autor de los *Cuentos de hoy y mañana,* libro que divulga en forma amena las razones en pro y en contra de las varias soluciones sociales. Con noble pena ha visto el autor de este libro, la frente arrugada, los puños siempre cerrados, el modo rudo y colérico de los trabajadores, y sus hijitos con los pies desnudos, y las tabernas donde ahogan su encono, y los tugurios donde respiran aire infecto. Con claro juicio ha penetrado en las causas complicadas y añejas, de día en día debilitadas, mas no súbitamente volcables, que sin culpa de los ricos ni amparo suficiente de los pobres, han traído a existir juntos palacios de Quinta Avenida, recamados de oro, y casas de vecindad apretadas y fétidas, a cuyas puertas tenebrosas tiene perpetuamente colgado su manto húmedo la peste. Con avidez generosa ha leído lo que en esta tierra, en cosas de reforma, sabe Nordhof; de Suiza, feliz por sabia, Bunsehli; de Alemania, que reformará la economía pública como reformó la iglesia, Stein; de Inglaterra, que afirmará el triunfo de los reformadores, como afirmó el de los luteranos, Holyoake. Con fidelidad estricta narra la extraña vida y vaga fe de los comunistas varios norteamericanos, ya de los Amanistas cuasi celibatarios, que parecen venidos como hijos de padre, de aquellos Essenes que vivieron indiferentes e inútiles, muchos siglos ha, a la orilla del Mar Muerto; ya de los cultos y sinceros amigos del bondadoso Ripley, comunistas elegantes y atildados, que traen a la memoria a los «Hermanos de la Vida Común» que a Groot seguían quinientos años hace por las tierras gloriosas de Neerlandia; ya los Perfeccionistas abominables de Oneida, que son aquellos mismos antiguos Carpócratas cristianos, que habían logrado sofocar en sus almas esa excelente y nobilísima dote, suma de dignidad y prenda de aristocracia de alma: los celos: —¡partir la mujer, cuando nos parece que de haber sido mirada, ya queda manchada la mujer que amamos!—Y con singular lucidez, afortunado y nuevo medio, fácil y vivo diálogo, precisión a menudo sorprendente, exposición llana, fiel y tersa, y grato y notable conjunto explica a los trabajadores—porque no hay hombre hoy que no lo sea, a no ser un vil, y leer es trabajar—las raíces de sus males; la inconveniencia de deslucir con la ira la justicia; la necesidad de conocer los elementos de un problema para poder resolverlo; las flaquezas de los nobles sistemas ideológicos discurridos para ver de equilibrar y asentar sobre bases menos inseguras, crueles y desproporcionadas la vida humana; las tentativas varias que con nombre y apariencia de cosa novísima, sacan de las cenizas de edades pasadas reformadores más vehementes que afortunados; los métodos vagos y confusos, como nubes de aurora, ya cercana al día, con que almas evangélicas, movidas del ansia heroica de la redención, procuran resolver de antemano, con prisa saludable que anuncia y espolea, problemas de demasiada monta para que los precipite voluntad alguna aislada. ¡Ay, que las leyes históricas no las tuercen, ni el espectáculo del apostolado, ni las querellas desgarradoras del martirio, ni los febriles ímpetus del genio! ¡Otro manda, y

nosotros andamos! ¡Ay, que cuando una fruta se corrompe, hay que dejarla corromper de un todo, para que con sus acres residuos abone la tierra, y salga de ella fruta sana y nueva! ¡Ay, que los pueblos son masas enormes, que de sí propios se mueven, brillan como relámpagos, despréndense como avalancha, desátanse e incendian como el rayo, y cuando dejan caer su alma a sus pies, mientras que arteros envenenadores les llevan a los labios copas henchidas de mieles letárgicas, y joyeros complacientes les llenan el cuerpo femenil de joyas, y descuidadas mozas los coronan de flores, y laxan con besos, ¡pesan ay! los pueblos, como rocas, o como cadáveres!

Los problemas, así, solo de sí propios se resuelven. Maduran, como las frutas; y no vale apresurar su madurez con artificios. Los problemas que engendran cambios, sobre todo, no se resuelven sino en momentos críticos y extremos, en que accidentes, acaso inesperados y fútiles, ponen en brusco relieve los daños que hacen necesaria la transformación; exacerban y precipitan, a grado de resolución, las cóleras y raciocinios paciente y dolorosamente acumulados, y despiertan de súbito al héroe, dormido siempre en el fondo del hombre.

> Como cuerpos que ruedan por un plano inclinado, así las ideas justas por sobre todo obstáculo y valla, llegan a logro. Será dado precipitar o estorbar su llegada; impedirla, jamás.—Una idea justa que aparece, vence. Los hombres mismos que la sacan de su cerebro, donde la fecundaron con sus dolores, y la alimentan luego que la traen a luz, no pueden apagar sus llamas que vuelan como alas, y abrasan a quien quiere detenerlas. ¿Quién, quién no ha meditado, que del nombre de hombre quiera ser digno, y no arrastre su vida, como su piel un cerdo; quién no ha meditado en los visibles y afligentes dolores de los hombres; en las desigualdades injustas de su condición, no fundadas en desigualdades análogas de sus aptitudes; en el contraste ilícito, que quema los ojos, de esas existencias de quirites romanos, empapadas de jugos de flores, y en senos de lúbricas famosas y tentadoras sagas adormecidas, y esas otras bestiales existencias, torcidas de manera que las cabezas de los hombres son en ellas meras cabezas de martillo? ¿Quién, de mozo fresco e ingenuo, viendo a ociosos mancebos o a cortejadores viles de doncellas ricas, no ha imaginado manera de anular la herencia, que estimula a la holganza, al egoísmo y al vicio; y la dote, que lleva como de la mano la desventura de la mujer y el rebajamiento del hombre? ¿Quién, con nobles empeños, no ha aderezado a sus solas cuadros de distribución de los productos, de modo que el dueño holgado toque a un poco menos, y el apurado obrero a un poco más? ¿Quién no ha sentido, una vez al menos en la vida, el beso del apóstol en la frente, y en la mano la espada de batalla? ¿Quién no se ha levantado impetuoso, y retrocedido con desmayo, de ver cuánta barrera cierra el paso a los que sin más caudal que una estrella en la frente y un himno en los labios, quieren lanzarse a encender el amor y a pregonar la redención por toda la tierra? ¿Quién no ha reconstruido en su cerebro la *Utopía* de Moro, y la *Occeana* de Harrington?

Pero a poco que se mira, y se entiende que la construcción artificial y violenta de los pueblos ha creado una justicia relativa ante la cual pudiera parecer, y ser, inaplicable de súbito la justicia absoluta: a poco que se ve en los náufragos y en los famélicos, cómo acelera la muerte antes que mantiene la vida la misma suma de alimento que al hombre sano acomoda y fortalece: a poco que se ve que las convenciones seculares han creado derechos vitales que de un solo tajo no pueden cercenarse, sino que han de abrirse en ellos las heridas con tal método que no se infiera la una hasta que no esté curada un tanto la otra: a poco que se abarca la necesidad de ir deshaciendo, para que no se derrumbe con gran daño y estrépito por degregación progresiva lo que por progresiva agregación se ha ido formando,—toman pies aquellas ideas aéreas; refrenan el vuelo, con que de un solo golpe de ala quisieran burlar el implacable, inacortable espacio; y sin poner un punto los

ojos fuera del conmovedor espectáculo que les arranca lágrimas, ni ahogar la santa indignación que el irritante desequilibrio social levanta, ni tomar su razón histórica a razón perdurable y legítima, echan humildemente por vías lentas y humanas lo que camino del desierto fuera, a seguir en soledad estéril y augusta por las abandonadas vías apostólicas:—que quien quiere triunfar en la tierra, ay! no ha de vivir cerca del cielo.—La victoria está hecha de cesiones.

Y este libro populariza el modo humano con que han de irse resolviendo estos problemas meramente humanos,—otros no: otros se resuelven de otro modo, porque no son de accidencias mudables, sino de esencia, entrañas y eje. Lo que enseña este libro no lo enseña magistrando, y de empinada manera, sino conversando, y en llano lenguaje. Pone de bulto, con personificaciones exageradas y amenas que permiten al autor la concentración rápida y feliz de una secta en un tipo valiente, los dolores reales, las quejas violentas, los reproches injustos, las reclamaciones excesivas, los remedios groseros, las declamaciones comunes, las aspiraciones generosas y rudimentarias, la concepción vulgar de los sistemas sociales. Pónelos de bulto, sin ostentación, reserva, pasiones ni miedos, como de quien ama más que teme, y quiere consolar más que enllagar, y busca más el ajeno bien que el propio, y no se siente atado en lo que dice por ansiosas candidaturas a puestos públicos o a fama. Estima que cuanto es, tiene razón de ser; y apenas cese de tenerla, cesará de ser. Tiene el don raro de descubrir analogías esenciales en las contradicciones aparentes, y fía en el pacífico acercamiento y definitivo consorcio de los intereses que hoy discuten y solo a observadores ligeros pueden parecer hostiles: si no se han confundido ya, es porque no se ha dado aún con la fórmula. Con tacto desusado, y con sereno juicio, ni a los ricos adula el autor de este libro, ni a los pobres increpa: ni a aquellos oculta la urgencia de acatar el derecho del hombre a una vida remunerada y noble, ni a estos esconde cuánto tendría de ademențada y sangrienta la tentativa de imponer a una masa rica y fuerte, soluciones confusas o antihumanas, contra las que se encrespa a veces, como corcel de jaique bravo que siente sobre el lomo a ruin zagal, cuánto de personal, volador y soberano encierra el admirable espíritu del hombre. Antes serán los árboles dosel de la tierra y el cielo pavimento de los hombres, que renunciará el espíritu humano a sus placeres de creación, abarcamiento de los espíritus ajenos, pesquisa de lo desconocido, y ejercicio permanente y altivo de sí propio! Si la tierra llegara a ser una comunidad inmensa, no habría árbol más cuajado de frutas, que de rebeldes gloriosos el patíbulo...

Lo excesivo, no será: pero lo justo, será. Ni lo excesivo asombra al pensador juicioso, que siempre, por ley física de impulso que en ley espiritual tiene su análoga, mientras de más atrás toma vuelo el saltador, más lejos salta. La reacción se extrema siempre en el mismo grado en que se extrema la acción que la provoca: a acción justa, reacción nula; a acción medianamente justa, reacción lenta y blanda; a acción extremadamente injusta, reacción febril y exagerada. Luego, en la prueba práctica, la reacción baja de más en más, al nivel de la acción justa. La revolución quiere alas; los gobiernos pies. ¡No haya empacho ni miedo en bendecir a esos espíritus rebosantes de amor y luminosos, creadores impacientes de sistemas de redención precelestes y oscuros, cuya mayor grandeza deba acaso medirse por su mayor extravagancia! Pues esos son los verdaderos poetas nuevos, y no otros, rimadores enanos de literarias y femeniles novelerías! Pues esos son el San Juan y el cordero del orbe que avanza, los hombres melancólicos y absortos que preceden siempre, dando voces simpáticas y extrañas, a todos los magníficos sacudimientos en que el alma humana, como estrella que cae rota del cielo en un combate de astros, enciende sobre el universo una época nueva!

La solución, pues, viene de suyo. Cual sea, bueno es discutirla: predecirla, es vano. La que deba ser será. Darle forma prehecha, sería deformarla. Como cada pensamiento trae su molde, cada condición humana trae su expresión propia. Lo que importa no es acelerar la solución que viene: lo que importa es no retardarla.

La reforma social no tiene más que un enemigo, formidable por cierto. «Apresurémonos, decía Lowe a los ingleses, apresurémonos a

enseñar a leer a los bárbaros que serán mañana nuestros dueños». —«Apresurémonos,—dice hermosamente el autor de este libro, que con él aliviará heridas, esparcirá verdades y calmará espíritus,— apresurémonos a limpiar de obstáculos el camino de esos hermanos nuestros coléricos, que pudieran llegar a ser, por exceso y falso concepto de justicia, nuestros dueños ciegos, y sus mayores enemigos».

Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo: la inteligencia humana. El derecho mismo, ejercitado por gentes incultas, se parece al crimen. Los hombres fuertes que se sienten torpes, se abrazan a las rodillas de los hombres inteligentes, como Hércules montuoso a las rodillas mórbidas de Omphala. La inteligencia da bondad, justicia y hermosura: como un ala, levanta el espíritu; como una corona, hace monarca al que la ostenta; como un crisol, deja al tigre en la taza y da curso feliz a las águilas y a las palomas. Del puñal hace espada; de la exasperación, derecho; del gobierno, éxito; de lo lejano, cercanía. En el problema moderno, el triunfo rudo de los hombres que tienen de su lado la mayor parte de la justicia, sería a poco la reacción prolongada de los hombres inteligentes que todavía tienen buena parte de la justicia de su lado. Al resplandor del derecho, el abuso ceja, como ruin galancete ante el enojo de una dama pura. Mas si el derecho se echa encima manto de ira, los mismos que el derecho reconocen, se alzarán contra él tristemente, como padre que ata a su hijo loco.

Quien intenta triunfar, no inspire miedo; que nada triunfa contra el instinto de conservación amenazado. Y quien intenta gobernar, hágase digno del gobierno, porque si, ya en él, se le van las riendas de la mano, o de no saber qué hacer con ellas, enloquece, y las sacude como látigos sobre las espaldas de los gobernados, de fijo que se las arrebatan, y muy justamente, y se queda sin ellas por siglos enteros. Oh! sépase y dígase: una masa menor de hombres inteligentes que se resisten a reconocer una mejora justa, no podrá contrastar a una masa mayor de hombres inteligentes que traen la forma incruenta de la reforma necesaria:—una masa menor de hombres laxos por el goce, no podrá resistir a una masa mayor de hombres enérgicos, templados en la privación y en la amargura. La victoria no está solo en la justicia, sino en el momento y modo de pedirla: no en la suma de armas en la mano, sino en el número de estrellas en la frente.

Y este libro que enseña todo esto, es más que un buen libro:—es una buena acción. Los libros que definen, calman. En toda palabra, ha de ir envuelto un acto. La palabra es una coqueta abominable, cuando no se pone al servicio del honor y del amor.

JOSÉ MARTÍ

IRMA

Vivíamos en una ciudad del norte de Alemania: fría, brumosa, tradicional, soñadora. Calles angostas y tortuosas, edificios ennegrecidos por el moho del tiempo; altos techos llenos de ventanas cubiertas de tiestos y macetas; vericuetos y pasajes misteriosos por el centro de las casas, pequeñas plazueletas formadas por edificios de raras y variadas estructuras, un trozo arquitectónico de Edad Media de soñoliento aspecto y cargado como de sombras o fantasmas. Y por esas calles y bajo esos techos y por dondequiera en ese lugar, en ese teatro cuyo escenario representaba los tiempos feudales, vivía una muchedumbre activa, se dilataba, como el mercurio dentro del vidrio frío, una generación al calor de la ciencia y del arte, que como conquistadores se habían adueñado de aquellos lugares, y tenían su altar, pues que la ciudad en que vivíamos era ciudad universitaria y como a fuente benéfica acuden a ella los sedientos de ciencia de todas partes del mundo.

Y nosotros fuimos en busca del saber y con la fe de nuestra juventud a beber en esas fuentes: veníamos de las lejanas comarcas americanas, en donde la humanidad es nueva y la tradición escasa. Después de nuestros montes cubiertos por el bosque primitivo, de nuestros ríos perezosos, que se deslizan sobre la pampa tropical y reflejan las palmeras melancólicas, aparecieron como recuerdos de un sueño ajeno, los collados y alturas, coronadas por las derruidas e ingentes formas de feudal castillo, y las aguas mansas, que en sus ondas reflejan la gótica aguja del antiguo templo. Todo fue una revelación; ese mundo muerto cuyas osamentas yacían en torno nuestro estaba lleno de encanto, y nuestra vida en esos días era grande y hermosa. Teníamos en nuestros ejes el reflejo postrero de los soles hundidos, y la fe en el día venidero; todos los tintes del crepúsculo, todas las luces de la aurora.

Y ella y yo teníamos fe en el arte y en la ciencia. Abandonamos las nativas playas en busca de nuestros ideales, que creímos hallar en el suelo que vio nacer a Goethe y a Schiller, a Humboldt y a Lessing.

En medio de esos edificios se distinguían los que formaban la universidad, en donde a la sazón aprendían todos los ramos del saber humano, más de tres mil estudiantes. Y también se hallaba no lejos de ellos el conservatorio de música, cuyos discípulos habían llevado el arte que allí aprendieron, a todos los confines del mundo, tocando en lo íntimo los corazones en todas las latitudes del globo, con las melodías de Schubert, de Mozart y de Beethoven.

Irma estudiaba música, su instrumento era el piano, el más ingrato de todos. Tenía fe en su arte y con muchos sacrificios logró abandonar su lejana patria, pues era nacida en la América del Norte, para ir a estudiarlo con los grandes maestros. Corría en sus venas sangre alemana, así que su espíritu se sintió aliviado en vez de atónito y suspenso como me había acontecido, cuando sus ojos vieron la hermosa tierra, cargada de tradiciones, en vez del suelo del lugar de su nacimiento cruzado de ferrocarriles, y cubierto de edificios monótonos en su modernismo. Para ella era aquella una

vuelta a la patria, y al punto se halló en su centro, en su medio natural. Comprendió a primera vista todas aquellas inscripciones medio borradas, sintió la poesía de todas aquellas minas y entre ellas bien pronto fabricó su nido.

Me explicó el sentido íntimo de las baladas y leyendas, y comprendí, oyéndolo de sus labios, el canto de la sirena del Lorelei, la maldición del cantor de Uhland, y los melancólicos acordes del viejo trovador compañero de Mignon. Toda esa poesía le era propia, gozaba en la contemplación de una catedral gótica y estaba convencida de que Mephisto podía salir de detrás de aquel tonel inmenso de la taberna de Auerbach, en donde comíamos los días en que había unos cuartos más que de usanza, en nuestras bolsas.

Era conocida entre todos los estudiantes de piano del conservatorio, todos admiraban su talento, y el mismo Reinecke, parco en sus alabanzas, le había dicho que con constancia, podía hacer suyos los laureles de Rubinstein, de Liszt, o de Planté.

Su mano recorría las teclas como un arroyo se desliza en ondas cristalinas sobre su lecho de arena. Amaba los cantos melancólicos de Mendelssohn, los ecos del alma de Schubert, la música de Mozart, tan dulce como la italiana, y tan profunda como la alemana. Y bajo su influencia el aire se poblaba de notas danzantes de mansas ondas de rítmico movimiento y mágica cadencia, que llegaban al corazón, se apoderaban del espíritu y por escala invisible lo llevaban al mundo ideal de los sueños y de las aspiraciones infinitas.

Cercano estaba el día de su triunfo. Iba a presentar el último examen, una mera fórmula, que la corona ya era suya, y era preciso mostrar en público y ante los jueces la habilidad que ellos conocían, para que le diesen su diploma, el ideal de su vida, el fruto de sus esfuerzos y sus luchas. Lleno estaba su corazón de alegría; era una mañana fría de invierno, clara y penetrante la atmósfera hacía sentir doblemente la dicha de la vida y el calor de la sangre en las venas. Propuso que fuésemos a patinar.

El inmenso espejo helado invitaba y atraía, y sobre él nos lanzamos, y a poco, como presa del vértigo, resbalábamos sobre él rápidos como aves en el espacio. De repente tropieza, trata de sostenerse, procuro ayudarla, pero solo logro caer con ella. Levanteme al punto, y al irla a alzar, noté que se había desmayado. Pedí socorro, vino un médico y a poco descubrió que había caído sobre su mano derecha y se la había fracturado.

Al volver en sí trató de mover la mano, y al ver que no lo podía hacer prorrumpió en un llanto silencioso. Comprendió que su arte se le iba y que al tocar el premio se le escapaba y desaparecía.

—Estaba de Dios, me dijo resignada.

Triunfo, laureles, todo estaba perdido, el sueño deshecho, y sentía la infeliz la horrorosa impotencia del poder, el más satánico y cruel de los tormentos humanos. Me aparté de su lado, y al volver pocas horas después, hallé que la pobre Irma había muerto.

Hubo quien hablara de láudano y de veneno. Mentira! se muere cuando se pierde el sueño adorado, la ilusión de la existencia. Aquella pobre niña no podía dar sus melodías al mundo: fue a confiarlas al cielo.

J. M.

Nueva York, noviembre de 1884.

La Nación, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1884
La Lotería, La Habana, 22 de febrero de 1885

1882-1884

Cartas

AL GENERAL ANTONIO MACEO

N. York, 20 de julio de 1882

Sr. Gral. Antonio Maceo

Sr. y amigo:

La súbita salida de mi amigo Flor Crombet no me deja tiempo para explicar a V. con la claridad y minuciosidad que deseo la importancia y estado actual de los trabajos recientemente emprendidos para rehacer las fuerzas revolucionarias, mover en Cuba de un modo unánime y seguro los ánimos en nuestro sentir, y preparar en el exterior, con la unión cariñosa y conducta juiciosa de los bravos y buenos en quienes aún tiene fe Cuba, una guerra rápida y brillante que pueda ser siempre tenida como un honor, y no como un delito, por los que tomen parte en ella.—No conozco yo, General Maceo, soldado más bravo ni cubano más tenaz que V.—Ni comprendería yo que se tratase de hacer,—como ahora trato y tratan tantos otros,—obra alguna seria en las cosas de Cuba, en que no figurase V. de la especial y prominente manera a que le dan derecho sus merecimientos. No puedo entrar, mal que me pese, por falta de tiempo, a explicar a V. cómo es forzoso, —ya que a despecho nuestro se han creado en Cuba después de la guerra elementos que no son nuestros—traerlos hábilmente a nuestro lado, pto. que ahora muestran deseos de venir; y aprovecharnos de ellos, ya que prescindir fuera, sobre injusto, imposible.—No puedo entrar a explicarle cómo, inquieto ya de nuevo el país, y vueltos sus ojos a los que hayan de ser sus salvadores, busca otra vez a sus constantes defensores, que andan hoy fuera de habla, tan grandes como silenciosos, apartados, aislados, y por esto impotentes. Mientras no llamaba el país, parecía un acto de insensatez y violencia forzarlo a verter una sangre que se negaba a verter. Pero cuando el país llama, es necesario responderle, so pena de que olvide—con justicia—a los que no le responden, y llame a otros que le parezcan mejores.—No tengo tiempo de explicarle cómo ya se reúnen sin esfuerzo al grupo revolucionario activo, los revolucionarios arrepentidos, y los nuevos hombres de Cuba que creyeron que podían prescindir de la Revolución. Ni tengo tiempo de decirle, General, cómo a mis ojos no está el problema cubano en la solución política, sino en la social, y cómo esta no puede lograrse sino con aquel amor y perdón mutuos de una y otra raza, y aquella prudencia siempre digna y siempre generosa de que sé que su altivo y noble corazón está animado. Para mí es un criminal el que promueva en Cuba odios, o se aproveche de los que existen. Y otro criminal el que pretenda sofocar las aspiraciones legítimas a la vida de una raza buena y prudente que ha sido ya bastante desgraciada.— No puede V. imaginar, la especialísima ternura con que pienso en estos males, y en la manera, no vociferadora, ni ostensible,—sino callada, activa, amorosa, evangélica de

remediarlos. Tendría, General Maceo, placer vivísimo en que, en vez de escribirle yo estas cosas frías, las hablásemos. Estimo sus extraordinarias condiciones, y adivino en V. un hombre capaz de conquistar una gloria verdaderamente durable, grandiosa y sólida.

En carta siguiente le explicaré todo lo que llevamos hecho, y pensamos hacer, que gira todo sobre eso que le llevo dicho, y en respuesta a lo cual, y a lo que Flor Crombet tiene encargo de explicarle, espero que me diga si no aplaude y comparte estas ideas, y esta reaparición de manera seria y ordenada,—de todos los hombres importantes, y verdaderamente fieles, de nuestra causa, sincera y calurosamente reunidos, sin necesidad de jurar obediencia ciega a un grupo aislado o a un hombre solo, para aprovechar con cordura y sin demora los elementos ya hirvientes, y cada día más imponentes, de la guerra en Cuba. Mucho va ya hecho. Mucho se desea esta reaparición formal y pública. Pero yo he venido conteniendo, por mi parte, todo trabajo aislado y pequeño que no responda a la obra grandiosa que esperan de nosotros. Heroicos hemos de parecer, puesto que nos quieren heroicos. Si nos ven de menor tamaño que aquel de que esperan vernos —esto será como darnos muerte.—Mas yo no estimo legal ni poderosa, por mucho que la soliciten y la apoyen, manifestación alguna revolucionaria, que no lleve el asentimiento, y vaya aconsejada y dirigida, de los hombres valerosos y buenos que han adquirido este especial derecho con sus méritos. Imagine V. si aguardaré con impaciencia,—teniendo que enfrenar a los impacientes, y a los que creen que con callar se pierde ya tiempo precioso,—la respuesta de V. acerca de estos pensamientos que le muestro, y de su opinión sobre esta nueva forma de nuestra obra, encaminada hoy a preparar activa y racionalmente, con toda la firmeza,—y habilidad que requiere problema tan grave y cosa tan extraordinaria, el modo de crear, por una guerra pronta de triunfo posible, un país en que, a pesar de estar muy trabajado de odios, entren desde su fundación a gozar de verdaderos derechos, y en verdaderas condiciones de larga y quieta vida, todos sus diversos elementos.—Yo sé que no está V. cansado de hacer cosas difíciles. Y que su juicio claro no se ofusca como el de la gente vulgar, y abarca toda la magnitud de nuestra tarea, y de nuestra responsabilidad.—

Tal vez, por mi odio a la publicidad inútil, ignore V. quién le escribe esta carta. Flor Crombet se lo dirá. Y yo le digo que se la escribe un hombre que sabe cuánto V. vale, y lo tiene en tanto.

Con impaciencia espera su respuesta, y queda afectuosamente a sus órdenes.

Su amigo y servidor

JOSÉ MARTÍ

324 Classon Avenue
Brooklyn
L. I.

[Ms. en CEM]

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

N. York, 20 de julio 1882

Sr. Gral. Máximo Gómez.—

Sr. y amigo:

El aborrecimiento en que tengo las palabras que no van acompañadas de actos, y el miedo de parecer un agitador vulgar, habrán hecho, sin duda, que V. ignore el nombre de quien con placer y afecto le escribe esta carta. Básteme decirle que, aunque joven, llevo muchos años de padecer y meditar en las cosas de mi patria; que ya después de urdida en N. York la segunda guerra, vine a presidir, más para salvar de una mala memoria nuestros actos posteriores que porque tuviese fe en aquellos, el Comité de N. York; y que desde entonces me he ocupado en rechazar toda tentativa de alardes inoficiosos y pueriles, y toda demostración ridícula de un poder y entusiasmo ficticios, aguardando en calma aparente los sucesos que no habían de tardar en presentarse, y que eran necesarios para producir al cabo en Cuba, con elementos nuevos, y en acuerdo con los problemas nuevos, una revolución seria, compacta e imponente, digna de que pongan mano en ella los hombres honrados. La honradez de V., General, me parece igual a su discreción y a su bravura. Esto explica esta carta.

Quería yo escribirle muy minuciosamente sobre los trabajos que llevo emprendidos, la naturaleza y fin de ellos, los elementos varios y poderosos que trato ya de poner en junto, y las impaciencias aisladas, bulliciosas y perjudiciales que hago por contener. Porque V. sabe, Gral., que mover un país, por pequeño que sea, es obra de gigantes. Y quien no se sienta gigante de amor, o de valor, o de pensamiento, o de paciencia, no debe emprenderla.—Pero mi buen amigo Flor Crombet sale de N. York inesperadamente, antes de lo que teníamos pensado que saliese: y yo le escribo, casi de pie y en el vapor, estos renglones para ponerle en conocimiento de todo lo emprendido, para pedirle su cuerdo consejo, y para saber si en la obra de aprovechamiento y dirección de las fuerzas nuevas que en Cuba surgen ahora, sin el apoyo de las cuales es imposible una revolución fructífera, y con las cuales será posible pronto,—piensa V. como sus amigos, y los míos, y los de nuestras ideas piensan hoy.—Porque llevamos ya muchas caídas para no andar con tiento en esta tarea nueva. El país vuelve aún los ojos confiados a aquel grupo escaso de hombres que ha merecido su respeto y asombro por su lealtad y su valor: importa mucho que el país vea juntos, sensatos, ahorradores de sangre inútil, y preveedores de los problemas venideros, a los que intentan sacarlo de su quicio, y ponerlo sobre quicio nuevo.—Por mi parte, General, he rechazado toda excitación a renovar aquellas perniciosas camarillas de grupo de las guerras pasadas, ni aquellas jefaturas espontáneas,

tan ocasionadas a rivalidades y rencores: solo aspiro a que formando un cuerpo visible y apretado, aparezcan unidos por un mismo deseo grave y juicioso de dar a Cuba libertad verdadera y durable, todos aquellos hombres abnegados y fuertes, capaces de reprimir su impaciencia en tanto que no tengan modo de remediar en Cuba con una victoria probable los males de una guerra rápida, unánime y grandiosa,—y de cambiar en la hora precisa la palabra por la espada.

Yo estaba esperando, Señor y amigo mío, a tener ya juntos y de la mano algunos de los elementos de esta nueva Empresa. El viaje de Crombet a Honduras, aunque precipitado ahora, es una parte de nuestros trabajos, y tiene por objeto, como él explicará a V. largamente, decirle lo que llevamos hecho, la confianza que V. inspira a sus antiguos Oficiales, lo dispuestos que están ellos—aun los que parecían más reacios—a tomar parte en cualquier tentativa revolucionaria, aun cuando fuera loca, y lo necesitados que estamos ya de responder de un modo oíble y visible a la pregunta inquieta de los elementos más animosos de Cuba, de los cuales muchos nos venían desestimando, y ahora nos acatan y nos buscan. Antes de ahora, Gral., una excitación revolucionaria hubiera parecido una pretensión ridícula, y acaso criminal, de hombres tercos, apasionados e impotentes: hoy, la aparición en forma serena y juiciosa de todos los elementos unidos del bando revolucionario, es una respuesta a la pregunta del país. Esperar es una manera de vencer. Haber esperado en esto,—nos da esta ocasión, y esta ventaja. Yo creo que no hay mayor prueba de vigor que reprimir el vigor. Por mi parte, tengo esta demora como un verdadero triunfo.

Pero así como el callar hasta hoy ha sido cuerdo, el callar desde hoy sería imprudente. Y sería también imprudente presentarnos al país de otra manera que de aquella moderada, racional y verdaderamente redentora que espera de nosotros. Ya llegó Cuba, en su actual estado y problemas, al punto de entender de nuevo la incapacidad de una política conciliadora, y la necesidad de una resolución violenta. Pero sería suponer a nuestro país un país de locos, exigirle que se lanzase a la guerra en pos de lo que ahora somos para nuestro país—en pos de un fantasma.—Es necesario tomar cuerpo y tomarlo pronto, y tal como se espera que nuestro cuerpo sea. Nuestro país abunda en gente de pensamiento,—y es necesario enseñarles que la Revolución no es ya un mero estallido de decoro, ni la satisfacción de una costumbre de pelear y mandar, sino una obra detallada y previsora de pensamiento. Nuestro país vive muy apegado a sus intereses,—y es necesario que le demostremos hábil y brillantemente que la Revolución es la solución única para sus muy amenazados intereses. Nuestro país no se siente aún fuerte para la guerra,—y es justo, y prudente, y a nosotros mismos útil, halagar esta creencia suya, respetar este temor cierto e instintivo, y anunciarle que no intentamos llevarle contra su voluntad una guerra prematura, sino tenerlo todo dispuesto para cuando él se sienta ya con fuerzas para la guerra. Por de contado, Gral., que no perdonaremos medios de provocar naturalmente esta reacción. Violentar el país sería inútil. Y precipitarlo sería una mala acción. Puesto

que viene a nosotros, lo que hemos de hacer es ponernos en pie para recibirlo.—Y no volver a sentarnos.

Y aún hay otro peligro mayor, mayor tal vez que todos los demás peligros. En Cuba ha habido siempre un grupo importante de hombres cautelosos, bastante soberbios para abominar la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal en combatirla. Esta clase de hombres, ayudados por todos los que quisieran gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos en su sangriento precio, favorecen vehementemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza, sienten tentaciones marcadas de apoyar esta solución, que creen poco costosa y fácil. Así halagan su conciencia de patriotas, y su miedo de serlo verdaderamente. Pero como esa es la naturaleza humana, no hemos de ver con desdén estoico sus tentaciones, sino de atajarlas.

¿A quién se vuelve Cuba, en el instante definitivo, y ya cercano, de que pierda todas las nuevas esperanzas que el término de la guerra, las promesas de España, y la política de los liberales le han hecho concebir? Se vuelve a todos los que le hablen de una solución fuera de España. Pero si no está en pie, elocuente, erguido, moderado, profundo, un partido revolucionario que inspire, por la cohesión y modestia de sus hombres, y la sensatez de sus proyectos, una confianza suficiente para acallar el anhelo del país—¿a quién ha de volverse, sino a los hombres del partido anexionista que surgirán entonces? ¿cómo evitar que se vayan tras ellos todos los aficionados a una libertad cómoda, que creen que con esa solución salvan a la par su fortuna y su conciencia? Ese es el riesgo grave. Por eso es llegada la hora de ponernos en pie.

A eso iba, y va, Flor Crombet a Honduras. Querían hacerle picota de escándalo, y base de operaciones ridículas. Él tiene noble corazón, y juicio sano, y creo que piensa como pienso. A eso va, sin tiempo de esperar al discreto comisionado que tengo en estos instantes en La Habana, comenzando a tejer en junto todos los hilos que andan sueltos. Porque yo quería, Gral., enviar a V. más cosas hechas.

Va Crombet a decirle lo que ha visto, que es poco en lo presente visible, y mucho más en lo invisible y en lo futuro. Va en nombre de los hombres juiciosos de La Habana y el Príncipe y en el de D. S. Cisneros, y en mi nombre, a preguntarle si no cree V. que esas que llevo precipitadamente escritas deben ser las ideas capitales de la reaparición, en forma desemejante de las anteriores, y adecuada a nuestras necesidades prácticas, del partido revolucionario. Va a oír de V. si no cree que esos que le apunto son los peligros reales de nuestra tierra y de sus buenos servidores. Va a saber previamente, antes de hacer manifestación alguna pública—que pudiera parecer luego presuntuosa, o desmentida por los sucesos—si V. cree oportuno y urgente que el país vea surgir como un grupo compacto, cuerdo, y activo a la par que pensador, a todos aquellos hombres en cuya virtud tiene fe todavía. Va a saber de V. si no piensa que esa es la situación verdadera, esa la necesidad ya inmediata, y ese, en rasgos generales, el propósito que

puede realzar, acelerar sin violencia, acreditar de nuevo, y dejar en mano de sus guías naturales e ingenuos la Revolución.—Ni debe esta ir a otro país, Gral., ni a hombres que la acepten de mal grado, o la comprometan por precipitarla, o la acepten para impedirla, o para aprovecharla en beneficio de un grupo o una sección de la Isla.

Ya se va el correo, y tengo que levantar la pluma que he dejado volar hasta aquí. Me parece, General, por lo que le estimo, que le conozco desde hace mucho tiempo, y que también me estima. Creo que lo merezco, y sé que pongo en un hombre no común mi afecto. Sírvase no olvidar que espero con impaciencia su respuesta, porque hasta recibirla todo lo demoro, y la aguardo, no para hacer arma de ella, sino con esta seguridad y contento interiores, empezar a dar forma visible a estos trabajos, ya animados, tenaces y fructuosos. Jamás debe cederse a hacer lo pequeño por no parecer tibio o desocupado;— pero no debe perderse tiempo en hacer lo grande.

¿Cómo puede ser que Vd., que está hecho a hacerlo, no venga con toda su valía a esta nueva obra? Ya me parece oír la respuesta de sus labios generosos y sinceros. En tanto, queda respetando al que ha sabido ser grande en la guerra y digno en la paz.—

Su amigo y estimador

JOSÉ MARTÍ

324 Classon Avenue
Brooklyn
L. I.

[Ms. en CEM]

A DIEGO JUGO RAMÍREZ
[Fragmento]
Nueva York, 28 de julio [1882]

Sr. Diego Jugo Ramírez

Amigo mío:

Partió el *Caracas* tan inesperadamente, que no vine a saber de su salida sino cuando la vi anunciada, como cosa del día anterior en un periódico. Era siervo en aquellos días de una faena urgente y ruda, que me hizo vivir toda una semana como si hubiera sido un solo día. A otros embriaga el vino: a mí, el exceso de trabajo. Queda después de él un suave orgullo,—no mayor, amigo mío, que el que me causa haber arrancado con mis versos tan tiernos y amorosos sones a su lira. Irán al pie de un retrato de mi hijo, y quedarán entre los lares de la casa. Yo vivo de estas cosas: otros, de oro y palacios. No digo cómo soy por no parecer extravagante,—y porque el del buen gusto ha de presidir a todos los talentos, y no es de gusto bueno recordar con la sobriedad propia la falta de sobriedad de los demás; pero a Vd. puedo decirlo,—porque ha de callarlo, y de estimármelo.

De lo de Aldrey, de que me da Vd., con vivo agradecimiento mío, tan cuidadosa cuenta, queda como estaba. ¡Cuánto me duele ahogar aquella voz, hecha ya a vaciarse en los buenos y altos pechos que aún respiran a las faldas del Ávila! ¡Qué placer era para mí, por más que me ocasionase rudo trabajo, escribir todas aquellas cosas a Caracas!—Y añadía a mi placer el ayudar con ella, a un hombre que venía siendo, y fue desde el principio mi amigo leal. Solo hay una cosa comparable al placer de hallar un amigo: el dolor de perderlo.

[...] Mucho me duele haber perdido una amada tribuna.—Otra me ofrecen desde B. Aires, para *La Patria Argentina*; y otra para *La República* de México,—mas dudo que ame yo estas nuevas,—aunque tengo razón especial para amar la de México,—como amaba ya la de Caracas.

[...] ¡Fuérame dado que algún día oyese Vd. a mi hijo leer su noble carta, y recitar sus versos! No está lejos Caracas, ni yo he de desamarla nunca. Con cinco justos se hubiera salvado una ciudad sagrada:—y en esa ciudad sagrada hay más de cinco justos. Vd. es uno—y lo lleva en memoria y corazón su amigo agradecido

JOSÉ MARTÍ

Abrace a Arístides.
[OC, t. 7, p. 272 y 273].

A GABRIEL DE ZÉNDEGUI

New York 28 de julio [1882]

Sr. Gabl. Zéndegui.—
Mi amigo Gabl.—

Pudiera guardarte rencor porque no me agradeciste que te enviase tan gallarda persona como el buen poeta Juan Pérez Bonalde, y porque no quieres saber de mí. Yo te lo excuso, y te quiero, y en prenda de ello te mando una fruslería que he impreso—no porque la tenga por mejor que lo demás que llevo hecho, sino porque me la sacaron de las manos, y la hallé semejante a los rizos rubios de mi hijo. Ya los tendrás, aunque no son buenos los tiempos para ello,—y verás cómo la vida es fruta áspera, que rompe los labios —y los hijos son urnas de bálsamo.—No sé si he acertado a dar forma artística al tropel de visiones aladas que cuando pienso en él me danzan en torno de la frente.—Ni si esa vez, que dormí en almohada de rosas, pudo olvidar mi cabeza la almohada de piedra en que usualmente duerme.—Y los demás versos que hago, que procuro que sean siempre en número menor que otro género de obras, y no son—por esto y aquello—para enviados, son versos de cabeza hecha a dormir en almohada de piedra.— Lo cual no es malo: es fama que los buenos pianistas aprenden a tocar en teclado de hierro.

Dios te dé tanta fortuna como fe, y a mí—no más fe que aquella que se necesita para dirigir la fortuna.

Ahí te va el libro. Perdóname el pecado, y ve como no te olvida—ni a ti, ni a tu sólido talento y buenos versos

Tu amigo

JOSÉ MARTÍ

Por si por maravilla me escribieses:
Manuel Mantilla, 324 Classon Avenue
Brooklyn, L. I.

[Fotocopia en CEM]

A ENRIQUE JOSÉ VARONA

Sr. Enrique J. de Varona

Amigo mío:

Le debo respuesta, y se la pago con placer y cariño. Bien veo que hizo cuanto cupo por dejar prenda de su cortesía a mi amigo Bonalde. Él fue ya conociéndolo, y sabe que V. le buscó, por lo que le queda agradecido.—

No he hallado modo de leer el tomo que publicó V., en que andan juntas sus *Conferencias*. Lo que V. hace regocija y nutre: bien es que yo lamente no haberlo aún visto. De su olvido de mí, puesto q^{e}. a haberme recordado más, bien pudo enviármelo— me vengo ahora, con mala venganza, enviándole, ya que anda por La Habana sin que yo lo haya mandado, un librillo de versos a mi hijo, que es cosa que saqué a la luz por empeño ajeno, y que envío a los que estimo, mas no pongo a la venta, porque me parece que es quitar su perfume a esa flor vaga. Me ha entrado una grandísima vergüenza de mi libro, luego que lo he visto impreso. De intento di esa forma humilde a aquel tropel de mariposas que, en los días en que lo escribí, me andaban dando vueltas por la frente. Fue como una visita de rayos de sol. Mas ay! Que luego que los vi puestos en papel, vi que la luz era ida! Perdóneme, en gracia del empeño con que trabajo en cosas más serias, este pecado.—

Le saluda afectuosamente su amigo

JOSÉ MARTÍ

[Nueva York] 28 de julio.—[1882]

Por Casimiro Delmonte envío su ejemplar.
S/c 324 Classon Avenue
Brooklyn
L. I.

[Ms. en CEM]

A MIGUEL F. VIONDI

New York, 28 de julio [de 1882]

Sr. M. F. Viondi

Amigo mío:

Quiero olvidar, porque sé que me quiere, que me ha dado motivo de enojo con no contestarme la carta que le escribí a principios de año. Le hacía en ella un pequeño encargo que no fue,—por fortuna y—desgracia—necesario, puesto que Carmen no vino. Yo me veo tan cerca de Vd., y en tan estrecha compañía, como en aquellas tardes en que buscábamos leyes, más a la luz de la noche que a la del día, sentados en las losas de mármol del bufete: ¿qué le he hecho para que me olvide?

Ante todo, he aquí lo que me dice Carmen acerca de Vd.—y sin demora le envío.—Me dice en carta de 1ro. de julio:—«Deseo que le escribas a Viondi, pues creo se ha disgustado conmigo. Le mandé pedir aquellas escrituras que Papá te traspasó para ver si aquí se podía cobrar algo, y no recibí respuesta suya. En vista de eso le envié una carta con Manuel, y le recomendé a este se la llevara, y me enviara las escrituras que le suplicaba a Viondi le entregara. Parece que Manuel lo molestó mucho, y le escribió una carta algo incómodo enviándole las escrituras. Dice que tú le recomendaste que a nadie le entregara esos papeles; pero que vista mi insistencia, y para que no se interpretara mal su resistencia, las enviaba.—Te advierto que yo solo creyendo que no había recibido mi 1ª carta, le envié la 2ª, y porque ignoraba que tú le hubieras dado esa orden: escríbele, pues, y dile que yo en nada he querido ofenderlo.»—

Como yo no sé más del caso, por lo que V. ve, que lo que ahora Carmen me dice, copiar su carta es el mejor modo de satisfacer a V.—Perdone a mi cuñado, que le hostigaría solo porque él sabe el empeño extremo que pongo en no tener plática ni roce en cosa alguna de dinero con el padre de Carmen.—Y perdóneme a mí, que aun ausente no sé más que darle enojos. Yo no tengo más que agradecerle su solicitud—aunque V. sabe que esos papeles se quedaron siempre como vinieron, y se hubieran estado sin cobrar, por su pecado de origen, años muy luengos.—

Acaso sea parte a que V. me perdone, ese librillo que le mando, fruto de una hora de paz, extraña en mi vida. Si le parece bien, nada me diga; mas sí si le parece mal, para enmendarlo, o ayudarme a olvidarme de mi yerro. Han dicho en la Habª. que es colección de mis versos: V. sabe que no es mi espíritu muy dado a estos pacíficos y secundarios quehaceres. Eso sí—lo imprimí—por ser una mariposilla, que eché a volar, para que se posa[se] en el hombro de mi hijo.

Si no me escribe esta vez, de veras me enojo. Bese la mano a Hortensia y a Sofía, y las mejillas a Julia a quien elijo nuera. Y quiera a su amigo obligado que le quiere.

J. M.

¿Necesitan C. Fonts, y Lladó, y sus leales amigos del bufete que les mande yo aquí memorias mías?

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

N. Y. 11 de agosto [de 1882]

Mi hermano queridísimo.—

Va para años que no ve V. letra mía: y, sin embargo, no tiene mi alma compañero más activo, ni confidente más amado que V.—Todo se lo consulto, y no hago cosa ni escribo palabra sin pensar en si le sería agradable si la viese. Y cuente de veras con que si algo mío creyera yo que habría de desagradar a V.—no lo haría de fijo. Pero no se me ocurre nada, ni pongo en planta nada, que no vaya seguro, si obra de actividad, de su aplauso;—si pecado, porque soy pecador, por humano,—de su indulgencia. Este comercio me es dulce. Este agradecimiento de mi alma a V. que me la quiere, me es sabroso. Su casa es un hogar para mi espíritu. Todos los días me siento a su mesa, sin ocurrírseme que V. puede estar, por mi silencio aparente, enojado conmigo; ni que me recibiría V. frecuente. Y me parece que tengo derecho a V.—por el que doy a V. constante y crecientemente sobre mí.—No es que me acuerde de V. en marcada hora del día. Es que sé que V. consolaría mis tristezas, si las viera de cerca, y aún siento que las consuela con su afecto lejano; y es debilidad humana, o acaso fortaleza, pensar en lo que redime del dolor al punto en que el dolor se sufre. Por eso estoy pensando constantemente en V.—como viajero fatigado en puerto, y desterrado en patria, y amante de dama que le engaña en aquella que no le engañó cuando él la amaba. Alguna vez he de decir en verso todas estas cosas, porque en verso están bien, y son verso ellas mismas. Ahora no,—porque estoy lleno de penas, y todo iría empapado de lágrimas.—Y yo tengo odio a las obras que entristecen y acobardan. Fortalecer y agrandar vías es la faena del que escribe. Jeremías se quejó tan bien, que no valen quejas después de las suyas.—Por eso no escribo—ni a mi madre, ni a Vd., ni para mí mismo,—porque pensar en las penas quita fuerza para sufrirlas, y ni podría escribirle sin contárselas, porque me parecería deslealtad, ni escribirle para contárselas, por aborrecimiento a querellas femeniles, o por miedo de que mis pesares creciesen, con hablarle de ellos.—Y a más, porque desde hace dos años tengo un favor que pedirle, que no le voy a pedir ahora, porque si fuese a pedírselo, no le escribiría—y como el caso me era útil, y aun urgente, y como sin querer, le hablaba de él en las cartas que le escribía, me ha parecido mal reempezar a escribirle con ocasión de necesidad mía, y he dejado sin enviar; y están ahora ante mí, cuantas cartas le he escrito. En una le hacía cuenta de mi vida de estos años, y le explicaba por qué razón de prudencia social no había ido a refugiarme en México, mi tierra carísima: en otra le pedía consejo sobre una clase de versos rebeldes y extraños, que suelo hacer ahora, no por propósito de mente, sino porque así, sueltos y encabritados—y ¡quiera Dios que tan

airosos!—como los caballos del desierto, me salen del alma;—y en todas vaciaba en Vd. el alma entera. Su espíritu sereno por todas partes me fortifica y acompaña.—

Otra le escribí, que tampoco fue, cuando me sacaron el *Ismaelillo* de las manos, y lo pusieron en prensa. En mi estante tengo amontonada hace meses toda la edición;—porque como la vida no me ha dado hasta ahora ocasión suficiente para mostrar que soy poeta en actos, tengo miedo de que, por ir mis versos a ser conocidos antes que mis acciones, vayan las gentes a creer que solo soy, como tantos otros, poeta en versos.—Y porque estoy todo avergonzado de mi libro, y aunque vi todo eso que él cuenta en el aire, me parecen ahora cantos mancos de aprendiz de musa, y en cada letra veo una culpa. Con lo que verá Vd. que no escondo el libro por modestia, sino por soberbia.—

Y en todas esas cartas iban filiales iras mías por la avaricia sórdida, artera, temible y visible con que este pueblo mira a México: ¡cuántas veces, por no parecer intruso o que quería ganar fama fácil, he dejado la pluma ardiente que me vibraba como lanza de pelea en la mano!

Pero ahora supe, por carta del fidelísimo Heberto, que Ocaranza ha muerto. Salió a los labios, en versos que le envío, todo el amor dormido en mi alma. Mi hermana, y V., y su casa, y su tierra llenan esos versos en que no se habla de ellos.—Y ¡es tan raro ya que yo los haga! Estos no los hice yo, sino que vinieron hechos. Que padecí—no he de decírselo: me pareció que me robaban algo mío, y me revolví contra el ladrón. Ya no vive tan buena criatura, que amó lo que yo amo: me queda al menos el consuelo de honrarlo.—Yo no me doy cuenta de si valen algo, o nada valen, y son desborde monstruoso de la fantasía, y no construcción sana, los versos que le mando. Como los escribí, interrumpiendo un trabajo premioso que me llevaba ya ocupado, y con el cerebro inflamado, días y noches,—en el punto mismo en que recibí la carta de Heberto—se los envío. Si le parecen bien, publíquelos. Si no—agradézcame el amor con que los hice, y regáñeme por mi obra ruin. —¡Cuánta bondad y grandeza se llevó el que ha muerto! ¡Qué recado tan bello acerca de V. me mandó con mi amigo Bonalde! ¡Con qué triste ternura miro ahora aquel bosquejo suyo del bosque de Chapultepec, que ha ido paseando por unas y otras tierras mi fidelidad, y el mérito del más original, atrevido y elegante de los pintores mexicanos!—¿Qué habrá sido, Mercado, de aquel bosquejo de cuerpo entero de mi hermosa Ana que una vez vi en su cuarto? ¿A qué manos irá a dar, si no es a las de V., en que sea tan bien estimado como en las mías? Dígame qué es del cuadro, y si podría yo tenerlo. ¡Qué regalo para mis ojos, si pudiera yo ver constantemente ante ellos aquella esbelta y amante figura! Me parecería que entraba en posesión de gran riqueza.

Ya va apresuradamente dicho, en mi mesa de empleado de comercio—que es profesión nueva en que entro, por no dar en la vil del desterrado sin ocupación, y ayudar a la amarga de cultivador de letras españolas—lo que de más importancia tenía hoy que decirle.—A *Lola*—que aún me acaricia el perfume de aquellas florecitas de San Juan que me enviaba su mano piadosa a mi cuarto de enfermo.—A Manuel, que es de seguro un

niño hidalgo, un abrazo apretado. Y a la gentil Luisa, y a sus hermanitas, un beso en la mano.—A Vd.—toda el alma de su hermano

J. MARTÍ

¿A qué decirle que hable de mí a Peón, y a Sánchez Solís?— y a cuantos no me hayan olvidado?—

Mi dirección:

J.M.
324 Classon Av.—
Brooklyn
L. I.—

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

New York, 16 de setiembre [1882]

Mi amigo queridísimo:

¡Qué larga carta le tenía preparada para hoy! Ya le enviaba mi última «Carta de N. York», para que me la estudiara, y me dijera si le parecía bien;—ya un cuaderno de Colombia, impreso en mi honor, en que hablan de mí muy cariñosamente;—ya todo un cuaderno de nuevas cosas mías, más encrespadas y rebeldes que cuanto he sacado de mi mente al papel, y cuyas cosas iba a enviarle, y le enviaré, porque V. haga de juez secreto, como hermano de su hermano, y me diga si cree que he hallado al fin el molde natural, desembarazado e imponente, para poner en verso mis revueltos y fieros pensamientos.—Que ya que venzo yo el natural disgusto de hablar de mis niñadas, y me confieso a V. sin rubor y plenamente,—Vd. debe pagarme esta inútil, pero certísima, prenda de cariño, haciendo hueco en sus quehaceres para aquel que, aunque desde lejos y en silencio, con más fidelidad que otro alguno le acompaña.—Pero se va al fin Guasp, de cuya estancia aquí no tuve hasta hace cuatro días noticia, y con quien pensaba enviarle todas esas encomiendas,—puesto que no daré al aire esas mariposas de mayor estío hasta que no me diga V. si le parece que llevan bien cargadas de polvo de oro, y de fortaleza las alas,—y apenas tengo tiempo para mandarle un abrazo.—No sé si he dicho ya a V. que vivo ahora de trabajos de comercio, y que, como me faltan dineros, aunque no me faltarían modos, para hacerlo propio,—sirvo en el ajeno, lo que equivale en N. York a trocarse, de corcel de llano, en bestia de pesebre: ¡pero qué alegre vuelvo a mi casa cada día,—guardando con sigilo, porque nadie los vea, los terrores del alma;—cargada la espalda de los granos que han de abastecer el exiguo granero de la casa! Aunque esta casa de cuyo bien cuido, y en cuyo beneficio me doy a esta labor, que me absorbe todo mi tiempo, y deja en moho mi mente, no está ahora conmigo, sino en Puerto Príncipe, donde Carmen se detiene, por ver si con su alejamiento me fuerza a ir a Cuba, y donde detiene a mi hijo.—De esto no quiero hablarle, porque no quiero hablarme a mí mismo. Con Guasp le mando mi *Ismaelillo*, y unos diez ejemplares, para que V. los ponga en manos delicadas. Sí quiero que lo conozcan, por mi hijo. Gozo en verlo famoso, y en que le hagan versos, y en que luzca como caballero de importancia, y príncipe de veras, en diarios y revistas.—Un ejemplar se llevó a México Heberto. Ahora envío a Peón y a Sánchez Solís, y a Pedro Castera, que se ha acordado de mí en *La República*. Venero a quien me recuerda. ¿Qué haré con Vd. que sé que me ama?

Por Guasp sé que es V. ahora Ministro de Gobernación, lo cual no me extraña, porque V. es Ministro nato, y será Ministro siempre, y Presidente aun cuando no lo sea. Jamás vi unido tan dichoso carácter a alma tan hermosa, y tan perspicaz y serena inteligencia.—V.

será feliz, y yo sé por qué.—Ya yo no lo seré, porque al comenzar a rodar, se me quebró el eje de la vida.—

También quería hablar a V. largamente de un deseo mío, que desde hace un año tengo, y que concilia afectos y provecho, y acaso sea útil a otros a la par que a mí.—Pero me da vergüenza hablar de cosa que puede aprovecharme. Otra vez será.—

No sé si recibió Vd., con carta mía anterior, mi memoria a Manuel Ocaranza. Pronto le enviaré en consulta mis cosas nuevas. Yo no temo que V. me haya olvidado.—Querer a mujer es bueno; pero acaso es mejor querer a hombre.—Esto no habla con *Lola*; que con serlo tanto, no es mujer. Todos los domingos veo aquí a Luisa, que luce en puesto de honor, en el retrato que hizo de ella Ocaranza, en la linda casa de mi amigo Bonalde.—¿Cómo es que están en México, si están tan cerca de mí? Ojalá me paguen bien lo que los quiero! Ya no tiene tiempo para más su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A FELIPE SÁNCHEZ SOLÍS

[Nueva York, entre el 12 y alrededor del 16 de setiembre 1882]

Sr. Felipe Sánchez Solís—

Mi amigo muy querido.

Meses hace recibí una afectuosa carta suya. No me tenga a mal que no se la haya respondido hasta ahora,—que no ha sido falta de cariño, y vehemente agradecimiento, sino culpa de mis tristezas, que con las de mi patria se me aumentan, y me quitan a veces toda fuerza de la mente y de la mano.

Me invita V. a volver a México; que es tanto como invitar al hijo ausente a que vuelva al solar propio, pues ¿no sabe V. que quiero a México con tal vehemencia y ternura que no parece sino que fuera mi verdadera patria? Allí mis mejores amigos; allí, mentes clarísimas, corazones principales, deleitosos recuerdos, naturaleza arrogante y seductora, vida fantástica y mágica. Allí Vd., cuya memoria me regocija, cuyo ejemplo me da fuerzas, y cuya amistad me enorgullece.

Por tantas partes he ido hablando de Vd. Vd. habla, para mí, lengua de siglos. No sé si será Vd. ahora senador, pero pienso en Vd. siempre como si lo fuese, y no de estos ruines senadores de hoy, sino de aquellos sencillos y majestuosos de Tlaxcala. ¿Qué ha sido de su casa? ¿O qué de sus cuadros? ¿Qué de la benévola Susanita, de su arrogante hija mayor, de aquella pequeñuela de ojos resueltos y vivaces, y de sus dos excelentes hijos? La suya es casa patriarcal, y yo no he de dejar que otro hable de ella, sino que tomo empeño—para ganar honra con tributarla a quien la merece—en narrar las bondades, merecimientos y faenas del muy noble caballero indio, del discreto y venerable Felipe Chicencaulta. Ve Vd. que nada olvido.

Muy de prisa estoy ahora, por exceso de trabajo, pero aún me queda tiempo para decirle que no tengo conmigo, ni la enviaría aunque la tuviese, aquella biografía sucinta que le escribió Villaseñor; sino que, en cartas que irán detrás de esta, y en las que hagamos escribir al leal Gerardo, trataremos del modo de que yo reponga, con datos que de allá me den, y juicio que yo saque de mí, la biografía de quien con tanto exceso la tiene merecida. Escribirla será para mí un verdadero regalo.

Con el caballero Guasp, que lleva esta carta, le envío un pequeño libro de versos que acabo de publicar, como cosa privada, y no para ser dado al polvo de las calles ni a la venta—por ser todo él ofrenda a mi hijo. Es una sencillez, pero la envío con gusto—a V., a quien quiero.

Vivo placer tendría en recibir pronto respuesta suya su amigo cariñoso y agradecido, que bien quisiera, mas no puede, emprender ahora el camino de su carta.—

JOSÉ MARTÍ

Dirección
324 Classon Avenue,
[Brooklyn. L. I.]

Diario de las Américas, Miami, 20 de mayo de 1984.
Anuario del Centro de Estudios Martianos, La Habana, no. 8, 1985, p. 26 y 27.

A GABRIEL DE ZÉNDEGUI

New York, octubre 14, 1882

Mi querido Gabriel.

Robo un momento a mis quehaceres de oficina para contestar tu carta del 27 de setiembre, que recibí aquí, de manos del caballero Luis, siete días hace.—Me da gozo, porque es tuya, y me anuncia que vienes:—me sorprende, porque me hablas en ella de confidencias anteriores tuyas q. me son caras, en carta que no he recibido, pues no han llegado a mí más letras de tu mano que las de esta carta a que contesto,—y me enoja, aunque suavemente, porque me supones capaz de montar en ira porque no te haya parecido el *Ismaelillo* cosa maravillosa.—Dime que no soy bueno, o que no vivo enamorado del bien de los hombres, y me enojaré, porque sería injusticia; pero de cuanto yo escribo, dime cuanto te parezca cierto, y útil a mí, que yo sé que me quieres, y eres sincero, y me hará bien, y no me enojaré.

Apenas me alcanza el tiempo para responder brevísimamente, en tanto que recibo de ti indicación del medio de hallar la primera carta tuya,—a lo que llanamente me preguntas. —Tú sabes inglés, y acaso lo hablas: tú eres bravo y honrado. En otras cosas, sería difícil hallar aquí trabajo alguno, porque hay escasa demanda,—y esa muy ruin, y de malas manos, o de manos pobres,—de letras españolas.—Y te hablo como quien ha observado serenamente desde afuera, porque no me ha parecido nunca prudente ni eficaz ponerme en esta tierra a profesar de letrado castellano.—Pero en cualquiera de las múltiples y socorridas ramas de comercio que aquí privan, en cualquiera buena oficina de N. York,—puede hallarse sin gran dificultad, sometiéndose a las condiciones de trabajo de la ciudad, de que no ha de huir un fuerte como tú,—un destino que produzca lo que tú deseas:—sobre todo, si el que lo busca, puede, como tú, esperar algún tiempo para hallarlo.—Vendrás, y te dirán nuestros co-colonos que es cosa imposible. Obra por tu cuenta: responde los anuncios que en busca de empleados que hablen inglés y español publican frecuentemente en los diarios de comercio buenas casas americanas; ve si por medio de Valiente puedes hallar puesto,—lo que, aunque más grato, es más difícil—en alguna de las casas de nuestra raza que hay en no escaso número—en N. York.—Acaso en 2 meses no se te presente una colocación como la que deseas, aunque creo que se te presentaría: acaso desde los primeros días se te presente.

Esta labor de que te hablo, única que creo aquí fácil de hallar, y libre de sustos y miserias, es labor casi mecánica, o totalmente mecánica, y más de escribiente que de escritor,—y exige salir de casa por las mañanitas de frío con el calor de las sábanas, y entrar en casa ya bien arropado en los velos de la noche.—Pero el alma vive en paz, y los ojos no ven más ignominias que las comunes humanas.—

Bien puede ser que me engañe, pero te digo lo que he visto, y aprendido por mi propia experiencia.

Me empeño, Gabriel, en que me digas con qué dirección me enviaste tu 1ª carta, y cómo puedo hallarla;—en que me preguntes cuanto pueda serte útil,—y en que vuelvas a decirte lisamente lo que hayas pensado de *Ismaelillo*.—De mis imaginaciones, culpable es quien me las pone ante los ojos:—pero de mi modo de vaciarlas en el papel, yo soy culpable.—

Vivo placer tendrá en verte, y en recibir más noticias tuyas, tu amigo

J. Martí

Te mando esta carta a *El Triunfo*—porque tu 2da. carta, única q. he recibido, no me da tu dirección y no tengo tpo. de ver al Dr. Luis—

Mi dirección:
Manuel Mantilla
324 Classon Aven.
Brooklyn
L. I.—

[Fotocopia en CEM]

A GABRIEL DE ZÉNDEGUI

New York, 21 octubre [1882]

Mi querido Gabriel.—

Aprovecho el primer día de reposo que he tenido este mes para escribirte. No quiero que quien fía en mí, haya de perder su confianza. Ni, puesto que te quiero, puedo ser perezoso en aquello en que te va tanto.

Aunque te escribí la semana pasada a vuela pluma; creo que por eso mismo te dije mejor lo que sería ya innecesario volver a decirte. Dirigí aquella carta a *El Triunfo*,—y allí ha de estar si no está ya en tus manos.

Lo que te interesa es saber si puedes hallar en N. York medio de vivir. A mi juicio, esto depende solo de cosas que supongo que dominas:—la lengua de la tierra, y tu voluntad,—porque sin aquella es punto menos que imposible lograr aquí modos de vida, a no venir a invertir caudal en negocios con otros países,—y la voluntad es necesaria, para entrar con toda ella en esta vida de rebaño que hacen aquí los trabajadores de ciudad: —solo que es un rebaño de reyes.

No quiero decir en modo alguno que te sea necesario el dominio absoluto de la lengua para poder hallar colocación:—porque yo no la domino por cierto de ese modo, y aunque la escribo sin tropiezo, la hablo cómicamente;—y he hallado comprador para mi trabajo. —En una casa inteligente, bastaría con que entendieses lo que te hablasen, y con que te entendiesen ellos a ti,—porque nuestra rapidez y perspicacia en el trabajo, que exceden, por sobre todo lo que piensen los ultraaguilistas, a las de las gentes de la tierra, compensarían tu conocimiento imperfecto de la práctica del lenguaje, sin contar con que aquí son muy estimados los dependientes que hablan español y francés.—Y te digo todo esto, por mera prudencia, porque yo sé que tú eres buen anglósofo, y nada has de hallar aquí de nuevo.—Ni te arredren los quehaceres de comercio, que son tan rutinarios y mezquinos,—que para un ojo penetrante, verlos es ser maestro en ellos.—

Te digo adiós, para tener tiempo de responder algunas otras cartas.—Cuando vengas, trae las manos llenas de papeles de Cuba.—No hallo dónde leer *El Almendares*, que me tiene muy agradecido, por haber republicado no sé qué cosa mía, y del que no he logrado ver un solo número.—Dime cómo hallaré tu primera carta, p[a] decirte cuanto en ella me preguntas; regaña a Agustín, porque no me ha querido hacer mi sortija de hierro, que es la única que ajustará bien a mi dedo, saluda a Federico García, y cree que te quiere

J. MARTÍ

[Fotocopia en CEM]

A BARTOLOMÉ MITRE VEDIA

New York 19 diciembre [1882]

Sr. Bartolomé Mitre Vedia

Señor y amigo.

Contesto ahora, en medio de verdaderas premuras su carta, solo en lo cuerda igual a lo generosa, de 26 de setiembre último. Me pareció un rayo de mi propio sol, y palabra del alma;—ni me parece ahora que escribo a amistad nueva, sino a amigo antiguo, de corazón caliente y mente alta. No hay bien como el de estimar,—y acaso sea este hoy mi único placer: Queda, pues, dicho que leí con verdadero gozo sus observaciones acerca de la naturaleza de las cartas en que su buena voluntad permite que me empeñe, y que el gozo fue tanto porque vi mis pensamientos en los suyos, cuanto porque penetró V. en los míos. No hay cosa que yo abomine tanto como la pasión. Cierto que no me parece que sea buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y desasosegado de la fortuna material que malogra aquí, o—pule solo de un lado, las gentes,—y les da a la par aires de colosos y de niños. Cierto que en un cúmulo de pensadores avariciosos hierven ansias que no son para agradar, ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes, y más generosamente inquietas de nuestra América. Cierto que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultraaguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador, entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado, ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas.—Ni ante espectáculos magníficos, y contrapeso saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano—aquí mismo a veces—aletargado,—cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor leal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo, en que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición, una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos,—urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de los hombres.—

Siendo esa mi manera de pensar, bien hizo V., pues, en mermar de mi primera carta, —por cuya publicación y afectuoso anuncio le quedo agradecido,—lo que pudiera darle —por ser primera e ir descosida de otras, aire de prevenida y acometedora. Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer

los artículos de diario como si fueran libros,—por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí. Y esto creo que se lo dije en carta, al enviarle mi correspondencia, a nuestro amigo benevolentísimo el Sr. Carranza, y le rogué que pidiera a V. perdón por ello.—Ahora ya sé que ando entre gentes de alma noble, y que me siento a buen festín, y no tengo sino dejar salir el alma, en la que tengo fe.—Y fío en que la he de hacer sentir, por cariñosa y por humilde.—No me parecen definitivas sino las conquistas de la mansedumbre.

Me dice V. que me deja en libertad para censurar lo que, al escribir sobre las cosas de esta tierra, halle la pluma digno de censuras.—Y esta es para mí la faena más penosa. Para mí, la crítica no ha sido nunca más que el mero ejercicio del criterio. Cuando escribía juicios de dramas, callar sobre los malos era mi única manera de decir que lo eran.—Puesto que el aplauso es la forma de la aprobación, me parece que el silencio es forma de desaprobación sobrada. No tema V. la abundancia de mis censuras, que se desvanecen delante de mi pluma, como los diablos delante de la cruz. Yo sé que es flaqueza mía; pero no puedo remediarlo. Suelo ser caluroso en la alabanza, y no hay cosa que me guste como tener que alabar;—pero en las censuras, de puro sobrio, peco por nulo. Cuando haya cosas censurables, ellas se censurarán por sí mismas;—que yo no haré en mis cartas—pues va dicho sin decirlo que acepto el honor de escribirlas pª. *La Nación*,—sino presentar las cosas como sean, que es sistema cuerdo de quien, por no ser de la tierra, tiene miedo de pensar desacertadamente, o amar demasiado, o demasiado poco. Mi método para las cartas de New York que durante un año he venido escribiendo, hasta tres meses hace que cesé en ellas, ha sido poner los ojos limpios de prejuicios en todos los campos, y el oído a los diversos vientos, y luego, de bien henchido el juicio de pareceres distintos e impresiones, dejarlos hervir, y dar de sí la esencia;—cuidando no adelantar juicio enemigo sin que haya sido antes pronunciado por boca de la tierra,—porque no parezca mi boca temeraria;—y de no adelantar suposición que los diarios, debates del Congreso, y conversaciones corrientes no hayan de antemano adelantado. De mí, no pongo más que mi amor a la expansión—y mi horror al encarcelamiento—del espíritu humano. Sobre este eje, todo aquello gira.—¿No le place esta manera de zurcir mis cartas?—Ya las verá sinceras,—con lo que V.—que lo es tanto—no me las tendrá a mal.—

Dicho ya, tan a la ligera que va a parecerle acaso violento y confuso, mi modo general de ver;—y puesta por delante mi alegría de hallar a tanta distancia un corazón vecino;—le pediré perdón por no haber aprovechado el correo anterior para responder su carta, y por no comenzar con mi correspondencia hoy la serie definitiva de las mías para el periódico.—Pero después de dos años de no ver a mi mujer e hijo, me han venido en estos mismos días, en medio de este crudísimo diciembre, a alegrar mi casita recién

hecha, que es toda de V.—Y primero las ansias de aguardarlos, y los miedos de que no viniesen, y luego las faenas del establecimiento, y las enfermedades de aclimatación—me han quitado el sosiego de espíritu y claridad de mente necesarios para escribir con honradez y serenidad cosas que han de leer gentes sensatas. No lo achaque, por Dios, a informalidades de gentes letradas, que en esto no fui nunca, ni quiero yo ser, gente de letras.—Sino a calor del espíritu, que me deja sin fuerzas para obras menores cuando me lo solicita y concentra todo obra mayor. Ahora mismo le escribo, sin papel apenas en que dejar caer estos renglones, y muy entrada ya la noche fría, fatigado de un día muy laborioso, de todo lo cual le pido excusa.—Pero ya con buena parte de los míos a mi lado, y calmado el afán de verlos venir, me doy sin tardanza a mi nueva sabrosa tarea.—Y cada mes, como Vds. bondadosamente me lo piden, comenzando por el próximo de enero, y por el vapor directo, o el primero que en el mes salga,—le enviaré en mi carta noticia, que procuraré hacer varia, honda y animada, de cuanto de importante por su carácter general, o especialmente interesante para su país, sucede en este. Lo pintoresco aligerará lo grave; y lo literario—alegrará lo político. Cuando hablo de literatura, no hablo de alardear de imaginación, ni de literatura mía, sino de dar cuenta fiel de los productos de la ajena. Aunque ya han muerto Emerson y Longfellow, y Whittier y Holmes están para morir. De prosistas, hay muchedumbre, pero ninguno hereda a Motley. Hay un joven novelista que se afrancesa, Henry James. Pero queda un grandísimo poeta rebelde, y pujante, Walt Whitman, y apunta un crítico bueno, Clarence Stedman.—Esta noticia se me ha salido de la pluma, como a un buen gustador se va derechamente, y como por instinto, una golosina.

Réstame solo, por ser, contra mi voluntad, tiempo de poner punto a esta carta, darme los parabienes de haber hallado en mi camino a un caballero bueno de las letras, que de fijo lo es bueno en todas las cosas de la vida. Escribiré para *La Nación*—fuera de todos los respetos y discreciones necesarias en quien sale al público—como si escribiera a mi propia familia. No hay tormento mayor que escribir contra el alma, o sin ella.—Por la generosa,—y bien sé cuán valiosa hospitalidad que en *La Nación* venerable me brinda,—tengo las manos llenas de gracias. La estimo vivamente, y haré por pagarla.—¡Ojalá sienta Vd. en esta carta el cariño y efusión con que se la escribe su amigo y servidor afectuoso

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A CARMEN ZAYAS BAZAN

[Fragmento]

[Nueva York, 1882]

[...] Si estallan las persecuciones que el partido español, asustado en La Habana de los [...] de los autonomistas inicia sin embozo; y, ¿quién devolverá a mi [...] vida o la libertad que puedo perder? ¿quién amparará a mi hijo y a mis padres [...] ¿quién si salgo en salvo, me reparará de los años empleados en una tarea sin fruto, quebrada al comenzar? ¿quién habrá de negarme que esas cosas pueden suceder? ¿quién librarme de los males que me vengan a suceder? ¿quién podrá garantizarme que no sucederá? No hay garantía posible, y yo no debo sin ella emprender viaje semejante. ¿No es más probable que suceda eso, que deje de suceder? Pues siendo mayor, o siendo igual, o siendo simplemente alguna la probabilidad de que suceda; yo no debo exponerme a males que no tienen remedio, contra la posibilidad de que no sucedan, dejando una situación cuyos males son todos remediables.—No hay en mí una duda; un solo instante de vacilación. Amo a mi tierra intensamente. Si fuera dueño de mi fortuna, lo intentaría todo por su beneficio: lo intentaría todo. Mas, no soy dueño, y apago todo sol, y quiebro el ala a toda águila. Cuando te miro y me miro, y veo por qué terribles penas ahogo, y qué vivas penas sufres, me das tristeza. ---Hoy, sobre el dolor de ver perdida para siempre la almohada en que pensé que podría reclinar mi cabeza; tengo el dolor inmenso de amar con locura a una tierra a la que no puedo ya volver. Me dices que vaya; si por morir al llegar, daría alegre la vida! --No tengo, pues, que violentarme para ir; sino para no ir. Si lo entiendes, está bien. Si no ¿qué he de hacer yo?—Que no lo estimas, ya lo sé.—Pero no he de cometer la injusticia de pedirte que estimes una grandeza meramente espiritual, secreta e improductiva.---

[Manuscrito en CEM. Escrito al dorso de los fragmentos de un poema]

A LEONOR PÉREZ CABRERA

[Fragmento]

[Nueva York, agosto-diciembre de 1882.]

La suerte me escatima mucho sus recompensas.—O hay un plan de justicia universal, que solo se equilibra al final de los mundos, por lo que resulta justo lo que aparece injusto en este,—o la vida humana es la obra de un loco maligno, lo que no es posible que sea cosa tan augusta y maravillosa, tan rica en goces puros y en dolores profundos.—Porque si la justicia se limitara a la vida en la tierra, habría razón para creer, a juzgar por la parte de premios que me toca, que yo soy un gran malvado.—

[Ms. en CEM]

A HEBERTO RODRÍGUEZ

[Fragmentos]

[Nueva York, posterior a agosto de 1882.]

—«De no poder decir en ellas cuanto quiero, viene mi costumbre de no escribir cartas. Escribir, es clavar águilas: ¡Es tan hermoso engendrarlas, y verlas volar!—Lo mejor que escribe un poeta, es todo aquello que no escribe.»—

—«Es el combate de la frente limpia contra las manos que la manchan. Ellas, a oscurecérmela; yo, a quebrarlas.»—

—«Y mi misma situación de emigrado: que pueden llegar a ser tenidos como menguados modos de medro las más grandes virtudes.»—

—«Vea V. que de alguno han de recibir fuerzas los hombres que vierten todas las suyas en beneficio de los otros.»—

[Ms. en CEM]

A AMELIA MARTÍ PÉREZ

[Nueva York] Feb. 28 [1883]

Mi muy querida Amelia.

Tú no me lo querrás creer, por estos odios míos, siempre crecientes, a poner en el papel las cosas íntimas del alma; pero el día en que supe tus bodas, como te creí dichosa, me sentí de fiesta. Hice visitas, canté un poco, y hablé algo más de ordinario.—Porque me estoy volviendo silencioso.—Tu marido me parece noble persona, y me inspira confianza.—Y tú tienes tantas y tan sólidas virtudes, y has salido de tal escuela de abnegación, y recibiste de la naturaleza tales prendas de calor de corazón y de bondad que, de seguro,—cualesquiera que sean tus dolores naturales,—serás dichosa.—Hacerte sufrir, sería como estrujar con manos brutales un lirio.—Serás dichosa, porque [para] serlo es solo necesario—aun en medio de las tormentas más recias de la fortuna—sentirse amado, encalorado, acompañado, bien cuidado, bien envuelto por alguien.—Pero este bien no se tiene sino ocasionando otro semejante.—Nadie se dará jamás—sino a quien se dé a él.—E irresistiblemente, cuando una criatura se siente con la dulce dueñez de otra, se vuelve a ella, como cordero a su madre, cuando llueve o nieva,—y se refugia en ella.—Tú eres abierta, sincera, caliente de corazón, caritativa, pura, generosa.—Quien no lo es, —es odioso, cualesquiera que sean sus galas de inteligencia o de hermosura.—Y si la falta de todas esas buenas cualidades es lamentable en el hombre,—en la mujer, que creemos urna y hogar natural de ellas, es abominable.—Pero así como el alma se aparta con disgusto de los de corazón frío, y mente calculadora y reservada, así se entrega con júbilo y sin rebozo a los de espíritu sencillo y ardiente, mano acariciadora, y pensamiento abierto. Es ley natural infalible que los que esto dan,—esto tengan;—y que los que esto no dan, no tengan esto.—Sé que tu marido te estima, y que tú eres como la luz del sol, que mientras más se la goza, se la gusta más.—Pero esas dotes de alma en que tú abundas pueden tanto, que aunque te tuviera algún día en menos de lo que tú vales, volvería a ti de nuevo, afligido de lo que hubiese visto, y más enamorado después de la experiencia del contraste, de tu alma luminosa y serena.—No puedo hacerte, en mis grandes pobrezas, regalo mejor que esta profecía en tu mes de bodas. De mamá he de hablarte ahora.—Meses hace que tengo ya pensado, y dicho, lo que intento hacer. Papá vendrá a mi lado, como imagino que él lo desea, apenas cedan los fríos, que será para mayo, o para fines de abril.—Anoche puse fin a la traducción de un libro de Lógica, que me ha parecido—a pesar de tener yo por maravillosamente inútiles tantas reglas pueriles—preciosísimo libro, puesto que con el producto de su traducción puedo traer a mi padre a mi lado. Papá es, sencillamente, un hombre admirable. Fue honrado, cuando ya nadie lo es. Y ha llevado la honradez en la médula, como lleva el perfume una flor, y la dureza una roca.

Ha sido más que honrado: ha sido casto.—Sangre invisible, me ha caído dentro del alma a torrentes. En mí hay una especie de asesinado, y no diré yo quién sea el asesino. Pero nada me ha hecho verter tanta sangre como las imágenes dolientes de mis padres y mi casa.—Ahora, ya engrueso. Ustedes reposan. Nadie más que yo trabaja. Papá puede venir a descansar. Me aflige solo que mamá tenga que vivir en casa extraña. Desde el mes de abril recibirá, mes por mes, 20 o 25 oro. Este, no le puedo mandar más que 10, que acaso vayan, si no hallo otro modo más seguro, dentro de esta misma carta, en un billete americano, que tu buen José me hará el favor de cambiar para mamá.—Dos razones hay que me impiden pensar,—como de otro modo hubiera sin vacilación resuelto,—que mamá y Antonia viniesen también a mi lado. La más importante es—que traer acá a Antonia, que es ahora rosal en flor, sería como encarcelarla en un castillo de nieve. Y mamá, a poco, suspiraría con razón por volver a la tierra donde están sus hijas, y sus amigas, y cuanto halaga y mantiene vivo el corazón, que aquí—solo de fuerza heroica si es mozo, o de haber resuelto ya, por matrimonio o por haber vivido bastante, los problemas de la existencia,—queda vivo.

Ya no tengo un momento. Si he de escribir una línea a Carmen, no puedo contestar hoy a José. Esta carta es ya para él y el sábado le escribiré la suya.—

Tú me pides muchas cartas, tú—feliz—escríbeme sin cesar, y oblígame a ellas.—
Y no me mires como a hermano alejado, sino como a parte de tu mismo cuerpo.—

J. MARTÍ

Yo tengo en la oficina las señas [de] Carmen: haz llegar a ella carta.

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

New York 30 agto. 1883

Mi hermano muy querido:

¡Que le escriba me dice, cuando no hay cosa más triste que escribirle!: pues me recuerda que no le tengo, cuando más bien me haría tenerlo!—

Desde ayer, que me trajo su carta el Sr. Flores, hasta esta mañana del 30, en que viene a buscar mi respuesta,—apenas he tenido tiempo para acostarme fatigado; y levantarme azorado con el cajista a la puerta; y los cincos y sietes ya dispuestos, esperando mi pluma. Entre ellos le escribo, como entre carceleros; el cinco, regañón; silencioso el siete y huraño.—Ni lea lo que le mando,—un prólogo y unos números de *La América*—que son raquíticos y deformes los hijos de cárcel.—

Si V. me preguntara qué deseo, le diría, con el fuego de un deseo vivamente acariciado, siempre mal contenido: ir a verlo; respirar—como solía en aquella atmósfera discreta, reposada y generosa; sentarme a sus manteles siempre blancos. Toda su casa de V. es almohada y yo vivo sin sueño ni descanso. El cielo de su tierra, y el de sus almas, me hace falta. Vea V. en esos mismos rasgos sueltos, y párrafos incompletos y precipitados de *La América*, con qué frecuencia se me sale, envuelto siempre en caricias, el nombre de México de los labios.—Pero no puedo ir,—a menos que no urda yo un plan tamaño, que acaso no fuera descabellado. Pero me parece que cometo un pecado o que echo una mancha, cuando intento hablarle de negocios en mis cartas. Ya sabe que por tener un negocio de que hablarle, que murió de no dicho, estuve sin escribirle un año.—Yo muero en sayón pardo:—pero ¡cómo quisiera, como quien abre las alas, sacarlas de esta bruma, y posarme en su casa!—

Sí estuvo aquí Peón, y ya se fue: en *Las Novedades* que le envío verá como lo tuve a mi lado, y le hice escribir versos, en un banquete. Él venía a quedarse, de lo que yo me espanté, y contra lo que abrí campaña, en que sus deseos, negocios privados, y celo de sus amigos de Yucatán me ayudaron.—Dejó detrás de sí un lindo libro que le imprimen, y sobre el cual me he obligado a escribir:—*Ecos*, un buen libro de versos.—Peón es como las olas: por donde pasa, con él pasan rumores y espumas.—Conmigo, un hombre negro: con que no me digo yo que sea feliz, que no puede ser. Mi única ventura, y lo preví desde niño, está en que unas cuantas almas nobles me conozcan y quieran,—y en dar a la tierra lo que le traje, y no he podido darle todavía,—por lo que me miro con encono y disgusto, como si fuera yo un grandísimo malvado.—

Carmen no está ahora enteramente bien, aunque no enferma de cosa mayor. Papá alegra mi vida, de verlo sano de alma, y puro, y al fin en reposo. Mi hijo, turbulento y brillante, es una criatura principal.—Ya le enseño a que lo quiera, y ayer me dijo: «¿Esa

es carta de tu Mercado?»—Mida V. por eso lo que oye, y entre firma y firma de altos negocios, deje correr la pluma para mí, que bálsamos mejores, no los tiene mi alma.

En un libro de versos torvos, que no sé si sacaré a luz, anda este:

Muero de soledad, de amor me muero.

Escríbame siempre, que cuando leo sus cartas, me parece que me quejo sin razón, y que todavía puedo vivir, y me fortifico.—

No me ha querido mandar ningún esbozo de Ocaranza para mi cuartel de invierno:—¡bien pudiera, con estos que van y que vienen, y lo quieren a V. tanto: ni olvide aquel retrato de Ana!—

Ya acabo, por que no lo regañe el Ministro. Sí recibí, muy pocos días hace, con júbilo, y como tardía respuesta a más de una mía, su carta a Brooklyn.—Un modo hay de que las cartas no se demoren ni se pierdan: diríjamelas a la oficina:

c/o Carranza & Co.
P.O.B. 1717
N. York.

Acabo, de miedo de que no acabaría.—Bese la mano a Lola, y a su mayor, de quien quisiera ver retrato; y a sus niñas, que parecían ya cuando dejé de verlas, damas de honor de reina honrada.

Dé las gracias a *La República*, que se acuerda de mí. Ese «Peter Cooper» fue una mísera correspondencia mía, escrita de pie, para *La Nación* de Buenos Aires, donde empiezan a quererme.—

Dígame, dígame muy a menudo que no me olvida, y estrécheme contra su corazón. El mío le mando.

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A JOSÉ ARTURO CUYÁS

NY 6 de setbre [de 1883]

José Arturo Cuyás
Muy Sr. mío.—

Se me dice que en un número del El *Diario de la Marina* del mes de agosto, *Kalendas* —con cuyo pseudónimo es notorio que escribe V. cartas para el *Diario*,—asienta respecto a mí—con ligereza y familiaridad singulares—una inexactitud.—

Las diferencias políticas no dan derecho, entre hombres corteses y leales, a la invención, o admisión indiscreta, y publicación voluntaria, de noticias falsas.

Ruego a V., con lo que no atento a su pleno derecho de juzgar mis actos públicos, cuando existan, de un modo público—que no afirme en lo sucesivo respecto de mí aquello que, como lo que hace a mi conexión con un periódico nuevo de esta ciudad, es inexacto.

Es de V. servidor

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

N. Y. 9 de febrero 1884

Sr. Manuel Mercado.—
Mi hermano muy querido:

Yo no tengo que presentarle ya al Sr. D. Carlos Carranza: le he hablado antes de él, y sé que solo espera verlo para servirlo.—Él sabe que Vd. es—amén de hombre de pro y respeto en cosas públicas,—el mexicano más discreto y benevolente:—y V. sabe por mí, y ya lo estará viendo por él, que Carranza es un ejemplo singular de cómo pueden conservarse, en medio de las artes del comercio y los malos consejos de la buena fortuna, el ingenio, el frescor de corazón y la hidalguía.—

Quiero que, si él lo necesita, lo lleve V. de la mano muy cariñosamente, lo ponga en camino de saber lo que desee, y le haga conocer a cuantas personas crea Vd. que puedan serle agradables o útiles.—Carranza va a México más de paseo que de negocio; pero si algún negocio le ocurriese, le afirmo—por lo que sé de los suyos en que trabajo—que no hay hombre de comercio más escrupuloso y fidedigno, a punto que a veces raya en increíble.

Vea a Carranza como si me viese; tómelo del brazo; llévelo a saludar en mi nombre a Lola; y permita que confíe en Vd. como en su mejor amigo en México.—

Eso, Vd. tendrá placer en hacerlo;—el caballero que le envío, en estimárselo;—y yo, en agradecérselo.—

Me debe cartas.

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, 9 de febrero de 1884]

Mi hermano muy querido

Creí tener un instante esta mañana para escribirle: su cariñoso mensajero ha llegado antes que mi libertad, y solo para dar fe de mí, para rogarle que me atienda y quiera al caballero Carranza, y para entablarle querella porque me tiene olvidado—me salgo un momento de mis cuentas de venta y cartas de oficina.

Le envío, por si no se lo he mandado antes, un prologuillo para un ensayo modesto de una buena persona—y el último número de *La América*. De *La América* voy a tener que hablarle—a ver si puedo hacer de ella lo que deseo.

¿En quién cree V. que pienso muy a menudo? En Manuel, su mayor, que me sedujo siempre por su ternura y cortesía.—Y en toda su casa, artística y dichosa.

No me quiere mandar un cuadrito de Ocaranza.—Y está triste y vacío el lugar que le guardo.

Y hasta que no lo vea, y bese la mano a Lola, no estará contento su hermano, que de todo su bien goza.

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A Adelaida Baralt

Ayer, linda Adelaida, en la pluviosa
Mañana, vi brillar un soberano
Árbol de luz en flor,—¡ay! un cubano
Floral,—nave perdida en mar brumosa.

Y en sus ramas posé, como se posa,
Loco de luz y hambriento de verano,
Un viejo colibrí, sin pluma y cano
Sobre la rama de un jazmín en rosa.

¡Mas parto, el ala triste! cruzo el río,
y hallo a mi padre audaz, nata y espejo
de ancianos de valor, enfermo y frío

De nostalgia y de lluvia: ¿cómo dejo
Por dar, linda Adelaida, fuego al mío,
Sin fuego y solo el corazón del viejo?

[Nueva York, ¿enero-marzo?] 1884.

[OC, t. 16, p. 347]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, entre el 9 de febrero y agosto de 1884]

Mi hermano queridísimo:

Me toma de improviso, entre faenas que me traen sordamente colérico por lo estériles, la visita de su atento enviado. Lo tomaría del brazo, y me iría a verlo, y a contarle a Vd., como a nadie más en el mundo le contaría, todo lo que para decirle me rebosa.—

Y tengo cosa importante que decirle, aunque no para V., porque entonces ya se lo diría; pero no es para escrita tan de prisa.—Es que ya me voy quedando calvo, y tengo miedo de salir de la vida sin haber tenido ocasión de cumplir mi deber.—Porque no es racional que el que tiene fuerzas para llevar a la espalda un quintal, sea empleado en sacar agua, con un balde sin fondo, de un pozo vacío.—Así anda mi cerebro, entre estos quehacercillos de comercio.—Hemos de enderezarlo.

Esta vez no le prometo en vano carta por el ferrocarril: ¡si me fuera dado un mes de libertad!

Aquí acabo, porque lo único que quiero es darle fe de mí,—y abrazarlo, con cariño cada día más vivo.—Y a todo lo suyo.

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, antes del 13 de noviembre de 1884]

Mi hermano muy querido:

Nada más que para saludarlo le escribo, aprovechando la salida de su buen mensajero, que viene a verme y se va hoy.—Apenas puedo, como el duque español, mover el pensamiento ni la pluma:—acabo de tomar, so pretexto de que la excitación del dolor me haría demasiado daño, ese «gas de reír» para sacar muelas, que me ha dejado trastornado. Pero el pensar en lo que me quiere, y el placer de decirle cómo se lo pago, me vuelve en mí.

¿Cuándo podré ir a verlo? Invénteme una razón de viaje.—Y bese la mano a Lola.

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, antes de agosto de 1884]

Mi hermano muy querido.

Aquí han estado sus fieles mensajeros, y si ellos no pasan hoy a recoger esta carta, iré yo a llevársela; porque de todo lo que me consuela y alienta, poco llega tanto a mi alma, y es en ella más tiernamente agradecido que el cariño de V.—¿Quién le dice que para este correo tenía una cosa, para mí importantísima, que decirle, y al fin y al cabo, como siempre, por repugnancia a hablar de mí y ocuparme en lo que pueda traerme bienestar,—o por falta real de tiempo, no se lo digo? Ya hablaremos de eso en la carta próxima.—Es que quiero ver cómo me devuelvo a mí mismo, y me pongo en condiciones de trabajar en labores más útiles y decorosas que estas en que ahora ando.—Pues, puesto que he traído cariño en el pecho, es para vaciarlo. Y si no lo hago, falto a mi deber hacia los demás, que es mayor que mi deber hacia mí.—Ya verá como le doy ocasión de que me ayude, y me salve de estos bochornos que por lo estéril de mi vida, paso ahora ante mí mismo.—

Vd., en venganza, no ha tenido una letra para mí:—pero V. vive donde todo convida a escribir, y a querer, y a decirlo:—y yo, sobre vivir lleno de espantos interiores, que, si estuviéramos cerca, le contaría,—estoy donde todo, a nosotros los de alma ardorosa, convida al silencio, al decaimiento y a la muerte. Esos míseros retazos de periódicos que ve V. que celebran, ni son más que migajas de mi alma, ni me pesan menos, cuando los tengo que sacar de mí, que su piedra a Sísifo.—Está vedado hablar de sí.—

Y ¿Lola, con sus ojos árabes? Y toda su brillantísima caterva? ¿Y aquella mesa de familia blanca y amable, que nos esperaba siempre toda acicalada, y dispuesta con cariño piadoso?—Vd. es de aquellos que, aun en los más desconfiados, mantienen vivo el amor a los hombres:—Vd. y cuanto le rodea.—

Adiós ahora: y salude a su Manuel.—

Su hermano

JOSÉ MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York, de antes del 13 de noviembre de 1884]

Mi amigo muy querido:

Unas líneas de enfermo: pero viene el puntual mensajero que me trae sus memorias, y ya me siento mejor. Ahora sí que, por fin, voy a tener que escribirle de cosas mías, para que V., urgentemente, me las haga como propias. Y será pronto; pero no hoy.—Vamos a ver cómo, trabajando en un plan que tengo concebido, me ayuda V. a vivir con aquella entereza acabada sin la cual me sería bochornosa la existencia, y con un poco más de libertad, y por tanto decoro y fecundidad, de espíritu, que la que en estos últimos años he gozado.—

Para líneas, ya van largas: sobre todo cuando burla burlando, y sin q. V. se dé cuenta de ello, va ya para meses que no veo letra suya.—Ni me quiere V. mandar, para devolvérselos, los de México.—

Bese la mano a Lola, y a toda su casa de árabes. Y quiérame.—

Su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL DE JESÚS GALVÁN

Nueva York, 19 de septiembre, 1884

Sr. Manuel de J. Galván
Señor y amigo:

Acabo en este momento de leer su *Enriquillo*. No supe decirle adiós desde que trabé con él conocimiento, y quedamos tan amigos, que se lo he de ir presentando a todo el mundo, para que me lo alaben y protejan, como si fuese cosa mía; lo cual es, por ser como será en cuanto se le conozca, cosa de toda nuestra América.

Pienso publicar los méritos del libro; pero no aguardo a esto para decir a Ud. cuánto gozo he tenido con su lectura. Leyenda histórica no es eso, sino novísima y encantadora manera de escribir nuestra historia americana. En el lenguaje, ¡qué castidad, prudencia y donosura! En las observaciones que esmaltan, como diamantes negros una sortija de oro, la narración amena, ¡qué dolorosa ciencia, aprendida, bien se ve, en continuados pesares! En la presentación de los caracteres, ¡qué maestría, gradación, justeza, acabamiento! ¿Cómo ha hecho Ud. para reunir en un solo libro novela, poema e historia?

No haga Vd. otra cosa, luego que concluya su tratado, que escribir cuentos como este, en que las excelencias son tantas como las palabras, la trascendencia igual a la armonía, y la moderación comparable solo a la extrema belleza, y causa en mucho de ella.

¡Qué Enriquillo, que parece un Jesús! ¡Qué Mencía, casada más perfecta que la de fray Luis!

Y en todo, ¡qué poder y hermosura!; ¡qué transparencia en las escenas!; ¡qué profundidad en la intención!; ¡qué arte en todo el conjunto, que baja al idilio cuando es menester, y se levanta luego sin esfuerzo, y como a esfera natural, a la tragedia y la epopeya! Acaso sea esa la manera de escribir el poema americano.

Muy contento de haber hecho el conocimiento de Ud., que con prenda de tan señalada valía ha enriquecido nuestras letras, le saluda y queda a su servicio.

Su estimador y atento amigo

JOSÉ MARTÍ

OC, t. 7, p. 299 y 300.

A CARLOS FARINI

New York, 10 de octubre de 1884.

Sr. Carlos Farini,
Secretario Encargado de la Legación del Uruguay
Pte.

Señor y amigo—:

Vengo a dejar en manos de Vd., en quien recae naturalmente, el cargo de Cónsul General Interino de la República del Uruguay con que, haciéndome positiva honra, quiso distinguirme, al ausentarse por algunos meses de esta ciudad, mi amigo el Sr. Don Enrique Ma. Estrázulas.

Traído a este país por las revueltas políticas que la lucha por la independencia ha causado en la Isla de Cuba, mi patria, pude aceptar con agradecimiento y regocijo el Consulado Interino de una noble República, cuando no había razón para que con ninguno de mis actos personales la comprometiese:—hoy, que renacen las esperanzas de mi país y empiezo a alentarlas públicamente, daría mala prueba de mi cariño por el Uruguay exponiéndolo, con mi participación señalada en los asuntos de mi tierra, a un altercado desagradable con la Nación que hoy nos gobierna, y es su amiga.—

No sin dolor dejaré de ver frente a mi mesa de escribir el pabellón azul y blanco; pero hoy, el único modo que tengo de servirlo es abandonarlo.

Con la certidumbre de que queda en manos cuidadosas, me suscribo de Vd.
At. y afmo, servidor.

JOSÉ MARTÍ

[Fotocopia en CEM]

AL GENERAL MÁXIMO GOMEZ

Sr. Gral. Máximo Gómez
N. Y.

Distinguido General y amigo:

Salí en la mañana del sábado de la casa de Vd. con una impresión tan penosa, que he querido dejarla reposar dos días, para que la resolución que ella, unida a otras anteriores, me inspirase, no fuera resultado de una ofuscación pasajera, o excesivo celo en la defensa de cosas que no quisiera ver yo jamás atacadas,—sino obra de meditación madura:—¡qué pena me da tener que decir estas cosas a un hombre a quien creo sincero y bueno, y en quien existen cualidades notables para llegar a ser verdaderamente grande!—Pero hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que Vd. pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente: y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, embellecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo.

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento:—y cuando en los trabajos preparatorios de una revolución más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia, sino la intención, bruscamente expresada a cada paso, o mal disimulada, de hacer servir todos los recursos de fe y de guerra que levante este espíritu a los propósitos cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se presentan a capitanear la guerra, ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos, General?: ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo para enseñorearse después de él? ¿La fama que ganaron Vds. en una empresa, la fama de valor, lealtad y prudencia, van a perderla en otra?—Si la guerra es posible, y los nobles y legítimos prestigios que vienen de ella, es porque antes existe, trabajado con mucho dolor, el espíritu que la reclama y hace necesaria:—y a ese espíritu hay que atender, y a ese espíritu hay que mostrar, en todo acto público y privado, el más profundo respeto;—porque tal como es admirable el que da su vida por servir a una gran idea, es abominable el que se vale de una gran idea para servir a sus esperanzas personales de gloria o de

poder, aunque por ellas exponga la vida.—El dar la vida solo constituye un derecho cuando se la da desinteresadamente.

Ya lo veo a Vd. afligido, porque entiendo que Vd. procede de buena fe en todo lo que emprende, y cree de veras que lo que hace, como que se siente inspirado de un motivo puro, es el único modo bueno de hacer que hay en sus empresas. Pero con la mayor sinceridad se pueden cometer los más grandes errores; y es preciso que, a despecho de toda consideración de orden secundario, la verdad adusta, que no debe conocer amigos, salga al paso de todo lo que considere un peligro, y ponga en su puesto las cosas graves, antes de que lleven ya un camino tan adelantado que no tengan remedio.—Domine Vd., Gral., esta pena, como dominé yo el sábado el asombro y disgusto con que oí un inoportuno arranque de Vd., y una curiosa conversación que provocó a propósito de él el Gral. Maceo, en la que quiso—¡locura mayor!—darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Vd., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegamente en sus manos.—No: no por Dios!:—¡pretender sofocar el pensamiento, aun antes de verse, como se verán Vds. mañana, al frente de un pueblo entusiasmado y agradecido, con todos los arreos de la victoria? La patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto solo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia.

A una guerra, emprendida en obediencia a los mandatos del país, en consulta con los representantes de sus intereses, en unión con la mayor cantidad de elementos amigos que pueda lograrse;—a una guerra así, que venía yo creyendo—porque así se la pinté en una carta mía de hace tres años que tuvo de Vd. hermosa respuesta—que era la que Vd. ahora se ofrecía a dirigir;—a una guerra así el alma entera he dado, porque ella salvará a mi pueblo;—pero a lo que en aquella conversación se me dio a entender; a una aventura personal, emprendida hábilmente en una hora oportuna, en que los propósitos particulares de los caudillos pueden confundirse con las ideas gloriosas que los hacen posibles; a una campaña emprendida como una empresa privada, sin mostrar más respeto al espíritu patriótico que la permite, que aquel indispensable, aunque muy sumiso a veces, que la astucia aconseja, para atraerse las personas o los elementos que pueden ser de utilidad en un sentido u otro; a una carrera de armas, por más que fuese brillante y grandiosa, y haya de ser coronada con el éxito,—y sea personalmente honrado—el que la capitanee;—a una campaña que no dé desde su primer acto vivo, desde sus primeros movimientos de preparación, muestras de que se la intenta como un servicio al país, y no como una invasión despótica;—a una tentativa armada que no vaya pública, declarada, sincera y únicamente movida del propósito de poner a su remate en manos del país, agradecido de antemano a sus servidores, las libertades públicas; a una guerra de baja raíz y temibles fines, cualesquiera que sean su magnitud y condiciones de éxito—y no se me oculta que tendría hoy muchas—no prestaré yo jamás mi apoyo.—Valga mi apoyo lo que valga,—y

yo sé que él, que viene de una decisión indomable de ser absolutamente honrado, vale por eso oro puro,—yo no se lo prestaré jamás.

¿Cómo, General, emprender misiones, atraerme afectos, aprovechar los que ya tengo, convencer a hombres eminentes, deshelar voluntades, con estos miedos y dudas en el alma?—Desisto, pues, de todos los trabajos activos que había comenzado a echar sobre mis hombros.

Y no me tenga a mal, General, que le haya escrito estas razones. Lo tengo por hombre noble, y merece Vd. que se le haga pensar. Muy grande puede llegar a ser Vd.,—y puede no llegar a serlo. Respetar a un pueblo que nos ama y espera de nosotros, es la mayor grandeza. Servirse de sus dolores y entusiasmos en provecho propio, sería la mayor ignominia.—Es verdad, Gral., que desde Honduras me habían dicho que alrededor de Vd. se movían acaso intrigas, que envenenaban, sin que Vd. lo sintiese, su corazón sencillo; que se aprovechaban de sus bondades, sus impresiones y sus hábitos para apartar a Vd. de cuantos hallase en su camino que le acompañasen en sus labores con cariño, y le ayudaran a librarse de los obstáculos que se fueran ofreciendo—a un engrandecimiento a que tiene Vd. derechos naturales.—Pero yo confieso que no tengo ni voluntad ni paciencia para andar husmeando intrigas, ni deshaciéndolas. Yo estoy por encima de todo eso. Yo no sirvo más que al deber, y con este, seré siempre bastante poderoso.

¿Se ha acercado a V. alguien, Gral., con un afecto más caluroso que aquel con que lo apreté en mis brazos desde el primer día en que le vi? ¿Ha sentido Vd. en muchos esta fatal abundancia de corazón que me dañaría tanto en mi vida, si necesitase yo de andar ocultando mis propósitos para favorecer ambicioncillas femeniles de hoy o esperanzas de mañana? Pues después de todo lo que he escrito, y releo cuidadosamente, y confirmo,—a Vd., lleno de méritos, creo que lo quiero:—a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, está V. representando,—no.—

Queda estimándole y sirviéndole

JOSÉ MARTÍ

New York, octubre 20/884.

[Ms. en CEM]

[FRAGMENTOS DEL BORRADOR A DE LA CARTA AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ]

[1]

[inopor]tuno arranque de V., y una curiosa conversación que provocó a propósito de él el general Maceo, en la que quiso ¡locura mayor! darme a entender que debía considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Vd., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegamente

[2]

[ele]mentos que pueden ser de influjo en un sentido u otro; a una carrera de armas, por más que fuese brillante y gloriosa, y haya de ser coronada con el éxito, y sea honrado el que la capitanee; a una campaña que no

[3]

manda de manos del país, de antemano está agradecido a sus salvadores, las libertades públicas; a una guerra de tan baja raíz y tan temibles fines, cualquiera que sea su magnitud y condiciones de éxito, y no se me oculta que tendría hoy muchas, no prestaré

[FRAGMENTO DEL BORRADOR B DE LA CARTA AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ]

SR. MÁXIMO GÓMEZ.—
N. Y.—

Dejé en la mañana del sábado la casa de Vd. con una impresión tan penosa, que he querido dejarla reposar dos días, para que la resolución que ella, unida a otras anteriores, me inspirase, no fuera resultado de una ofuscación pasajera, o excesivo celo en la defensa de cosas que no quisiera yo ver jamás atacadas;—sino obra de meditación madura.—¡Qué pena me da tener que decir estas cosas a un hombre a quien creo sincero y bueno, y en quien existen cualidades notables para llegar a ser verdaderamente grande! Pero hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que Vd. pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente: y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar porque vendría excusado por algunas virtudes, embellecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo.—

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento: y cuando en los trabajos preparatorios de una revolución más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra la voluntad sincera de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia, sino la intención, el entusiasmo que levanta este espíritu, violentamente expresada a cada caso, o mal disimulada, de hacer servir todos de los recursos de fe y de guerra que levante este espíritu, a los y penas exclusivas de los jefes estimables que se presentan a capitanear la guerra ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos, General,: los servidores heroicos, y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo para enseñorearse después de él? Si la guerra es posible, y los nobles y legítimos prestigios que vienen de ella, es porque antes existe, trabajado con mucho dolor, el espíritu que la reclama y hace necesaria: y a ese espíritu hay que atender, y a ese espíritu hay que mostrar; en todo acto público y privado el más profundo respeto; porque tanto como es glorioso el que da su vida por servir a una grande idea, es abominable el que se vale de una grande idea; que no entiende o desdeña, o desdeñar y

A MANUEL MERCADO

N. York, 13 Novbre [de 1884]

Mi amigo queridísimo:

Recibí del Sr. Solignac su carta última, y en ella la mala noticia de que se volvió a México con otra anterior de V. por no hallarme: en New York estaba; pero lleno de agitaciones y dudas, y a punto ¡quién nos lo hubiera dicho! de ir por quince días a México.—Grandes empeños me llevaban; porque yo soy siempre aquel loco incorregible que cree en la bondad de los hombres y en la sencillez y naturalidad de la grandeza: pero ¿por qué no he de decirle que tanto como mi frustrada empresa, y agradecido a ella porque me devolvía a Vd., me animaba y tenía lleno de júbilo el pensamiento de volver a verlo? Porque V. se me entró por mi alma en mi hora de mayor dolor, y me la adivinó toda sin obligarme a la imprudencia de enseñársela, y desde entonces tiene V. en ella asiento real.—¿Que para qué iba yo a México? Vd. sabe con qué serenidad abandoné cinco años hace, por no poder sufrir sin bochorno nuestra ignominiosa vida pública, la situación bonancible y brillante que, amorosa como una madre, me ofrecía mi patria, que lejos de ella, y con mi ejemplo y fe, he esperado, con una paciencia parecida a la agonía, el instante en que abatidas ya todas las falsas esperanzas de nuestra gente, se decidiesen a dejar campo—a los que no ven más manera de salvar al país que arrebatarlo de sus dueños: y en todas estas labores yo no tenía el pensamiento en mí, que sé que todo poder y todo provecho me están vedados por mi carácter austero en el mundo; ni aspiraba a más gozo que al de hacer algo difícil y desinteresado, y acabar. Vinieron hasta New York, esperanzados en el éxito de un movimiento de armas con la exasperación, angustia e ira reinantes en el país, dos de los jefes más probados, valientes y puros de nuestra guerra pasada, y, con estos calores míos, me puse a la obra con ellos: de esta tierra no espero nada, ni para Vds., ni para nosotros, más que males: ciertos medios, ya hay; pero necesitamos más: y yo veía llegada la hora memorable y dolorosa de ir a implorar, con lágrimas y con razones, el cariño y la ayuda de todos los pueblos, pobres y generosos, de nuestra América. De las dificultades no me hable, que yo me las sabía; pero tal brío llevaba en mí, y tal fe en la nobleza humana, que de antemano estaba orgulloso de mi éxito: ¿por dónde había de empezar, sino por México? Acordamos planes y fechas: señalé el 20 de octubre para partir: no tenía más modo de vivir que lo que me producía el Consulado del Uruguay, en que hacía de Cónsul interino, y como el Uruguay está en amistad con España, renuncié, con el Consulado, a mi único modo de vivir:—Carranza llegó a afligirme y pesar sobre mí de tal manera que, alabado en esto por todos, tuve al fin que abandonarle, hará unos cuatro meses:—y para que mi familia viviese durante mi ausencia, tenía concertadas unas cartas de viaje con el *Sun*, siempre bueno para mí: sentía

que renacía, yo, que desde hace años recojo a cada mañana de tierra mis propios pedazos, para seguir viviendo—:—cuando de súbito vi que, por torpeza o interés, los jefes con quienes entraba en esta labor no tenían aquella cordialidad de miras, aquel olvido de la propia persona, aquel pensar exclusivo y previsor en el bien patrio,—aquel acatamiento modesto a la autoridad de la prudencia y de la razón sin las que un hombre honrado, que piensa y prevé, no puede echar sobre sí la responsabilidad de traer a un pueblo tan quebrantado como el nuestro a una lucha que ha de ser desesperada y larga. ¿Ni a qué echar abajo la tiranía ajena, para poner en su lugar, con todos los prestigios del triunfo, la propia? No vi, en suma, más que a dos hombres decididos a hacer, de esta guerra difícil a que tantos contribuyen, una empresa propia:—¡a mí mismo, el único que los acompañaba con ardor y los protegía con el respeto que inspiro, llegaron, apenas se creyeron seguros de mí, a tratarme con desdeñosa insolencia! A nadie jamás lo diga, ni a cubanos, ni a los que no lo sean; que así como se lo digo a V., a nadie se lo he dicho: pero de ese modo fue: ¿cómo, en semejante compañía, emprender sin fe y sin amor, y punto menos que con horror, la campaña que desde años atrás venía preparando tiernamente; con todo acto y palabra mía, como una obra de arte? Pues si he estado, ya con el alma rota, en comunicación constante, con todas nuestras tierras; si, desdeñando glorias y provechos que otros, y no yo, consideran más apetecibles, he movido la pluma para todas esas tierras, cuando no podía ya mover el alma; si me he complacido en sentir, en pago de mi cariño, amorosa para mí a la mejor gente de todos esos países, ¿por qué era, sobre qué ese amor a ellos es en mí natural, sino porque el cariño que personalmente había tenido la fortuna de inspirar, podía ponerlo luego al servicio de mi patria?—De estas alas caí, como si hubieran sido de humo: el pensamiento de lo que pierdo en autoridad, y en beneficio de mi fama, siendo como es posible hoy la guerra, con apartarme de los que la conducen, y conmigo habían comenzado a allegar los medios de hacerla realizable;—no podía bastar en mí, que nada sé hacer contra mi concepto de lo justo, para entrar en una campaña incompleta, y funesta si no cambia de espíritu, sin más estímulo que el de mi provecho personal futuro, que es el único estímulo que para mí no lo es jamás. Ni cómo contribuir yo a una tentativa de alardes despóticos, siquiera sea con un glorioso fin, tras del cual nos quedarían males de que serían responsables los que los vieron, y los encubrieron, y, con su protesta y alejamiento al menos, no trataron de hacerlos imposibles?—Y no he ido a México; ni voy a ninguna parte, por el delito de no saber intentar la gloria como se intenta un delito: como un cómplice. Renuncié bruscamente, aunque en sigilo, a toda participación activa en estas labores de preparación que en su parte mayor caían sobre mí. Renuncié a dejar de verlo.Me quedé sin modos de vida. Pero he hecho bien: y recomienzo mi faena. En mi tierra, lo que haya de ser será: y el puesto más difícil, y que exija desinterés mayor, ese será el mío.— No me asombro de lo que me ha sucedido, aunque me duele: ¡sé ya de tan viejo que a los hombres les es enojosa la

virtud! Y esto que yo, si tengo alguna, procuro no enseñarla, para que no me la vean: pero obrar contra ella, no puedo:—Y de esto me viene siempre mal.

Ahora, ¿querrá V. ayudarme? ¿querrá V. ponerse de mi lado, a ver si puedo, recogiendo labores de aquí y de allá; ya en los periódicos de aquí, ya en los de fuera, evitar el uncirme de nuevo, con estos pensamientos que me queman y estas visiones blancas que me empujan, a una mesa de comercio, en que me iría muriendo; por ser en ellas constantes la brusquedad y el egoísmo, de los que cada muestra y palabra me dan en el corazón, que no sé ya cómo me vive?—De este pensamiento era del que le hablaba desde hace dos años, pensando siempre en una manera de arreglar mis labores, de modo que me permitiesen trabajar en mis propias vías, que es el único modo de dar fruto. Porque si no, me muero de vergüenza, y me parece que desobedezco a la voz de adentro, y falto a mi deber, y seré juzgado, puesto que traje en mí acciones y palabras buenas que no di, como un desertor y un criminal.—Trabajo para un gran diario de Buenos Aires; pero este sueldo va a mamá. Si logro arreglar este género de vida, y fijar mi plan, trabajaré, como en este mismo instante, para el *Sun* de aquí, para el que escribo en francés ¡yo, a quien Vd. corrigió una vez, con dulzura de evangelista, un *envoyerai* por un *enverrai!*—Lo que le pido es esto, y se lo pido urgentemente, y como a Vd. pudiera yo con más eficacia pedírmelo. Me va en ello, ahora, el enderezamiento de mi vida, que de aquí a un mes sería angustiosa: y, después, me va en ello la fuerza de mi inteligencia, y la salud del alma:—Dos cosas se me ocurren, y una la tenía pensada mucho tiempo ha: ¿vendría bien, para el *Diario Oficial* de México, con una remuneración que sin ser excesiva, compensase en algo la labor, de 50 a 100, según el tiempo empleado, una especie de redacción constante de asuntos norteamericanos, estudiados, sin comentarios comprometedores, en cuanto, y ahora es mucho e importantísimo, hiciesen relación a todos los pueblos de nuestra raza, y en especial al mexicano? Alerta se ha de estar allí a todo esto, sin que por eso se parezca alarmista. Ese sería el mejor modo de ir haciendo opinión y previsión, sin alarmarlas. Cada semana saldrían de aquí las cartas y documentos que fueren del caso. O cada semana una carta. O una noticia especial de cada asunto que se refiriese a las relaciones de este país con los nuestros, por actos directos o indirectos. Ya sé que no es de amenidades ni literaturas el *Diario Oficial*: ni sienta bien como lugar de expresión de opiniones extremas, que yo cercenaría, y haría de modo que los lectores las dedujesen por sí, sin ir en esto a más de lo que el *Diario*, desease.—Un centinela de la casa propia, con todo el cuidado de quien sabe el peso y alcance de toda palabra oficial: esto sería yo en esto.

Y mi otro plan es este: He imaginado sentarme en mi mesa a escribir, durante todo el mes, como si fuese a publicar aquí una Revista: sale un correo de New York para un país de los nuestros; escribo todo lo que en este haya ocurrido de notable: casos políticos, estudios sociales, noticias de letras y teatros, originalidades y aspectos peculiares de esta tierra. Muere un hombre notable: estudio su vida. Aparece, acá o en cualquier otra parte

del mundo, un libro de historia, de novela, de teatro, de poesía: estudio el libro. Se hace un descubrimiento valioso: lo explico, luego de entenderlo. En fin, una Revista, hecha desde New York sobre todas las cosas que puedan interesar a nuestros lectores cultos, impacientes e imaginativos; pero hecha de modo que pueda publicarse en periódicos diarios. Siete, ocho, diez, yo no sé cuántos, porque V. sabe que ni el corazón ni la mano se me enfrían, tendría el periódico que entrase en mi plan, como parece que uno en el Uruguay, *El Siglo*, y otro en Chile, *El Mercurio*, entran: de estos artículos, unos serían de crítica, otros de bibliografía, otros de biografía, otros, los que interesarían más acaso, correspondencias sobre varias materias. Por ferrocarril le mando copia de la última que he escrito, en que describo el día y la noche de elecciones. Naturalmente, ese trabajo que es más que el de un redactor diario asiduo, no lo podría hacer para un periódico solo, a menos que no compensase por sí solo el tiempo empleado en él, como tres años ha hice con *La Opinión* de Caracas, lo que abandoné por ser condición para continuar aquella labor que consintiese en alabar en ella las abominaciones de Guzmán Blanco. Con $120 me basta para la vida: tengo probabilidades de que los periódicos que le he dicho de Montevideo y Santiago tomen esta serie de trabajos, que se publicarían en el periódico de cada país a un mismo tiempo: y eso me habilita a ofrecer toda esa labor por $40 oro americano al periódico mexicano que viese utilidad en ella. Vd. me cuidaría, por serme vital, de la constancia de la paga. ¿No ve que me debe estar dando vergüenza hablarle de esto? Creo esto realizable, y acaso lo del *Diario*, aunque más fácilmente lo otro.—Por poco me propongo dar mucho; que no por mío ha de valer, sino porque serán de cosas de interés, nuevas y vivas. Siéndome esta labor grata ¡qué diligencia no pondré yo en ella!—que no he perdido nada de la que V. me conoció,—sino que la tengo crecida, por el disgusto que los trabajos nimios del comercio me causan, y el agradecimiento con que vería el poder librarme de ellos,—y por ser estas labores que reúnen a la vez la animación, la hermosura y el desinterés que me son esenciales, en cuanto hago y veo, para la vida.—

Ya le he hablado bastante, aunque nada de la inquietud y necesidad con que espero su respuesta, que me es tan importante, para poder decidir acá mi futuro género de vida, y por estar hoy sin ninguno fijo, que le agradecería que, en caso de conseguir una u otra cosa de las que le propongo, me telegrafiase una sola palabra «Sí», al Consulado del Uruguay, 17 & 19 William Street, Room 20, dirigido a mí.

Y olvídese, olvídese de lo que he ocupado tanto tiempo en estas tristezas e intereses míos; pero si puede, ayúdeme.

De descontento, callo.

Bese la mano a Lola, y las mejillas a sus hijos, Carmen, buena: mi hijo, una copa de nácar: mis padres, en La Habana: y yo, de tal manera en mi interior, que solo a V. podría decírsela.—Su h^{no}.

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A MANUEL MERCADO

[Nueva York] 4 de diciembre [1884]

Hermano mío.

Solo unas letras.

No le envié por ferrocarril, como en mi carta pasada le ofrecí, la correspondencia; porque anticiparon la salida del correo para B. Aires, y no tuve tiempo de copiarla.—Y luego, por repulsión a lo que escribo, que me parece un pecado, o un enano deforme, luego que lo veo en pie.—De dos que escribiré entre esta semana y la próxima le enviaré copia.

¿Cómo excitarle a que trabaje en mi favor, si por mi parte cuando V. quisiese algo de mí, montaría a caballo, y no reposaría hasta traérselo en la punta de la lanza? Déjeme que le calle mis tristezas: que me quedé preocupado en Vd. con el cambio de Gobierno, aunque lo sé a Vd. querido,—hábil y útil, y no auguro mal; y que bese las manos de Lola, y a sus pequeñuelos.

Acabo aquí, porque he tenido que emplear, inesperadamente—en una conversación con algunos miembros de la Cámara de Comercio—el tiempo en que pensaba escribirle.—

Con un abrazo, queda aguardando carta suya

su hermano

J. MARTÍ

[Ms. en CEM]

A JUAN ANTONIO PÉREZ BONALDE

[Nueva York, 1884]

Bonalde:

En la página 291, capítulo «La inteligencia» del libro que Miguel Cané, el sincero y discreto argentino acaba de publicar en París: *En viaje*, encuentro estas líneas, hablando de Pombo.

«Con más suerte que Pérez Bonalde, el admirable venezolano, el único que ha vertido a Heine dignamente al español, y que hoy fabrica con toda tranquilidad en New York los avisos de la casa Lanman y Kemp en siete idiomas, Pombo se puso al habla con los editores de Appleton y Co., que entonces publicaban esos cuadernos ilustrados, con cuentos morales, que todos hemos visto en manos de los niños de América entera.»

No le mando, por supuesto, el párrafo por lo de los avisos, aunque a todo poeta sienta bien la leyenda, sino por lo de poeta «admirable».

J. MARTÍ

[OC, t. 28, p. 374.]

Apéndice

1783-1883 CENTENARIO DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR

El señor don José Martí probó en su discurso que es tan eminente orador como inspirado poeta. Cuantos tuvimos el placer de oír anoche al distinguido vate cubano admiramos y aplaudimos sus sublimes arranques de inspiración y de elocuencia.

Comenzó su discurso recogiendo impresiones del banquete, y remontándose de ellas a considerar los merecimientos singulares del que lo inspiraba. Mezcló a trazos rápidos el Bolívar de las conquistas y el de los dolores; y lo pintó en momentos culminantes de su vida, como cuando se le vio salir amenazante de entre las grietas de la iglesia desmoronada de San Jacinto, en el día lúgubre del terremoto de Caracas, de pie sobre las ruinas «como si hubiese sido necesario —decía— que para sacar hijo tan grande de la tierra se abriesen los senos maternales de tan tremendo y fragoso modo». Bosquejó, en acumulación rápida de sus méritos, los caracteres principales y mayores glorias del héroe americano. «Su nombre —decía una vez— parece espada tajante; y su espada, pasmo: cuando la bajaba a tierra surgía un congreso; cuando la alzaba por el aire, un pueblo; cuando la blandía, el porvenir; cuando la envainaba, el arcoíris.» Y en otro momento nos parece que decía algo como esto: —«¿Quién pudiera olvidarle, que le ha visto, como le ve perpetuamente en imagen su familia de pueblos conmovidos— al aire la magnífica cabeza; apretando, como quien aprieta un mundo, los ijares de su caballo; desalado, como si despeñándose viniera de soberana altura; envuelto, como en nube de tempestad, en su flotante capa de batalla?»

Presentó luego a Bolívar como la condensación y concentración de las fuerzas de América, que en él se anunciaron al mundo en su hora de madurez y de pujanza. Habló de la compenetración de la naturaleza y de los hombres, y de cómo en estos se reflejan las condiciones dominantes de la especial naturaleza en que viven. De la esplendidez y majestad del mundo americano, sacaba, como alma de cuerpo, los rebosantes ímpetus, inquieta bravura y generoso amor humano que distinguen a las naciones jóvenes de América.

Puso de lado la idea de que el aparecimiento de Bolívar fuese un mero suceso político, ni de que su espada hubiese venido simplemente a combatir a un enemigo «objeto siempre secundario y escaso para almas de valía»: «las guerras, dijo, que son crimen divino más que humano por cuanto el que nos dio la vida, no nos dio la manera de evitarlas; las guerras mismas, cuando sea preciso y oportuno hacerlas, han de ser hechas de manera que luego de quebrar pomo contra pomo los últimos aceros, puedan sentarse a comer en paz del mismo pan los enemigos, enjugándose unos a otros sus lágrimas de hermanos».

El advenimiento de Bolívar era para el orador el advenimiento de un continente. «Obra de expansión, de acometimiento, de innovación, de indulgencia, es la obra americana; y quien pretenda poner trabas al libre vuelo de este espíritu universal y

pervadente, abarcador y guerrero, quien no coadyuve a la obra de desarrollar en la naturaleza americana soberbiamente hermosa, el ser humano, soberano y majestuosamente libre, traición hace a Bolívar, a sí propio, y a la América.» Pintó a Bolívar —haciendo de paso alusión al busto del Libertador que presidía el salón, hecho por el escultor venezolano Rafael de la Cova en un solo día— pintó a Bolívar, decimos, muriendo tristemente «del dolor de pensar que los que de él habían recibido la libertad, pudieran vivir en ella de manera que volviesen a ser dignos de la esclavitud!»

«Brindo, añadió, por que nada se oponga al cumplimiento de las heroicas profecías de aquel que tuvo a América por madre; por esposa a la Libertad; y por hijos, pueblos; por que como marsuntuoso que invade sin esfuerzo ni catástrofes la tierra preparada a recibirlo, se desborde impetuoso y sin obstáculos el espíritu resplandeciente americano; por que en cuanto espacio alumbre al sol de América, y el de toda la tierra, no se acueste ningún hombre sin honor; y si se acuesta, por que no se levante; ni ningún pueblo se apriete a las sienes su corona de adormideras y de adelfas. Brindo por cuanto puede asegurar el desenvolvimiento majestuoso del alma nueva de América y por la enérgica condenación de cuanto puede restringirlo, o desfigurarlo, o detenerlo, o traerlo a épocas pasadas».

De una nota taquigráfica, tomada al vuelo por uno de los concurrentes, escogemos estas palabras finales de su brindis:

«Brindemos por que cuando se busque símbolo a la América, no se le halle en guerreador de los pasados tiempos, de penacho de plumas manchadas de sangre, ni en caballero de corte de casaca de llaves doradas, manchado de lisonja, sino en el gaucho indómito y rebelde, del Plata soberano, que suelta la cabellera juvenil a todos los aires nuevos de la vida, sin miedo, y con fe en los consejos del desierto, echa su potro fiero por la pampa inmensa, sin más valla ni límite que el cielo y el mar; brindemos por el abrazo de todos los hombres en la caridad y en la justicia; brindemos por todos los pueblos libres, y por todos los pueblos tristes de la tierra.

[Diana Abad: «La integridad continental. De un discurso de José Martí con motivo del primer centenario de Simón Bolívar.» *Bohemia*, La Habana, 3 de enero de 1990, p. 7; y «José Martí, en el centenario del Libertador», *Patria*, Cuaderno de la Cátedra Martiana de la Universidad de La Habana, No. 5, 1992, p. 95 y 96.]

Notas finales

LA AMÉRICA. Revista mensual que comenzó a publicarse en Nueva York en abril de 1882, dirigida por el cubano Rafael de Castro Palomino (hijo), cuyo redactor era el también cubano José Jacinto Luis. La única colección que se ha podido localizar es la existente en la biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística —antigua biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País—, en La Habana, y apenas consta de 17 números, cuatro de ellos anteriores al momento en que José Martí comenzó a colaborar en ella. Se desconoce este momento, solo que Martí aparece como colaborador en el número 12 (marzo de 1883), pues en la colección faltan los 7 números anteriores. Martí asumió la dirección de la revista a partir del número 15 (junio de 1883). También se desconoce hasta cuándo se publicó la revista, pero se sabe que en 1892 aún existía. Sin embargo, la participación de José Martí en ella cesó cuando pasó a manos del expresidente colombiano Santiago Pérez, momento que tampoco se ha podido precisar, pero que, obviamente, fue posterior a julio de 1884, fecha del último ejemplar que se conserva. Durante los años que abarca este tomo, *La Nación*, paralelamente a sus corresponsalías, reprodujo —a veces con ligeras modificaciones— diferentes artículos de Martí publicados en *La América,* en los que hace constar su procedencia en algunos casos y en otros no. A continuación aparece la relación de estos, incluidos en los tomos 18 y 19 de esta edición.

TÍTULO DEL ARTÍCULO	Número y fecha de *LA AMÉRICA*	Fecha de *LA NACIÓN*
La estatua de Bolívar por el venezolano Cova	(15) junio 1883	19 agosto 1883
Trigo y maíz	(15) junio 1883	26 agosto 1883
La exposición de Boston	(17) agosto 1883	2 octubre 1883
Estados Unidos de América. La exposición de material de ferrocarriles de Chicago	(18) septiembre 1883	18 octubre 1883
Las razas caballares. Mejora y cruzamiento: crónica de zootecnia	(19) octubre 1883	13 diciembre 1883

Libros americanos. Plática de libros. Cómo se imprime un libro en Estados Unidos	(20) noviembre 1883	3 enero 1884
El glosógrafo	(20) noviembre 1883	4 enero 1884
Escuela de electricidad	(20) noviembre 1883	4 enero 1884
Mente latina	(20) noviembre 1883	8 enero 1884
Botes de papel	(20) noviembre 1883	9 enero 1884
Trabajadores franceses	(20) noviembre 1883	11 enero 1884
El hombre primitivo de América	(21) diciembre 1883	26 enero 1884
Exhibición de arte para el pedestal de la Estatua de la Libertad	(22) enero 1884	26 febrero 1884
Los abanicos de la colección Bartholdi	(22) enero 1884	28 febrero 1884
La ley de la herencia	(22) enero 1884	5 marzo 1884
Arte aborigen en la exposición Bartholdi	(22) enero 1884	16 marzo 1884
Luz instantánea	(23) febrero 1884	11 abril 1884
Libros nuevos. «Los recuerdos de un octogenario» (*The recollection of an octogenarie*). Por Henry Hill. Memorias de la independencia sudamericana	(23) febrero 1884	11 abril 1884
Estados Unidos. Universidades, colegios y escuelas	(I) (22) enero 1884 (II) (23) febrero 1884	19 abril 1884
El hombre antiguo de América y sus artes primitivos	(25) abril 1884	5 junio 1884
Literatura indígena. Libros nuevos. Autores	(25) abril 1884	7 junio 1884

americanos aborígenes		
De México a los Estados Unidos por ferrocarril	(25) abril 1884	8 junio 1884
Comisionados norteamericanos para estudiar la América Latina	(26) mayo 1884	16 julio 1884
La próxima exposición de Nueva Orleans. A los gobiernos, municipios, escuelas de agricultura y hacendados de la América Latina	(26) mayo 1884	19 julio 1884
La vieja Troya	(26) mayo 1884	24 julio 1884
Una diversión norteamericana	(27) junio 1884	16 agosto 1884
Juan Carlos Gómez	(28) julio 1884	26 septiembre 1884
Candidato del Partido Demócrata a la Presidencia de los Estados Unidos	(28) julio 1884	1ro. octubre 1884
Una novela. En el Parque Central de Nueva York. Inteligencia de las oropéndolas	(28) julio 1884	3 octubre 1884
Darwin y el Talmud. Conversación sobre Centroamérica y las hormigas	(26) mayo 1884	12 octubre 1884
Del viejo al Nuevo Mundo. Escenas neoyorkinas	(19) octubre 1883	14 octubre 1884
Antigüedades americanas. Los esposos Le Plongeon: la Isla de las Mujeres	(15) junio 1883	16 octubre 1884
La incubadora de niños	(23) febrero 1884	3 enero 1885
El carbón	(20) noviembre 1883	8 enero 1885

Igualmente, durante estos años aparecieron en *La Nación* otros seis artículos que por su estilo, contenido y algunos detalles formales, se supone que también proceden de *La América*, aunque la

redacción de *La Nación* no lo haya hecho constar ni se haya podido comprobar, por estar incompleta la colección de la revista neoyorquina. De ahí que se mantengan en este tomo con una nota al pie.

CARRANZA RODRÍGUEZ, CARLOS (1842-1913). Diplomático, militar y empresario argentino. Nació en la Guardia de Luján, Mercedes, provincia de Buenos Aires, el 5 de noviembre de 1842. De niño pasó a Buenos Aires y se graduó de Derecho. Desde 1858 estuvo empleado en el Ministerio de Gobierno y abandonó su puesto para incorporarse a la vida militar en 1865 durante la campaña de Paraguay. Como capitán de las Guardias Nacionales fue ayudante del general Bartolomé Mitre, de quien fue secretario particular desde 1866, y también Secretario de la Presidencia. En 1870, el presidente Domingo Faustino Sarmiento lo nombró oficial y luego secretario de la Legación argentina en Washington. Tuvo a su cuidado la impresión en Nueva York del Código Civil argentino. En 1876 fue presidente de la muestra argentina en la Exposición de Filadelfia, con motivo del centenario de la independencia de Estados Unidos. En 1879 asumió el consulado general de su país. Desempeñó la comisión de compra de armamento y maquinarias en Europa y Estados Unidos. Luego de 16 años de ausencia regresó a Buenos Aires y se dedicó al comercio, fundó una compañía ganadera y fue miembro de sociedades industriales como la Cervecería Palermo, Sansinena, la Refinería Argentina y la Compañía Azucarera Argentina. Fue vocal de la Intendencia de Marina entre 1895 y 1899. Cuatro años más tarde fue nombrado miembro de la Comisión Municipal de Buenos Aires. Estaba casado con Teresa Rodríguez y falleció en Buenos Aires el 11 de agosto de 1913. Fue quien gestionó en 1882 —con su amigo Bartolomé Mitre Vedia— el inicio de la colaboración de Martí con el diario *La Nación.* Entre 1883 y 1884 Martí trabajó en la oficina de Carranza & Co., su casa de comercio en Nueva York, y en 1889 le vendió mil ejemplares de su traducción al español de la novela *Ramona* para distribuir en Argentina.

CASTRO PALOMINO NARANJO, RAFAEL DE. Patriota cubano nacido en La Habana en fecha desconocida. Residió por largo años en Nueva York, donde se destacó como escritor, poeta y pintor, a la vez que formó parte de diversos movimientos en favor de la independencia. Fue el director del mensuario *La América*, al iniciarse su publicación en Nueva York, en abril de 1882. El 13 de junio de 1885 fue elegido secretario de la Asociación Cubana de Socorro, nombre bajo el que se ocultaba un club revolucionario creado para colaborar con el Pan de San Pedro Sula liderado por el general Máximo Gómez. Posteriormente colaboró con Martí durante varios años en la organización de los actos en la ciudad para conmemorar el 10 de octubre, en los que uso de

la palabra junto a él y otros patriotas. Fue uno de los firmantes de la carta redactada por Martí el 16 de diciembre de 1887 en nombre de la emigración cubana en Nueva York, dirigida a Gómez, a Antonio Maceo y a otros jefes de la Guerra de los Diez Años. El 15 de septiembre de 1888 asumió la Secretaría de la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, cargo para el que fue electo y que desempeñó durante algunos años. Colaboró en periódicos de Nueva York como *El Avisador Cubano*, donde se destacan sus artículos reunidos luego en libro bajo el título de *La evolución y la revolución*, en los que polemizó frente a Fidel G. Pierra en defensa de la salida revolucionaria para Cuba. También publicó en *El Avisador Hispanoamericano*. En 1891 donó al club Los Independientes, en esa ciudad, del que formó parte, un óleo suyo para que su venta engrosara los fondos de esa organización patriótica, y al año siguiente donó otro cuadro con idénticos fines a la Asociación de Beneficencia Cubana. Publicó el folleto *Cartilla del ciudadano. I. Parte teórica* (Nueva York, 1899), folleto con indicaciones para las instituciones democráticas en Cuba y Puerto Rico, *Estudios sobre una Constitución para la república de Cuba* y tradujo del inglés *Manual de prácticas parlamentarias. Reglas de los procedimientos y debates en la s asambleas parlamentarias*, de Lutero S. Cushing Fue uno de los fundadores del Partido Revolucionario Cubano y escribió en *Patria*. Tuvo gran amistad con José Martí, posiblemente desde el arribo de este a Nueva York. En 1883 Martí prologó su libro *Cuentos de hoy y mañana*, al que dedicó también un espacio en el número de octubre de ese año de la revista mensual *La América*. También en *Patria*, el 22 de abril de 1893, Martí dio a conocer un texto elogiando su cuaderno de versos titulado *Preludio*.

CROMBET TEJERA, FLOR (1851-1895). Militar cubano cuyo nombre de bautismo fue Adolfo. Nació el 17 de septiembre como hijo natural, y, muerto su padre, fue bautizado a los cuatro años de edad como Francisco Adolfo, pero siempre utilizó el de Flor. Se crió en un cafetal del partido del Cobre, en la jurisdicción de Santiago de Cuba. A los 18 años, el 20 de noviembre de 1868, se unió a las tropas libertadoras como soldado y en septiembre de 1869 ya fue ascendido a capitán. Combatió en la División de Santiago de Cuba y estuvo en la invasión a Guantánamo, durante la cual fue ascendido a comandante y teniente coronel. En 1874 participó en el contingente oriental que pasó a Camagüey al mando de Máximo Gómez para incorporarse a la invasión a Occidente, y estuvo en los grandes combates de Naranjo, Mojacasabe y Las Guásimas. Al año siguiente, regresó a Oriente y asumió el mando del regimiento Guaninao; en octubre de ese año fue ascendido a coronel. Acompañó a Antonio Maceo en la Protesta de Baraguá contra la paz sin independencia y sin abolición de la esclavitud, y el Gobierno Provisional nombrado tras esta, lo ascendió a brigadier. Terminada la Guerra de los Diez Años pasó a la emigración y en Nueva York se unió al comité lidereado por Calixto García para reanudar la guerra en Cuba. Regresó a Cuba en 1878 para organizar la conspiración hasta que fue detenido y enviado a la prisión en las islas Baleares al estallar la Guerra Chiquita. Se fugó de la prisión en 1881, pasó a París donde recibió la ayuda del puertorriqueño Ramón Emeterio Betances y luego a Nueva York, donde conoció a José Martí.

Se estableció en Honduras, a cuyo ejército se incorporó. Abandonó este país junto con el doctor Eusebio Hernández, en recorrido encomendado por Máximo Gómez, para iniciar un nuevo proyecto insurreccional. En 1884 esperó a Gómez y a Maceo en Nueva York y participó activamente en todos los preparativos hasta el fracaso de este plan, dos años después. Laboró en las obras del canal de Panamá y posteriormente se trasladó a Estados Unidos, y en Cayo Hueso y otras localidades se mantuvo activo en la propaganda patriótica y la recogida de fondos. Volvió a Cuba en 1889 y se dedicó a las labores agrícolas, pero fue deportado al año siguiente por conspirar junto a Antonio Maceo. Se estableció en Costa Rica, en Nicoya, en la colonia fomentada por Maceo, y se casó con la costarricense Elena Castillo. Martí le solicitó y obtuvo su colaboración para los planes del Partido Revolucionario Cubano, y ambos se vieron durante las visitas de Martí a Costa Rica en 1893 y 1894. En 1895 Martí le encomendó la organización de la expedición que debía traer a Cuba a Antonio Maceo. El 1ro. de abril de ese año arribó la goleta *Honor* a Duaba, cerca de Baracoa. El día 10 los expedicionarios fueron atacados, y murió en combate, en Alto Palmarito, mientras cubría en solitario la retirada del resto de sus compañeros:

ESTRÁZULAS CARVALHO, ENRIQUE MARIO (1848-1905). Médico, diplomático y pintor uruguayo. Nació en Montevideo. En 1873 se graduó de Doctor en Medicina y Cirugía en la Universidad de Pennsylvania, Estados Unidos, y enseguida comenzó a ejercer su profesión en el Hospital de Niños de Filadelfia. En ese mismo año contrajo matrimonio con la joven estadounidense Marion Tatnall Price. Tras una visita a Europa, se estableció en Montevideo entre 1874 y 1883, y fue el primer médico y cirujano de niños que ejerció en el Uruguay con la calificación idónea. También contribuyó a la introducción en el país de las más modernas prácticas quirúrgicas de la época. Como afiliado al Partido Nacional, fue elegido diputado en 1879. El 18 de enero de 1883 fue nombrado cónsul general del Uruguay en Nueva York y el 19 de febrero de 1884 se le designó ministro plenipotenciario en Washington, cargo este último al que renunció en 1886 para continuar desempeñando el primero. Ya desde 1884 utilizaba los servicios de José Martí en el consulado neoyorquino, y en 1887 promovió su nombramiento como cónsul en propiedad, al trasladarse con su familia para Europa. Viajó por Portugal, España y Francia, y se estableció en París, donde residió hasta 1893. Desde el 7 de octubre de 1891, ocupó el cargo de cónsul de Uruguay en Burdeos, a la par que aprovechó la ocasión para desarrollar su obra pictórica, que fuera elogiada por Martí. En 1893 regresó a Montevideo y a su profesión de pediatra, que ejercería hasta su muerte. Durante sus años en Nueva York, trabó una estrecha amistad con Martí, de la cual quedan como testimonios la dedicatoria que el Maestro le hiciera de sus *Versos sencillos* (1891) —compartida con Manuel Mercado—; cuatro cartas de Estrázulas a Martí desde Francia; doce cartas del Apóstol a él, así como una carta rimada. La amistad entre ambos hombres se ha convertido en el símbolo de los lazos históricos entre las dos naciones latinoamericanas:

GALVÁN, MANUEL DE JESÚS (1834-1910). Político, periodista y escritor dominicano. Nació en Candelaria. Estudió en el Colegio de San Buenaventura, donde se formó buena parte de su generación intelectual. Con Manuel de Jesús Heredia fundó la sociedad de Amantes de las Letras, en cuya publicación *El Oasis* aparecieron en 1856 sus primeros poemas firmados bajo el seudónimo de *Enmanuel*. Nacido bajo la dominación haitiana, se incorporó a la política en 1858. Fue secretario del presidente de la República, Pedro Santana; desde 1859 apoyó la anexión a España, y en 1862 fundó el periódico oficial *La Razón*. De 1863 a 1865, bajo la administración española, fue secretario del Gobierno Superior Civil. Al restaurarse la independencia dominicana marchó a Puerto Rico, donde fue regente de la Real Hacienda, fundó el periódico *España Radical* y colaboró con *La Democracia*, *El Buscapié* y el *Boletín Mercantil*. Tras el derrocamiento del presidente Buenaventura Báez fue electo diputado y regresó a su país para ocupar el ministerio de Relaciones Exteriores, bajo la presidencia de Espaillat, cargo que ocupó en otras tres ocasiones. Obtuvo la Licenciatura en Derecho en 1879, y llegó a presidir el Tribunal Supremo de Justicia entre 1883 y 1889. Fue profesor de Derecho Constitucional en la Facultad de Derecho en la Universidad de Santo Domingo, y vicerrector del Instituto Nacional entre 1896 y 1902. En 1890 formó parte de la comisión especial creada por el presidente Ulises Heureux para la localización, traducción y adecuación de los Códigos Civil, de Comercio y de Instrucción Criminal. También sirvió a ese presidente como secretario de Relaciones Exteriores y dirigió las negociaciones con Haití para resolver diferencias territoriales. Fue embajador en Washington entre 1891 y 1892 para negociar la instalación de una base militar en la bahía de Samaná. Preparó un informe en 1904 acerca de la deuda pública dominicana. Publicó muchos escritos políticos en la prensa dominicana: *La Actualidad*, *Eco de la Opinión*, *El Teléfono* y *El Listín Diario*, y colaboró con revistas como *Letras y Ciencias*, *El Hogar*, *La Revista Ilustrada*, *Ciencias, Artes y Letras* y la revista *Científica, Literaria y de Conocimientos Útiles*. Se le atribuye la autoría del ensayo histórico *El general Don Pedro Santana y la anexión de Santo Domingo a España*. Publicó *El arreglo de la cuestión dominico-española de 1879*. Su novela *Enriquillo*, *leyenda histórica dominicana* (Santo Domingo, 1882), se considera un clásico de las letras de su país y la creadora del mito de una nación indígena o mestiza en donde se excluyó al negro. Prologó los escritos de Espaillat (1909). Murió en San Juan de Puerto Rico y sus restos fueron trasladados a la catedral de Santo Domingo:

«IRMA». Este cuento de José Martí no figura en sus *Obras completas* en 28 tomos, aunque en 1942 se dio a conocer como hallazgo del «infatigable investigador en asuntos históricos» Víctor M. Heres, en la especializada revista *Archivo José Martí* (vol. 5, p. 40-42). A mediados de los años 70, Ricardo Luis Hernández Otero, investigador del Instituto de literatura y Lingüística lo descubrió en la revista habanera *La Lotería* del 22 de febrero de 1885 donde se publicó con su firma y el señalamiento de la ciudad de Nueva York. Desde entonces se dedicó a buscar la narración otras

publicaciones con resultados infructuosos y recibió además la negación rotunda y enfática de que este cuento hubiese sido escrito por José Martí al consultar al respecto a reconocidos estudiosos de su vida y su obra, entre ellos Gonzalo de Quesada y Miranda, quien se ocupara de ordenar y vigilar los primeros 27 tomos de las *Obras completas* de Martí aparecidas entre 1963 y 1965, y reimpresas en varias ocasiones. Posteriormente, Ibrahim Hidalgo Paz, investigador del Centro de Estudios Martianos, en viaje a Buenos Aires, al revisar una colección de *La Nación* encontró el cuento en la primera página del ejemplar del 20 de diciembre de 1884, con la indicación al pie «Nueva York, noviembre de 1884» y firmado con las iniciales «J. M:», con lo cual se evidenciaba la certidumbre acerca de la autoría martiana. Véase "Veinticinco años tras las huellas de «Irma», por Ricardo Luis Hernández Otero en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana No. 23. 2000, p. 7-13.

LUPERÓN, GREGORIO (1839-1897). Militar y político dominicano. Nació en Puerto Plata, República Dominicana, el 8 de diciembre de 1839. Hijo de Pedro Castellanos y de la negra Nicolasa Duperron. Su filiación paterna le fue negada, de aquí su único apellido, que se fue españolizando con el tiempo. Creció más en la calle que en la escuela. En 1851, con apenas doce años, dirigió los cortes de madera de un rico comerciante, con lo que contribuyó a desarrollar sus condiciones de conductor de hombres y su personalidad carismática. Más tarde, aceptó el cargo de comandante auxiliar del puesto cantonal del Rincón, nombramiento que le fue otorgado por el gobierno revolucionario del general José Desiderio Valverde. En 1861, y después de la proclamación de la anexión a España, estuvo entre los oficiales que se levantaron en armas para restaurar la independencia. Durante la Guerra de Restauración alcanzó el grado de general y se convirtió en un héroe popular, al destacarse en las líneas del Sur y del Este. Su valor y temeridad iban a la par con su patriotismo intransigente, por lo que tuvo que luchar no solo contra los españoles, sino contra aquellos que defendían posiciones antinacionales y colonialistas, como las de los generales Pedro Santana y José Antonio Salcedo. Asumió responsabilidades como las de miembro del Consejo de Jefatura, con el rango de general de brigada del Movimiento Restaurador; general en jefe de las líneas del Sur y del Este; gobernador de La Vega; encargado del Poder Ejecutivo; y vicepresidente, y rechazó otras, pues siempre prefirió continuar la lucha como soldado. Hasta su muerte tuvo que luchar denodadamente contra diversos generales que se sucedieron en el poder con conductas antinacionales, que llegaron incluso a ofrecerle a Estados Unidos la península y bahía de Samaná, y en el caso del general Buenaventura Báez, hasta proponer la anexión a ese país. Por su postura intransigente sufrió persecuciones, atentados y exilios, lo que le permitió recorrer las Antillas Menores y otras naciones, captando las voluntades de los exiliados en ellas, y uniendo a su fe nacionalista el ideal antillano, por lo que hizo suyas las causas de Cuba y Puerto Rico. Fueron sus amigos solidarios Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de

Hostos, Antonio Maceo, Flor Crombet y otros muchos independentistas. No obstante, en este período también se vio obligado a ocupar cargos como la gobernatura de Santiago; a participar en un triunvirato; la jefatura de un Gobierno Provisional; ministro plenipotenciario y enviado extraordinario en Europa; delegado del gobierno en las provincias y distritos del Cibao; y la dirección del Partido Azul, que fue virtualmente desintegrado. Sus proclamas siempre estremecieron la conciencia nacional, e incluso internacional. Organizó movimientos como la Junta Antillana. Enfermo y pobre, no cejó en la lucha contra la opresión y por la defensa de la integridad nacional. Murió el 21 de mayo en Puerto Plata:

MACEO GRAJALES, ANTONIO (1845-1896). Patriota y militar cubano. Nació en Santiago de Cuba, el 14 de junio de 1845, de padres nativos de la misma ciudad. Fue el mayor de los nueve hijos de su padre y de su madre, Marcos y Mariana, mulatos libres, quienes se habían unido desde 1843 y contrajeron matrimonio en 1851, al enviudar Marcos. Mariana era viuda desde 1838 y tenía cuatro hijos de su primer matrimonio. Desde 1861 residió con su familia en la finca de Majaguabo, en San Luis, cerca de Santiago de Cuba, ciudad donde cursó las primeras letras y a la que acudía con frecuencia durante la adolescencia, por hacerse cargo de administrar las ventas de las cosechas de las varias fincas de la familia. Allí entró a formar parte de la Logia el Gran Oriente de Cuba, en la que se difundían las ideas liberales, se combatía la esclavitud y se propagandizaba el espíritu independentista. Se casó en 1866 con María Cabrales Fernández. Desde los inicios de 1868 estaba vinculado a los conspiradores contra la dominación española en la ciudad de Santiago de Cuba, y se incorporó el 12 de octubre de ese año, a la insurrección estallada dos días antes. Ese mismo día fue ascendido a sargento por el coraje desplegado en su primer combate. A los pocos días, ya era teniente, y a fines de año, capitán. Comandante en enero del año siguiente y teniente coronel en ese mismo mes, su rápida carrera militar quedó detenida hasta marzo de 1871 cuando fue ascendido a coronel: los prejuicios racistas dentro del campo revolucionario demoraron su ascenso a los más altos grados militares. Durante esos años se mantuvo en el Primer Cuerpo del Ejército cubano, que operaba en la región oriental, y estuvo a las órdenes, primero de Donato Mármol y luego del dominicano Máximo Gómez, el más brillante estratega de los patriotas cubanos, quien apreció sus notables dotes militares y lo convirtió en su segundo durante la campaña invasora efectuada sobre el territorio cafetalero de Guantánamo. Al ser destituido Gómez del mando, quedó provisionalmente a cargo de la división, hasta que hizo entrega de esta al general Calixto García. Ascendido a general de brigada en junio de 1873, fue el jefe de la división, que cubría los territorios de Santiago de Cuba y Guantánamo. En 1874 se unió a Gómez, entonces jefe de Camagüey, con un contingente de la infantería oriental para participar en la invasión al occidente de la Isla. Bajo la dirección de Gómez, se destacó en los grandes combates de El Naranjo, Mojacasabe y Las Guásimas, y estuvo al frente de las tropas villareñas, posición a la que tuvo que renunciar ante el localismo y el racismo de sus subordinados, para regresar a su puesto en Oriente, donde se mantuvo hasta el final de la Guerra de los Diez Años. Mayor general en mayo de 1877, se

opuso al fin de la contienda sin independencia y sin abolición acordada en el Pacto del Zanjón y organizó la Protesta de Baraguá, lugar donde se entrevistó con el general en jefe español, Arsenio Martínez Campos, para expresarle su rechazo a aquella paz. Desde entonces fue indiscutible su liderazgo político, a pesar de que el gobierno provisional allí formado tomara la decisión de enviarle fuera de Cuba en busca de apoyo para así salvar su vida y luego acordar el cese de la contienda. Se estableció en Jamaica y dio su apoyo a la Guerra Chiquita comenzada en 1879, a la que nunca pudo llegar a pesar de sus múltiples intentos. Durante sus estancias en Haití y República Dominicana, estableció relaciones con personalidades y políticos antillanos, con quienes compartió ideas acerca de lo necesario de la unidad de estos pueblos ante la dominación española en Cuba y Puerto Rico y el creciente interés norteamericano por la región. Vivió en Honduras, en cuyo ejército ocupó altas responsabilidades, hasta que en 1884 acompañó a Máximo Gómez en el intento insurreccional que impulsaron durante dos años sin lograr reanudar la batalla por la independencia. En 1882 respondió afirmativamente a una invitación de José Martí en nombre de la emigración de Nueva York para comenzar ese movimiento, y en 1884 ambos se conocieron en aquella ciudad, hasta que a los pocos días Martí se separó por considerar que en Gómez primaba el caudillismo. Se estableció en Colón, Panamá, y aceptó colaborar con los trabajos de la Comisión Ejecutiva Cubana de Nueva York, en cuyo nombre le escribió Martí. Para ello viajó a Ecuador y Perú, aunque finalmente el proyecto no avanzó. Con el pretexto de vender las propiedades de su madre, logró permiso del gobierno español para viajar a Cuba, donde permaneció desde enero hasta agosto de 1890, cuando fue expulsado de la isla luego de organizar grupos de conspiradores y ser recibido en muchos lugares, incluida La Habana, como un símbolo de la nación y de la independencia. En 1891 se estableció en Costa Rica con un grupo de familiares y antiguos subordinados y fomentó un ingenio azucarero con apoyo del gobierno del país, a pesar de las protestas de España. Desde allí dio su concurso al plan insurreccional del Partido Revolucionario Cubano y recibió a Martí en junio y julio de 1893 y en junio del año siguiente, para ultimar los detalles de su incorporación al plan militar ideado por Máximo Gómez, quien había sido electo General en Jefe. Ante su imposibilidad de organizar la expedición con el dinero ofrecido por Martí, y la decisión tomada por este de que fuera Flor Crombet su organizador, Maceo abordó el vapor que lo depositó en la isla el 1ro. de abril de 1895, cerca de Baracoa, en el extremo oriental. De inmediato asumió el mando de los diversos grupos de insurrectos en Oriente y dinamizó las acciones contra el ejército español. El 5 de mayo de ese año se reunió con Martí y Gómez en el ingenio Mejorana donde se opuso al criterio de Martí —compartido por Gómez— acerca del gobierno que debía regir a los patriotas. Su opinión era formarlo bajo la conducción del General en Jefe y un grupo de jefes militares. El 13 de julio de ese año, en el combate de Peralejo, estuvo a punto de capturar al General en Jefe español, Arsenio Martínez Campos, y en octubre salió de los Mangos de Baraguá con el contingente oriental para la invasión a Occidente. Se reunió con Gómez en Las Villas y juntos avanzaron llevando la guerra por todo el país hasta el extremo más occidental,

a donde arribó el 22 de enero de 1896. Desarrolló una cruenta e intensa campaña en Pinar del Río, donde enfrentó las tropas élites enemigas hasta que, llamado por Gómez para conferenciar acerca de las diferencias del mando militar con el Consejo de Gobierno, pasó a la provincia de La Habana, en la que murió en el combate de San Pedro, el 7 de diciembre de 1896. Su cadáver fue enterrado por sus soldados y, al terminar la dominación española, sus restos fueron trasladados al Cacahual, al sur de la capital cubana, donde reposan en un mausoleo. Fue siempre un firme defensor de la plena soberanía cubana, rechazó las injerencias de los Estados Unidos en los asuntos cubanos y se proclamó defensor de las ideas liberales acerca del gobierno:

MERCHÁN, RAFAEL MARÍA (1844-1905). Publicista cubano. Natural de Manzanillo, en la antigua provincia de Oriente, en su adolescencia fue aprendiz de tipógrafo en Bayamo. En 1860 inició estudios en el seminario eclesiástico de San Basilio el Magno, en Santiago de Cuba, pero los abandonó. En 1867 se radicó en La Habana y allí ejerció la docencia en el colegio Santo Tomás y el periodismo en *El Siglo*. También colaboró con *La Opinión* y *El País*. En este último publicó un artículo titulado «Laboremos», que dio origen al epíteto «laborantes», adjudicado por las autoridades coloniales a los luchadores por la independencia. Aprovechando la libertad de imprenta decretada en enero de 1869, publicó los periódicos *El Fosforito, El Cubano Libre* y *El Tribuno*, además de colaborar en *La Verdad,* que dirigía Néstor Ponce de León. A causa de su actitud separatista, tuvo que emigrar a los Estados Unidos. El gobierno colonial embargó sus bienes y lo condenó a muerte en rebeldía. En Nueva York dirigió en 1870 el *Diario Cubano* y en 1871 *La Revolución*, órgano oficial de la Junta Cubana. También dirigió allí el *Diario Cubano.* Después se trasladó a Europa, donde colaboró en *La Liberté* y en la *Revista Latinoamericana*. Posteriormente se estableció en Colombia. Allí desempeñó diversas actividades, como las de secretario particular del presidente Rafael Núñez; miembro honorario de la Academia Colombiana de la Lengua; secretario del Ateneo; colaborador de *La Reforma, El Repertorio Colombiano, La Estrella de Panamá, El Estudio, El Promotor* y *El Hispanoamericano*. También fue redactor del periódico *La Luz*, entre 1881 y 1884. Fue delegado en Colombia del Partido Revolucionario Cubano. En 1897 y 1898 publicó allí la revista *Colombia y Cuba*, como suplemento de *El Repertorio Colombiano*, para apoyar la causa revolucionaria. En 1899 fue elegido representante por Oriente a la Asamblea de Santa Cruz del Sur, pero no pudo viajar a la isla para ocupar su cargo. Rechazó la plaza de profesor universitario que le ofreció el gobierno interventor norteamericano. El primer gobierno republicano lo designó ministro plenipotenciario en España y Francia. En 1902 visitó Cuba y se trasladó a España, pero allí enfermó, renunció a su cargo y volvió a radicarse en Colombia, hasta su muerte. Su obra más conocida es el libro *Cuba, justificación de sus guerras de independencia* —publicado en Bogotá en 1896 y reeditado en La Habana en 1961—, que constituyó una sólida denuncia de los males económicos, políticos y sociales de la isla bajo el dominio colonial español. En

1887, José Martí publicó en *El Economista Americano* un elogio a su libro *Estudios críticos* (1886) y el 7 de noviembre de 1892, bajo el título de «El centenario americano», reprodujo en un suplemento de *Patria* la carta abierta de Merchán al periódico *El Heraldo*, de Bogotá, con motivo del cuarto centenario de la llegada de los españoles a América. En un breve comentario sobre este texto, el Apóstol calificó a Merchán de «noble cubano», aun cuando en aquellos años este favorecía al autonomismo, posición que rectificó al estallar la Guerra de Independencia de 1895:

MITRE VEDIA, BARTOLOMÉ (1845-1900). Periodista y escritor argentino. Hijo del general Bartolomé Mitre Martínez, quien fuera primer presidente de la República Argentina ya definitivamente unificada (1862-1868) y fundador del periódico *La Nación* (1870). Nació en Uruguay, durante un exilio de su padre, y en su juventud inició estudios de Derecho que no concluyó. Además de la influencia paterna, tuvo la oportunidad de trabajar durante cuatro años como secretario de Domingo Faustino Sarmiento, cuando este fue ministro argentino en Chile, Perú y Estados Unidos (1864-1868). En 1870 regresó a Buenos Aires, donde fue cónsul de Uruguay. Comenzó a trabajar en el diario fundado por su padre y durante años fue redactor de la sección «A pesca de noticias». Dirigió *La Nación* a partir de 1882 y se consagró a convertirlo en un gran diario. Llegó a vivir dentro del edificio del periódico, en una habitación con ventana hacia el taller de impresión, para estar al tanto del más mínimo detalle. En 1893 tuvo que abandonar el cargo por razones de salud, pero continuó como colaborador. Utilizó los seudónimos de *Argos* y *Claudio Caballero,* pero algunos de sus artículos aparecían firmados con el sobrenombre de Bartolito, que era como comúnmente se le conocía en los círculos culturales de Buenos Aires. Además, fue traductor, pues dominaba latín, francés, inglés, portugués e italiano. Publicó el folleto *Chicago* (Buenos Aires, 1868) y el tomito *Cosas de París* (Buenos Aires, 1886). Un grupo de sus artículos fue recogido póstumamente en el volumen *Páginas serias y humorísticas* (1901), que ha tenido varias reediciones. Fue presidente de la Asociación de la Prensa de Argentina, y como tal, en 1888 designó a Martí representante de esta en Estados Unidos y Canadá:

PHILLIPS, WENDELL (1811-1884). Orador, político y periodista estadounidense, nacido y fallecido en Boston, Massachusetts. De familia acomodada, se graduó de abogado en la Universidad de Harvard en 1831. Fue admitido a la profesión en 1834, pero demostró poco interés en su carrera. Se inició en la docencia de Historia y Arte, con creciente atención hacia los temas de las reformas sociales. Pero el 21 de octubre de 1835 presenció cómo una turba racista arrastraba por las calles de Boston al líder abolicionista William Lloyd Garrison (1805-1879), presidente de la Asociación Antiesclavista de Estados Unidos. A partir de ese momento abrazó la causa de la abolición de la esclavitud. En poco tiempo llegó a ser el más grande orador estadounidense. Creó un estilo de oratoria que aún hoy se estudia y se trata de imitar en Estados Unidos. Se expresaba con naturalidad, reposadamente, sin frases rebuscadas ni

altisonantes, pero su ingenio, su sarcasmo, epigramas e invectivas eran considerados devastadores. Sus victorias oratorias las alcanzó siempre en minoría y sus discursos, por lo general improvisados, ante audiencias hostiles, fueron invariablemente brillantes. Escribió de manera regular en los periódicos *Anti-Slavery Standard* y el *Liberator*. Fue un seguidor no incondicional de Garrison, el «apóstol» de la escuela no violenta del abolicionismo. Combatió la anexión de Texas y la guerra con México. Denunció y se negó a jurar la Constitución de Estados Unidos por su tolerancia de la esclavitud, e incluso planteó la disolución de la Unión norteamericana. Llegó a atacar al presidente Abraham Lincoln por asumir, durante la Guerra de Secesión, una posición moderada sobre la esclavitud y la emancipación de los esclavos, y por ello se opuso a su reelección. Después de la Guerra de Secesión, cuando Garrison entendió que la razón de ser de la Asociación Antiesclavista había dejado de existir y propuso su disolución, se opuso y fue elegido su presidente en sustitución de Garrison, al plantear que faltaba a los negros el derecho a la educación y al voto. Ocupó ese cargo hasta la disolución de la organización en 1870, cuando el Congreso de Estados Unidos aprobó la décimo quinta enmienda de la Constitución, que conjuntamente con la décimo tercera y la décimo cuarta teóricamente completaba la igualdad de los negros ante la ley. En ese propio año fue candidato a Gobernador y Estado de Massachusetts por el Partido Laboral Reformista. Al año siguiente presidió la Convención de dicho Partido, en la que se aprobó una plataforma política de carácter progresista en cuestiones laborales y económicas. Defendió también los derechos de los aborígenes estadounidense y de minorías de inmigrantes como la de los irlandeses, entonces altamente discriminadas en Estados Unidos y del sufragio femenino y las reformas penitenciarias. Pero sobre todo, por conducto de la Sociedad Antiesclavista, apoyó la causa de la independencia de Cuba durante la Guerra de los Diez Años. Fue asimismo un defensor a toda prueba de los pobres y de los trabajadores, por lo cual José Martí lo llamó «vocero ilustre de los pobres; magnánimo y bello caballero de la justicia y la palabra», cuya limpieza de proceder, combatividad y energía inagotables siempre admiró y respetó. Su mejor epitafio es esta frase de uno de sus discursos pronunciados en 1863 cuando puso todas sus esperanzas en «esa mezcla sublime de las razas, que es el método de Dios de civilizar y elevar al mundo. No esa fusión libertina que surge de la esclavitud —la ruina de las dos razas— sino la unión armónica y gradual, en el matrimonio honorable, que ha amalgamado a todas las razas».

TRATADO GRANT-ROMERO. Durante la década de 1870, y en las dos ocasiones en que ocupó la Secretaría de Hacienda, Matías Romero había sido el promotor en México de la idea de la reciprocidad comercial con los Estados Unidos. Esta recibió un nuevo impulso a principios de la siguiente década, gracias al incremento de las comunicaciones ferroviarias entre ambos países y al hecho de que ya para entonces la nación norteña era el principal mercado exterior de los productos mexicanos y, a la vez, el principal abastecedor de la nación azteca. En 1881 Romero participó en la empresa constructora del ferrocarril México-Oaxaca-Tehuantepec-

Guatemala, de la cual era socio el ex presidente estadounidense Ulysses S. Grant. Allí entablaron las buenas relaciones personales que serían el sostén principal de la labor diplomática conducente al tratado. Romero dejó la empresa para marchar a Washington como embajador extraordinario, en mayo de 1882. Aunque el Tratado fue una iniciativa estadounidense, inicialmente rechazada por México, Romero logró convencer a su gobierno de que esto no significaría un sacrificio importante de los ingresos fiscales del país. Grant, por su parte, era partidario de la conquista pacífica, mediante la exportación de capitales, y favorecía la importación de productos mexicanos, que llegarían por las líneas férreas tendidas por los estadounidense. El tratado eximía de impuestos a 27 productos mexicanos y a 49 estadounidenses y tendría una duración máxima de siete años. No obstante, la mayoría de los artículos incluidos ya estaban libres de aranceles con anterioridad. Romero, quien redactó el proyecto, tuvo buen cuidado de salvaguardar en él los principales intereses de su país, y restringió las concesiones en cuanto a los productos que mayor recaudación fiscal aportaban, incluyó aquellos relativamente secundarios y excluyó los tradicionalmente importados de Europa, para no afectar esas relaciones. El tratado fue firmado por ambos gobiernos en enero de 1883. Al año siguiente fue aprobado por el Senado mexicano y después por el de los Estados Unidos, por la exigua mayoría de un voto. La Comisión de Hacienda de la Cámara de Representantes emitió un dictamen desfavorable y no se logró la imprescindible aprobación de ese cuerpo legislativo. Contribuyeron a ello la crisis estadounidense de 1884, el cambio de administración en ese mismo año, la oposición de sectores económicos estadounidenses, así como el evidente propósito mexicano de extender a Gran Bretaña y a Francia los privilegios del tratado, acorde con su política de utilizar a Europa como fuerza moderadora de la influencia de Estados Unidos. Los intentos de aprobación se repitieron infructuosamente en la Cámara hasta 1887, por lo que el tratado nunca entró en vigor. José Martí publicó un amplio y perspicaz análisis de esto desde la óptica de los intereses mexicanos, en *La América*, de Nueva York, en marzo de 1883.

ÍNDICE GENERAL

Otros textos

_Fragmentos relacionados con el discurso sobre Bolívar

_Prólogo [a Cuentos de hoy y mañana]

_IRMA

1882-1884. Cartas

_1882

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta "obra" en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: "Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido".